LIBRO PRI

MO DE LA CONQVISTA
del PERV & prouincia del Cuzco
de le Indie occidentali.

5.ª EDICIÓN

LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

FREDERICK A. KIRKPATRICK

RIALP

F. A. KIRKPATRICK

LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

Quinta edición
EDICIONES RIALP
MADRID

Título original: *The Spanish Conquistadores*
© 1934, 1946 *by* F. A. Kirkpatrick
publicado por A & C Black (Publishers) Ltd, London.
© 2021 de esta edición *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Manuel Uribe, 13-15, 28033 Madrid
(produccioneditorial.com)
Traducción de Rafael Vázquez Zamora, cedida por Espasa Calpe, S. A.; revisada por Carmen Gómez de Agüero

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN (edición impresa): 978-84-321-5379-2
ISBN (edición digital): 978-84-321-5380-8

ÍNDICE

PORTADA
PORTADA INTERIOR
CRÉDITOS
INTRODUCCIÓN
I. COLÓN
II. LOS CUATRO VIAJES (1492-1504)
III. LAS ISLAS
IV. EL MAR DEL SUR
V. NUEVA ESPAÑA (1517-1519)
VI. LA MARCHA SOBRE MÉJICO (1519-1520)
VII. VICISITUDES Y VICTORIA (1520-1521)
VIII. CORTÉS
IX. GUATEMALA (1523-1542)
X. MAGALLANES (1519-1522)
XI. EL PACÍFICO
XII. EL DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ (1524-1530)
XIII. LA CONQUISTA DEL PERÚ (1530-1535)
XIV. CUZCO
    La expedición a Chile (1535-1537)
    El sitio de Cuzco (1536)
XV. LA GUERRA DE LAS SALINAS (1537-1538)
XVI. LA SENDA DE LA GUERRA
    Expediciones a la montaña
XVII. COLONIZACIÓN
    Vaca de Castro
XVIII. QUITO Y POPAYÁN
XIX. EL PAÍS DE LA CANELA Y EL RÍO AMAZONAS
XX. PIZARRO (1540-1541)
XXI. LA GUERRA DE CHUPAS (1541-1542)
XXII. LAS NUEVAS LEYES DE INDIAS (1544-1549)
    Núñez de la Vela (1544-1545)
    Pedro de La Gasea (1546-1550)
XXIII. CHILE (1540-1558)
XXIV. CHILE (1540-1558)
    El Orinoco (1531-1535)
    Venezuela (1528-1540)
XXV. NUEVA GRANADA (1536-1539)
XXVI. EL RÍO DE LA PLATA
XXVII. ESPAÑA, LA PRECURSORA
APÉNDICES

I. El tráfico de especias
II. El dinero
III. Encomiendas
ÍNDICE ONOMÁSTICO
MAPAS DE REFERENCIA
COLECCIÓN HISTORIA
AUTOR

INTRODUCCIÓN

Los materiales de este libro proceden por completo —aparte de algún contacto con la vida criolla por viajes y residencias en tierras de habla española— de las páginas impresas que se encuentran en los estantes del Museo Británico. Sin embargo, este libro se propone llenar un hueco, puesto que las obras de los historiadores hispanoamericanos permanecen desconocidas en gran parte para los lectores, sobre todo la extensa, variada e ilustradora obra del historiador chileno, ya fallecido, José Toribio Medina, la mayor autoridad en la historia de Hispanoamérica. Además, la historia de las conquistas españolas en América nunca se ha relatado en el espacio de un solo volumen, abarcándola como un gran movimiento. Esta limitación de espacio nos ha obligado a comprimir mucho y a muchas omisiones, lamentables algunas de ellas, pero inevitables.

Como el testimonio de Las Casas del trato dado a los indios es muy sospechoso para algunos españoles, y como sus datos son, sin duda, exagerados, no se ha utilizado aquí esa parte de los escritos de Las Casas.

Cualquiera que sea el punto de vista, la época o el lugar desde donde se juzgue la labor de los conquistadores españoles, es preciso contemplarla desde la Torre del Oro sevillana y a través de los ojos de la generación que vio a la cruz hincada en las torres de la Alhambra y, veintisiete años después, la ascensión del rey de España al trono imperial.

F. A. K.

I.
COLÓN

Hizo cosa de grandísima gloria, y tal, que nunca se olvidará su nombre.

GÓMARA

Existe un acontecimiento histórico que todo el mundo conoce. Aun aquellos cuyas aficiones no van hacia la Historia, saben que Cristóbal Colón descubrió Amé rica. Este conocimiento general de un hecho demuestra hasta qué punto aquella singular hazaña ha impresionado a toda Europa y América como el suceso más importante en la historia de los siglos. Pero Colón nos interesa aquí principalmente como el hombre que dio a España un inmenso y opulento territorio más allá del Océano, como el primero de los conquistadores. Halló el camino para aquellos explorado res, descubridores, conquistadores y colonizadores que, en el transcurso de medio siglo, penetraron en un mundo de nueva y fantástica hechura; sometieron a dos extensas monarquías ricas en tesoros acumulados y en filones inexplotados de metales preciosos; atravesaron bosques, desiertos, montañas, llanuras y ríos de una magnitud hasta entonces desconocida, y marcaron los límites de un imperio casi dos veces mayor que Europa con una rapidez audaz y casi imprudente, pródiga en esfuerzo, sufrimiento, violencia y vida humana.

Para describir a los que vinieron después de Colón no nos preocupan sus primeras andanzas. Vemos aparecer en escena a estos hombres como capitanes que llevaban a sus seguidores al esfuerzo y a la victoria. Pero la calidad del hombre que abrió el camino para la labor de ellos y reservó esta labor para los españoles y para España, exige un examen más amplio. El lanzarse hacia Occidente con tres pequeñas naves en su exploración oceánica no era el comienzo de su tarea, sino más bien la culminación de esfuerzos continuados durante largos años, al cabo de los cuales un oscuro viajero —proyectista, en apariencia, de un plan quimérico— ganó el apoyo de los más sagaces soberanos que han regido España, de modo que, gracias a su apoyo, llegó a ser «Almirante de las tierras e islas del Mar Océano» y virrey de cuantas tierras descubriera.

Colón, aunque expansivo en la conversación y en los escritos, se mostraba reservado acerca de su vida anterior. Así era también su encomiador biógrafo Fernando, hijo suyo. Pero tanto el padre como el hijo abundan en anécdotas y alusiones —que fueron amplificadas por Las Casas, su segundo biógrafo admirador—; alusiones a sus nobles antepasados, a imaginarios estudios universitarios, a servicios prestados a un «ilustre pariente», almirante francés; a Colón como comandante de un buque de guerra, conduciendo a la lucha a una tripulación temerosa mediante una extraordinaria proeza náutica; a Colón saltando de un barco pirata incendiado («que llevaba quizá a cargo», dice Las Casas) y nadando dos leguas hasta tierra, exhausto por «algunas heridas que había recibido en la batalla».

Cuando Colón, al escribir sus recuerdos, habla de cuarenta años en el mar, de viajes por donde quiera que los buques habían navegado, de enseñanza científica e intercambio con hombres cultos, debemos recordar que el hombre que de esta manera vio su vida anterior a través de una bruma colorida y magnificadora, era el mismo que más tarde sugirió que el Orinoco era uno de los cuatro ríos que fluían del Paraíso terrenal, y prometió preparar, con el oro de las Indias, 100.000 soldados de infantería y 100.000 de a caballo para recobrar el Santo Sepulcro.

La vida aventurera de Colón, trágica y triunfante a la vez, supera en rareza a cualquier fábula y no necesita ser hermoseada.

Nació en 1451, hijo de un tejedor de Génova, que durante algún tiempo había tenido una taberna. Practicó el comercio de su padre, pero también verificó algunos viajes mediterráneos desde el antiguo puerto de Génova, como marinero o al cuidado de las mercancías. A los veinticinco años se unió a una expedición más larga y más atrevida, a Inglaterra. Apenas habían pasado los cinco barcos genoveses al oeste del estrecho de Gibraltar, cuando los atacó, a la altura del cabo de San Vicente, un corsario francés. Dos naves genovesas fueron incendiadas; tres escaparon a Cádiz. Los hombres que se arrojaron de los barcos en llamas fueron salvados por unos botes portugueses. Colón fue uno de los genoveses que se libraron, aunque no se puede saber si fue uno de los nadadores; pero cuando, poco antes de su muerte, habló de su llegada «milagrosa» a la Península, recor-

daba con ésta la extraña aventura que le llevó allá y que constituyó el primer paso inopinado en su concepción de un viaje hacia Poniente a través del Atlántico.

Tras haber completado, a principios de 1477, a bordo de un buque genovés, el interrumpido viaje a Inglaterra, Colón se instaló en Lisboa y colaboró con su hermano Bartolomé en el trazo de cartas marítimas. También se ocupó en el comercio y en la vida del mar haciendo un viaje a Génova y uno o más a la Guinea portuguesa, donde entró en contacto con los negros habitantes de extrañas tierras, realizando provechosas transacciones comerciales por trueque y un lucrativo tráfico de esclavos.

Asistiendo a la misma iglesia, conoció a una dama portuguesa que luego tomó como esposa, Isabel de Moñiz, cuyo padre —el primer gobernador de la isla de Porto Santo, próxima a Madeira— había dejado recuerdos de viajes atlánticos, que fueron releídos ávidamente por Colón. En Lisboa y en Madeira, donde residió algún tiempo, se vio envuelto en el movimiento de los descubrimientos oceánicos que durante sesenta años dimanaron de Portugal. Año tras año, los portugueses se abrían paso más hacia el Sur a lo largo de la costa occidental de África. Al Oeste habían ocupado las islas Azores y se habían esforzado por lograr descubrimientos aún más remotos. Colón llegó a la conclusión, según dice su hijo, de que debían existir muchas tierras al Oeste, y esperaba encontrar en el camino de la India alguna isla o tierra firme desde la cual pudiera realizar su principal designio, al estar convencido que entre la costa de España y el límite conocido de India debía haber muchas otras islas y tierras firmes. Oyó hablar de trozos de madera labrada que flotaban en el Océano, de enormes cañas y árboles raros arrastrados hasta la playa en Porto Santo o en las Azores, así como botes; y una vez hasta dos cadáveres de anchos rostros, diferentes en su aspecto a los cristianos. Corrían historias de Antilia, de la isla de San Brandón, de la isla de las Siete Ciudades y de las islas descubiertas por los marineros, que no perdían de vista el Oeste.

Más tarde, en el convento de La Rábida escuchó los relatos de los marineros sobre señales de tierra (y hasta tierra misma) que habían sido vistas a occidente de Irlanda. Desde luego, mu-

chos mapas señalaban islas muy al Oeste en el Océano inexplorado.

Tanto Fernando como Las Casas cuentan que Colón, por medio de un florentino residente en Lisboa, consultó a Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia. Éste contestó enviándole una copia de una carta en latín que había escrito a un sacerdote portugués en 1474. Esta carta, que ha sido conservada, habla «del muy breve camino que hay de aquí a las Indias, donde nace la especiería». Y a Catay (China septentrional), país del Gran Kan. El mapa que iba junto a esta carta no se conserva, pero las notas sobre el mapa, que están unidas a la carta, añaden que desde Lisboa a la ciudad de Quinsay (Kwang Chow) hay 1.625 leguas, «de la isla de Antilia, *vobis nota*, hasta la novilísima isla de Cipango… son 2.500 millas… la cual isla es fertilísima de oro y de perlas y de piedras preciosas: sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales». Las cifras de Toscanelli reducen la circunferencia terrestre en un tercio y exageran la extensión oriental de Asia.

Las Casas, sin salir garante de la verdad de su aserto, nos refiere como cosa probable un relato que era creído generalmente tanto por los primeros acompañantes de Colón como por los habitantes de Haití (Española) cuando Las Casas se instaló allí después del descubrimiento de la isla por Colón. Cuenta que un barco, navegando desde la Península a Inglaterra o Flandes, desviado a Occidente por las tormentas, llegó a aquellas islas (las Antillas) ; después de un desastroso viaje de regreso, llegó a Madeira con unos cuantos supervivientes moribundos. El piloto, que fue recibido y atendido en casa de Colón, reveló antes de morir a su anfitrión, escribiéndoselo y con un mapa, la posición de la nueva isla que había hallado.

Oviedo (1478-1557) también relata esta historia, pero no la cree. Gómara (1510-1560), historiador honrado, pero carente de sentido crítico, cuyo libro apareció en 1552, lo cuenta como un hecho, añadiendo que, aunque los detalles habían sido relatados de modo diverso[1], concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, «en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela y la relación de todo aquel luen-

go viaje, con la marea y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas». Por lo general, esta historia no ha encontrado crédito.

A fines de 1483, Colón pidió al rey Juan II de Portugal tres carabelas aprovisionadas para un año y provistas de quincalla para el trueque, «cascabeles, bacinetas de latón, hojas del mismo latón, sartas de cuentas, vidrio de varios colores, espejuelas, tijeras, cuchillos, agujas, alfileres, camisas de lienzo, paño basto de colores, bonetejos colorados, y otras cosas semejantes, que todas son de poco precio y valor, aunque para entre gentes dellas ignorantes, de mucha estima». Así se expresa Las Casas, copiando, por lo visto, de un documento. No debe de haber inventado esa lista, pues va contra su parecer de que la principal intención de Colón era llegar a «las ricas tierras de Catay ».

Se ha discutido mucho sobre si Fernando y Las Casas tenían razón al afirmar que el principal objetivo de Colón era, navegando a Occidente, alcanzar el Extremo Oriente, designado vagamente con la palabra «India», o si más bien esperaba encontrar tierras desconocidas. Sus dos biógrafos afirman claramente que se propuso ambos fines. Estaba seguro de encontrar tierra, pero no hubiera sido razonable atribuir a Colón, como excepción entre los descubridores, una certeza inconmovible en cuanto al carácter de las tierras que podía descubrir. Por otra parte, Cipango, que tanto significaba en sus planes, era un eslabón entre sus dos objetivos. Barros, el cronista portugués, dice que Colón esperó hallar Cipango y otras tierras desconocidas. Cipango, que aún no estaba sometida al Gran Kan, sin haber sido visitada por ningún europeo y que, según Marco Polo, se encontraba a 375 leguas del Continente asiático, estaba remotamente unida al Extremo Oriente, pero era a la vez una tierra «desconocida», que había de encontrarse en algún lugar del Océano. Fernando, al escribir sobre el descubrimiento, reclama implícitamente el éxito para su padre al declarar que la Española (Haití) es «Antilla y Cipango». Y en su prefacio habla del descubrimiento por Colón «del Nuevo Mundo y de las Indias» como si ambos propósitos se hubieran realizado, aunque Fernando sabía que su padre no había alcanzado el Extremo Oriente. Esta materia está confusa por haber dado los españoles, hasta el siglo XIX, el nombre de las Indias a la América hispana. En vista

de que Colón sólo nos interesa aquí como conquistador, en cuanto hombre de acción, y no como teórico, este breve párrafo puede sernos suficiente.

En su petición al rey portugués, Colón reclamó para sí, caso de triunfar su empresa, dignidades, poder y emolumentos en gran escala. El rey portugués, después de consultar a los peritos, rechazó la propuesta.

Esta repulsa y la muerte de su mujer desligaron a Colón de Portugal. Su hermano Bartolomé, un marino rudo, decidido y enérgico, se embarcó para Inglaterra, fue apresado por los piratas, se fugó, y en febrero de 1488 presentó el plan a Enrique VIII, el cual lo rechazó. Entonces se trasladó Bartolomé a la corte de Francia, pero no tuvo allí mejor acogida. Las idas y venidas de Bartolomé no son del todo ciertas y no conciernen a la presente narración. Hay algunas pruebas de que se encontraba en la expedición portuguesa que descubrió el cabo de Buena Esperanza en 1487. No regresó de Francia a la Península hasta fines de 1493, cuando Colón había partido en su segundo viaje. Entretanto Cristóbal, finalizando el 1484, navegó secretamente de Lisboa a Palos, en el suroeste de España. El cercano convento de La Rábida le brindó hospitalidad. Sus frailes se ocuparon de Diego, el hijo pequeño de Colón, mientras éste marchaba a Sevilla en busca de ayuda, sin conseguir nada en un principio. Pero el conde (después duque) de Medinaceli, hombre de fortuna y autoridad principesca, señor feudal del Puerto de Santa María, cerca de Cádiz, escuchó a aquel extranjero pobre, le alojó casi un año en su propia casa y se dispuso a proveerlo de barcos. Sin embargo, estimando que tal empresa era propia tan sólo de la realeza, escribió el conde a la reina Isabel, la cual, en mayo de 1486, hizo venir a Colón a Córdoba, le recibió en audiencia y le confió al cuidado de Quintanilla, tesorero de Castilla, que lo patrocinó. Gradualmente fue obteniendo la protección de otros magnates de la corte, especialmente de Santángel, valenciano descendiente de judíos, tesorero-adjunto de la Santa Hermandad y también inspector y contable de la Real Casa, a quien había proporcionado este puesto una estrecha relación con Isabel. Santángel había servido a Fernando en algunos asuntos financieros, incluso con préstamos. Dice mucho en fa-

vor de Colón el que lograse el eficaz apoyo de este práctico y calculador hombre de negocios.

Pero pedir barcos, hombres y dinero parecía una locura cuando Fernando e Isabel, cuyo matrimonio había unido las coronas de Castilla y Aragón, se esforzaban en regir un país perturbado por el desorden y dedicaban todos los recursos a la guerra de Granada, que había de terminar con el dominio árabe en España. Este pobre pretendiente extranjero sólo tenía a su favor la fortaleza de su carácter, su tenaz ambición, la impresionante fuerza de su personalidad y la fe en su idea, una fe que se convirtió en la conciencia de una misión divina, y que halló persuasiva expresión en charlas y escritos en los que brillaba la imaginación y, a veces, las facultades inventivas. «Era —dice Oviedo, que lo conoció— hombre de buena estatura y aspecto, más alto que mediano y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporción, el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa…; gracioso cuando quería; iracundo cuando se enojaba»; un hombre cuyo porte digno e imponente, excepto en ocasionales estallidos de cólera, le ayudó a ganar su reputación de erudito y geógrafo, escasamente merecida.

Durante cinco años, mientras una comisión real examinaba el proyecto, Colón llevó la insoportable vida, llena de humillaciones, de un pretendiente pobre en la corte, ofreciendo dominio y gloria a la corona, conquistas espirituales a la Iglesia y pidiendo para sí prerrogativas y riquezas inauditas[2].

A principios de 1491 surge el navegante de esta época oscura que espera en Santa Fe —medio campamento militar, media ciudad construida a la ligera—, levantada por los Soberanos Católicos a la vista de las torres moras de la Alhambra. La comisión dio a conocer su informe contrario a Colón. Marchó entonces de Santa Fe, dispuesto a llevar su propuesta a Francia.

En una disposición legal de veintitrés años después, Maldonado, uno de los de la comisión, afirmaba que ellos, «con sabios y letrados y marineros, platicaron con el dicho Almirante sobre su ida a las dichas islas… y todos ellos acordaron que era imposible ser verdad lo que el dicho Almirante decía». Quizá pueda considerarse en parte al mismo Colón responsable de haber sido

rechazado, pues, según su propio hijo, sólo les ofreció débiles pruebas, no queriendo comunicar totalmente sus propósitos para evitar así que alguien pudiera anticipársele. Un hombre que siempre se reserva algo no puede esperar hacerse acreedor de una confianza ilimitada.

Colón, según iba a embarcarse para Francia, volvió a visitar La Rábida. Allí encontró un entusiasta abogado en el fraile Juan Pérez, que había sido confesor de la reina Isabel. Después de la conveniente deliberación, fray Juan escribió una carta a la reina; a los quince días su mensajero regresó con una citación a la corte. Fray Juan alquiló una mula y partió a medianoche para Santa Fe, volviendo con buenas noticias. La reina envió dinero a Colón para que pudiera presentarse en la corte convenientemente vestido y se le proporcionara una mula para el camino. Lleno de esperanza hizo el viaje a Santa Fe, donde su propuesta fue sometida a un comité de grandes consejeros. Hubo encontradas opiniones, y la propuesta fue rechazada, marchándose Colón de nuevo. Apenas había corrido dos leguas cuando un mensajero real le dio alcance y le hizo volver. La reina Isabel había decidido atender todas sus peticiones, pues Santángel había prometido prestar los fondos necesarios y apremiado para que fuera aceptado el plan, haciendo ver que Colón, caso de fracasar, no iba a ganar nada.

La intervención decisiva de Juan Pérez y de Santángel ha sido puesta en duda, considerándosela improbable. Pero hay que desechar toda noción de probabilidad cuando se trata de historia de España, que nos sobresalta constantemente con sorpresa. «En España todo ocurre accidentalmente», escribió Richard Ford. Colón tenía otros partidarios, pero la intervención de estos dos está demostrada, y se explica tanto por las estrechas relaciones de ambos con los soberanos como por la inquebrantable fe que ambos tenían en la idea de Colón.

Santángel, que había de ocupar un señalado lugar en la Historia por el eficaz papel que representó en la crisis de la vida de Co ló n, venía siendo una figura confusa y enigmática hasta que el señor Serrano y Sanz trazó e ilustró con documentos su biografía e historia familiar en un libro titulado *Orígenes de la dominación española en América*. Es la biografía de un astuto y

próspero hombre de negocios. Santángel había sido recaudador de impuestos reales en Valencia, su ciudad natal; había explotado la aduana de este puerto tan activo y había prestado sumas al rey Fernando. Éstas y otras transacciones financieras le pusieron en íntima relación con el rey, mientras que su posición de mayordomo real le brindaba frecuentes ocasiones de tratar a la reina. Serrano y Sanz explica cómo obtenía Santángel los fondos, pero los detalles que da son de difícil comprensión para un lego en finanzas. Sin embargo, está claro que el dinero no provenía del bolsillo de Santángel, sino de los fondos de la Santa Hermandad, y aunque tenía el título de tesorero de esta corporación, lo que parece haber sido en realidad es recaudador adjunto de las rentas de la Santa Hermandad. El momento era propicio. «Vide poner —escribió Colón un año después— las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de Alfambra… y vide salir al Rey Moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas.» Granada había capitulado; la larga y valerosa epopeya de la Reconquista se terminaba triunfalmente, y España estaba dispuesta a dilatarse en su segundo ciclo épico, una aventura que ceñiría al globo y por la cual todas las naciones habrían de envidiarla. No es simple fantasía el considerar la conquista de América como una continuación de la reconquista de España, como una nueva aventura de dominio expansivo, de fervor religioso y de ánimo lucrativo. Los estandartes reales, izados ahora en las torres de la Alhambra, iban a ondear, al cabo de medio siglo, en los palacios de Moctezuma y Atahualpa, pues la guerra contra los infieles de la Península había de continuarse en la guerra contra los gentiles, más allá del Océano. Pero el resultado no podía preverse. La empresa estipulada por Isabel frente a las torres de la Alhambra era un gran acto de fe de la reina de Castilla y su pueblo.

Se redactó un convenio o capitulación que garantizaba, en caso de éxito, a Colón y sus herederos, distinción nobiliaria, el título de almirante, con todas las prerrogativas disfrutadas por el almirante de Castilla, en todas «aquellas islas y tierras firmes[3] que por su mano e industria se descobrieren o ganaren en las dichas mares océanas», así como que él y sus herederos tendrían vitaliciamente el cargo de virrey y gobernador de las is-

las y tierras firmes descubiertas o conquistadas por él, concediéndosele poder para juzgar en todos los casos que dependiera de sus funciones, infligir castigos y facultad de nombrar tres personas por cada magistratura vacante, de las cuales la corona escogería una. El almirante participaría de un diezmo en cuantos beneficios obtuviera dentro de su jurisdicción la corona, mientras que contribuiría a su vez con una octava parte al coste de cada expedición enviada a aquellas tierras, recibiendo, en cambio, un octavo de los beneficios. No se menciona Asia, la India ni el Extremo Oriente. Pero, además de un pasaporte o carta abierta dirigida a todos los reyes y príncipes, se entregó a Colón una carta de los Soberanos Católicos dirigida al Gran Kan, «porque siempre creyó —dice Las Casas— que allendo de hallar tierras firmes e islas, por ellas había de topar con los reinos del Gran Khan y las tierras riquísimas del Catay».

Debemos fijarnos en que la colonización —el establecimiento de hogares en ultramar con las familias españolas emigradas a aquellas tierras libres— no era lo que se pretendía. El objetivo era el comercio, especialmente el lucrativo tráfico de especias con los ricos países civilizados, y la adquisición de tierras en las que el descubridor pudiera gobernar como virrey sobre vasallos recién ganados para la corona de Castilla y neófitos para la Iglesia católica. Pero, lógicamente, todo esto no podía definirse con claridad hasta que se conociera el resultado de la empresa. Colón no era sólo un mercader marino y un aventurero vigoroso y decidido, sino también un soñador y un visionario; no podía esperarse de él una exacta precisión al definir sus propósitos y pronosticar el resultado. De todos modos, sus esperanzas, su ambición y sus promesas eran grandiosas y se justificaron con resultados que la muerte le impidió ver.

[1] Véase López de Gómara: *Historia general de las Indias*. Colección de Viajes Clásicos. Espasa-Calpe, Madrid.

[2] Es una fábula lo que se cuenta de que Colón defendió su idea ante unos ingenuos doctores de la Universidad de Salamanca. Lo que ocurrió fue que la comisión se reunió durante algún tiempo en Salamanca mientras la corte estuvo allí, y Colón tuvo de su parte al sabio y excelente Deza, después arzobispo de Sevilla, tutor del príncipe Juan y poderoso abogado de Colón en la corte. Bernáldez, secretario del arzobispo, nos ha dejado un valioso relato de los hechos colombinos en su *Historia de los Reyes Católicos*.

[3] Se usa el plural, *tierras firmes*. En el título expedid o pocos días después se usa el singular, *tierra firme*. En un párrafo posterior de la capitulación y también en el tí-

tulo subsiguiente se dice «que se ganaren e descubriesen». Los privilegios del almirante de Castilla eran: la jurisdicción civil y criminal en el mar, en los ríos navegables y en todos los puertos; decidir en cualquier litigio; nombrar magistrados, alguaciles, notarios, oficiales y otorgar indemnizaciones.

II.
LOS CUATRO VIAJES (1492-1504) [1]

Ahora ya era cosa hecha. La corona ordenó a la villa de Palos que equipara tres carabelas; pero esta labor estuvo a cargo, principalmente, de los tres hermanos Pinzón, ricos navegantes y personas principales de Palos, sobre todo el primogénito, Martín Alonso, «el mayor hombre y más determinado por la mar que por aquel tiempo había en esta tierra», el cual confiaba en el éxito con tanta fe como el mismo Colón, y cuya intención era encontrar Cipango. Martín Alonso reclutó gente, con la esperanza, sin duda, de obtener para sí grandes beneficios, aunque no se sabe qué convino con él Colón ni qué promesas le hizo. Sin la ayuda de Martín Alonso no hubiera logrado Colón encontrar en Palos una tripulación dispuesta a la travesía del Atlántico. Sin embargo, ni Colón ni su hijo mencionan esta ayuda indispensable, plenamente comprobada por otras fuentes. Las Casas supone, sin tener pruebas de ello, que Pinzón prestó el dinero con que Colón estaba obligado a contribuir al coste de la expedición.

El viernes 2 de agosto de 1942 tres carabelas atravesaron la barra de Palos (o Saltés). Los tripulantes eran 90, y 30 más entre criados, oficiales y otros pasajeros. Colón se embarcó en la carabela mayor, la *Santa María*, que era también la más lenta, llevando como piloto al famoso navegante Juan de la Cosa. Martín Alonso Pinzón capitaneaba la *Pinta*, cuyo piloto era su hermano Francisco. El tercero de los hermanos Pinzón, Vicente Yáñez, mandaba la *Niña* —la más pequeña—, pilotada por su propietario, Pedro Alonso («Peralonso») Niño. Al principio navegaban por aguas que les eran familiares, pues pusieron rumbo a las islas Canarias, que en su mayoría habían sido sometidas a la Corona de Castilla. La verdadera aventura comenzó el 6 de septiembre, cuando la pequeña escuadra, saliendo de Gomera, la más occidental de las citadas islas, emprendió el viaje que iba a marcar una nueva dirección a la historia del mundo. Se dieron órdenes de que, después de navegadas 700 leguas, se detuvieran las naves durante la noche, ya que para entonces estarían aproximándose a tierra.

Colón escribió años después, recordando la intensa ansiedad de aquellas semanas, que durante treinta y tres días no probó el sueño. Navegaron sin cesar con rumbo a Poniente, llevados por el viento perenne del Noroeste, a través de aires templados, y en un mar tranquilo; un viaje magnífico. Pero la incertidumbre, la alarma que causó la variación de la brújula, repetidas y falsas señales de tierra próxima, el descontento entre los tripulantes, las amenazas de motín por el miedo a que no fuera posible regresar, todo ello se registró en el diario que llevó Colón hasta su regreso a España, y que se conserva a través de un resumen de Las Casas, en el que se salva, sin embargo, la directa aportación personal de Colón, dándonos a menudo sus mismas palabras.

Pasados quince días —a 400 leguas de las Canarias—, Colón y Pinzón coincidieron en opinar que se estaban aproximando a las islas señaladas en la carta de navegar de Colón, la cual pasó de barco a barco y fue ávidamente estudiada. Pero, en realidad, aún quedaban quince días para alcanzar tierra. El 7 de octubre se puso rumbo al Suroeste, pues las aves volaban en aquella dirección hacia tierra, según parecía. El día 10, los tripulantes, alarmados por la distancia, cada vez mayor, que les separaba de su país, se negaron a seguir adelante; pero Colón, prometiéndoles grandes recompensas, siguió firme en sus propósitos. Al día siguiente eran ya ciertas las señales de tierra. Colón, después de la habitual oración de la tarde, habló amablemente con la tripulación. El viernes 12 de octubre de 1492, al alba, anclaron cerca de una pequeña isla, una de las Bahamas. Colón fue a tierra con los otros dos capitanes y un notario. Blandiendo el estandarte real, y mientras los desnudos e imberbes isleños se agolpaban a su alrededor, hizo testigos a sus compañeros de que tomaba posesión de esta isla para Fernando e Isabel. Una isla de «árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras… Es el arbolado en maravilla, aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como el abril en Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla». Sobre los habitantes, dice Colón que eran «gente muy pobre de todo» —aunque algunos llevaban piezas de oro col-

gando de sus narices perforadas—. «Nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras muchas cosas, y nos las trocaban por muchas otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrios y cascabeles.» Gente agradable, según Colón, desconocedora de las armas: «Ellos no tienen armas ni las cognoscen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban por ignorancia; buenos siervos y fáciles conversos.»

Al navegar entre las Bahamas y costear las islas mayores, todo presenta la novedad de lo desconocido: las canoas construidas ahuecando el tronco de un árbol, algunas de ellas capaces para 40 hombres, que «remaban con una pala como de fornero y anda a maravilla; y si se trastorna, luego se echan todos a nadar, y la enderezan y vacían con calabazas»; los tejidos lechos colgantes, que se llamaban *hamacas*; hombres y mujeres que pasean fumigándose con un tizón encendido (un cigarro); un «rey» desnudo, que se entusiasma con el regalo de un par de guantes.

Con la esperanza de encontrar Cipango, salió Colón para Cuba, después de haber capturado seis indígenas para llevarlos a España, y empleó seis semanas en explorar la costa septentrional —una costa tan extensa que se imaginó pudiera ser parte del Continente asiático—. Encantado con los puertos naturales, el clima, la belleza y la fertilidad de la nueva tierra, pero no encontrando más que habitantes desnudos en sus chozas, envió dos hombres tierra adentro para que buscasen un «rey y grandes ciudades». Sólo hallaron algunas aldeas, «no cosa de regimiento»; pero, pensando aún en Asia, Colón llamó *indios* a sus habitantes, nombre que les ha quedado, y las colonias trasatlánticas de la corona española se conocieron de allí en adelante con la denominación de las Indias.

El 21 de noviembre Martín Alonso navegó con rumbo al Este en la rápida *Pinta*, según Colón, «por cudicia, diz que pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro».

El 6 de diciembre las dos naves restantes alcanzaron la costa noroeste de Haití, que Colón denominó la Isla Española, deleitándose grandemente en aquellas montañas llenas de bosques y en la fértil belleza del paisaje. Allí los habitantes le llevaron pie-

zas de oro y caretas con ojos y orejas de oro, pidiendo a cambio *chug-chug* (cascabeles). Colón, influido por sus fantasías orientalistas, se figura enormes cantidades de oro por descubrir, y, además, almáciga y especias, aunque estas islas no producen ni lo uno ni lo otro, excepto pimienta. Oye hablar de una provincia interior llamada Cibao, cuya pronunciación se asemeja a Cipango. Pide en sus oraciones descubrir una mina de oro.

En una noche serena de Navidad, mientras Colón, rendido de cansancio, reposaba, encalló la *Santa María* en un banco de arena. Colón, siempre imbuido de su misión divina, declara que el naufragio fue obra del Señor y un feliz suceso, ya que le obligaba a fundar un puerto. Se salvaron los materiales de la carabela, y con ellos se construyó un fuerte, al que llamaron Navidad, y en él quedaron 39 hombres para conservar lo conquistado. El 6 de enero reapareció Martín Alonso con la *Pinta*, dando toda clase de explicaciones, pero el almirante dice «que eran falsas todas».

Pocos días después navegaban las dos carabelas hacia la patria, con rumbo al Noroeste, a través de la región de los vientos predominantes del Suroeste. La tormenta las se paró. La *Niña*, después de tocar en las Azores, entró en el puerto de Lisboa, arrastrada por un temporal del Sur-sudoeste, el 4 de marzo de 1493, y diez días más tarde entraba en el puerto de Palos, tras una ausencia de siete meses. Martín Alonso desembarcó enfermo y tomó el lecho para morir días después. Había tenido su parte en el descubrimiento del Nuevo Mundo para España.

En una carta escrita en las Azores y enviada a Santángel desde Lisboa, Colón anuncia «la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado»; ensalza la belleza y la fertilidad de la Española, las «muchas minas…, ríos muchos y grandes y buenas aguas, las más de las cuales traen oro». Promete a la corona «oro cuanto overen menester», especias, algodón, resinas y «esclavos cuantos mandaran cargar». «Nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos rey y reina… adonde toda la cristiandad debe tomar alegría… en tornándose tantos pueblos a nuestra santa fe, y después por los bienes temporales; que no solamente la España, mas todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancias.»

Las palabras eran proféticas. Colón no había encontrado lo que buscaba, pero halló regiones de una belleza y productividad más allá de cualquier descripción: magníficas islas situadas en mares tropicales; tierras que, a pesar de los terremotos y los furiosos huracanes, fueron durante muchas generaciones envidia y premio de naciones guerreras; tierras que inspiraron una emocionante literatura y dieron a la sobria Historia un matiz novelesco[2].

Conforme iba Colón cruzando España en dirección Noroeste, la gente se aglomeraba por donde quiera que pasaba para ver las pepitas de oro, los cinturones, las grotescas caretas y los indios de piel roja. En abril de 1493 fue recibido con grandes honores por los soberanos, que le confirmaron el título y prerrogativas de almirante y virrey, con todos los privilegios que habían convenido en la capitulación, y le concedieron, para usarlos en sus armas, los castillos de Castilla y los leones de León. La noticia de su descubrimiento se esparció por Italia y por todas partes, y los relatos que él hizo fueron publicados en Roma en prosa latina y en Florencia en verso italiano. Fue éste el momento más glorioso de su carrera.

Los soberanos, con objeto de impedir posibles pretensiones de los portugueses, se apresuraron a procurarse la autorización del papa español Alejandro VI[3] para estas conquistas occidentales, y éste la concedió inmediatamente, con la condición de que los habitantes de aquellas tierras fueran convertidos a la fe católica. Entonces se preparó una gran expedición, surgiendo una multitud de aventureros, ávidos de oro y de una rápida fortuna. Se embarcó ganado: caballos y cerdos —desconocidos en el Nuevo Mundo—, así como semillas y utensilios agrícolas. En septiembre de 1493 partió el almirante de Cádiz para las Canarias con 17 naves, que llevaban 1.200 soldados, aparte de los artesanos, oficiales y algunos sacerdotes, dirigidos por el benedictino fray Bernardo Buil —1.400 hombres en total y ninguna mujer—. El almirante llevaba una comitiva de 10 escuderos y 20 criados. Hay que añadir cerca de 100 polizones que consiguieron introducirse en los barcos.

A partir de Canarias, el almirante se dirigió más al Sur que el año anterior, y, después de un venturoso viaje, llegó a una isla, a

la que llamó Dominica. Al no encontrar puerto allí, desembarcó en una isla próxima, a la que se puso Guadalupe, en recuerdo de un famoso santuario español. Aquí hubieron de horrorizarse los españoles al hallar trozos de cuerpos humanos en las chozas indígenas. Habían entrado en contacto con los caribes (de aquí la palabra *caníbal*), los fieros antropófagos de las Antillas meridionales, cuyas flotillas de piraguas guerreras eran el terror de los tímidos y pacíficos isleños septentrionales, cayendo sobre las costas como una plaga para hacerlos cautivos: a los hombres para comérselos y a las mujeres para convertirlas en concubinas y esclavas.

El paso del almirante por la encantadora cadena de islas tropicales que bordean el mar Caribe nos lo recuerdan los nombres españoles Monserrat, Santa María la Antigua, Santa María la Redonda, Santa Cruz. Navegando a Occidente descubrió la extensa isla de Puerto Rico y, por último, llegó a la Española, donde halló el fuerte de Navidad incendiado y ningún superviviente de entre sus ocupantes, «a los cuales habían muerto los indios, no pudiendo sufrir sus excesos porque les tomaban sus mujeres y usaban dellas a su voluntad, y les hacían otras fuerzas y enojos»; así dice Oviedo, que dio crédito al testimonio de los indios, únicos testigos supervivientes.

Colón disimuló su pesar, con objeto de mantener relaciones amistosas con los indios vecinos; procedió a la ocupación, trazando el plan de una ciudad, a la que llamó Isabela, y nombró regidores y dos alcaldes. Las instituciones municipales habían asegurado en España la Reconquista e iban ahora a ser en América la base de la conquista. Todos los conquistadores posteriores se cuidaban de afirmar su desembarco estableciendo una ciudad, la cual, aunque sólo contuviese unos 20 vecinos viviendo en cabañas de madera, tenía, sin embargo, todo el carácter de una comunidad cívicamente organizada con jurisdicción sobre toda la región circundante.

Una partida exploradora salió para Cibao capitaneada por Alonso de Ojeda, un típico conquistador, pequeño de estatura, pero fogoso, hábil, alegre, valiente y no demasiado escrupuloso, fuerte y experimentado en todas las prácticas atléticas y militares, gustando de los más diabólicos alardes de fuerza y nervios,

siempre en lo más fragoso de la batalla, sin haber sido herido hasta su último combate. El mismo almirante, para impresionar a los indios, cruzó las tierras con todos los hombres hábiles, poniendo delante a los pocos jinetes con que contaba, que eran mirados con horror por los indígenas, los cuales imaginaban que el hombre y el caballo formaban un mismo ser monstruoso, hasta que, viendo al jinete desmontado, se renovaba su admiración. Pero hubo que dejar muchos enfermos en la Isabela, pues el lugar era infeccioso; estalló la fiebre y costó muchas vidas. Todos, incluyendo a los sacerdotes y caballeros aventureros, habituados al lujo, tuvieron que sufrir los rigores del acortamiento de raciones y la necesidad de trabajar aun con hambre y fiebre.

Ya había cundido el descontento entre los españoles y habían aumentado los conflictos con los nativos cuando Colón partió en la *Niña*, en viaje de descubrimiento; dejó como representante suyo en la isla a su hermano Diego y puso a un caballero aragonés, Margarit, al frente de fuerzas suficientes para explorar y dominar el interior, ordenándole tratar bien a los indios, pero autorizándole para «si halláredes que alguno de ellos hurten, castigadlos cortándoles las narices y las orejas, porque son miembros que no podrán esconder».

Cinco meses estuvo ausente el almirante, descubrió la feraz y bella isla de Jamaica y exploró la costa meridional de Cuba, esforzándose por probar su continuidad o conexión con los dominios asiáticos del Gran Kan. Pero, hostilizado por el mal tiempo y enredado en los bajíos e isletas que él llamó el Jardín de la Reina, tuvo que contentarse con obligar a sus hombres a que se juramentasen en la opinión que tenían entonces respecto a Cuba, amenazándoles, si la negaban alguna vez, con perder la lengua, además de otros castigos. Por lo pronto, esta opinión coincidía con su propia esperanza de que Cuba formaba parte de un Continente.

Rendido por la ansiedad y el cansancio, volvió el almirante a la Isabela, sumido en un sopor letárgico, y estuvo enfermo varios meses. Durante su ausencia había llegado de España su hermano Bartolomé, que de entonces en adelante había de ser su mano derecha. El almirante le nombró adelantado de las Indias;

pero el gobierno se hacía difícil. Margarit, en vez de explorar y conquistar el interior, se quedó en la fortaleza, maltratando a los indios y a sus mujeres; y, por último, víctima de una enfermedad infecciosa que se extendió entre los españoles, se escapó a España en compañía del sacerdote Buil, para burlarse allí de la quimera del oro y propalar tendenciosos informes. La historia de la Isabela está llena de enfermedades, mortandad, escasez y amenazas de sublevaciones. Los indios mataban a cada español que se extraviaba; pero una masa de hombres desnudos, con cachiporras y estacas puntiagudas, tenía que ser impotente ante las ballestas, arcabuces, lanzas y espadas del pequeño ejército colombino de 200 soldados. Cada batalla era una carnicería, y se soltaban perros salvajes a los indefensos fugitivos, predestinados a desaparecer de estas islas en poco más de una generación. Colón estableció un impuesto de oro en polvo por cabeza, que sus súbditos no podían pagar, y embarcó 500 de ellos para venderlos como esclavos en España, los más de los cuales murieron. Sus últimos esfuerzos para obtener un provecho de sus dominios mediante el tráfico de esclavos se vieron frustrados por la decisión de Isabel de que sus vasallos no debían ser sometidos a la esclavitud[4].

Los nativos, hartos ya de alimentar a estos voraces huéspedes, dejaron de labrar la tierra. Siguió el hambre, dolorosa para los españoles, pero destructora para los indígenas. Aventureros descorazonados regresaban a España sin oro, pero «amarillos como el oro».

En octubre de 1495 llegó un comisionado real que asumió una arrogante autoridad. Seis meses más tarde salió Colón para España acompañado por el representante de la corona, dejando en su lugar a su hermano Bartolomé, al que luego envió órdenes de establecer un puesto en la costa meridional, donde había mucho oro. La ciudad de Isabela fue abandonada a la selva y, según se decía, a los fantasmas e hidalgos que rondaban por las calles desiertas. La ciudad recién fundada de Nueva Isabela, más tarde conocida por Santo Domingo, fue durante medio siglo la residencia central del Gobierno de las Indias españolas. Entretanto, el almirante, que había traído a España algunas muestras de oro y había presentado a la corte un «rey» indio decorado

con una pesada cadena de oro, anunció que había descubierto el Ofir de Salomón. Obtuvo una generosa acogida por parte de los soberanos, nueva confirmación de sus privilegios y más distinciones honoríficas.

Pero esta vez no había multitud de voluntarios que acompañara a Colón a su vuelta a la Española. Corrían voces de que eran más las penalidades que el provecho. Tan difícil resultaba reclutar gente, que se indultaba a los criminales que quisieran marchar a las Indias. Al cabo de un año se enviaron provisiones a la Española, y pasados un par de años angustiosos y llenos de contratiempos, zarpó Colón con seis barcos. En el momento del embarque el virrey-almirante derribó y dio de puntapiés a un oficial que le había irritado, incidente que no fue del todo trivial, pues contribuyó, según Las Casas, a que Colón cayera en desgracia dos años después.

El almirante, tras enviar la mitad de su flota directamente a la Española, tomó un rumbo más meridional que la vez anterior, y, alcanzando el objetivo que se proponía, entró entre la isla denominada por él Trinidad y el Continente, a través de los estrechos que llamó Boca de la Serpiente y Boca del Dragón, asombrándose del contraste entre el agua salada y el enorme caudal de agua dulce que manaba de las bocas del Orinoco. Pensó, muy acertadamente, que un río tan ancho debía de correr por un gran Continente que se extendiese hacia el Sur, pero añade que dicho río mana del Paraíso terrenal. Explica que la Tierra no es por completo esférica, sino que tiene forma de pera, y que una proyección representando la cola de la pera se eleva al cielo partiendo del Ecuador, y el Paraíso está en lo alto de esta proyección. Sostiene haber hallado «el fin de Oriente», pero añade, en lo cierto: «Vuestras Altezas tienen acá otro mundo de adonde puede ser acrecentada nuestra santa fe, y de donde se podrán sacar tantos provechos.» Había, en efecto, algo fantástico en esta tierra, cuyos oscuros habitantes llevaban por todo vestido ristras de perlas. Los españoles habían descubierto las pesquerías de perlas de Paria y adquirían perlas al peso, ya por nada, ya cambiándolas por abalorios de vidrio.

Los lugartenientes del almirante cortaron ramas de los árboles en señal de toma de posesión, pues Colón, postrado por una

enfermedad y temporalmente ciego, no pudo desembarcar en el Continente recién descubierto por él (agosto de 1498). Tampoco pudo continuar el viaje rumbo al Oeste -lo que hubiera resuelto sus incertidumbres geográficas-, pues las provisiones tan necesarias en la Española se estaban deteriorando por el clima tropical.

Ya en la Española se encontró con que su hermano —un extranjero entre aventureros buscadores de oro— había fracasado en su gobierno. El alimento escaseaba. La población nativa, diezmada en las frecuentes sublevaciones, había disminuido notablemente, y los españoles, divididos en dos campos, luchaban los unos contra los otros. Roldán, dejado por el almirante de juez en la isla, se internó tierra adentro, se invistió de la máxima autoridad, interceptó los suministros que llegaban de España y consiguió arrestar a todos los revoltosos y descontentos. Colón tuvo que pactar con él dos humillantes convenios, aunque después aconsejara a los reyes que los rescindieran. Entonces Colón, valiéndose de la fuerza de las armas y de ejecuciones de procedimiento sumarísimo, consiguió, en parte, establecer el orden. Para satisfacer a los españoles y estimular la formación de colonias, concedió a cada colono un grupo de indios que les sirvieran de criados y labriegos[5], institución de servidumbre que apresuró el rápido exterminio de los nativos, por la mortalidad que causaba un trabajo al cual no estaban habituados, mientras que la comida era escasa, y por la interrupción de la vida de familia y la disminución de los nacimientos. Pero las causas destructoras irresistibles eran las plagas de viruelas y sarampión, importadas de Europa.

Las noticias que llegaban a España obligaron a los soberanos a enviar un visitador con plenos poderes, Bobadilla, caballero de la Orden de Alcántara y hombre de buena fama. Bobadilla llegó en agosto de 1500, ocupó la casa de Colón, se posesionó de sus bienes y documentos, encarceló a los tres hermanos —el almirante se sometió con serena dignidad— y, después de haber oído las acusaciones y retenido los tesoros debidos a la corona, los envió a España.

«—Vallejo, ¿dónde me lleváis? —preguntó el almirante al oficial que fue a la cárcel para conducirle a bordo.

»—Señor, al navío va vuestra Señoría a se embarcar —respondió Vallejo.

»—Vallejo, ¿es verdad? —preguntó el almirante.

»—Por la vida de vuestra Señoría, que es verdad que se va a embarcar —respondió Vallejo, que era un noble hidalgo, con la cual palabra se conhortó, y cuasi de muerte a vida resucitó.»

Se negó a que le quitaran los grilletes y llegó a Cádiz encadenado. Los reyes, al enterarse de ello, ordenaron su libertad, le enviaron una respetable cantidad de dinero, le recibieron en Granada en una emocionante entrevista y decretaron la devolución de sus bienes en la Española. Reemplazaron a Bobadilla —cuya conducta en este asunto desaprobaron— por Ovando, el cual ocupaba un alto puesto en la Orden de Alcántara, hombre prudente, justo, digno y noble, en opinión de Las Casas. Gómara dice de él: «Ovando pacificó la provincia de Xaragua con quemar 40 indios principales y ahorcar al cacique Guayorocuya y a su tía Anacuona, hembra absoluta y disoluta en aquella isla.»

En realidad, la corona se preocupaba ya de la administración de los nuevos territorios: un Ministerio colonial iba configurándose, que luego se concretó en el famoso «Consejo de Indias» con Juan de Fonseca, más tarde obispo de Burgos, hombre público de prudencia y capacidad probadas, y la Casa de Contratación, que se ocupaba del comercio de ultramar, establecida en Sevilla poco después de marchar Colón en su segundo viaje. La animosidad obstaculizadora que Fonseca mostraba hacia Colón se debía en parte, opina Las Casas, al modo de ser independiente del almirante y a la indiscreta impaciencia de éste ante los fastidiosos trámites oficiales. Esta animadversión fue exagerada probablemente por los amigos de Colón; pero las actuaciones posteriores de Fonseca, sobre todo su antagonismo con Balboa y Cortés, le presentan como un burócrata carente de entusiasmo idealista y de espíritu acogedor. Sin embargo, hay que admitir que no eran los conquistadores personas muy fáciles de tratar.

Ya se lanzaban otros navegantes por las rutas inexploradas. Un real decreto de 4 de abril de 1495 permitía solicitar, bajo estrictas condiciones, licencia de la corona para emprender alguna

exploración occidental. Una protesta de Colón dio lugar, si no a la revocación del decreto, por lo menos a una orden (junio de 1497), exceptuando los casos en que dichas expediciones pudieran infringir los derechos del almirante. Colón modificó luego sus pretensiones, insistiendo únicamente en que las licencias reales fueran refrendadas por sus agentes de Sevilla. En 1499-1500, cinco expediciones, capitaneadas por acompañantes de Colón en sus anteriores viajes, y sobre la base de los descubrimientos de éste, cubrieron 3.000 millas de la costa desde el 7° de latitud Sur hasta el istmo. Ojeda, acompañado por dos famosos navegantes, Juan de la Cosa y Américo Vespucio[6], exploró la costa de Guañana y del país que él llamó humorísticamente Venezuela (pequeña Venecia), encontrando cabañas indias sostenidas por pilares sobre al agua del golfo de Maracaibo. El sistema de Ojeda era más combativo que diplomático, y sus frecuentes luchas con los indígenas constituyeron una desafortunada introducción de la civilización europea en aquellas tierras.

Bastidas, notario de Sevilla, continuó la exploración por el istmo de Panamá[*]. Aunque en el viaje de regreso perdió sus dos barcos en la costa de la Española, Bastidas y sus hombres consiguieron transportar, viajando a pie, tesoros suficientes para hacer productiva la expedición. Entretanto, Vicente Yáñez Pinzón cruzaba el Ecuador, descubría la desembocadura del enorme Amazonas y costeaba la playa brasileña; pero, habiendo perdido cuanto aventuraba en esta empresa, volvió Pinzón a España con unos cuantos exhaustos supervivientes de la tempestad y del naufragio.

Lepe, piloto de Palos, llegó aún más al sur de la costa brasileña. Pero la aventura más rica en consecuencias fue la de Peralonso Niño, que se embarcó para la costa de las Perlas en un barco de 50 toneladas con 33 hombres y, al regresar al cabo de once meses, causó la admiración de todos mostrando perlas de gran tamaño, además de oro y valioso palo de Campeche. Se sospechó que la tripulación se había guardado muchas perlas, aparte de las que satisficieron los impuestos reales. De otros viajes quedaron algunas vagas referencias. El almirante protestó contra la concesión de licencias sin su intervención, así corno

contra las crueldades de algunos aventureros que desacreditaban a la raza blanca y que iban en detrimento de posteriores empresas.

Hasta entonces la corona había obtenido poco provecho de estos descubrimientos occidentales, pero había claros indicios de un posible imperio colonial extensísimo y grandes rentas futuras. Por eso no es de extrañar que el almirante —que había abierto el camino para todo esto— recibiera el encargo de los reyes de ponerse al frente de otra expedición (1502-1504), con jurisdicción civil y criminal sobre 140 hombres, pagados por la corona, por cuya cuenta fueron asimismo arrendadas y equipadas cuatro naves. Se determinó previamente el rumbo a seguir, con órdenes de no tocar en la Española a la ida; también se planeó la busca de tesoros y el establecimiento de una colonia en las tierras que se descubrieran. Acompañaron al almirante su hermano Bartolomé y Fernando, su hijo ilegítimo, de catorce años de edad, el cual cobraba la paga del rey como un miembro más de la expedición. Demuestra que el almirante iba al mando de una escuadra de guerra real, y que se le trataba con señalada confianza, el hecho de que los Reyes Católicos les enviaron orden, poco antes de zarpar, de modificar su rumbo para socorrer a un puesto portugués en África que había sido sitiado por los moros. Los documentos que atestiguan estos preliminares y la historia de este viaje están recogidos por Navarrete, cuya *Colección de Viajes* (Madrid, 1823-1837) continúa siendo la principal e indispensable autoridad en lo referente a los viajes de Colón, y forma la parte más valiosa de la *Raccolta*, publicada en 1892. El almirante llevó debidamente a cabo el encargo, para encontrarse con que el sitio de la playa había cesado y la guarnición portuguesa no necesitaba ya la ayuda que él llevaba.

Este último viaje de Colón al mando de una escuadra real se destaca en la historia de las exploraciones y conquistas, pues así como Colón había sido el primero en descubrir las Antillas y el Continente, ahora iba a ser el primero en explorar la región conocida después con el nombre de América Central, con la idea de encontrar un estrecho y establecer una colonia en tierra firme. Fue también el primero que entró en contacto —un rápido contacto en realidad— con la admirable civilización o semi-ci-

vilización del Yucatán y de la región mejicana. Su empresa se caracterizó por una gran persistencia en el esfuerzo, a pesar de los desastres que se acumularon y de las enfermedades agotadoras.

Antes de su marcha escribió al Papa: «Gané 1.400 islas y 933 leguas de tierra-firme de Asia, sin otras islas famosísimas… Estas islas (Española) es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz y Cipanga." Con su viaje intentó justificar tales pretensiones hallando ricas tierras hacia Poniente, y más y más oro. «El oro es excelentísimo —escribió—; de oro se hace tesoros, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al Paraíso.»

Antes de partir de España, el almirante completó su *Libro de los Privilegios*, esto es, de los privilegios que le habían sido concedidos, así como su extraño *Libro de las Profecías*, en el que trata de probar que las profecías del Antiguo Testamento predicen sus descubrimientos y la reconquista del Santo Sepulcro que esperaba realizar. La creencia de Colón de que había algo misterioso, algo grabado por mandato divino en su nombre y su persona, se manifiesta claramente en su habitual rúbrica simbólica, que ha sido diversamente interpretada por conjeturas, pero nunca con certeza.

Rúbrica de Colón

En mayo de 1502 levó anclas en Cádiz. Las necesidades de su flota le llevaron, pese a la prohibición real, a Santo Domingo, la única base española en el Nuevo Mundo, donde 30 barcos estaban dispuestos para zarpar rumbo a España. Se hicieron a la mar sin atender la predicción de un huracán hecha por Colón; 20 naves se hundieron con todos sus tripulantes —entre ellos Bobadilla y Roldán— y con grandes riquezas, entre éstas un lingote que se dice pesaba 36 libras, 3.600 pesos de oro. Uno de los buques llegó a España; los restantes regresaron con grandes destrozos. Este desastre se destaca, por su gran fuerza dramática, entre las innumerables tragedias de la conquista.

Mientras tanto, los cuatro navíos de Colón soportaron la tormenta, fueron a Jamaica y sur de Cuba y después se dirigieron al Suroeste, a través del mar Caribe. Su hijo Fernando cuenta que en la isla de Bonaca (Guanaca), frente a la costa septentrional de Honduras, les salió al paso una canoa cargada de mercancías y tripulada por 25 hombres, con una cabina construida con hojas de palmera, impenetrable a la lluvia, que protegía a las mu je res, los niños y las mercancías (vestidos y sábanas de algodón teñido, destrales y otros artículos fabricados de cobre, y armas como las que luego se hallaron en Méjico). La gente de la canoa declaró que traían aquellas cosas del Oeste (es decir, del Yucatán). Pero en vez de sentirse arrastrado a Occidente por esta certidumbre de riquezas y buena acogida, el almirante perseveró en su primitivo propósito. Navegó al Este, hasta el llamado por él cabo Gracias a Dios, y de allí al Sur, exploró las costas de Honduras, Nicaragua y Costa Rica (empleando los nombres modernos) hasta el istmo. Se encontró oro y pruebas de que había por allí gran abundancia de este metal, sobre todo en Veragua. Pero los costaneros, aunque algo más avanzados en el modo de vivir que los isleños de las Antillas, eran menos tratables. Sin embargo, el oír hablar —coincidiendo con lo que él creía— de un país rico y civilizado, bañado por la mar, que se encontraba nueve días de marcha al Occidente, Colón buscó un paso («como se navega de Cataluña a Vizcaya o de Venecia a Pisa») por donde poder navegar hasta aquella tierra, situada a la otra orilla.

La interesantísima observación anterior demuestra que Colón había logrado tener una noción bastante exacta de la forma de la tierra que estaba costeando; pero, por otra parte, cuando se nos dice que los indios afirmaban de la costa contraria que «de allí a diez jornadas es el río Ganges», se deja traslucir que Colón no sabía más que cualquier otro sobre qué pudiera existir del otro lado. Como otros exploradores impacientes, interpretaba los gestos y palabras de los indios a medida de sus deseos, aferrándose a la idea de la proximidad del Continente asiático o de haber entrado ya en contacto con él. Siguiendo al Este su viaje, llegó al lugar donde ya había tocado Bastidas, navegando en dirección opuesta, y no encontró estrecho alguno. Colón y

sus hombres conocían ya, probablemente, el sitio donde se detuvo Bastidas, puesto que éste regresó a Santo Domingo antes que Colón hiciese allí escala en su viaje de ida, y es casi seguro que los de la expedición que volvía y los de las que marchaba cambiasen impresiones. ya que cada nuevo viaje era discutido apasionadamente por los marinos, pasando las cartas de navegar de unas manos a otras.

De acuerdo con el mandato real, se intentó establecer una colonia con Bartolomé como gobernador. Pero los indígenas eran muy diferentes a los de la Española; atacaron con furia a grupos sueltos de estos intrusos; murieron en estas refriegas algunos españoles; otros, entre ellos Bartolomé, resultaron heridos. Luego de pasar por muchos peligros y sufrimientos y de un angustioso aplazamiento a causa del tiempo tormentoso en aquella costa batida por la resaca, los supervivientes se embarcaron, siendo abandonada la colonia.

Con más sufrimientos aún que los causados por los riesgos propios de viajes a través de mares desconocidos y tierras salvajes —tempestades, lluvias torrenciales, naufragios, luchas con los salvajes y pérdida de hombres, enfermedades y hambre—, Colón tuvo que permanecer un año en Jamaica; en la playa, los dos barcos carcomidos que le quedaban. Fue salvado por la devoción de Diego Méndez, un bravo caballero que hizo un viaje a Santo Domingo en una piragua, y desde allí envió a Colón un barco. En su testamento dispuso Méndez que se grabara una piragua en su piedra sepulcral.

Colón vino a España por última vez en 1504, cuando murió la reina Isabel. La sobrevivió dieciocho meses, afligido por la gota y la vejez prematura, importunando en vano a Fernando pidiéndole la completa restauración de sus derechos y autoridad. Si bien esta petición estaba muy justificada, hubiera sido una errónea justicia concederle plenamente la autoridad virreal, puesto que la experiencia había demostrado que no sabía mantenerla. El establecer en las Indias un despotismo —y neopotismo— personal hereditario hubiera sumido a la isla y regiones costeras en constantes contiendas como las que deshicieron a Pizarro y los suyos en el Perú.

No es cierto que el almirante muriese pobre y abandonado, aunque sí decepcionado en sus grandiosas ambiciones y por las promesas incumplidas. La corona obtenía ya algunas rentas de la Española, debidas a los impuestos reales sobre el oro que se obtuviese por particulares utilizando el trabajo de los indios, y Colón recibía con regularidad el diezmo de estos tributos. Su testamento es el de un hombre en buena situación económica, y a su heredero le dejaba un mayorazgo. Sus hijos Diego y Fernando se educaron de pajes en la corte. Diego, segundo almirante y virrey, se casó con la hija del duque de Alba, primo hermano del rey, aportando a la casa de Toledo grandes rentas y señoríos, envidia de todos los grandes de España, según él mismo declara.

Desde que, al celebrarse en 1892 el cuarto centenario de su gran viaje, se concentró en los temas colombinos la atención mundial, se ha discutido mucho, en varios idiomas, sobre el nombre de Colón. Estas interminables contiendas eruditas se deben a que Colón rara vez se contentaba con los simples hechos, aunque tampoco puedan siempre atribuirse sus divagaciones y contradicciones a los agradables impulsos de su imaginación sin control. Pero las laboriosas investigaciones de los críticos y la abundante literatura referente al hombre y a su obra, son ya en sí mismas una evidencia de la grandeza de éste. La fama de Colón es principalmente póstuma; pero aquellos que lo conocieron y nos hablan de él le tuvieron por un gran hombre. Para Méndez, que lo quería, es «el gran Almirante, el Almirante de gloriosa me moria». El cronista Bernáldez, que le tuvo de huésped, habla de Cristóbal Colón «de maravillosa y honrada memoria». Las Casas —el cual, aunque censurando mucho de lo que hizo Colón, no puede contener una admiración entusiasta— declara que ningún otro súbdito rindió a su soberano tanto servicio como Colón. Este servicio ha quedado expresado en el mote que la familia del almirante añadió a sus armas:

A Castilla y León
nuevo mundo dio Colón.

[1] Véase M. Fernández Navarrete: *Viajes de Colón*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[2] Como, por ejemplo, en el libro de Charles Kingsley *At last*.

[3] Para satisfacer a los portugueses y aclarar algunos puntos oscuros de las Bulas pontificias, la corona española y la portuguesa convinieron, por el Tratado de Tordesillas de 1494, en que una línea trazada de Norte a Sur, 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, dividiría los descubrimientos y conquistas occidentales de los españoles, de las orientales de los portugueses. Esta línea entregó a Portugal la parte oriental del Brasil. Con este tratado no se quiso reemplazar las decisiones pontificias, sino llevarlas a la práctica y aclarar las dudas celebrando un acuerdo directo entre las dos potencias interesadas.

[4] Más tarde se hizo una excepción con los caníbales y los enemigos capturados en guerra. Los aventureros españoles dieron a esta concesión una interpretación extensiva, y la caza de esclavos se convirtió en un negocio lucrativo.

[5] Estos *repartimientos* se desarrollaron luego en el sistema de *encomiendas*, feudos de vasallos indios concedidos a los conquistadores en todas las Indias españolas.

[6] Véase M. Fernández de Navarrete: *Viajes de Américo Vespucio*, Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[*] Cfr. mapa de referencia n. 1.

III.
LAS ISLAS

Después del último viaje de Colón y de la muerte de la reina, hubo una tregua de cinco años en la exploración y en las tentativas de colonización. La corona tenía mucho que hacer con los asuntos interiores, y los pocos cientos de españoles que habían ido a parar al Nuevo Mundo se encontraban con sitio de sobra en la gran isla Española y en la vecina de Puerto Rico, recorrida en 1508. En este intervalo de tranquilidad se exploraron las costas de las Antillas y se hicieron cautivos para sustituir a la población servil, cada día más mermad a, de la Española; y los isleños anfibios de las Bahamas, cuya gentil inocencia tanto había impresionado a Colón, eran secuestrados para que pescaran perlas en Paria, a 1.000 millas de sus hogares. Entretanto, Ojeda, Juan de la Cosa y otros recogían perlas y oro, o por cambio o por fuerza, a lo largo de la coste venezolana y embarcaban esclavos para España.

Éstos eran sólo viajes de paso, pero los años 1509-1512 trajeron un doble movimiento de expansión partiendo de la Española: la tarea relativamente fácil de ocupar las islas cercanas y la peligrosa empresa de una lejana colonización en el Continente americano o Tierra Firme; esto es, las costas del mar Caribe, para donde se embarcaron los más atrevidos, arriesgando sus vidas en la búsqueda del oro y el poder.

La ocupación de las islas habitadas por gentes desnudas y pacíficas puede contarse en pocas palabras. Ponce de León, un noble caballero, había acompañado a Colón en 1493, y durante quince años probó sus dotes de hombre capaz y de confianza. Bajo Colón y sus sucesores se distinguió en la conquista o pacificación de la parte oriental de la Española, y quedó al mando de aquella región. Allí le dijeron sus súbditos indios que en la isla de Puerto Rico podía hallarse mucho oro, casi a ras del suelo. Para lograr tan preciada recompensa fue allá con guías indios y unos cuantos españoles. El cacique principal de la isla los recibió amablemente, cambió hombres con él como muestra de afecto, le condujo a ríos que arrastraban oro en sus aguas y entregó al español su propia hermana; pero esta amistad fue breve;

Ponce de León repartió los indios entre los amos españoles para que les sirvieran por la fuerza en la busca del oro y en el cultivo de la tierra. El cacique amigo murió, y su sucesor planeó con otros jefes el exterminio de los molestos huéspedes. La rebelión fue súbita e inesperada; los puestos españoles fueron incendiados, y los cristianos tuvieron que defenderse contra multitudes que se precipitaban sobre ellos para aniquilarlos. Unos 70 españoles —la mitad de los que había en la isla— perecieron. Siguió una fiera revancha: incendios, ahorcamientos, utilización de perros salvajes, esclavitud completa, disminución y luego desaparición de la población nativa.

Oviedo cuenta dos historias significativas sobre las circunstancias de la conquista. Diego de Salazar, cuya valentía era proverbial entre los indios («piensa tú que te tengo de temer como si fuesses Sala ar»), supo por un lloroso esclavo indio que el amo de éste, llamado Juárez, estaba en manos de una multitud de indios que celebraban una fiesta alegre y triunfante a la que había de seguir un baile, especie de ceremonia religiosa entre los nativos. En esta ocasión iba también a celebrarse un juego para disputarse un premio, y los que ganaran obtendrían la distinción de matar al cautivo cristiano. Salazar, al enterarse de la inminente tragedia, obligando al aterrado fugitivo a guiarle —muy encontra de su voluntad— hasta el lugar de la escena descrita, llegó a la choza donde tenían atado a Juárez y lo desató, diciéndole: «Sé hombre y sígueme.» Los dos españoles pasaron como una exhalación por entre los confiados indios y escaparon. El jefe indio, que había sido herido en la contienda, envió mensajeros a Salazar e, invitándole a volver, le ofreció perpetua amistad y le pidió el honor de llevar el nombre de Salazar. El español accedió, y el cacique, mientras sus súbditos le saludaban con gritos de «¡Salazar!, ¡Salazar!», entregó al español cuatro esclavos y algunas joyas como señal de amistad.

El otro relato se refiere a un perro llamado Becerrillo, al cual, por su habilidad en la guerra contra los indios, se le asignaba la parte de un ballestero en todos los botines —la mitad de lo que ganaba un soldado corriente—; a cada distribución se pagaba debidamente esta parte al dueño de Becerrillo. Diez españoles con el perro eran más temidos que cientos sin él. Becerrillo co-

nocía a un indio *bravo* entre una multitud de *indios mansos*, y si se lanzaba tras un fugitivo, seguía la pista, agarraba por el brazo al indio y le hacía volver, o, caso de resistirse, lo hacía pedazos. En una ocasión decidió Salazar, después de una batalla, arrojar uno de sus cautivos, una vieja, a Becerrillo; ordenó a la mujer que llevara una carta a unos cristianos que se hallaban a una legua de allí; cuando la mujer había avanzado como la mitad del alcance de una piedra, le soltaron el perro y ella se dejó caer en el suelo, mostrando al perro la carta, y dirigiéndose a él, en lengua india le dijo: «Perro, señor perro: yo voy a llevar esta carta al Gobernador; no me hagas mal, señor perro.» El perro la olfateó tranquilamente y la dejó. Cuando llegó, el gobernador la libertó para no ser menos misericordioso que el perro. Becerrillo fue herido a menudo y, finalmente, lo fue mortalmente por una flecha cuando nadaba en persecución de un indio fugitivo.

El segundo almirante, Diego Colón[1], fue a la Española acompañado de su noble esposa, María de Toledo, en 1509, con la restauración parcial de sus heredadas preeminencias, y residió en la isla como gobernador durante seis años, aunque la efectiva autoridad fue transferida a un tribunal y consejo administrativo formado por tres oidores establecidos en 1511 y que recibió más tarde (1526) el título formal de Audiencia. La llegada del almirante y su séquito ennobleció mucho a la ciudad, y las damas de honor de su esposa encontraron marido entre los principales caballeros de la isla, introduciéndose así un elemento de la más distinguida cultura castellana. Por esta época los negros importados de África, más robustos que los indios, iban reemplazándolos conforme éstos mermaban. La caña de azúcar, importada de España, prosperó, y la sed de oro fue dejando paso a la industria de los campos de cañas y los molinos de azúcar, verdadera fuente de riqueza para los colonos y de renta para la corona. El cerdo, introducido por primera vez en 1493, se había desarrollado extraordinariamente, y, como el tocino era un excelente elemento para aprovisionar las expediciones, se hizo muy provechosa la cría de cerdos[2].

La Española se estaba convirtiendo en campo adecuado para el cultivador laborioso y el abastecedor. Ya no quedaba allí sitió para el aventurero cegado por la ilusión del oro y a veces de la

conquista; estos espíritus inquietos y ambiciosos tenían ahora que marchar más lejos. Diego Colón sostuvo que todas las Antillas, por haber sido descubiertas por su padre, estaban bajo su mando; pretensión que no fue del todo apoyada por la corona. A consecuencia de esto, la conquista o «pacificación» de Puerto Rico se vio demorada y perturbada por frecuentes cambios de gobernadores y discusiones acerca de la autoridad. Pero, de todos modos, el resultado fue inevitable: el dominio de España sobre la isla.

Puerto Rico, «pacificado» ya, fue la base de una fantástica pero típica empresa, digna del mismo Colón. Ponce de León y sus hombres habían sufrido en Puerto Rico «muchos trabajos, así de la guerra como de enfermedades, y muchas necesidades de bastimientos y de todas las otras cosas necesarias a la vida»; pero el veterano tenía el ánimo de un conquistador, y en 1512 se dirigió al Norte con dos carabelas para descubrir la «isla de Bimini», en la cual, según se decía, se hallaba una fuente milagrosa «que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos». Durante seis meses navegaron entre las Bahamas y las aguas circundantes; en el transcurso de estas excursiones desembarcaron el día de Pascua Florida en una tierra a la que llamaron la Florida, nombre que aún conserva. El final de la aventura, que tuvo lugar nueve años después, podemos relatarlo aquí mismo. Ponce de León volvió a España, contó lo que había visto, fue nombrado «Adelantado de Bimini», renovó su expedición a la costa de Florida en 1521 y, herido mortalmente por una flecha india, fue a morir en Cuba. «Y no fue sólo él —dice Oviedo— quien perdió la vida y el tiempo y la hacienda en esta demanda: que muchos otros, por le seguir, murieron en el viaje y después de ser allá llegados, parte a mano de los indios y parte de enfermedades; y así acabaron el Adelantado y el adelantamiento».

El almirante Diego Colón, residente en su palacio tropical de Santo Domingo, se jactaba de haber ocupado y pacificado las islas de Jamaica y Cuba mediante sus delegados sin derramamientos de sangre. Sin derramar sangre española, es lo que quiso decir, pues la defensa principal de los desnudos y tímidos indios no consistía en el uso de sus débiles armas, sino en huir a la espesa selva y a las abruptas montañas de sus islas nativas.

Hasta allí eran perseguidos, y los sobrevivientes eran entregados como siervos a los españoles. El conquistador de Jamaica fue Juan de Esquive!, de Sevilla, hombre prudente, que rigió la isla hasta su muerte, tres años después.

En esas expediciones por las islas, las penalidades sufridas por los invasores no eran los azares de la guerra, sino el cansancio, la exposición, las enfermedades y, lo peor de todo, el hambre. Cerca de la costa podían encontrarse bastantes alimentos, pues los nativos eran muy buenos pescadores; pero, por lo demás, no producían más alimentos que los que necesitaban por el momento. Y cuando los españoles se internaron en las Grandes Antillas, las escasas raciones de pan de cazabe y batatas —cuando podían lograrse— constituían un débil sustento para el soldado europeo.

Lo referente a la grande y fértil isla de Cuba tiene más interés, pues así como se sintieron atraídos hacia su suelo los espíritus más aventureros y ambiciosos de la Española, así se convirtió a su vez Cuba en punto de partida para más famosas empresas. El delegado del virrey era aquí Diego de Velázquez, hombre rico, de buena fama, uno de los primeros acompañantes de Colón. El cacique de la parte oriental de la isla ofreció resistencia, pero su gente se hallaba muy esparcida; fue perseguido, capturado y quemado vivo como rebelde y traidor. La isla —700 millas de longitud— fue sometida poco a poco en sucesivas expediciones y sin grandes combates; se distinguió en ellas un lugarteniente de Velázquez, Pánfilo de Narváez, cuyo nombre veremos reaparecer en la historia de la conquista continental.

Se fundaron en Cuba ciudades españolas, y los indígenas fueron repartidos entre los colonizadores, que así se hicieron *encomenderos*, o sea, señores feudales de los vasallos indios. Estas encomiendas o feudos, conocidas en la isla con la denominación menos técnica y más sencilla de *repartimientos*, tienen una breve historia; se redujeron a la nada con la desaparición de la población nativa y se importaron esclavos negros para que sustituyeran a los siervos indios, que se agotaban por momentos. Dos de los posteriores colonizadores de Cuba merecen nuestra atención: el sacerdote Bartolomé de las Casas, el cual fue luego el adalid y protector de los indios, vivía despreocupadamente por

entonces, como los demás encomenderos, del trabajo de sus esclavos indios, y Hernán Cortés, cuyas hazañas se relatan en cuatro capítulos posteriores de este libro (capítulos V a VIII).

[1] Diego Colón marchó a España en 1515, y después de reclamar insistentemente en la corte sus derechos hereditarios, regresó a Santo Domingo como gobernador (aunque la Audiencia era la que regía de hecho) hasta 1523, en que volvió a España; siguió durante dos años a la corte en sus continuos traslados, insistiendo vanamente en sus pretensiones, hasta que murió en 1526.

[2] El gran incremento que tomó el ganado vacuno alimentado en terreno salvaje tuvo lugar algo más tarde.

IV.
EL MAR DEL SUR

¡Al Sur! ¡Al Sur!
T. A. JOYCE

La extraña y emocionante historia del descubrimiento de estas grandes islas, dotadas de fantástica belleza y maravillosa fertilidad, excita la imaginación; sin embargo, la historia de las islas es casi prosaica si la comparamos con las vicisitudes y aventuras de la conquista del Continente[*]. En 1509 concedió la corona dos autorizaciones: una a Ojeda, que iba a colonizar lo que hoy es la costa septentrional de Colombia, y otra asignando la tierra comprendida entre el istmo y el cabo Gracias a Dios (esto es, aproximadamente los actuales países de Panamá, Costa Rica y Nicaragua) a Diego de Nicuesa, a pesar de las protestas del almirante Diego Colón, que reclamaba aquel territorio descubierto por su padre como perteneciente a su jurisdicción. Nicuesa era un hidalgo enriquecido en las minas de oro de la Española. Se había educado de paje de un tío del rey y era «persona muy cuerda y palanciana», dice Las Casas, y «graciosa en decir, gran tañedor de vihuela, y sobre tocio gran jinete, que sobre una yegua que tenía… hacía maravillas… era uno de los dotados de gracia y perfecciones humanas que podía haber en Castilla». Gastó en la empresa toda su fortuna, además de mucho que tomó prestado.

Ojeda se embarcó en noviembre de 1509 con 300 hombres y 12 yeguas. Nicuesa partió pocos días después, llevando seis caballos y unos 700 hombres, pues su atrayente personalidad, junto a la fama dorada de que gozaba Veragua desde el último viaje de Colón, arrastró muchos reclutas para esta segunda expedición. El caballo era aún desconocido en el Continente y sus habitantes se aterraban al verlo. De los 1.000 hombres o más que se lanzaban así, en dos grupos, en busca de fortuna, sólo conservó la vida un centenar escaso al cabo de unos cuantos meses. Unos cayeron en las luchas; otros en algún naufragio; otros, envenenados por las flechas que lanzaban salvajes emboscados en la selva. Pero en su mayoría murieron simplemente por el hambre y las penalidades. Esta tragedia era el prólogo del

descubrimiento del mar del Sur y de la conquista de medio Continente.

Ojeda ancló en la amplia bahía donde después se levantó la ciudad de Cartagena. Al momento desembarca con 70 hombres para atacar a los indios, pero su imprudente confianza recibió un duro golpe; sólo él y un compañero lograron burlar a la muerte en la huida, gracias a su agilidad de pies y a su habilidad usando el escudo, que mostró las señales de 23 flechas, mientras que el resto de la compañía, entre ellos Juan de la Cosa, fueron alcanzados por las flechas envenenadas y murieron delirando. Después de tomar una feroz venganza de los habitantes, Ojeda estableció un puesto al oeste del golfo de Uraba; pero sus hombres, aparte de las víctimas causadas por las flechas, se morían de hambre. Por su audacia imprudente él mismo cayó en una emboscada, y una flecha envenenada le atravesó un muslo. Esta vez salvó su vida cicatrizando la herida con hierro candente, amenazando al médico con ahorcarlo si no le aplicaba este terrible cauterio.

Sus acompañantes, menguados diariamente por la muerte, se salvaron de una extinción total por la llegada casual de un barco pirata tripulado por los desertores de la Española, que lo habían robado. Ojeda marchó con los piratas en busca de ayuda, dejando de jefe a un fornido soldado llamado Francisco Pizarro, hasta que su lugarteniente, el letrado Fernando de Enciso, llegase con refuerzos. Después de extraordinarias penalidades, llegó Ojeda a la Española, donde vivió un año más en la pobreza, pero siempre lleno del mismo indomable valor y atemorizando a cualquier agresor de capa y espada.

Enciso, al llegar con los refuerzos y provisiones, tomó en un principio a Pizarro y sus compañeros sobrevivientes por desertores del grupo principal. Entre los recién llegados venía un polizón, Vasco Núñez de Balboa, quien para escapar a sus acreedores de la Española se había ocultado a bordo de uno de los barcos de Enciso, dentro de un tonel vacío. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, proporcionado, fuerte, inteligente, enemigo de toda ociosidad y muy resistente para el trabajo y el cansancio. Su energía, su capacidad y su conocimiento del terreno —pues ya había visitado esta costa con Bastidas— le

hicieron destacar pronto, ya que el bachiller Enciso, aunque oficial estimable, fiel cumplidor de la ley y notable luego por una valiosa obra sobre la geografía de las Indias, dio pruebas de no estar tan capacitado para la tarea de mandar, en un país salvaje, a una compañía de aventureros famélicos y desesperados, ellos también reducidos al salvajismo por la necesidad, el peligro, el cansancio y los primitivos alrededores.

Balboa condujo por mar a sus compañeros hasta un lugar del Darién, «muy fresca y abundante tierra de comida y la gente della no ponía yerba en sus flechas». Todos estuvieron de acuerdo en que Balboa fuera el alcalde de una «ciudad» recién fundada, que recibió —cumpliéndose con este bautizo un voto— el nombre de Santa María la Antigua, pero fue conocida por lo común con el nombre de Darién. No tardó en hallarse un pretexto para desposeer de su autoridad a Enciso, que protestó inútilmente, arrestarlo y enviarlo a España, donde había de contar su caso a la corte, de lo que se derivarían luego trágicas consecuencias para Balboa.

Entretanto, a Nicuesa y sus hombres no les faltaba ninguna tribulación ni adversidad —disensiones, naufragios, agotamiento, enfermedad, inanición—. Un capitán, enviado con un barco para salvar a Nicuesa, le halló abrasado de sed, extenuado de hambre y de espantoso aspecto. Fue conducido con los 40 hombres que le quedaban a Darién, que, según la real licencia, caía bajo su jurisdicción. Aquí, acusado de asumir su autoridad con miras ambiciosas, le embarcaron con unos cuantos tripulantes y escasas provisiones, y nunca más se volvió a saber de él.

Balboa, ejerciendo ahora el mando, capitán general y gobernador interino, pendiente del capricho real, demostró señaladas condiciones de caudillo. Tomó como base su cuartel general de Darién y re corrió en sus bergantines 25 leguas al Oeste, sojuzgando o atrayéndose las tribus costaneras y haciendo incursiones tierra adentro o remontando los ríos en busca de alimentos, oro, esclavos y poder. Aplacó las revueltas de los españoles contra su autoridad con su tranquila astucia, su habilidad para sacarlos de cada dificultad y peligro, su espíritu de justicia al repartir el botín y lo mucho que cuidaba a sus hombres. «He ido adelante por guía y aun abriendo los caminos por mi mano»,

dice Balboa al rey en una carta. Consiguió ascendiente sobre los indios por una combinación de fuerza, terror, espíritu conciliador y diplomacia. Nos dice mucho sobre sus métodos el que, como a Cortés diez años después, en Cholula, le denunciase una muchacha india que tenía en su casa la conspiración tramada por los nativos para acabar con los españoles. Se casó con la hija de un jefe indio llamado Careta, al cual había derrotado en un a batalla y luego auxiliado en sus guerras contra otras tribus, asegurándose así valiosos aliados y dominando aquellas regiones con ayuda de los mismos habitantes. Su suegro Careta y otro jefe notable llamado Comogre, incluso aceptaron el bautismo y recibieron en la pila nombres cristianos. Métodos más rigurosos empleados en otros casos le valieron súbditos sumisos y esclavos. Llegaron provisiones; sembraron maíz, y sus hombres, reforzados por 450 más procedentes de la Española y España, llegaron a habituarse al género de vida del explorador de las tierras tropicales. Se recogió mucho oro, sobre todo el atesorado en adornos, regalado, o dado a cambio por los indios amigos, y obtenido a la fuerza y por el tormento de los demás. Balboa poseía un perro llamado Leoncillo, hijo del famoso Becerrillo, dotado de la misma habilidad para traer gentilmente por la mano a un fugitivo o destrozarlo si resistía. Leoncillo recibía la parte de un arquero en todo botín, y ganó para su amo mucho oro y esclavos.

En una extensa carta dirigida al rey, documento interesante y característico, fechado en 1513, Balbo a habla de «grandes secretos de maravillosas riquezas», que había descubierto, pero «teníamos más oro que salud, que muchas veces… holgaba más de hallar una cesta de maíz que otra de oro… muchas y mu y ricas minas… lo he sabido en muchas maneras, dando a unos tormento y a otros por amor y dando a otros cosas de Castilla». Solicita 1.000 hombres aclimatados de la Española, armas, provisiones, carpinteros de buques y materiales para construir un astillero. Por último pide que no le envíen letrados, «porque ningún bachiller acá pasa que no sea diablo… hacen y tienen forma por donde hay mil pleitos y maldares».

Balboa, quizá con justicia, habla de su política humanitaria para con los indios, y en una carta posterior (octubre de 1515)

la hace contrastar con las crueldades brutales e impolíticas de otros capitanes, que luego causaron la rebelión de todo el país. Pero, por otra parte, aconseja que a una tribu de caníbales o tenidos por tales se les queme vivos, tanto jóvenes como viejos, y para evitar las fugas de esclavos, sugiere que debe trasladarse a los indios desde Darién a las Antillas y traer a otros de éstas a Darién, ya que, arrancados a su suelo patrio, no podrían escaparse. La compasión de un polizón aventurero, que quizá nunca fue muy susceptible, es fácil de embotar con el constante sufrimiento y peligro, y con ver cada día cómo perecían de hambre compañeros suyos. El incendio, la mutilación, el descuartizamiento, el apaleamiento hasta la muerte, todo ello en público, eran castigos corrientes en Europa, y Balboa pudo sin escrúpulo quemar o torturar a un indio, o arrojarle a los perros salvajes que acompañaban a los españoles en todas sus empresas. «Los aventureros españoles en América —dice John Fiske— necesitaban todas las concesiones que la caridad pueda hacerles», y Helps pide al lector que se imagine «qué sería de él si formase parte de una de estas compañías que luchaban en un clima feroz, soportando miserias que no pudo imaginar, perdiendo gradualmente sus hábitos civilizados, haciéndose cada vez más indiferente a la destrucción de la vida —de la vida de los animales, de sus adversarios, de sus compañeros, aun de la suya propia —, conservando del hombre la destreza y la astucia, y haciéndose cruel, atrevido y rapaz, como la bestia más feroz de la selva».

Un dramático incidente dio lugar a un nuevo avance. Estaban los españoles pesando las ofrendas de oro en la puerta de la casa de Comogre, cuando el hijo de éste golpeó de pronto las balanzas, esparciendo el oro, y, señalando al Sur, exclamó que en aquella dirección se hallaba un mar y una región más rica en oro que España lo era en cobre; pero, según afirmó, la conquista de aquella región requeriría 1.000 hombres. Balboa decidió llegar a aquel otro mar del que había oído hablar. Con informes exactos de sus amigos indios se embarcó en Darién y navegó al Oeste, hacia la parte más estrecha del istmo —que en este lugar sólo tiene 60 millas de anchura (o menos, si fuera posible atravesarlo en línea recta)—, pero eran 60 millas de terreno monta-

ñoso y quebrado, obstaculizado por ríos y pantanos, cubiertos de selva densa, apartado de los lugares de aprovisionamiento y albergando hostiles tribus indias. Balboa se internó al Sur con guías y servidores indios y 190 españoles. Por lo menos dos veces encontró obstruido el camino por tribus indias enemigas; sin embargo, el explorador se proponía la paz, y mediante una combinación de fuerza y diplomacia se abrió paso o convirtió en amigos a los enemigos.

Al aproximarse a la cumbre, desde la cual, según le habían asegurado, se divisaría el mar, se adelantó solo. Desde la altura abarcó con la vista un nuevo Océano que se extendía ante él, y, arrodillándose, levantó las manos al cielo en acción de gracias; entonces hizo señas a sus compañeros para que se acercaran, y, tras un segundo acto de devoción en común, dijo haber llegado el fin y consumación de todos sus trabajos. Había resuelto la principal incógnita de las nuevas tierras, y la fecha, 25 de septiembre de 1513, precisamente veintiún años después del primer desembarco de Colón, es el segundo hito en la historia de los conquistadores.

Después de cortar ramas en señal de toma de posesión, levantar una cruz y un pilar de piedras y grabar en los árboles el nombre del rey, siguió Balboa más al Sur. Pasados algunos días desembarcó en la playa del golfo de San Miguel; allí se adentró en el agua salada hasta la cintura, armado con el escudo y la espada desenvainada, y erguido entre las olas del mar recién descubierto, elevó el estandarte de Castilla e hizo testigos a sus acompañantes de que tomaba posesión de aquel mar y de todas las provincias y reinos adyacentes en nombre de los soberanos castellanos. Aquel mar era el Océano Pacífico.

Con riesgo de su vida, se embarcó Balboa en frágiles canoas sobre las aguas encrespadas. Encontró una rica pesquería de perlas y reservó las mejores para enviarlas al rey con una remesa de oro y la noticia de su descubrimiento. Tras unos cinco meses de ausencia, regresó a Darién cargado de riquezas, orgulloso y rebosante de valor, no habiendo dejado en los países que cruzó sino indios amigos o pacificados. Oviedo, que conocía a Balboa y sus hazañas, da los nombres de 20 jefes indios, cuya alianza se

había agenciado en el transcurso de su gobierno; el total era de 30 reyezuelos aliados.

Los mensajeros enviados por Balboa a España, que llevaban el oro y las perlas que evidenciarían sus servicios y su gran descubrimiento, llegaron demasiado tarde a la corte para poder prevenir una tragedia que se estaba incubando. El rey, al recibir las acusaciones de Enciso sobre el proceder de Balboa, había nombrado gobernador de Darién a Pedro Arias de Ávila, llamado corrientemente Pedrarias, hombre ya viejo, afamado por su discreción y sus leales servicios en muchas guerras. Los poderes ilimitados en tierra salvaje debieron endurecer su carácter, pues se le conocía después por *furor domini*. Cuando los enviados de Balboa fueron al rey con las elocuentes ofrendas de que eran portadores, el rey estuvo dispuesto a revocar el nombramiento de Pedrarias, pero fue disuadido por Fonseca. Sin embargo, accediendo a la petición de hombres que hacía Balboa, ordenó Fernando que acompañaran al nuevo gobernador 1.200 soldados pagados; pero las fábulas del oro —se decía que el oro se sacaba del agua con redes— atrajeron a tantos voluntarios, además de los 1.200 a sueldo, que fue necesario poner un límite —1.500 a la compañía de Pedrarias, que, según se decía, era la compañía más brillante que saliera nunca de España—. Más de 500 de ellos murieron de hambre o de modorra a poco de haber desembarcado en la tierra de promisión; así lo cuenta Oviedo, que acompañaba a la expedición como oficial real. Se consumían de hambre caballeros ataviados de seda y brocados, comprados como alegre equipo para las guerras italianas, incongruentes en el salvajismo de estas tierras extrañas.

Los mensajeros que se adelantaron para anunciar a Pedrarias esperaban hallar a Balboa rodeado de boato oficial. Le encontraron vestido como un labrador y ayudando a sus indios a colocar el techo de paja de su casa.

Aunque sustituido en el gobierno general, Balboa fue nombrado por el rey adelantado del mar del Sur y gobernador de dos provincias costaneras. Dos años se mantuvieron las relaciones amistosas entre ambos; Pedrarias, como prueba de que las rencillas desaparecían y se unían las fuerzas, hasta dio su hija en matrimonio a Balboa, estando ella en España, y desde entonces

se dirigió a él como a hijo suyo, empleando el lenguaje de un suegro afectuoso; pero la situación seguía siendo difícil. Balboa escribió al rey, dieciséis meses después de la llegada de Pedrarias, protestando con vehemencia de que su obra estuviera siendo destruida por las desoladoras crueldades perpetradas sobre sus leales aliados por los capitanes de Pedrarias. Entretanto, Balboa quiso continuar su obra navegando por el mar del Sur y descubriendo las ricas tierras que lo bordean.

Desde Acla, puesto establecido por Pedrarias en la costa septentrional de la parte más estrecha del istmo, condujo Balboa hasta el mar del Sur los materiales para cuatro bergantines; trabajo que costó la vida a muchos indios. Se construyeron los cuatro bergantines; Balboa esperaba sólo hierro y resina que habían de traerle de Acla a través del istmo, cuando recibió una citación de Pedrarias. Obedeció al momento ; a la mitad del camino, en su viaje al Norte, encontró a Pizarro, que venía a detenerlo. Pedrarias creyó o alegó que Balboa, en una indiscreta conversación oída y contada por un delator, había mostrado propósitos traicione ros.

El descubridor del mar del Sur fue procesado, condenado a muerte y ahorcado con otros cuatro. Pedrarias no formó parte del tribunal que juzgó a su yerno, pero delegó la tarea en debida forma al alcalde del lugar, Gaspar de Espinosa, el cual se había distinguido por su repugnante barbarie en la caza, matanza y doma de los indios. Por un notable cambio de fortuna, los barcos que Balboa hacía construido en el Pacífico sirvieron ahora para que Espinosa explorase, en una expedición al Oeste, las costas de las tierras no conquistadas.

La muerte de Balboa fue un desastre. Aunque no era indulgente con los indios, deseó, luego de inflingir la primera lección cruel, rodearse de súbditos satisfechos y amigos. Era otra clase de hombre, más noble que Pizarro, y si le hubiera sido dado conquistar el Perú, hubiera tenido aquella conquista más felices consecuencias. «De aquella escuela de Vasco Núñez —dice Oviedo— salieron señalados hombres y capitanes para lo que después ha sucedido.» De todos modos, él es el segundo de los cuatro grandes caudillos que entregaron a España el Nuevo Mundo: Colón, Balboa, Cortés y Pizarro.

En un aspecto, puede decirse que el nombramiento de Pedrarias marcó un hito en la historia de la conquista, pues se intentaron señalar los límites del poder real sobre los indios, tanto para aquel como para los que siguieran. Recibió instrucciones escritas sobre el trato humanitario y político a los nativos, que ya no iban a ser atacados, salvo que fueran ellos los agresores, o que se negasen a someterse pacíficamente. Los indios tenían que ser repartidos o encomendados como esclavos a los conquistadores españoles, pero cuidándose del buen tratamiento y siéndoles regulado un trabajo moderado, sin que su vida doméstica se viera perturbada y dejándoles cultivar su propia tierra. Había que esforzarse en lograr su conversión, a cuyo objeto se nombró un obispo para la diócesis de Darién, asistido por un grupo de clérigos. Se envió también a Pedrarias una «requisitoria» que había que leer a cada grupo de indios contrarios. Era una exposición teológica de la Creación, la autoridad conferida a San Pedro y sus sucesores, la donación que el Pontífice había hecho a los soberanos castellanos «de estas islas y tierra-firme del mar Océano», cuyos habitantes estaban obligados a reconocer la autoridad de aquéllos. «Si así lo hiciéredes, hacéis bien…, si no lo hiciéredes… yo entraré poderosamente contra vosotros… y tomaré vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos, y los haré esclavos.»

Este discurso, ininteligible para los indios —aun cuando hubiese sido posible explicarlo en sus varias lenguas—, fue pronto motivo de burla para aquellos a quienes fue confiado. Las prescripciones reales concernientes al trato humano y discreto de los indios nada significaron para los capitanes que enviaba Pedrarias a explorar y recoger oro. Acerca de uno de ellos, llamado Ayora, dice Oviedo: «Hizo extremadas crueldades y muertes en los indios, sin causa, aunque se le venían a convidar con la paz, y los atormentaba y los robaba… y dejó de guerra toda la tierra alzada… y entrañable enemistad.»

Pedrarias, con todas sus faltas, no carecía de energía. Obedeciendo el mandato del rey, que esperaba que las especias de las Molucas encontraran paso para Europa a través del istmo, aseguró el camino de Acla a Panamá, fundada por él en 1519[**], a cierta distancia al oeste del golfo donde Balboa descubrió el

mar del Sur. Naves enviadas por él desde Acla y Panamá exploraron ambas costas y sus territorios. Exploradores y conquistadores avanzaron por ambos mares y también por tierra hacia el Noroeste, tropezando con peligros, privaciones, bajas y tocia clase de penalidades. Algunos de ellos eran capitanes enviados por Pedrarias; otros reclamaban o asumían autoridad independiente. Avanzaban, luchando con los indios, haciéndolos esclavos, y a veces disputaban entre sí por cuestiones de predominio. En la parte occidental de Nicaragua les salieron al paso tribus de guerreros vigorosos y clecicliclos con armas nada despreciables; hubo luchas enconadas y serias pérdidas, pero tocio esto no era sino un retraso pasajero. Su camino estuvo jalonado con excesiva frecuencia por las atroces crueldades inseparables de los nombres de Pedrarias y los suyos. Por último, tras penetrar en Nicaragua y Honduras, se pusieron en contacto con los hombres enviados allá por Cortés después de la conquista de Méjico; dos corrientes conquistadoras se encontraron: una procedente del Sur y otra del Norte, extendiendo el dominio español por toda la región ístmica.

Cuando, mediante los debidos trámites, se iba a sustituir a Pedrarias en el gobierno de Darién, la oportuna muerte de su sucesor le dejó aún siete anos al mando de aquella provincia. Al terminar este período se dio mana para lograr el gobierno de Nicaragua. Allí murió el terrible viejo, en 1530, después de dieciséis anos de tiranía en las Indias. Oviedo, que, justo es decirlo, le odiaba, declara que Pedrarias era responsable de la muerte y esclavitud de dos millones de indios. Aunque, desde luego, no sea esto estadísticamente exacto, es un significativo epitafio.

[*] Cfr. mapa de referencia n. 2.

[**] Cfr. mapa n. 3.

V.
NUEVA ESPAÑA (1517-1519)

> El relato de la caída de la civilización azteca ante los invasores españoles ha ocupado merecidamente un lugar preeminente en la imaginación popular, pues de cada página trasciende lo fabuloso, y, desde luego, muy pocos novelistas —o quizá ninguno— han concebido un argumento tan pletórico de incidentes o han llevado sus héroes a la victoria frente a mayor desproporción. Por otra parte, la existencia de la civilización de los aztecas —imperio organizado con ciudades construidas de piedra y rico en oro y piedras preciosas— conmovió al Viejo Mundo como cosa casi increíble.
>
> PEDRO MÁRTIR

El pasaje arriba citado no proviene de alguna decorativa divagación histórica, sino de una sobria aportación científica a la arqueología mejicana. Prescott comenzó su famosa narración —que, con un siglo ya, se mantiene siempre nueva— haciendo notar que «el aniquilamiento de un gran imperio por un puñado de aventureros, considerado en todas sus exóticas y pintorescas manifestaciones, más parece novela que seria historia». Al intentar la descripción de «esta zambullida en lo desconocido y la lucha triunfante de unos cuantos españoles aislados contra una raza poderosa y avezada a la guerra»[1], el narrador se siente desde el principio sobrecogido de asombro.

Sin embargo, ninguna parte de la conquista se conoce mejor que ésta. El mismo Cortés nos cuenta su historia en cinco despachos[2] dirigidos al emperador Carlos V, y además, existen otros textos contemporáneos o basados en testimonios de la época. En 1552, cinco años después de morir Cortés, su capellán Gómara publicó su *Historia de la Conquista de Méjico*. Este libro, inspirado por Cortés, indignó vivamente a un veterano soldado de la conquista, Bernal Díaz del Castillo, porque Gómara, aunque relataba con claridad y esmero, atribuía todos los éxitos a su protector Cortés. Bernal Díaz, ya anciano y regidor de la ciudad de Guatemala, había vivido allí muchos años en paz, ayudado por sus vasallos indios, cuando comenzó a componer su *Verdadera historia de los sucesos de la Conquista de Nueva España*[3]. Esta recta obra, vivaz y convincente por su misma sencillez, es una de las más bellas narraciones de entre las escritas en todos los idiomas. El veterano tenía la memoria fiel de

quien no lo espera todo de los documentos escritos; aún veía ante sus ojos las cosas que le habían sucedido. De sus camaradas cuenta: «Vivíamos como hermanos… como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y manos», y describe el color y las cualidades de cada uno de los 16 caballos —monstruos extraños para los mejicanos— que, aterrándolos con sus embestidas, trocaron repetidas veces una inminente derrota en una victoria.

Leer a Bernal Díaz es como oír el relato de alguno que, sin ninguna preparación literaria ni oratoria, poseyera el arte natural del novelista innato, la facultad de dar un sentido vital a todo lo que cuenta: las penalidades del cansancio, el hambre, las heridas, la fiebre, el peligro; los guerreros aztecas, tan vistosos con sus adornos con plumas en el cabello; la magnificencia fantástica de la corte de Moctezuma, el horror de los sacrificios humanos, la confusa y funesta pesadilla de la *noche triste*, el redoblar del gran tambor de piel de serpiente cuando los cautivos cristianos subían las escaleras de la pirámide para ser sacrificados, y la victoria final, contada sin una palabra de retórica o de triunfo, pero con la más intensa fuerza narrativa.

Díaz dice francamente lo que piensa de Cortés, censura las imprudencias y terquedades que en ocasiones tenía el caudillo, y le acusa de injusto en el reparto del botín y de las mujeres bonitas, así como que escribiese al emperador: «Hice esto. Ordené a uno de mis capitanes hacer aquello», en vez de reconocer el tanto de mérito de sus bravos compañeros. Pero, en general, habla Díaz con leal y cariñosa admiración del valiente capitán Hernán Cortés, que era el primero en poner la mano en cualquier tarea audaz; ponía gran cuidado en todo y era muy previsor. El viejo soldado cierra su *Verdadera historia* con un relato brillante y simpático del capitán y compañero que él había estimado y seguido.

La historia de Nueva España comienza cuando algunos hombres de la Española, entre ellos Bernal Díaz, cansados de padecer sin provecho y sin gloria el hambre y la peste, se procuraron un barco y abandonaron a Pedrarias, poniendo proa a Cuba. No hallando allí fortuna, se unieron a otros decepcionados y ambiciosos —un centenar en total—, y, con permiso y ayuda

de Velázquez, se embarcaron en tres naves en busca de nuevas tierras, eligiendo jefe a Francisco Hernández de Córdoba, caballero capaz y valiente, según su amigo Las Casas. Tras salir del extremo occidental de Cuba, llegaron en febrero de 1517 a la costa del Yucatán. Aquí todo era nuevo para ellos. Les admiró el encontrar gente vestida de algodón teñido, cultivos de maíz, ídolos monstruosos cuidadosamente labrados y una ciudad torreada, construida de albañilería, tan exótica e imponente para sus ojos aún no habituados, que le pusieron el Gran Cairo. Su asombro estaba justificado. Habían tropezado con una cultura elaborada y artística, distinta de cuanto existía en el Viejo Mundo[4].

Pero donde quiera que desembarcaban o trataban de llenar sus pipas de agua, eran asaltados —tras breve muestra de amistad y algunos cambios de abalorios por oro— con chaparrones de flechas y piedras, pues los inteligentes y vigorosos mayas, aunque desconocedores del hierro y el bronce, y viviendo aún en la Edad de Piedra, no sólo eran expertos arqueros y honderos, sino también guerreros decididos nunca sojuzgados por los aztecas de Méjico, que habían dominado a los pueblos vecinos. En esta primera expedición sólo la mitad escasa de los expedicionarios pudo resistir para volver a Cuba, donde a los diez días murió Córdoba de sus numerosas heridas.

Velázquez, al ver las muestras de oro, preparó una segunda expedición, triple que la primera, al mando de su primo Grijalva, hombre de reconocida lealtad y prudencia, para establecer el tráfico con las nuevas tierras. En Campeche hubo una batalla y cayeron 13 españoles. En los demás puntos de su largo viaje costanero, desde el cabo Catoche hasta Tampico —una mitad de la playa caribe de la actual República mejicana—, se presentaron los nativos a Grijalva, en son de amistad, ofreciendo alimentos a los españoles y cambiándoles joyas de oro por cuentas de cristal, pues éstas eran las instrucciones del gran Moctezuma, el magnate azteca, que reinaba en una gran ciudad rodeada de agua salada, en una elevada planicie, más allá de las montañas occidentales, y que se consideraba señor de todos aquellos territorios.

Moctezuma había sabido de la llegada y las proezas de los barbudos hombres blancos durante el año anterior por medio de dibujos hábilmente pintados en paños, que veloces corredores le llevaban a su palacio, y ahora también le informaban de los movimientos de Grijalva. Los habitantes de la costa, señalando hacia el Poniente, dijeron a los españoles que el oro abundaba allá. Grijalva, establecido de esta manera el contacto con la gente de la costa, regresó a Cuba portador no sólo de muestras de oro, sino también de una descripción de la espantosa capilla ensangrentada de la isla de los Sacrificios, donde acababan de ser inmoladas a los dioses cinco víctimas humanas, cuyos corazones les habían arrancado.

Velázquez, molesto de que Grijalva, demasiado fiel a sus instrucciones, no hubiese intentado algo más, preparó una tercera expedición, poniendo a su frente a Hernán Cortés, alcalde de la ciudad de Santiago. Cortés había pasado una juventud alegre y despreocupada en la Universidad de Salamanca y en Medellín, su ciudad natal, donde escapó por milagro de una aventura amo rosa. En 1504 se embarcó para las Indias en busca de fortuna. Señalado por sus eficaces servicios en la «pacificación» de la Española y la galante audacia de sus asuntos amorosos, fue con Velázquez a Cuba como secretario; pero, siendo una persona agradable en sociedad y un compañero solicitado, dejaba a un colega el trabajo pesado de oficinas, mientras él se dedicaba a las aventuras sensacionales, que una vez le condujeron a la cárcel, otra vez a nadar para salvar la vida y, por último, a un matrimonio impremeditado, aunque, una vez casado, declaró a Las Casas que estaba tan satisfecho de su mujer como si hubiera sido la hija de un duque. Velázquez, que le había encarcelado, se reconcilió con tan agradable y animosa persona, fue padrino del hijo de Cortés y dio a éste el mando de la nueva expedición. Cortés poseía todas las condiciones de un caudillo, incluso una discreta independencia que no le comprometía. Un típico caballero español, de inquebrantable lealtad para con el rey; pero, conquistador típico a la vez, estaba decidido a no obedecer a nadie que no fuera el rey.

Velázquez comprendió este peligro y revocó la designación; pero ya era demasiado tarde. Cortés había levado anclas en San-

tiago y se encontraba en el otro extremo de la isla reclutando gente y almacenando víveres que no podía pagar. «A la mi fe, anduve por allí como un gentil corsario», decía luego a Las Casas. Sus hombres ya le querían, y Bernal Díaz asegura que habrían muerto por su caudillo. Con objeto de comprar un caballo para uno de sus capitanes, llamado Puerto Carrero, Cortés se arrancó un botón de oro de su ropa, pues ahora que era jefe llevaba hermosos vestidos y sombrero emplumado. Otros capitanes eran: el fuerte y ambicioso Pedro de Alvarado, el cual había mandado un barco cuando Grijalva y ahora seguía a Cortés con sus cuatro hermanos, llamados por los mejícanos, *Tonatiuh* (el sol), por su valor, belleza y gentiles modales, más tarde conquistador de Guatemala y destinado a un trágico fin; Cristóbal de Olid, maestre de campo, cuyo valor hubiera sido más eficaz acompañado de otro tanto de prudencia, luego ahorcado por rebelde en la conquista de Honduras; Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, notable capitán, el más joven de todos ellos, en quien más confianza y cariño puso Cortés; murió, aún joven, en Palos, cuando acompañó a Cortés a España.

En febrero de 1519 partió para la isla de Cozumel una escuadra de 11 barcos, llevando, aparte de 100 marineros, cerca de 500 voluntarios —entre ellos 32 ballesteros, 13 arcabuceros y también algunos negros y esclavos cubanos—; tenía siete cañones pequeños. Pedro de Alvarado, que alcanzó el primero la isla en un navío más rápido, había ahuyentado a los indios con su imprudencia característica, verificando un pequeño saqueo y haciendo algunos cautivos. Cortés le reprendió severamente, y devolvió lo que había sido robado, haciendo además regalos. Al día siguiente «andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado y mandó Cortés que no se les hiciese enojo alguno». Allí se les unió un extraño recluta, pero que fue bien recibido, el cual venía del Continente en una piragua; un hombre tostado por el sol, medio desnudo, con un canalete al hombro; por las apariencias un esclavo indio. Se presentó con las palabras «Dios y Santa María de Sevilla». Se trataba de un sacerdote español llamado Aguilar, que siete años antes se había escapado de la jaula en la que él y sus compañeros de naufragio eran engordados para la fiesta caníbal del sacrificio; luego fue esclavo

de un cacique, y, como había aprendido la lengua maya, podía servirle de intérprete a Cortés. Después de explicar a los isleños un compendio de la religión cristiana, Cortés bordeó la costa continental, llevando con él tan valioso compañero.

Al desembarcar en Tabasco, los indígenas le eran hostiles; entonces se les leyó e interpretó tres veces la «requisitoria» por medio de Aguilar, sin lograr nada con ellos. Tras algunas escaramuzas, una masa de muchos miles de indios avanzó dispuesta al ataque. Iban armados con hondas, arcos, lanzas, jabalinas lanzadas con disparadores y un arma que los españoles llamaron montante, «espada a dos manos». Estaba formada por una hoja de espada de unos cuatro pies de longitud, a cada uno de cuyos lados había una muesca provista de piedra obsidiana, cortante como una navaja de afeitar, aunque se embotaba después de unos cuantos mandobles. Todas las tribus de Nueva España —tlaxcaltecas, aztecas, guatemaltecas y otras— estaban entrenadas en el manejo de estas armas y lanzaban sus proyectiles, piedras redondas, jabalinas y flechas con perfecto tino. La mayoría de las jabalinas, flechas o lanzas, eran sólo de madera puntiaguda endurecida al fuego, pero algunas tenían la punta de hueso o de piedra afilada. Como armas defensivas usaban los indios escudos circulares de madera o se protegían con jubones de algodón acolchado; estos últimos fueron adoptados por los españoles, muy pocos de los cuales tenían cotas de malla. Los españoles sufrieron muchas heridas combatiendo, sobre todo por las piedras que arrojaban las hondas con gran fuerza y precisión; pero en las largas luchas que siguieron no cayeron muchos en los campos de batalla, y es evidente que las armas indígenas no podían enfrentarse con el acero de las espadas, lanzas y dardos de las ballestas, además de unos cuantos arcabuces y las balas de piedra que arrojaba el cañón. Además, los indios carecían de estrategia: si uno de sus jefes caía, sus seguidores solían dispersarse; y los guerreros indios, cuando entraban en batalla con sus nutridas filas, no ansiaban matar a los enemigos sino cogerlos vivos para el sacrificio ritual.

Díaz, describiendo la batalla de Tabasco, habla de grandes masas que cubrían la llanura. «Se vienen como perros rabiosos y nos cercan por todas partes, y tiran tanta flecha y vara y piedra,

que de la primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros… y no hacían sino flechar y herir… y nosotros con los tiros y escopetas y ballestas no perdíamos punto de buen pelear… Mesa, nuestro buen artillero, con los tiros mataba muchos de ellos, porque eran grandes escuadrones… y con todos lo males y heridas que les hacíamos no los podíamos apartar… y en todo tiempo Cortés con los de a caballo no venía y temíamos que por ventura no le hubiese acaecido algún desastre… Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silvos y gritos, y echaban tierra y paja en lo alto porque no viésemos el daño que les hacíamos y tañían entonces trompetas y trompetillas, silbos y voces, y decían *ala lala*.

»Estando en esto, vimos asomar los de a caballo; y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, nos miraban tan de presto los de a caballo, que venían por las espaldas; y como el campo era llano y los caballeros buenos jinetes, y algunos de los caballos muy revueltos y corredores, dándoles tan buena mano, y alanceando a su placer… dimos tanta priesa en ellos, los de a caballo por una parte y nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo y el caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces… se acogieron a unos montes que allí había… enterramos dos soldados que iban heridos por la garganta y por el oído, y quemamos las heridas a los demás y a los caballos con el unto del indio y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos.»

Cortés hizo seguir su victoria de amigables negociaciones, y así por una combinación de firmeza y espíritu conciliador, indujo a los jefes indios a tomar por lo mejor su derrota, aceptando la paz y proveyendo de víveres a los vencedores. La paz fue confirmada por una exposición de la fe cristiana, por la instalación de un altar con la cruz y la imagen de la Virgen y el Niño, por la celebración pública de la fiesta del Domingo de Ramos y por las ofrendas de los indios sometidos —adornos de oro y 20 mujeres indias, las cuales fueron debidamente bautizadas—. Una de esta mujeres, llamada por los españoles doña Marina, señora de noble linaje azteca, había sido vendida como esclava a los mayas en su juventud por una madre cruel. Al observar que

hablaba tanto la lengua maya como la azteca, Cortés la tomó a su cargo. Aguilar interpretó a la mujer las palabras de Cortés y ella a su vez las tradujo a los aztecas. Desertora de su pueblo —si es que en verdad debía alguna fidelidad a los aztecas que la vendieron como esclava a los mayas—, esta valerosa e inteligente mujer sirvió a su señor y amante con devota lealtad, y le dio un hijo.

Siguiendo la costa del Oeste y al Noroeste, la flota entró en la ensenada de San Juan de Ulúa. El Viernes Santo de 1519 la tropa acampó en la playa, y allí oficiaron la celebración de la Pascua de Resurrección dos capellanes, el padre Olmedo y el padre Díaz, en presencia de los indígenas. Cuatro meses permanecieron en las inmediaciones de la costa, no en el mismo lugar, pues en él murieron de fiebre 35 hombres. Durante aquellos cuatro meses conquistaron para España dos extensas provincias, sin haber hecho un disparo, y se edificó una ciudad fortificada para mantener el dominio del territorio.

[1] A. P. Maudslay.

[2] El primero de ellos procedía de la municipalidad de Veracruz, pero fue, sin duda alguna, escrito por Cortés, el cual le añadió una carta suya, que se ha perdido, dirigida al emperador. Entre el primero y el segundo despacho hay un vacío que se llena con otros relatos. (Véase Hernán Cortés: *Cartas de relación de la conquista de Méjico*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.)

[3] Bernal Díaz del Castillo: *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[4] Es raro que antes de esta fecha no se hubiera sabido nada en Cuba ni en Santo Domingo sobre la costa del Yucatán. Si algún explorador desconocido llevó noticias de aquellas tierras, sus informes no dejaron huella. El señor Medina ha probado en su biografía de Salís que es un mito el supuesto viaje de Pinzón y Salís a lo largo de aquella costa en 1506. En 1513, un barco que conducía a un emisario de Balboa desde Santo Domingo a España naufragó en la costa del Yucatán, pero nada se supo acerca de este naufragio en las colonias españolas. La primera noticia se tuvo en España a fines de 1517, y uno de los ministros flamencos de Carlos solicitó la concesión del nuevo territorio. El emperador se lo prometió, pero hubo de rescindir su promesa verbal ante la protesta de Diego Colón. que se hallaba entonces en la Corte.

VI.
LA MARCHA SOBRE MÉJICO (1519-1520)

> Y Cortés dijo: «Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.»
>
> BERNAL DÍAZ

Que una partida de aventureros armados —sólo hombres— inaugurase tan audaz empresa con la fundación ceremonial de una municipalidad organizada, puede parecer un procedimiento caprichoso. Sin embargo, para el español, imbuido de la gran tradición de los municipios medievales españoles, la forma constitucional adecuada para asegurarse la permanencia de su obra era el establecimiento, al comienzo, de una ciudad. Los hombres de Cortés no estuvieron, sin embargo, unánimes: los partidarios de Velázquez querían volver a Cuba, mientras que sus capitanes y adictos estaban decididos a seguirle a donde fuera. Éstos, de acuerdo con Cortés, pidieron que se edificara una ciudad para tomar posesión de tierra tan rica. Habiendo recibido seriamente esta petición después de mostrar una discreta deferencia hacia los partidarios de Velázquez, llevó a cabo la comedia de dejarse fiscalizar por sus propios soldados, y al efecto nombró regidores y dos alcaldes. El municipio constituido de esta manera nombró a Cortés gobernador y comandante de Nueva España.

Esta audaz combinación vino a ser un burlesco círculo vicioso, puesto que Cortés fue elegido por las autoridades que él mismo había nombrado; pero las personas interesadas no vieron nada anómalo en el hecho de que un organismo cívico, cualquiera que fuese su formación, asumiera una amplia autoridad; y el municipio de la ciudad de Villa Rica de Veracruz contó estos trámites legales en un despacho[1] enviado al rey por medio de dos procuradores, representantes de la ciudad recién fundada. Cortés legalizó en esta forma su situación, que ahora no dependía ya de Velázquez, sino sólo de la corona. Demostró tener singulares dotes para el caudillaje persuadiendo a todos sus hombres para que renunciaran al botín con objeto de mandarle así al rey un argumento convincente en apoyo de sus pretensiones.

Entonces hicieron ceremoniosamente el trazado del plan rectangular de la ciudad, con su plaza central. Colocaron en la plaza el *rollo* que simbolizaba la justicia y, más allá, una horca. Se marcaron solares para la iglesia, el cabildo y la cárcel. Cortés fue el primero en acarrear piedra para los muros y en cavar los cimientos. Pero el trabajo estuvo a cargo de los labradores indios de la vecindad.

Mientras tanto, las relaciones con los indígenas costaneros eran amistosas; y del «gran Moctezuma» (como siempre le llama Díaz) vinieron mensajeros que incensaron a los extranjeros con incienso de copal y les ofrecieron regalos —paños de algodón, mantos de vistosas plumas tornasoladas, adornos de oro bellamente trabajados, «una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino…, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores»—. Esta sensacional seguridad de la existencia de tesoros no era precisamente lo más a propósito para que se cumplieran los deseos de Moctezuma, repetidamente expresados en sus mensajes, de que no fueran a Méjico. Las circunstancias favorecieron a los invasores, pues era tradición corriente entre los aztecas que su benéfico dios tutelar Quetzalcóatl, después de enseñar a sus antepasados las artes de la vida, había marchado al Oriente, prometiendo regresar algún día. A este dios lo representaban como un hombre alto y barbado de hermoso cutis; así, cuando —en una época que venía bien con la profecía[2]— llegaron en casas flotantes hombres blancos con barbas, que domaban ciervos gigantes (caballos) y lanzaban el trueno y el rayo, Moctezuma, sacerdote y augur a la vez que rey, temió o casi creyó que el dios, acompañado por otros *teules* (seres sobrenaturales), había venido a reclamar sus derechos sobre aquellas tierras y que su propio trono estaba en peligro. De aquí su vacilación entre el terror sumiso y la alarma indignada; de aquí las ofrendas propiciatorias y los mensajes urgentes pidiendo que no se dirigieran a Méjico.

Además, el dominio de los aztecas, los cuales, partiendo del alto valle de Méjico, habían conquistado el territorio hasta ambos océanos, era una tiranía opresora y odiada. Las tribus de las costas caribes sufrían la conquista reciente, y, recordando sus

tiempos de libertad, se quejaban de que los recaudadores de Moctezuma se apoderaban de todos sus bienes y se llevaban a sus muchachos y doncellas para sacrificarlos a los dioses aztecas. Y, sin duda, el tributo pagado en especie debía de ser una carga intolerable para un país que no poseía bestias de carga y tiro, en el que la rueda era desconocida hasta que apareció el cañón de Cortés. Así, sólo se cultivaban los huertos a mano, con utensilios de piedra, madera o cobre blando. Las espaldas de los hombres sustituían a las carretas, y los cereales exigidos por Moctezuma habían de traerse a través del calor tropical y el frío de las grandes alturas en un viaje de muchos días.

Las tribus subyugadas se afanaban, minando sus propias fuerzas, para mantener tres lujosas cortes reales y una ociosa aristocracia guerrera, pues el sistema político azteca se componía de tres reyes confederados que gobernaban desde tres ciudades, a saber: la isla-ciudad de Tenochtitlán-Méjico[3] y las dos ciudades que se hallaban al Este y al Oeste en el territorio adyacente. Cada rey gobernaba en su ciudad y en las cercanías, pero Moctezuma, señor de la ciudad insular, predominaba sobre los tres: era el supremo jefe militar y soberano de los territorios sometidos, que le tributaban. Un tributo singularmente gravoso debe de haber sido el del cacao, que sólo se daba en la costa tropical y había que traerlo a Méjico en grandes cantidades dedicadas a la preparación de una bebida reservada para los nobles y los sacerdotes; las semillas del cacao llenaban un gran almacén de la ciudad imperial.

Cortés, encantando con estos agasajos, visitó la ciudad de Cempoala, capital de la tribu Totonac*. El cacique de la ciudad estaba demasiado grueso para salir a su encuentro a darle la bienvenida; pero fueron a recibirle multitudes que lo condujeron por las calles, cubierto de flores, hasta el lugar en que el cacique se hallaba en pie, sostenido por dos criados, para saludar a los misteriosos y poderosos extranjeros. A Cortés se le presentó la oportunidad en Cempoala y en una ciudad cercana: cinco señores aztecas magníficamente vestidos, aspirando con arrogancia el perfume de las rosas que traían en las manos, llegaron —acompañados por una tropa de servidores y portadores de abanicos que les libraban de las moscas—, para exigir los tributos y

20 jóvenes de ambos sexos con destino al sacrificio, para expiar la buena acogida dispensada a los extranjeros sin recibir órdenes de Moctezuma. Cortés convenció a sus nuevos amigos, que al principio temblaron de miedo, para que se negaran al pago y encarcelaran a los recaudadores. Sin embargo, les contuvo en sus lógicos deseos de sacrificar y devorar a los cinco señores aztecas, y él mismo soltó secretamente a los prisioneros —primero dos y luego los tres restantes—, pidiéndoles que comunicaran al rey Moctezuma que Cortés era amigo suyo y que había salvado a sus súbditos. Toda la provincia de la tribu Totonac —que contenía unas 20 «ciudades»— se sublevó contra Moctezuma y se confió a la sabiduría y al poder de aquellos seres semidivinos.

* Cfr. mapas nn.4 y 5.

Cortés se había asegurado, con su astuta conducta, aliados activos y sumisos que le proveían de víveres y servidores, así como de un equipo de cargadores que los españoles necesitaban urgentemente para transportar los equipajes y la artillería. El «cacique grueso» trató de valerse de sus nuevos aliados en contra de una tribu enemiga —los feudos hereditarios y la guerra intermintente eran la situación normal del país—; pero Cortés insistió en reconciliar a los enemigos y añadió así otra provincia y otra veintena de «ciudades» a los que renegaban de Moctezuma y aceptaban el señorío del emperador Carlos. El cacique de Cempoala, en prueba de más estrecha amistad, presentó a los capitanes españoles ocho damiselas bellamente ataviadas, servidas por criadas. Estas mujeres fueron debidamente bautizadas; pero Cortés, confiando excesivamente en la nueva amistad, estuvo a punto de echarlo todo a perder cuando derribó violentamente, en presencia de los jefes del pueblo, que lloraban y amenazaban, los repugnantes ídolos a los que diariamente se ofrecían sacrificios humanos. En cada ocasión que le fue posible mostró este mismo celo por las cosas de la fe, refrenado a veces por los prudentes consejos del capellán, padre Olmedo ; la misa se celebraba donde quiera que podía obtenerse vino, y en sus vibrantes alocuciones a los soldados, siempre les recordaba Cortés que eran campeones de la cruz. Nadie tenía la menor duda de que sojuzgar a los paganos y esparcir el cristia-

nismo eran deberes meritorios, y Cortés, aunque le disgustaban sinceramente la carnicería y la destrucción, no retrocedía ante los procedimientos violentos cuando parecían necesarios para una causa tan sagrada.

Ganada ya la región costanera, Cortés estaba dispuesto a marchar sobre Méjico y apoderarse de todo el país por medio de sus mismos habitantes. Por lo pronto, se cortó toda retirada por un acto de audaz confianza que se ha grabado en el pueblo español más que cualquier otra hazaña del conquistador. Mandó destruir todas las naves. Este golpe espectacular y decisivo no sólo forzó a los recalcitrantes a seguir adelante, sino que añadió al reducido ejército los 100 marineros que tripulaban los barcos, refuerzo muy conveniente. Los aparejos, las velas y piezas de metal fueron almacenadas en tierra; luego habían de prestar grandes servicios.

En la guarnición de Veracruz quedaron 150 hombres, y a mediados de agosto de 1519, el ejército español, de 15 caballos y unos 400 de infantería, emprendió la marcha hacia Occidente, acompañado de 200 cargadores indios que arrastraban a los seis pequeños cañones y 40 nobles de Cempoala con sus tropas; 1.000 cempoaltecas en total[4]. Tres meses duró la marcha hacia Méjico a través de 200 millas de terreno montañoso y volcánico. Durante estas doce semanas las tribus que salían al paso de los españoles quedaban amigas o sometidas por las armas o por la diplomacia y singulares cualidades personales de Cortés. Al subir de la tórrida costa tropical a las regiones templadas eran recibidos amistosamente en los lugares que cruzaban y les suministraban víveres, hasta que llegaron, tras quince días de marcha, a un sólido muro que protegía la frontera del pequeño estado independiente de Tlaxcala, cuya población guerrera nunca se había sometido a la soberanía azteca; aunque, estando cercados por los vasallos de Moctezuma, no podían tener sal —producto del lago salado de Méjico— ni algodón, que sólo crecía en la cálida región costera, Moctezuma ni siquiera deseaba su completa sumisión, puesto que la guerra crónica con Tlaxcala era excelente ocasión para que sus soldados se entrenaran y para obtener víctimas que sacrificar a sus dioses.

La breve pero violenta campaña de Tlaxcala, con sus estremecedores peligros y su extraño desenlace, que facilitó a Cortés los medios para apoderarse de toda Nueva España, tiene en sí elementos suficientes para una patética narración; aquí nos bastará un mero resumen. El estrecho paso a través del muro fronterizo estaba indefenso, y Cortés, esperando conseguir el paso libre por el territorio tlaxcalteca, envió mensajeros de paz. La respuesta fue que matarían a esos *teules* y comerían su carne. La lectura de la «requisitoria» no produjo efecto, y después de algunas escaramuzas, el pequeño ejército español se encontró cercado por una enorme masa armada con hondas, arcos, lanzas, jabalinas, y para el cuerpo a cuerpo, los montantes, que han sido ya descritos. Pero los españoles se arrojaron, disparando, sobre la densa multitud, y los caballos, aunque murieron dos, cumplieron briosamente los 13 restantes su tarea. Cuando cayeron ocho capitanes indios, el combate se debilitó y el enemigo emprendió la retirada.

Los nuevos ofrecimientos de paz por parte de Cortés encontraron la misma acogida anterior, y un ejército más numeroso, en cinco divisiones[5], llevando las insignias de cinco jefes bajo la bandera tlaxcalteca —un pájaro blanco con las alas desplegadas—, rodeó a los invasores. Los españoles vacilaron bajo el peso del número, pero se salvaron por su destreza en el manejo de la espada y porque los enemigos, según dice Díaz, estaban tan apiñado, que los disparos les causaban muchas bajas; por otra parte, estaban mal dirigidos, y sus capitanes, envidiosos unos de otros y disputando sobre la anterior derrota, no se prestaron mutuamente la debida ayuda…y sobre to do, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar… matamos un capitán muy principal, que de los otros no los cuento.» Huyeron los enemigos perseguidos por los escasos jinetes tan lejos como sus cansados caballos pudieron llevarlos. Llegaron 50 emisarios tlaxcaltecas ofreciendo la paz. Cortés, tras interrogar a algunos de ellos, y darse cuenta de que eran espías, les cortó las manos y las envió a los suyos. No obstante, los tlaxcaltecas hicieron un último esfuerzo, aconseja dos por sus hechiceros, quienes declararon que estos *teules* perdían su raro poder una vez anochecido. En vista de ello, los capitanes de Tlaxcala rom-

pieron las tradiciones de la guerra india intentando un ataque nocturno. Encontraron a los españoles vigilantes: habían dormido avizores, calzados y armados, con los caballos ensillados y embridados. Cortés se desquitó con un ataque nocturno a dos ciudades, no encontrando en ellas resistencia por parte de los aterrados y desprevenidos moradores. Entretanto, los auxiliares cempoaltecas que venían con los españoles desde la costa, «gente muy cruel», incendiaban aldeas y mataban a sus habita ntes[6].

Los tlaxcaltecas pidieron entonces la paz; «querían antes ser vasallos de Vuestra Alteza —dice Cortés— que no morir y ser destruidas sus casas y mujeres e hijos». Recibieron a Cortés en la capital con festejos, considerándole ahora como su campeón contra los odiados aztecas. De allí en adelante fueron los tlaxcaltecas devotos aliados de Cortés, trabajando y peleando junto a los españoles con los clamores mezclados: «¡Castilla!, ¡Castilla!, ¡Tlaxcala! ¡Tlaxcala!», facilitándose así la conquista de Méjico.

Volvamos por un momento a la ciudad imperial de Méjico. Fácil es imaginarse la creciente alarma del monarca azteca cuando oyó que estos audaces y misteriosos extranjeros, después de arrebatarles las tribus tributarias de la costa, habían vencido primero y luego enlazado en estrecha alianza a los enemigos inveterados e indomables de su dinastía y su pueblo. En esta situación de ánimo envió nuevos emisarios a la ciudad de Tlaxcala, apremiando a Cortés para que se alejara de Méjico. Pero los magníficos regalos que trajeron los enviados fueron, más que otra cosa, argumentos poderosos a favor del avance. Después de tres semanas de reposo en Tlaxcala, Cortés, seguido por una hueste de guerreros tlaxcaltecas, tomó el camino de Méjico a través de Cholula, ciudad aliada de los aztecas y famosa como lugar sagrado de toda aquella región por su gran pirámide, rematada con un templo. Aquí, al principio, le trataron bien y le alimentaron; pronto, sin embargo, varió esta conducta, y se sospechó que tendían una emboscada, siendo confirmado tal recelo cuando Marina, que todo lo contó a Cortés, supo por una mujer de Cholula, amiga suya, la existencia de una conspiración para exterminar a los españoles. Cortés atacó el primero. A

una señal convenida, sus hombres se precipitaron sobre una multitud de cholultecas desarmados. «Dímosle la mano, que en dos horas murieron más de tres mil hombres… todos éstos han sido y son, después de este trance pasado, muy ciertos vasallos de Vuestra Majestad», dice Cortés. Después de soltar a cuantos cautivos estaban siendo engordados por los cholultecas para el sacrificio, de haberles condenado los ídolos y recomendado la religión cristiana, condujo Cortés su ejército, auxiliado por 4.000 indios, a Méjico, atravesando terreno montañoso. A su paso recibió regalos de las ciudades —oro, algodón, mantos y mujeres indias— y escuchó amargas quejas contra la tiranía azteca.

Prevenido siempre, descendió al valle y durmió en una ciudad asentada mitad en la tierra y mitad en el agua. Al día siguiente, el señor de Tezcuco, sobrino de Moctezuma, vino en una magnífica litera llevada por ocho jefes, que barrieron el suelo ante sus pies cuando se apeó para saludar a Cortés. Un día después entraron en Iztapalapa por una amplia calzada levantada sobre el agua. «Desde que vimos —cuenta Díaz— tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras poblaciones y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y edificios que tenían en el agua, y toda de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían entre sueños… no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas… y en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron… la hue1ta y jardín… la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores… ahora esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie.»

Desde allá marcharon por una calzada de anchura suficiente para ocho jinetes de frente y cortada a intervalos por espacios cubiertos de puentes movedizos… «por delante estaba la gran ciudad de Méjico, y nosotros aún llegábamos a cuatrocientos cincuenta soldados», dice Díaz. Al día siguiente, Moctezuma vino a saludarle en una vistosa litera, acompañado de 400 nobles descalzos, magníficamente ataviado y llevando sandalias

con suelas de oro. Los condujeron, a través de la gente que, en tropel, invadía las calles, las azoteas y las canoas que llenaban el lago, hasta el palacio que había pertenecido al predecesor de Moctezuma. En un palacio cercano vivía el emperador «rodeado de pompa semidivina, pues los ricos tributos que afluían a Tenochtitlán (la ciudad de Méjico) le permitían proveerse de un servicio personal en una escala que sobrepuja a la de *Las mil y una nocbes*[7]. En cada comida se servían innumerables platos en braseros encendidos, y ningún utensilio se usaba más de una vez. Los nobles de más elevada alcurnia se aproximaban a él con los ojos bajos y vestidos humildemente; bailarines, acróbatas y bufones alegraban su corte. Su armería y almacenes, su pajarera y colección de animales salvajes enjaulados, sus jardines y flores y la fragancia de sus árboles causaban la admiración de los visitantes.

Habiendo encontrado en sus cuarteles señales de una puerta secreta, la abrieron y hallaron una habitación llena de los inmensos tesoros dejados por el antecesor de Moctezuma. Subidos al templo de la gran pirámide, abarcaron la ciudad con su concurrido mercado; las calles, rectas y limpias, por las que no circulaba ningún animal; las calzadas conducentes a la tierra firme; el acueducto que traía agua dulce; multitud de canoas transportando alimentos y mercancías. Pero al llegar a los santuarios que coronaban la pirámide, quedaron espantados ante el fétido y sangriento horror de los sacrificios humanos. La víctima era arrastrada gradas arriba, derribada y atada a la piedra convexa del sacrificio por cinco sacerdotes, mientras el sexto le abría el pecho y le arrancaba el corazón, que era quemado ante el ídolo. Luego tiraban el cadáver rodando escaleras abajo y le cortaban las extremidades, destinadas al banquete ritual de los sacerdotes; el tronco lo arrojaban a las fieras enjauladas. La ardiente protesta de Cortés contra los ídolos dejó a Moctezuma impasible.

[1] Véase la nota 2 de la página 57.

[2] *Mexican Archeology*. de T. A. Joyce, pág. 47.

[3] El doble nombre se debe a que la isla contenía en un principio dos ciudad es, que luego fueron las dos partes de una sola ciudad. En la época de la Reconquista, Tenochtitlán era la parte norte, y Méjico (o Tlateluco) la parte sur.

[4] Gómara, cuya información procede del mismo Cortés o de sus escritos. dice que iban acompañados de 1.300 indios, de los cuales 1.000 eran cargadores, incluyendo algunos cubanos. Díaz dice que eran 200 cargadores y 40 jefes composaltecos, pero no mencionan los guerreros indígenas. Cortés, al describir un incidente de la batalla de Tlaxcala, dice: «Llevé conmigo 400 de los indios que traje de Cempoala», dando a entender que esos 400 eran solamente una parte. Es verosímil la afirmación de Gómara de que el número de auxiliares y cargadores, incluyendo a los cubanos, se elevaba a unos 1.300.

[5] Díaz dice que cada división contenía 10.000 hombres: 50.000 en conjunto. Cortés afirma que pasaban de 149.000. Semejantes cálculos en tan enorme escala se dan con frecuencia, y, lógicamente, no pueden ser admitidos. No es debido esto solamente al deseo de exaltar el valor español, ya que Cortés exagera asimismo el número de sus aliados indios. Por ejemplo, dice que 100.000 tlaxcaltecas le acompañaron desde Tlaxcala y fue difícil hacerlos regresar al aproximarse a Choluta; 5.000 de ellos no hubieran podido hallar víveres durante la marcha, si bien hay que tener en cuenca el dietético régimen de los indios, del que los españoles se admiraban. Los cálculos excesivos pueden ser en parte debidos a los informes, exagerados o mal interpretados, de los mismos indios.

[6] Nada se sabe del suministro de víveres. Su carencia obligaba a los españoles al saqueo, así como a los cempoaltecas: pero éstos tenían el recurso de matar a los habitantes.

[7] T. A. Joyce.

VII.
VICISITUDES Y VICTORIA (1520-1521)

> La situación de esta ciudad es muy semejante a la de Venecia, salvo una diferencia: que Venecia se eleva sobre el agua del mar y Méjico sobre un lago, el cual, aunque parece uno solo, se compone en realidad de dos.
>
> THOMAS GAGE

Aunque habían sido muy bien recibidos por Moctezuma, aunque se habían alojado en un palacio donde un tropel de criados les atendió y sirvió de comer, Cortés y los suyos presentían la inminencia de un peligro. Al avanzar por las calzadas que los conducían a la ciudad habían podido darse cuenta de su peligrosa situación, pues habían cruzado el agua sobre varios puentes levadizos, introduciéndose de este modo en una trampa de la que no podrían huir a pie ni a caballo, de manera que sus vidas quedaban a merced de Moctezuma, cuyo anterior proceder no había sido muy tranquilizador.

Tras una semana de angustiosa ansiedad, tomaron esta pasmosa determinación: apoderarse en el centro de su capital, y entre su gente, de la persona de Moctezuma. Le habían manifestado una cordial amistad, presentándose como emisarios de un rey amigo, y, al fin, él los había tratado con marcada generosidad. Sin embargo, inferir tal ultraje a su huésped, idólatra y partícipe en las fiestas caníbales, no necesitaba justificarse a los ojos de los españoles, creyendo firmemente, como creían, en la justicia de la conquista castellana y en el dominio cristiano en estas tierras. En verdad, la necesidad era su justificación. No obstante, se buscó un pretexto: se había corrido la noticia del asesinato de unos españoles perpetrado por un oficial de Moctezuma llamado Quahpopoca, y era fácil culpar de ello al emperador, el cual, si la posterior confesión de Quahpopoca era cierta, había sancionado el ataque a los hombres blancos.

Se rezó durante toda la noche para prepararse a una proeza tan audaz y peligrosa. Por la mañana, Cortés, acompañado por dos intérpretes y seis compañeros armados, atravesó el espacio que les separaba del palacio de Moctezuma. Después de los saludos de rigor, Cortés acusó a Moctezuma de culpabilidad directa o, al menos, complicidad en la «traición» de Quahpo po-

ca, e invitó al emperador a seguirle a sus cuarteles. De hecho venía a ser un mandato esta invitación. Moctezuma, primero ofendido e indignado, pero sometiéndose acobardado por la actitud amenazadora de sus visitantes armados, entró en su litera, que fue conducida en hombros por los nobles de su corte, descalzos y llorosos, al palacio de su padre, en el que se alojaban los extranjeros. A ésta siguió otra mayor humillación: Quahpopoca fue traído a Méjico por orden de Moctezuma, entregado a Cortés, y quemado vivo delante del palacio imperial; y al emperador le tuvieron sujeto con grillos hasta que la ejecución finalizó; mientras, sus servidores, escandalizados y gemebundos, sostenían los grillos para que no lastimaran sus miembros. Cuando la cremación hubo terminado, el mismo Cortés libró a Moctezuma de sus grillos.

Rara vez obraba Cortés sin miras políticas. Los cempoaltecas y otros indios costeros andaban revueltos desde que llegaron a la conclusión de que los españoles no eran divinos ; pero este atroz ejemplo los aterró y los volvió sumisos.

De entonces en adelante, Moctezuma se resignó a su destino, unas veces melancólico y otras conversando animadamente con los oficiales españoles, entreteniéndose con ellos en un juego de azar que se hacía con bolitas doradas. Siempre donaba las ganancias, y a menudo obsequiaba a sus apresadores con objetos de oro, mantos y mujeres hermosas.

Pero tal como iban las cosas, no todo era paz. El «rey» de Tezcuco, sobrino y colega de Moctezuma, trataba de soliviantar a los príncipes vecinos, induciéndoles a la aniquilación de los intrusos. Esta tentativa, que era ya una provocación a la autoridad de Moctezuma, sólo sirvió para fortalecer el poder de Cortés en el país. El rey de Tezcuco fue detenido y su cetro puesto en manos de su hermano menor, príncipe más manejable, según podía esperarse; otros tres sobrinos de Moctezuma, señores de ciudades federadas o dependientes, fueron conducidos a la capital y encadenados.

Pero se hacía urgente, para mayor seguridad, buscar otra comunicación con la tierra firme, aparte de las calzadas con sus traicioneros puentes. Se trajeron de Veracruz herreros, aparejos y metal, y el mismo Moctezuma cursó órdenes desde su cárcel-

palacio de suministrar madera y trabajadores para la construcción de tres bergantines destinados al recreo de los españoles y de su huésped cautivo, el cual, cuando todo estuvo listo, disfrutó del nuevo placer de subir a un navío cuyo cañamazo se desplegaba al viento, y le llevaba, para que se distrajera con la caza, a una isla que era coto real.

Por fuerza tuvo Moctezuma que declararse vasallo del misterioso, remoto y poderoso monarca español, y envió oficiales que recorrieran sus dominios recogiendo oro y objetos valiosos para satisfacer el tributo a la corte española; a esto añadió parte de las riquezas acumuladas por su padre[1]. Cortés creía que ningún príncipe conocido del mundo poseería un tesoro como éste. Grupos de españoles, acompañados por oficiales aztecas para explorar las minas de oro, eran pacíficamente recibidos por doquier, aun pasados los límites de la jurisdicción de Moctezuma, y Cortés —confiado— redujo la guarnición española de la capital a unos 220 hombres, mandando 150 a fundar una ciudad en la costa, cerca de algún puerto bien acondicionado. Sin embargo, no es sorprendente que la gente de la ciudad, irritada por tanto expolio y por la tranquilidad con que Cortés asumía su autoridad, se hiciera cada día más indócil bajo la carga de soportar a estos molestos huéspedes españoles y tlaxcaltecas, que no siempre se conducían bien. Moctezuma advirtió a Cortés su precaria posición frente a la creciente amenaza del descontento popular, instándole a que se marchase mientras podía hacerlo sin peligro; pero el caudillo español hizo caso omiso de los consejos y siguió tomando posesión audazmente del país.

Posiblemente se hubiera justificado esta confianza suya si no hubiera sido por un contratiempo e interrupción que sufrió su labor. Unos cinco meses después de su llegada a la capital fue informado por Moctezuma —cuyos veloces corredores le traían dibujos explicativos de todos los sucesos— de que 18 naves habían anclado en Ulúa, portadoras de 800 soldados de infantería y 80 de caballería con numerosos arcabuces, arcos y artillería. Cortés, disimulando, se mostró encantado con la noticia, pero pronto supo que Pánfilo Narváez, el lugarteniente de Velázquez en Cuba —persona estimable, pero siempre desatinada y desafortunada- traía la orden de ocupar el territorio en nombre de

Velázquez, acusando a Cortés de traidor y exigiendo fidelidad a los cempoaltecas y tribus vecinas, los cuales no sabían a qué atenerse. Aunque las negociaciones que los enviados de Cortés quisieron entablar con los recién llegados fueron rechazadas de plano, consiguieron, en cambio, con astuta propaganda y sobornos, debilitar la autoridad de Narváez sobre sus hombres. Cortés salió de Méjico con parte de los españoles, dejando a Pedro de Alvaraclo con el resto para cuidar de la ciudad y de Moctezuma[2].

Camino de la costa recibió refuerzos, y una noche tormentosa, con 250 hombres, atacó los cuarteles de Narváez, en la ciudad de Cempoala. A la primera acometida fue hecho prisionero Narváez, que perdió un ojo en la refriega. Se dieron gritos proclamando victorioso a Cortés, y todos los soldados de Narváez se pasaron a las filas del vencedor, que de esta manera cuadruplicó su ejército.

Narváez proporcionó a Cortés otro terrible aliado: las viruelas, transportadas por un negro de la expedición. Esta plaga, desconocida antes en el Continente, se extendió fatalmente con gran rapidez, y se llega a decir que destruyó la mitad de la población en algunas provincias. Luego se presentó el hambre por falta de brazos para cultivar la tierra. La población sometida al conquistador estaba debilitada y disminuida.

Buena falta hacían los hombres de Narváez, pues apenas había descansado Cortés de la sorprendente victoria sobre sus compatriotas, cuando recibió la noticia de un desastre: toda la ciudad de Méjico se había sublevado[*], los bergantines del lago habían sido incendiados y Alvarado estaba sitiado en sus cuarteles. Él mismo había sido el causante del estallido. Cuando, con permiso de Alvarado, se hallaban los nobles aztecas —libres de vestidos, pero magníficamente engalanados con oro, joyas y vistosos adornos de plumas— celebrando la fiesta del verano con una danza ritual, los españoles, obedeciendo a una consigna, habían caído sobre ellos y los habían matado a todos. Alvarado pretendió haber actuado sólo con la debida previsión, puesto que tenía noticias de una conspiración para exterminar a los españoles. Moctezuma negó esto indignado, declarando que no hubo razón ni provocación alguna para la matanza.

Apresurando con marchas forzadas el regreso a la capital y recogiendo por el camino algunos destacamentos, entró Cortés por la gran calzada del Sur con 1.300 infantes y 96 jinetes, además de 4.000 auxiliares tlaxcaltecas; ahora no le saludaban ya grandes señores ni multitudes curiosas, sino que había de cruzar el adusto silencio de las calles desiertas. Al entrar en sus cuarteles, los hombres de Alvarado abrazaron a los recién llegados como a salvadores. Pero nadie estaba a salvo; al día siguiente, una lluvia de proyectiles llenaba los patios de sus alojamientos y parte del edificio se incendiaba en los incesantes ataques. Por la noche los españoles repararon los daños, pero al alba los aztecas arremetieron con furia renovada, cubriéndose al momento los huecos abiertos por cada disparo español en las masas de asaltantes.

Con la esperanza de apaciguar al pueblo, Cortés subió a la azotea al rey cautivo para que tratase de calmar a sus súbditos. Cuando el «gran Moctezuma» apareció, cubierto con el manto imperial, blanco y azul, coronado con la diadema de la soberanía azteca y precedido del portador de la vara dorada anunciadora de la realeza, invadió a la multitud un silencio sobrecogedor; se hizo una tregua en la batalla, y muchos se postraron, con la reverencia habitual, ante el rey-sacerdote. Pero cuando el monarca rompió el silencio con una alocución a sus súbditos, aconsejándoles la paz y declarándose amigo de los extranjeros, se produjo un rumor inquietante en la compacta masa, seguido de un estallido de furor; la tormenta de proyectiles comenzó de nuevo, y Moctezuma fue alcanzado en la cabeza por una piedra que había salido de entre sus mismos vasallos; rechazó todo cuidado y murió a los tres días.

El pueblo eligió como sucesor a su pariente Cuitlahuac, el príncipe que había dirigido el ataque contra los españoles, y que los expulsó de la ciudad algunos días más tarde, dejándolos reducidos a la mitad. Aunque los españoles habían tomado la torre del templo que dominaba sus cuarteles, y arrojaron de allí a los combatientes y a los frenéticos sacerdotes ensangrentados, no pudieron apoderarse de la ciudad. «Unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia… juraron… que guerras tan

bravosas jamás habían visto… ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones.»

Muchos españoles murieron y todos fueron heridos, ya que el enemigo se reforzaba cada día, y la pólvora, los alimentos y el agua escaseaban. Permanecer en la ciudad equivalía a morir por hambre, por las heridas o en los sacrificios rituales al dios de la guerra. En estas circunstancias extremas, Cortés decidió abandonar por lo pronto cuanto se había ganado, con objeto de emprender la retirada de noche por la calzada occidental, conducente a Tacuba, el camino más corto a tierra firme. Se fijó para la retirada la noche del 30 de junio; se dijo a los soldados que se llevase cada uno lo que quisiera, y el resto fue abandonado. Los que fueron prudentes y estimaron sus vidas, tomaron las joyas de pequeño volumen y dejaron el pesado oro. Para rellenar los huecos de la calzada construyeron un puente móvil; en cuanto anocheció, lo colocaron cubriendo la primera brecha, y todo el ejército, caballería, cañones, infantería y auxiliares tlaxcaltecas, pasó sobre él, no sin accidentes, pues un movimiento como éste no podía realizarse silenciosamente y en secreto. Una vez que todos hubieron pasado, se encontraron con que era imposible mover el puente, pues se había incrustado por el gran peso soportado. Así, la segunda interrupción les presentaba un abismo de profundas aguas. Siguió una escena de espantosa confusión; el lago se llenó de canoas, cuyos ocupantes alanceaban a los caballos y tiraban de los hombres para que se ahogasen o para sacrificarlos. El peso del oro que portaban causó la muerte de la mayoría de los que habían venido con Narváez; la artillería y la pólvora se perdieron por completo; sólo 23 caballos se salvaron. Los hijos de Moctezuma, los «reyes» cautivos y otros prisioneros aztecas, todos perecieron en esta *Noche Triste*. Los supervivientes, españoles y tlaxcaltecas, que habían conseguido cruzar el agua nadando o apoyándose en los cuerpos de hombres y caballos, alcanzaron la ciudad de Tacuba; pero, perseguidos y atacados, se retiraron a un templo fortificado en una colina, donde encontraron provisiones y descansaron toda la noche. Durante los seis días siguientes recorrió nueve leguas la tropa exhausta y decreciente, perdiendo a cada momento a los que se rezagaban, que eran capturados para los sacrificios.

Antes de llegar a la favorable Tlaxcala tuvieron que luchar una vez más. Hambrientos, cansados y heridos, fueron atacados por una enorme hueste de mejicanos burlones y confiados; sus capitanes, resplandecientes con las brillantes plumas. Cortés refiere que eran tantos, que se estorbaban los unos a los otros y no podían luchar ni huir. Sin embargo, la mera fuerza numérica parecía suficiente para aplastar a los españoles, cuando Cortés, con unos cuantos compañeros, se abrió paso a caballo hasta el lugar en que el capitán general mejicano se hallaba con su bandera desplegada, armado de una rica coraza dorada, adornado con plumas plateadas, y rodeado de muchos jefes que llevaban grandes plumas. El estandarte real fue derribado y su portador atravesado por una lanza española ; entonces se debilitó la batalla; los jinetes acosaron al enemigo y «continuamos nuestra victoria matando e hiriendo. Nuestros amigos los tlaxcaltecas se portaron como leones y con las armas que cogían peleaban briosamente», dice Díaz.

Otumba, lugar de esta batalla, es para el oído español lo que Plassey o Quebec para el inglés. «La batalla de Otumba —dice Prescott—, una de las batallas decisivas de la Historia, demostró de modo concluyente que fueron los españoles mismos, y no su armamento superior, los que conquistaron el imperio azteca. Sólo hombres de extraordinario vigor físico y valentía podían haberse librado de ser aniquilados por el mero peso de la cantidad.» Debe añadirse que los españoles no tenían artillería en Otumba ni pólvora para los pocos arcabuces que habían salvado en la horrible confusión de la *Noche Triste*.

Los exhaustos vencedores lograron llegar a Tlaxcala, donde la noticia de su asombroso éxito les valió una hospitalaria acogida, el alimento tan necesitado, descanso y la cura de sus heridas.

Aquí supieron de nuevos desastres. Dos grupos de españoles que venían de Veracruz para unirse a Cortés en Méjico, creyendo que aún estaba en posesión pacífica de la ciudad, fueron asesinados en el camino o capturados para el sacrificio. Los supervivientes de los soldados de Narváez, que estaban con Cortés en Tlaxcala, se desilusionaron, perdiendo valor y tratando de huir a la costa; pero Cortés, apoyado por sus antiguos compañeros, se negó a retroceder más, declarando que, después de todo, las

fuerzas con que contaba ahora eran iguales a las que se lanzaron a la conquista el año anterior desde Cempoala. El caudillo se propuso resueltamente ganar de nuevo, ayudado por un gran ejército tlaxcalteca, las ciudades vecinas, sometidas a los aztecas. Los que se sometieron fueron perdonados y sujetos a la soberanía española; en los lugares en que, tras la lectura de la «requisitoria», oponían resistencia, todos los habitantes eran marcados como esclavos en el rostro con hierro candente. Cortés era contrario a la destrucción sin motivo, pero no podía impedir a sus auxiliares traxcaltecas saquear, degollar y comerse los cadáveres. Para asegurar las nuevas conquistas y vigilar el camino a Veracruz se construyó una ciudad española: Segura de la Frontera.

Entretanto, iban llegando refuerzos de Veracruz, cuya población había crecido. Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, había enviado cuatro expediciones para que colonizaran Pánuco. La mayoría de los expedicionarios, con caballos y artillería, se dirigieron al campamento de Cortés. También llegaron de Cuba, y se pusieron al servicio del conquistador, reclutas con víveres y municiones destinados a Narváez. De Santo Domingo vinieron más soldados, caballos y municiones. Pero Cortés sabía que de nada servían los caballos, el alimento y la artillería contra la ciudad acuática de Méjico. En vista de ello, concibió la idea, en apariencia fantástica, de construir una flota de 13 navíos, transportarlos por partes a través de las montañas y botarlos en el lago. Desde Veracruz a Tlaxcala transportaron aparejos, estopa y hierro; la resina se la procuraron en los bosques cercanos. Los trabajadores tlaxcaltecas, dirigidos por Martín López, diestro carpintero de navío, cortaron y modelaron la madera. Después de permitir prudentemente que los descontentos se volvieran a Cuba, Cortés, el 26 de diciembre de 1520 —seis meses después de la trágica *Noche Triste*— pasó revista a su tropa en Tlaxcala: 550 infantes, 40 caballos y ocho cañones pequeños. Al cabo de dos días partieron, seguidos de una gran hueste de tlaxcaltecas que habían siclo algo aleccionados por los oficiales españoles. Tras pasar el último desfiladero vieron, una vez más, extendida ante ellos, la llanura mejicana, con sus lagos y ciudades, «Y aunque hubimos mucho placer en la ver, dice Cortés, considerando el daño pasado que en ellas habíamos recibi-

do, representósenos alguna tristeza por ello, y prometimos todos de nunca salir sin victoria o dejar allí las vidas; y con esta determinación íbamos todos tan alegres como si fuéramos a cosa de mucho placer».

Un ejército decidido y exasperado, perfectamente preparado, esperaba el ataque. El sucesor de Moctezuma, vencedor de los españoles en la *Noche Triste*, murió de viruelas luego de reinar ochenta días. El trono había pasado a Guatemoc (o Quanthemoc), joven príncipe animoso y enérgico, que había reunido a sus guerreros en la capital y acumulado provisiones y armas dentro de la ciudad.

El último día del año 1520 entró el ejército invasor en Tezcuco, la segunda ciudad real de los aztecas, de la que huyeron sus habitantes al aproximarse los es pañoles. Cortés había traído consigo de Tlaxcala a un joven príncipe azteca que había aceptado el bautismo y tomado un nombre español, que comía en la mesa del jefe y charlaba amigablemente con él por las tardes. Al reconocer a este joven, de sangre real azteca, como rey de Tezcuco, Cortés adquirió cierta autoridad tanto en la ciudad, a la que retornaban poco a poco sus moradores, como en la región circundante. En Tezcuco y sus alrededores «encontramos —dice Cortés— la sangre de nuestros hermanos y compañeros esparcida y sacrificada en todas las torres y santuarios; algo tan lamentable, que nuestras tribulaciones se renovaban», y en una casa próxima a Tezcuco hallaron estas palabras, escritas con carbón en una pared blanca: «Aquí estuvo preso el infortunado Juan Yuste..». Algo como para partir los corazones de los que lo vieran.

Con Tezcuco como cuartel general, dedicaron tres meses a una campaña preliminar alrededor del lago, fortaleciendo la alianza de las ciudades amigas y castigando a los recalcitrantes —por lo general, con éxito, pero no sin reveses—; en Iztapalapa, en cuyos jardines y palacios habían sido agasajados los españoles catorce meses antes, los enemigos habían precipitado una avalancha de agua sobre los invasores abriendo un dique, y por poco no perecen ahogados los españoles. «Gran parte de la ciudad de Iztapalapa fue incendiada y miles de sus habitantes acuchillados, pues nuestros aliados tlaxcaltecas, viendo la victoria

que Dios nos concedió, no pensaban sino en matar a diestro y siniestro», dice Díaz. Los españoles fueron rechazados en un ataque a Xochimilco; a muchos les cupo la desgracia atroz de ser capturados, y Cortés, a pie y sujeto por ávidas manos enemigas, se salvó de la captura y el sacrificio gracias a la devoción de un indio tlaxcalteca —al que luego en vano hizo por encontrar— y a un soldado español llamado Olea, que fue gravemente herido al proteger a su jefe.

Durante aquellos meses se dedicó Cortés tenazmente a fortalecer su dominio sobre el país, así como su autoridad sobre los soldados, y al descubrir que algunos descontentos conspiraban para asesinar a los capitanes y volver a Cuba, actuó prontamente: la primera noticia que tuvo el ejército de la existencia del complot fue ver el cadáver del culpable colgado a la puerta del cuartel. Cortés había arrebatado al reo una lista de los conspiradores, pero con prudente generosidad ocultó lo que sabía e hizo creer que el culpable se había tragado el papel acusador.

Mientras tanto, una larga ristra de cargadores indios, vigilados por 300 españoles y un destacamento tlaxcalteca, traía a hombros los materiales para los 13 barcos, recorriendo una distancia de 18 leguas en terreno montañoso, desde Tlaxcala a Tezcuco. Durante seis horas estuvo Cortés contemplando el desfile ante él de esta procesión. Los maderos se unieron y los navíos se completaron, mientras miles de indios se afanaban en abrir un canal de media legua que comunicaba a Tezcuco con el lago. A la cabecera del canal se construyó un depósito, y el día 28 de abril estuvo todo dispuesto. El padre Olmedo dijo misa y bendijo los barcos; todos los españoles comulgaron; se abrió el depósito y el agua afluyó en el canal poniendo en flotación a las 13 naves, que entraron en el lago entre músicas marciales y salvas de artillería. Pese a las considerables pérdidas sufridas, las tropas de Cortés se elevaban a 900 hombres con los recién venidos de las islas o de España, atraídos por la fama del caudillo y la esperanza del botín. Contaban con 86 jinetes y cerca de 100 ballesteros y arcabuceros.

A fines de mayo de 1521 todo estaba dispuesto para el sitio. El acueducto que proveía de agua dulce a la ciudad había sido cortado. Un gran ejército de tlaxcaltecas esperaba en Tezcuco

las órdenes de Cortés, impacientes todos ellos por destruir al tradicional enemigo.

El ataque por tierra, utilizando las tres calzadas, fue encomendado a tres divisiones que capitaneaba Alvarado, Olid y Sandoval. Al principio, el mismo Cortés mandó los 12 bergantines (uno había sido desechado por inservible), «… la llave de toda la guerra», nos dice. Pronto probó lo valiosos que le serían. «Como el viento era muy bueno…, embestimos por medio de ellos y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo más para ver.»

Los bergantines no conseguían detener a tocias las piraguas que llevaban víveres a la ciudad; sin embargo, «no había día que no traían los bergantines presa de canoas y muchos indios colgando de las entenas». Además, sólo gracias a la defensa y ayuda prestadas por las naves pudo realizarse el avance por las calzadas.

En el primer asalto a la ciudad, los españoles se abrieron paso hasta la gran pirámide del templo, tomaron las gradas y alcanzaron la cúspide, pero no consiguieron mantenerse. En dos ataques más, protegidos por los bergantines, avanzaron a lo largo de las calzadas, penetraron en las calles, incendiaron las casas e hicieron una gran matanza. Los tlaxcaltecas agitaban ante los sitiados los miembros de sus paisanos a la vez que gritaban: «¡Esta noche nos comeremos a éstos!»

Como los aztecas perdían terreno, las ciudades vasallas se zafaron de sus vínculos y apoyaron a Cortés. Sin embargo, por lo menos dos veces tuvieron los españoles que retroceder. Un ataque a la plaza del mercado, al Norte, les falló desastrosamente, y Cortés, arrastrado en la desordenada retirada, se libró nuevamente de la captura gracias al mismo Olea, que murió defendiéndole. Aquel día fueron hechos prisioneros unos 70 españoles, según cuenta Díaz, y el destacamento de Alvarado, el que se hallaba más próximo a la ciudad, pudo ver a sus cautivos camaradas conducidos a golpes escaleras arriba de la pirámide, y forzados a bailar frente al ídolo antes de que los extendieran en la piedra de los sacrificios, mientras el gran tambor de piel de serpiente, que se oía dos leguas a la redonda, redoblaba triunfal-

mente. Diez días seguidos se oyó el redoble de este tétrico festival; el último de los inmolados era el paje de Cortés, que había siclo capturado mientras ayudaba a su amo a montar su caballo y esca par.

Después de estos desastres, muchos de los auxiliares tlaxcaltecas abandonaron el sitio y, acobardados, se dispersaron por sus casas, aunque sin renovar su fidelidad a los aztecas. Por último, Cortés, que quería conservar sus conquistas y no destruirlas, llegó forzosamente a la terrible conclusión de que la ciudad tenía que ser arrasada a trozos. «No sabía —dice— qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajo, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo… los hallábamos con más ánimo que nunca… acordé tomar un medio para nuestra seguridad… y fue como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando tocias las cosas dellas de un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado.» Los tlaxcaltecas se exaltaban en su labor destructora, con gran dolor de Cortés, el cual, repetidas veces durante el sitio, propuso a Guatemoc una honrosa capitulación, prometiendo reconocerle como rey; pero el príncipe azteca rechazó tercamente todas las condiciones, a pesar de haber perdido la mayor parte de la ciudad, incluso la gran pirámide, y cuando su pueblo se moría de peste, por los cadáveres amontonados, y de hambre, ya que respetaban los cuerpos de sus paisanos.

Pero el hambre, la destrucción y la pes te, además de las heridas y bajas en el incesante combate, hicieron su efecto gradual e inevitablemente. Al cabo de tres meses de lucha constante, cerca de la cuarta parte de la ciudad permanecía aún de pie, defendida por los extenuados supervivientes. El 13 de agosto, mientras los bergantines destruían las casas, unas piraguas quisieron escapar por el lago; las naves españolas las persiguieron a toda vela; García Holguín, capitán de un veloz bergantín, alcanzó a una destacada piragua e hizo ademán de disparar. Uno de los que iban en ella se levantó y dijo: «No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y de esta tierra… sino que me tomes y me lleves a Malinche.»

Cuando Cortés tuvo noticia de esta captura, preparó una habitación con alimentos, y cuando condujeron a su presencia al príncipe azteca, le recibió con un abrazo: «Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad…, toma luego ese puñal que traes en la cintura y mátame luego con él…, y Cortés respondió… que por haber sido tan valiente y haber defendido su ciudad, se lo tenía en mucho y tenía en más a su persona.» «Llovió y tronó y relampagueó aquella noche -relata Díaz- y como se hubo preso Guatemoc, quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno puesto sobre un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían las cesasen de tañer; y esto digo a propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces y silbidos, y unos escuadrones mejicanos, apercibiendo escuadrones y guerreros que habían de pelear en la calzada, y otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en los puentes; otros apercibiendo a los que habían de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha; y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas que aquellos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas que de continuo no se dejaban de tocar; y de esta manera de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oíamos los unos a los otros; y después de preso el Guatemoc cesaron las voces y el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en un campanario.»

El veterano soldado, descuidado en las formas gramaticales y usando un vocabulario no estudiado, no podría haber mejorado esta viva descripción. Sigue diciéndonos que «Guatemoc era de muy gentil disposición así de cuerpo como de facciones y la cara algo larga y alegre; y los ojos más parecían que, cuando miraba, eran con gravedad y halagüeños».

El conquistador español permitió u ordenó la evacuación de la ciudad derruida. Tres días y tres noches estuvo desfilando por las calzadas, hacia un destino desconocido, una lenta procesión de fugitivos sin hogar, tan flacos y sucios, amarillos y hedion-

dos, que daba pena verlos, y así quedó desalojado el lugar donde los monarcas aztecas habían reinado.

Cortés enturbió su victoria y contradijo su primer impulso generoso cediendo al clamor de sus soldados y del Tesoro Real para que su huésped vencido, el rey azteca, fuera torturado y declarase de este modo dónde se hallaba un supuesto tesoro escondido. Nada se pudo saber, y las ruinas pestilentes de la capital dejaron muy escaso botín entre las manos de la irritada y decepcionada soldadesca. Se suponía que el tesoro de Moctezuma había sido hundido en las aguas del lago para que nunca cayese en poder del conquistador.

Sin embargo, la riqueza del país no era una fábula. Esa riqueza existió y existe aún en sus valiosas minas, sus pastos y los diversos productos de su suelo.

[*] Cfr. mapa n. 6.

[1] Un corsario francés se apoderó del teso ro, embarcado en Veracruz para España, que pasó a poder del rey francés Francisco I. Cuando Carlos Y, que aún no estaba en franca guerra con Francia, le reclamó el tesoro, increpándole por su acción, replicó el rey francés: «Enseñadme el testamento de vuestro padre Adán en el que todas aquellas tierras están asignadas a Vuestra Majestad».

[2] Cortés dice que llevó con él 70 españoles y dejó 150 con Alvarado. Como Cortés afirma que atacó a Narváez con 250, se deduce de ello que se le unieron por el camino 180 españoles. Díaz invierte las cifras, diciendo que Cortés dejó a Alvarado 80 soldados, y marchó con el resto.

VIII.
CORTÉS

Así, preso este señor, luego en este punto cesó la guerra.

CORTÉS

Hernán Cortés, a los treinta y cinco años, había realizado una sorprendente y singular hazaña. Con un puñado de aventureros conquistó un pueblo belicoso y un magnífico imperio, pues con el derrumbamiento de la capital azteca todo el territorio de los aztecas cayó bajo la garra del conquistador. Los gobernantes de las regiones comarcanas enviaron representantes o vinieron personalmente a reconocer la nueva autoridad, no sólo los que habían sido tributarios de Moctezuma, sino también caciques más lejanos que habían rechazado la soberanía azteca y ahora aceptaban la de España, atónitos ante la pasmosa victoria de los españoles. Entre otros, el rey independiente de Michoacán, extensísima provincia bañada por el océano Pacífico, envió a su hermano para que contemplara las ruinas de la capital imperial y solicitara protección del conquistador.

Con el objeto de completar el sometimiento del imperio, envió Cortés a sus capitanes en todas direcciones, al frente de pequeños destacamentos para que se procurasen, de grado o por fuerza, la sumisión de las tribus y ciudades vecinas. Él mismo dirigió una expedición a la indómita región de Pánuco, y allí esta ble ció, con las debidas formalidades, una ciudad española. Pero Garay, gobernador de Jamaica, el celoso rival de Cortés, envió también para allá un cuerpo de colonizadores españoles, que asolaron el país en grupos errantes y provocaron un levantamiento general, en el que muchos españoles perecieron, con sus vejatorios robos de mujeres y mercancías. Siguió a esto una tremenda revancha: Cortés encargó a Sandoval la pacificación de Pánuco, lo que llevó a cabo éste quemando a 400 caciques en presencia de sus súbditos; luego nombró o reconoció a los sucesores de aquellas víctimas como jefes nativos del pueblo, y la región quedó hundida en una intranquila sumisión.

Por espacio de tres años encontró plena ocupación la incansable energía del caudillo. En los solares de la ciudad derruida se levantaron rápidamente, con su forma rectangular caracterís-

tica, los primeros edificios de una espaciosa y majestuosa ciudad española, labor que costó la vicia a muchos trabajadores indios; como medio de seguridad y defensa se construyó en el lago un puerto fortificado, que siempre estaba dispuesto para un caso necesario. No habiendo podido traer de España artillería y pólvora, allí mismo se las proporcionó Cortés; el hierro era desconocido en Nueva España; en cambio, abundaba el cobre blando, inutilizable para forjar cañones si no se disponía a la vez de estaño para endurecerlo. Después de ávida búsqueda se encontró algo de estaño, y Cortés pudo pronto tener cañones de bronces. Se producía en el país mucho nitro, y el azufre para la pólvora se obtuvo en un arriesgado descenso al cráter de un volcán. En la costa del Pacífico se construyeron navíos para explorar las playas aún desconocidas y para buscar el inexistente estrecho. Todos los materiales para la construcción de barcos, excepto la madera, vinieron de España y fueron transportados a través de 200 leguas de país montañoso hasta la costa occidental. Un fuego casual destruyó estos almacenes, pero un barco trajo de España nuevos pertrechos, que, una vez conducidos de un lado a otro del Continente, completaron la construcción de las naves. «Tengo en tanto estos navíos, escribió Cortés al Emperador, que no lo podría significar; porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios nuestro Señor servidor, tengo de ser causa que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia.»

Las tribus y provincias batidas, debilitadas y en algunos casos con su población reducida a la mitad por la epidemia de viruelas y por la miseria que es siempre consecuencia de la peste y la guerra, acudían al conquistador español en busca de guía, y éste atendía al gobierno de aquéllas reconociendo o nombrando caciques que las rigiesen como antes, pues Cortés es el único entre los conquistadores españoles que haya mostrado el deseo de conservar las instituciones aborígenes como base de la soberanía española; pero las circunstancias adversas podían más que su voluntad: sus hombres, que le habían seguido como voluntarios sin paga y logrando muy escaso botín, exigían la recompensa de la conquista, viéndose obligado Cortés, contra el mandato real

y sus propias convicciones, a satisfacerlos, concediéndoles un *repartimiento*; esto es, un grupo de indios que habían de ser vasallos o siervos del español establecido como vecino. Este sistema, adaptado ya por todas partes y desarrollado en la *encomienda* o feudo, era evidentemente nocivo para las tradiciones instituciones de la tribu y la aldea.

El asombroso éxito de Cortés y el territorio que había añadido a la corona de España le valieron la confirmación real de sus pretensiones de autoridad. En octubre de 1522, catorce meses después de ser arrasado Méjico, el emperador Carlos V, tras haberse informado cumplidamente, nombró a Cortés gobernador y capitán general de Nueva España. El nombramiento estaba justificado por su celo y sagacidad promulgando las Ordenanzas de gobierno, y por sus constantes esfuerzos para ampliar y enriquecer los dominios de la corona[*]. Partieron dos expediciones para regiones lejanas: Pedro de Alvaraclo condujo una expedición bien equipada 200 leguas al Sureste para comenzar allí una nueva fase de la conquista que luego relataremos. Cristóbal de Olid fue enviado por mar para establecer una colonia en la costa septentrional de Honduras, con objeto de entablar comunicación con un país en el cual, según relatos de viajeros, llenaban sus redes los pescadores con una mezcla de oro y cobre, y para descubrir el legendario estrecho. Al llegar a Honduras se desligó Olid de la autoridad de Cortés y actuó como conquistador por su cuenta; ahora bien, el conquistador de Méjico no estaba dispuesto a que nadie le tratase como él había tratado a Velázquez. Una expedición que mandó por vía marítima para reducir a la obediencia a Olid fue víctima de un desastre; entonces el mismo Cortés, para castigar al capitán sublevado, marchó con dirección al Este, cruzando la base de la península de Yucatán —distancia calculada por él en 500 leguas—, partiendo rodeado de gran pompa, servido en platos de oro y plata, atendido por una tropa de criados, entretenido por músicos, juglares y acróbatas, y llevando en su séquito dos reyes cautivos, Guatemoc y el primo de éste, el rey de Tacuba. Esta audaz marcha a través de una región desconocida —aunque el único gran disparate de la carrera de Cortés y que contribuyó poco a la conquista— fue una portentosa hazaña, en la que solamente la habilidad y deci-

sión del caudillo salvaron repetidas veces a sus hombres de morir en las tenebrosas intransitables selvas tropicales, al escalar las escarpadas montañas, en las que perecieron muchos caballos, y al vadear profundos ríos y anchos pantanos, uno de los cuales fue atravesado gracias a la construcción de un puente flotante con 1.000 troncos de árboles, cada uno de unos 50 pies de longitud.

Durante un descanso en una ciudad india, Guatemoc y el rey de Tacuba fueron acusados de conspiradores y ahorcados por orden de Cortés. Díaz, que iba con los expedicionarios, declara que la sentencia fue injusta, y el ejército entero la desaprobó. Este acto ha encontrado pocos defensores.

Cuando, finalmente, llegaron —surgiendo de las regiones salvajes— a un puesto español en la costa septentrional de Honduras, iba ya Cortés tan extenuado y con la salud tan dañada —y, durante un cierto tiempo, aun su espíritu—, que apenas si se le reconocía. El motín que venía a apaciguar había terminado ya, pues Olid había encontrado la muerte a manos de los amigos de Cortés. Pero aquellos puestos españoles eran inestables y andaban revueltos, debilitados por las contiendas entre los que de Méjico envió allá Cortés y los de Darién. La presencia persuasiva o autoritaria de Cortés sirvió de mucho para mitigar estas disputas y fortalecer la ocupación española de Honduras.

Cuando pretendía continuar la exploración hacia Sur en busca del estrecho, tuvo que regresar, requerido urgentemente por sus amigos de Méjico, donde durante su ausencia de dos años (1524-1526) los oficiales reales luchaban por la supremacía, y sólo se ponían de acuerdo para perseguir a los partidarios de Cortés, quien, igual que los que le acompañaron, hacía tiempo que habían sido dados por muertos. Co1tés dejó a muchos de sus soldados, entre ellos Berna! Díaz, a las órdenes de Luis Marín, que tenía la consigna de marchar hacia el Sur. Tuvieron la alegría de encontrarse con Pedro de Alvarado, que se apresuraba hacia el Norte para unirse a Cortés; pero no se necesitaban sus servicios, y ello le convino, pues ya tenía que hacer bastante con la pacificación de su propia provincia y con fijar las fronteras con los hombres de Pedrarias de Darién, que habían llegado al

límite de las conquistas de Alvarado en Guatemala. Pasados algunos meses, Alvarado acompañó y guió a Marín y los suyos en la vuelta a Méjico por un camino más meridional y más transitable, aunque, como de costumbre, tuvieron que jalonar su marcha de combates con indios a quienes irritaba el paso de estos arrogantes y hambrientos intrusos.

Mientras tanto, Cortés se embarcaba en Trujillo, en la costa norte de Honduras, y, después de repetidas demoras causadas por la tempestad y los accidentes, llegó a Veracruz, desde donde emprendió la marcha a Méjico, siendo recibido por todas partes con gran entusiasmo, tanto por los españoles como por los indios. Las envidias y discordias que le persiguieron en la ciudad apenas si caen dentro de nuestro tema. Entretanto, sus esfuerzos por extender los dominios de la corona castellana eran incesantes, así por expediciones terrestres como por la exploración marítima de ambas costas, del Atlántico y del Pacífico, del imperio que había conquistado y de las provincias que se extendían más allá. Llegó hasta enviar, en 1527, una expedición a las islas de las Especias, como se contará en el capítulo XI.

En 1529, exasperado por las intrigas y las acusaciones, se embarcó Cortés para España y desembarcó en Palos con una comitiva de 40 nobles indios, muchos servidores que llevaban sus típicos vestidos, grandes riquezas, una colección de animales salvajes, plantas y frutas, así como hermosas muestras de labores mejicanas en oro, plumas y algodón teñido. Los enanos, juglares y bufones que traía agradaron tanto al emperador, que fueron enviados a Roma para que distrajeran al Papa. Carlos recibió a Cortés con señaladas muestras de honor, le confirmó su categoría de capitán general con derecho a explorar, y le concedió el título de marqués del Valle de Oaxaca y una encomienda consistente en aquella ciudad y 28 aldeas dependientes de ella —un feudo principesco—. El emperador accedió a su petición de que los tlaxcaltecas estuvieran excluidos para siempre de toda tributación y que se debía establecer un presupuesto para dos colegios dedicados a los hijos e hijas de los nobles mejicanos, y construirse iglesias y escuelas, y asignar una generosa pensión a las hijas de Moctezuma.

Pero, a pesar de estas señales de favor, Cortés, al regresar a Nueva España con el grado de capitán general, se encontró en una posición ambigua y subordinada, privada de toda autoridad efectiva; en efecto: el gobierno de Nueva España estaba ahora en manos de una Audiencia, formada por magistrados españoles, hasta que la llegada del primer virrey, Antonio de Mendoza, inició el sistema regular de gobiernos vicerreales, que continuó durante tres siglos. Los excesos sanguinarios y la escandalosa mala administración del cazador de oro y esclavos Nuño de Guzmán, primer gobernador de Pánuco y luego presidente de la Audiencia, no pueden referirse aquí en detalle. Ni tampoco interesan para la historia de la conquista las lamentables disputas de Cortés con la Audiencia y el virrey.

Pero Cortés continuó la conquista, equipando cuatro expediciones que surcaron el Pacífico —una deellas capitaneada por el mismo Cortés—, explorando las costas y buscando un estrecho. Así, fue Cortés el descubridor de las costas de California, región que debe su nombre a una de las novelas de caballería, así como luego, en las páginas de *Don Quijote*, el conquistador de Méjico es incluido entre los héroes caballerescos, Amadís de Gaula y los demás; esta comparación con los héroes de la fábula medieval es muy adecuada, puesto que una de las flotillas navegó rumbo al Norte para hallar y ganar las fabulosas «Siete Ciudades de Cíbola», en rivalidad con el virrey Mendoza, que pretendía conseguir por tierra el mismo portentoso descubrimiento. Más útil, aunque más prosaica, fue la energía que dedicó Cortés a cultivar sus estados, introduciendo en ellos semillas y plantas europeas. Pero, mortificado por las limitaciones impuestas a sus privilegios y a sus vasallos, llevó a España, al cabo de nueve años, sus quejas y sus pleitos, y no encontró allí la buena acogida de antes, sino que fue fríamente recibido en la corte y no se le consintió que tomara parte en el gran escenario europeo. No volvió a Nueva España y murió en 1547 en su país natal, a la edad de sesenta y tres años. Para algunos, cuya vista no ha enfocado las cortes y campamentos europeos, ha quedado como el español más grande de una época grandiosa.

El imperio conquistado o fundado por Cortés se fue extendiendo al Norte por espacio de tres siglos, hasta que llegó más

allá de San Francisco y abarcó las tierras que hoy forman la parte meridional de los Estados Unidos, de manera que, como hace notar Humbolt, el idioma español se hablaba en una extensión igual a la longitud de África. Una fase preliminar de esta expansión, que cae dentro de la vida del mismo Cortés, ha sido relatada en un libro de J. Bartlet Brebner *The Explorers of North America*, en un capítulo titulado con acierto «Imperios de ensueño». En 1528, Pánfilo de Narváez, el infortunado rival de Cortés, condujo a 400 hombres a Florida; tras cerca de ocho años de extrañas aventuras, cuatro supervivientes llegaron a Nueva España, sacados del desierto por el ingenio y la prudencia de Álvar Núñez Cabeza de Vaca[1], al que volveremos a encontrar en el capítulo XXVI, como gobernador de Paraguay. Fray Marcos de Niza, el cual vio una de las siete ciudades, había visto años antes los tesoros de Perú y Quito; Hernanclo de Soto, uno de los más destacados conquistadores del Perú, cuya fama de caballerosidad se debía a no haber consentido la muerte de Atahualpa, pero que, según el parecer de Oviedo, era muy aficionado a la «montería infernal» de cazar indios con perros, fue al frente de una bizarra compañía de 600 soldados a las regiones salvajes de Norteamérica y encontró allí su sepultura bajo las aguas del Mississipí. Pero esta breve mención de infructuosas aventuras, o no inmediatamente fructuosas, debe concluir haciendo resaltar una vez más los sólidos y duraderos resultados de la obra realizada por Cortés.

Hay que agregar que entre los cinco y los veinte años después de la muerte de Cortés se añadieron las islas Filipinas al imperio español y fueron administradas como una dependencia de Nueva España; una colonia remota, pues se tardaba más de un año en recibir la respuesta de una comunicación enviada de Méjico a Manila; pero la conquista de las Filipinas significó, en un pequeño grado, el cumplimiento de la ambición o la fantasía de llegar al mundo asiático por una ruta occidental.

[1] Véase Álvar Nüñez Cabeza de Vaca: *Naufragio y comentarios*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[*] Cfr. mapa n. 7.

IX.
GUATEMALA (1523-1542)

La expedición de Alvarado, mencionada en el capítulo precedente, exige un breve relato aparte, ya que esa expedición dio a España un vasto país y a su caudillo un mando independiente, señalado favor en la corte y una fama sólo inferior a la del propio Cortés, como constructor de imperios en la región caribe. Además, Alvarado, el principal de los capitanes de Cortés, llama la atención en una galería de retratos de los conquistadores por su notable figura: hermoso, valiente, ricamente ataviado, de distinguido aspecto y graciosos modales, pero testarudo y violento en su ambición rapaz, y, si bien no se deleitaba en la desenfrenada tortura de indefensas e inocentes víctimas, era insensible para inflingirla. Las variadas y rápidas aventuras de su impulsiva carrera y su fin trágico sobrepujan toda ficción. Su narración ha sido facilitada por la publicación en América de una biografía de Alvarado escrita por J. E. Kelly.

En diciembre de 1523, Pedro de Alvarado partió de Méjico con una brillante compañía para penetrar en el inmenso país montañoso que se extiende al Suroeste, más allá del istmo de Tehuantepec, y Cortés se le unió para ganar aquella tierra por medios pacíficos, tratando a los habitantes con amabilidad. El azote de las viruelas barrió el país ante él y le preparó el camino; pero su marcha no fue fácil, pues los indígenas de Tehuantepec, sometidos nominalmente a España, se rebelaron ahora, y sólo fueron reducidos a fuerza de rudas batallas. Desde allí hasta la tierra cultivada de Guatemala hubieron de cruzar densas selvas inhabitadas.

Los habitantes de Guatemala eran gente vigorosa y de talento, la mayoría de estirpe maya, con una cultura semejante en general a la de la región mejicana y, en ciertos aspectos, superior a ella. Estaban entrenados en el manejo de las mismas armas; pero eran más astutos en las estratagemas y más diestros en la defensa de sus ciudades, construidas en fuertes posiciones naturales, sólo accesibles en la mayoría de los casos por estrechos pasadizos fácilmente defendidos o destruidos. Subyugar a esta gente por medio de combates y sucesivos sitios requería muy es-

peciales dotes militares; Alvarado las poseía, y los métodos amistosos y amables de Cortés no iban bien a su codicia sin escrúpulos y a su inquieta y voluntariosa ambición.

Como antes en Darién y Nueva España, el país fue ganado por medio de sus habitantes, pues la condición normal de las tribus guatemaltecas era la guerra, y las dos principales, calchiquelos y quiches, estaban en perpetuo conflicto. Los primeros acogieron bien la eficaz ayuda de los españoles contra la tribu enemiga, y luego se dieron cuenta, demasiado tarde, de que aquellos poderosos aliados se habían convertido en sus amos. El acontecimiento decisivo de la campaña fue la rendición de Utitlán, la capital de los quiches. «La ciudad —dice Alvarado en su informe a Cortés— es muy fuerte en demasía, y tiene dos entradas, la una de treinta y tantos escalones de piedra muy alta, y por la otra parte una calzada hecha a mano, y mucha parte de ella ya cortada… más parece casa de ladrones que no de pobladores.» Aquí los jefes dieron la bienvenida a los españoles, mostrándoles agrado; «pensaron que me aposentarían allí…, y que, después de aposentados, una noche darían fuego a la ciudad y que nos quemarían a todos». Alvarado percibió el peligro, tomó las dos entradas y, tras algunas escaramuzas, se retiró al campo libre, apoderándose de los caciques «por mañas que tuve con ellos y con dádivas que les di para más asegurarme». Quemó a estos jefes, y llamando en su ayuda indios aliados de la ciudad de Guatemala, distante diez leguas, incendió la ciudad de Utitlán, venció toda resistencia, hizo caciques a los hijos de los que había ejecutado y marcó como esclavos a todos los prisioneros.

Tras establecer sus cuarteles cerca de la ciudad aliada de Guatemala, atacó a continuación y sometió la ciudad de Atilán, situada al borde de un lago, y a la que se aproximó mediante una calzada que levantaron. Después tuvo lugar una feliz incursión en el país que hoy constituye la República de El Salvador. La fundación de la ciudad española de Guatemala en julio de 1524, siete meses después de su entrada en el país, marca el final de la primera etapa de la conquista. Pero hubo que emplear dos años más en la «pacificación» y en el aplacamiento de rebeliones provocadas, como el mismo Cortés declaró al emperador, por el mal trato. Pues Alvarado y los suyos, particularmente sus

hermanos, que le servían de capitanes, eran unos perfectos saqueadores, cazadores de esclavos y martirizadores, que se valían del terror y la tortura. El historiador Pascual de Andagoya, por lo general moderado en el to no, resume estas conquistas en unas cuantas palabras: «Alvarado vino a las provincias de Guatemala con la gente que pudo sacar de Méjico, y aquellas provincias eran de las ricas y bien pobladas que había en toda aquella tierra. En ella hubo mucha resistencia y se fortalecieron los indios muchas veces en peñones. Alvarado hizo en ellos muchas crueldades, pacificó la tierra con mucho daño en ella; sacó mucha gente para la armada que hizo al Perú, y esclavos… de donde ha venido mucha disminución en la tierra.»

Como la mayoría de los conquistadores, tuvo que luchar contra el descontento de sus propios hombres y también con las pretensiones rivales de otros conquistadores. En efecto: una tropa enviada desde Darién por Pedrarias chocó con una avanzada a El Salvador de Alvarado. Éste obvió la dificultad con diplomática habilidad y con energía, logrando mantener la posesión de la tierra que había ganado.

Sus servicios como conquistador fueron reconocidos cuando visitó España en 1527. Volvió a Gatemala caballero de la Orden de Santiago, adelantado de Guatemala, con amplios poderes en su gobierno y con una noble esposa que murió en Veracruz antes del término de su viaje. Surgió una nueva dificultad cuando la Audiencia de Méjico envió una comisión para investigar sobre la administración de Guatemala; y otro conflicto territorial se planteó con los que llegaron de Darién y Nicaragua. Resolvió ambos incidentes y en 1530 regía Alvarado un dilatado territorio con autoridad indiscutida.

Aquí la narración debe desviarse. Los límites de Guatemala no contuvieron la creciente ambición de Alvarado, y aunque 500 esclavos indios cernían la arena del río para encontrar oro con destino al gobernador, la cosecha de tesoro era decepcionante; y a principios de 1534 Alvarado abandonó su gobierno, lanzándose en una atrevida empresa en busca de nuevas conquistas y mayor fortuna. A espaldas de indios se había traído del Atlántico al Pacífico los materiales para la construcción de barcos, a través de un terreno montañoso. Construidos los na-

víos, se disponía Alvarado a embarcarse para el Oeste a descubrir y conquistar «las Indias y la tierra firme en el Mar del Sur», cuando llegaron sensacionales noticias de que Pizarro y Almagro habían conquistado un gran imperio muy al Sur y habían obtenido tesoros que superaban en mucho a toda la riqueza de Nueva España.

Alvarado cambió de plan. Interpretando las órdenes reales a su conveniencia y desoyendo las protestas locales sobre sus deberes como gobernador, nombró a su hermano Jorge gobernador interino de Guatemala, y navegó hacia Sureste y luego hacia Sur con la fuerza más imponente que hasta entonces había surcado el océano Pacífico: 500 es pañoles, 227 caballos y 2.000 esclavos guatemaltecos. Luego comunicó al Emperador que las tormentas le habían arrastrado a Quito, desviándole de su ruta occidental, y que su tentativa de conquistar fue idea posterior, resultado del accidente; pero, en realidad, se proponía ganar un reino dorado antes de que los conquistadores del Perú llevaran su armas al Norte. Después de un viaje de 1.500 millas, desembarcó su ejército en la costa de Quito, en el lugar conocido luego por Puerto Viejo.

Al principio, estas playas tropicales, llenas de bosques, que bordeaban el gran reino de los incas, parecía prometer, en los pueblos indios que saquearon, el cumplimiento de sus ambiciones. Los hombres de Alvarado, se nos dice, «hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos… hallaron gran cantidad de esmeraldas». Algunas de éstas las rompieron con martillos por probarlas, creyendo que la auténtica esmeralda resistiría un golpe, como el diamante. La promesa de riquezas fue una ilusión; en efecto: antes de terminar el viaje tuvieron que abandonar todos los tesoros por falta de fuerzas para llevarlos, ya que viajaban por una región dificultosísima de ríos entre montañas, pantanos y selvas insalubres, teniendo que abrirse camino con la espada. Muchos cayeron enfermos, y la enfermedad fue tan grave que morían al día siguiente de contraerla. Sufrieron las variadas penalidades del hambre, el peligro, el agotamiento, los aterradores chaparrones de cenizas volcánicas, cuando cruzaban la pantanosa selva tropical o las abrasadoras y pedregosas regiones desérticas; o escalando las elevadas montañas por declives de nieve, en

los que muchos esclavos indios y algunos españoles eran derribados por ráfagas heladas para no levantarse más. Por último, medio año después del desembarco en Puerto Viejo, descendieron, muy mermados en el número, de la cordillera occidental a la meseta, sólo para encontrarse con que no habían ganado la carrera.

Al pasar por la gran carretera incaica, que atravesaba el país de Norte a Sur, se asombró Alvarado, y se desanimó cuando vio pisadas de caballos; poco después se aproximaba una tropa de españoles armados, a pie y a caballo. Los conquistadores de Perú, como era de esperar, habían llegado a la altiplanicie de Quito antes que él; Belalcázar, destacado capitán de Pizarro, había penetrado en el país unos diez meses antes, se había aliado con algunas tribus indígenas, y con su ayuda había vencido toda resistencia; ya habían ocupado la capital y establecido un municipio español en Riobamba. Además, cuando la noticia de los propósitos de Alvarado llegó al Perú, el mismo Almagro, colaborador de Pizarro en la conquista peruana, se apresuró a marchar hacia el Norte para frustrar los planes del intruso y aumentar las fuerzas de Belalcázar. Sin embargo, las tropas guatemaltecas superaban en número a las fuerzas unidas de los dos capitanes, y el conflicto parecía evidente, sobre todo cuando el secretario de Alvarado, Antonio Picado, individuo astuto que adivinaba quién habría de pagarle mejor, se marchó con Almagro, el cual se negó a entregarlo.

Pero, entretanto, los hombres de Almagro, mezclándose con los destrozados y hambrientos recién llegados, hablaban tentadoramente de los magníficos tesoros del Perú. Entre los cansados expedicionarios se oían gritos pidiendo paz. Alvarado se daba cuenta de la debilidad legal y moral de sus pretensiones, particularmente cuando el alcalde de la nueva ciudad de Riobamba, acompañado de un notario, entró en su campamento y le conminó a no causar ningún escándalo y abandonar pacíficamente el país. Se entablaron negociaciones; finalmente, se redactó un contrato —este documento existe aún, fechado el 26 de agosto de 1534—, por el cual Alvarado vendió sus buques y armas a Almagro por 100.000 pesos de oro.

Dejando que Belalcázar conquistase y gobernara Quito, como lugarteniente de Pizarro, los otros dos capitanes emprendieron la marcha hacia el Sur en amigable compañía, a la cabeza de sus tropas para visitar a Pizarro en Pachacamac[1], donde el conquistador del Perú estaba escogiendo un sitio para su futura capital. El conquistador de Guatemala fue recibido con cortés ceremonia, y se empleó algún tiempo en festejos y en juegos de cañas, dados en su honor; las corridas de toros no eran posibles, pues aún no había ganado vacuno en el Perú. La cantidad estipulada fue debidamente pesada en barras de oro, 1.000 libras de peso cumplido; lo que se ha dicho corrientemente de que Almagro volvió a ganar en el juego la mitad de esa cantidad tiene pocas probabilidades de ser cierto. Casi todos los soldados de Guatemala se unieron a las fuerzas de Almagro, y en sus posteriores servicios se hicieron notar por Pedro Pizarro, el historiador de la conquista del Perú —que distaba mucho de ser una persona escrupulosa—, por la maestría de que daban muestras en el saqueo. Por otra parte, por uno de esos contrastes que diversifican la historia española, entre los hombres de Guatemala que permanecieron en el Perú se contaban algunos hidalgos cuyo carácter y cuyos hechos eran dignos de su linaje: Alonso de Alvarado (que no parece ser pariente de Pedro), notable por sus leales servicios; Pedro Álvarez Holguín, jefe después de un ejército real; Garcilaso de la Vega, joven y galante caballero, cuyo hijo escribió luego la historia de estos sucesos; Lorenzo de Aldana, repetidas veces utilizado para asuntos en los que se requería discreción y fidelidad; Diego de Rojas, después pionero en la conquista del Río de la Plata; Antonio Picado, hombre de otra estofa, que llegó a ser secretario de Pizarro y murió trágicamente.

Durante los años que siguieron se compraron y se vendieron en el Perú muchos esclavos guatemaltecos.

A su regreso a Guatemala, después de una ausencia de dieciocho meses, el gobernador fue recibido con gran regocijo. El desastre de Quito no dañó considerablemente su reputación, pues en una visita que hizo a España tres años después fue confirmado en su gobierno de Guatemala y se le autorizó también para emprender una expedición a las «islas y provincias del Mar del

Sur, al oeste», esto es, cruzar el Pacífico para ganar las tierras que se encontraran. Trajo de España otra esposa de noble familia, la hermana de su difunta mujer. Desde la costa escribió al cabildo de Guatemala que aquélla venía acompañada de 20 muchachas solteras y de muy buena familia, aunque no esperaba que permaneciesen durante mucho tiempo en la soltería. La continuación es demasiado característica para que la omitamos: cuando estas bien nacidas damiselas llegaron a la capital y vieron a sus posibles novios tan estropeados, veteranos batidos por la guerra y los elementos, no ocultaron su desdeñosa decepción; el uno estaba mutilado, el otro cojo, otro tuerto… Uno de estos despreciados guerreros se limitó a decir: «Me casaré con la hija de un cacique.»

Pedro de Alvarado parecía estar en el apogeo de sus proezas; pero el fin de su carrera se acercaba. De nuevo equipó un imponente ejército para embarcarlo rumbo al Oeste a través del Pacífico, y otra vez fue desviado de ese objetivo por una quimera más atrayente: el rumor de que existía una región más rica aún que todo cuanto se había descubierto, un país al que la imaginación había bautizado con el fantástico nombre de «Las Siete Ciudades de Cíbola». Vázquez de Coronado, enviado por el virrey Mendoza con 300 soldados para conquistar aquella tierra, había vuelto hacía poco «pobre y desnudo» con 100 hombres. A pesar de eso, seguía dispuesto Mendoza a continuar su búsqueda, y al oír que Alvarado había llegado con su poderosa escuadra a la costa occidental de Nueva España, como primera etapa del viaje que se proponía hacer por el Pacífico, propuso al adelantado una empresa en colaboración para conquistar tan opulenta tierra. Los dos jefes tuvieron una entrevista y llegaron a un acuerdo. Pedro Alvarado, antes que hacerse al mar, rumbo al Norte, fue llamado para reprimir una seria rebelión india que se había extendido por el norte de Nueva España. Alvarado aceptó; condujo a los suyos al centro del peligro, y, con su acostumbrada impetuosidad, desoyendo los consejos de los que conocían el terreno, se lanzó al ataque de una colina sólidamente fortificada, que estaba en poder de los insurrectos, los cuales, dejando rodar peñascos por la escarpada colina, repelieron a los asaltantes. Los españoles se retiraron, a la vez que luchaban, y se

salvaron de una destrucción completa gracias al valor de Alvarado, que mandaba la retaguardia.

La batalla había terminado; los indios se habían retirado a su fortaleza, y Alvarado, a pie, conducía su caballo por la empinada ladera de una colina, cuando otro caballo, apremiado por un jinete nervioso y agitado, resbaló en unas piedras, cayó contra Alvarado y le aplastó, impedido como iba por su pesado armamento. Murió pocos días después, el 29 de junio de 1541. Un año más tarde, su viuda, que le sucedió en el gobierno, pereció en un terremoto que destruyó la ciudad de Guatemala. Ésta fue reconstruida en un nuevo lugar, y el país que Alvarado había conquistado quedó como uno de los reinos de la corona de España.

[1] Alvarado dice en su carta al emperador que encontró a Pizarra en Jau ja. Esto puede obedecer a una confusión de nombres; pero es más probable que se encontraran en Jauja y siguieran juntos desde allí hasta Pachacamac, en la costa.

X.

MAGALLANES (1519-1522)

> Son propios para el imperio todos los Estados que se muestran liberales en la naturalización de extranjeros… Me ha maravillado algunas veces España, cómo abarca y contiene tan vastos dominios con tan pocos españoles. Pero, desde luego, los confines de España forman el grandísimo tronco de un árbol… Y además, aunque no poseen aquella costumbre de naturalizar liberalmente, sí tienen lo que le sigue, a saber: emplear, casi indiferentemente, a todas las naciones en la milicia de soldados ordinarios, y, a veces, en los más altos mandos.
>
> FRANCIS BACON

Una destacada prueba de la generosidad de España en su edad de oro la encontramos en los nombres de cuatro famosos navegantes que fueron españoles adoptivos y poseyeron «los más altos mandos»: Colón, el genovés; Américo Vespucio, de cuna florentina; el angloveneciano Sebastián Caboto, y el portugués Fernão de Magalhães, que tomó la nacionalidad española y el nombre español Fernando de Magallanes.

La magnífica historia de la exploración marítima por las costas del Nuevo Mundo y más allá de ellas no puede encontrar cabida en estas páginas. Sólo cabe trazar brevemente los viajes conocidos que se relacionan directamente con la obra de los conquistadores. Entre estos, los principales fueron: el primer viaje de Colón y, veintisiete años después, el viaje de Magallanes, que ha sido considerado generalmente como la mayor hazana en la historia de los descubrimientos oceánicos. Magallanes realizó lo que Colón había intentado: el descubrimiento de la ruta occidental al Extremo Oriente y a las islas de las Especias; y —aunque el viaje posterior no formaba parte de su primitivo designio, y él no vivió lo suficiente para verlo cumplido — dirigió el primer viaje alrededor del mundo. Aquel viaje añadió al mapamundi el mayor de los océanos, revolucionó las ideas geográficas de la Humanidad y, en cierto modo, reveló el mundo a sus propios habitantes. Hizo más que ningún otro para enseñar a los españoles la extensión de las tierras que habían descubierto y los imperios que iban cayendo en sus manos. Además, su viaje amplió esos territorios al abrir el camino para la conquista de las islas Filipinas, más allá de los más avanzados

límites del Nuevo Mundo. Esas islas eran, en cierto sentido, un segundo y más remoto Nuevo Mundo, ya que hasta su existencia era desconocida en Europa; pero, en realidad, formaban parte de la región asiática, aquella India de la que Colón había hablado y con la que había soñado.

El viaje de Magallanes no fue un esfuerzo aislado. Los viajes meridionales de Vicente Yáñez Pinzón y de Lepe, mencionados en la página 34, y el famoso viaje del portugués Cabral en 1500 fueron continuados por otros exploradores, tanto españoles como portugueses, que avanzaron mucho en el hemisferio Sur. Se tienen noticias de dos expedicionarios portugueses, dirigidos por Jacques y Coelho, respectivamente, en 1501 y 1503. Se dice que uno de ellos llegó al 52º de latitud Sur, esto es, casi tan lejos como el estrecho luego cruzado por Magallanes.

Pero el más notable precursor de Magallanes fue Juan de Solís, «el más excelente en su arte de los hombres de su tiempo», el cual, hallando su ciudad natal, Lebrija, «demasiado pequeña para sus pensamientos», se lanzó a la navegación siendo un muchacho; entró al servicio del rey como piloto asalariado en 1508, y en el mismo año navegó al Oeste en compañía de Vicente Yáñez Pinzón, y costeó el mar Caribe. Al morir Vespucio en 1511 fue nombrado Solís piloto mayor. Un año después recibió una misión extraordinaria: bordear el cabo de Buena Esperanza y, luego de tocar en Ceilán, tomar posesión de la «isla de Maluca, que cae en nuestra demarcación», continuando a Sumatra, Pegu, la tierra de los chinos y la de los «jungos», e iba a tomar posesión de todo aquello para la corona de Castilla. Después de una larga preparación, este grandioso plan, que arroja mucha luz sobre el viaje posterior de Magallanes, fue abandonado. Sin embargo, en 1614 se encargó a Solís poner proa al Sur a lo largo de la costa atlántica de Sudamérica, penetrar en el mar del Sur y subir por la costa del Pacífico hasta el istmo. En octubre de 1515 levó anclas con tres pequeñas naves aprovisionadas para treinta meses y llevando 60 hombres. Luego de tocar en varios puntos de la costa brasileña, entró, en febrero de 1516 (en lo más ardiente del verano), en el vasto estuario al que llamó el mar Dulce, que parecía iba a ofrecer el ansiado paso al Oeste. Los tres barcos recorrieron la costa sep-

tentrional (ahora República del Uruguay), país de hermosa llanura ondulante, habitado aquí y allá por tribus salvajes de cazadores y pescadores. Viendo que algunos de ellos le hacían amistosas señas desde la playa, Solís fue a tierra en el bote del barco; tanto él como sus pocos acompañantes fueron muertos al instante y devorados a la vista de la horrorizada tripulación, que se apresuró a emprender el regreso.

Así terminó la empresa que, de haber triunfad o, hubiera anticipado en diez años las exploraciones del Pacífico que Pizarra llevó a cabo en dirección opuesta. Poco se conocía de aquellas tierras meridionales, y ningún navegante había descubierto un paso al otro Océano.

Fernando de Magallanes pertenecía a una antigua familia de la nobleza menor portuguesa. Educado como paje en la corte de Lisboa, vio cómo salían del Tajo escuadra tras escuadra para doblar el cabo de Buena Esperanza y ganar para Portugal posesiones en el océano Índico y los grandes provechos del tráfico de las especias. En 1504, con veinticinco años, se embarcó para la India: estuvo prestando sus servicios por mar y tierra, peleando duramente contra indios, malayos, árabes y egipcios en las costas de Mozambique, India y Malaya; fue herido más de una vez, y se distinguió por su valor y habilidad en la lucha y en los naufragios. Era un hombre de baja estatura, pero de fuerza y resistencia extraordinarias y de gesto decidido y dominante.

Es probable que nunca viera las islas de las Especias; pero su situación y naturaleza le fueron reveladas por una expedición portuguesa de tres barcos que navegaron a fines de 1511 de Malaca a Amboina y Banda, y realizaron el primer contacto directo de Europa con la opulenta región de las especias, el objeto de tantas ilusiones y tantos esfuerzos. Dos de los tres barcos regresaron a Malaca cargados con especias. El tercero, mandado por el amigo de Magallanes, Serrão, naufragó. Serrão, después de las más sensacionales aventuras, se hizo amigo del rajá de la isla de Ternate, donde se producía el clavo; se convirtió en jefe de las fuerzas del rajá y las llevó a la victoria en lucha contra el príncipe rival de la isla de Tidore; tomó esposa javanesa y vivió sus últimos ocho años en las Molucas, desde donde escribió a

Magallanes que había descubierto otro Nuevo Mundo, «mayor y más rico que el descubierto por Vasco de Gama».

En junio de 1512 estaba de vuelta Magallanes en Lisboa. Luego fue a luchar en Marruecos y allí sufrió una herida que le lisió para toda su vida. Pero Magallanes, experimentado capitán ansioso de servir, cayó en desgracia con el rey Manuel y se encontró sin destino. Escribió a su amigo Serrão a las Molucas: «Pronto estaré contigo, si no por Portugal, por España… Por último, en 1517, valiéndose de un tradicional derecho legal de la nobleza peninsular, que había sido a menudo ejercitado por los nobles castellanos que marchaban a prestar temporalmente servicio a algún príncipe moro, se «desnaturalizó» con todas las formalidades, tuvo una entrevista de despedida con el rey Manuel y pasó a Sevilla, esperando procurarse en España los medios para realizar su gran designio: cruzar el estrecho tan buscado y navegar por el Oeste hasta alcanzar las islas de las Especias. Magallanes apenas había recibido apoyo por una razón de peso, y es que, buscando el camino para las Molucas, entraba a servir a la corona española. Creía, o llegó a persuadirse de ello, que las Molucas caían dentro de la demarcación española y que los portugueses no tenían derechos sobre ellas; ésta fue la base de su proposición a España.

En Sevilla, en compañía de Faleiro, geógrafo portugués que se había unido a su empresa, logró el favor de un alto oficial de la Casa de Contratación, que llevó a los dos portugueses a la corte, que estaba en Valladolid. Allí, Fonseca, presidente del Consejo de Indias, apoyó sus planes y los recomendó al joven rey Carlos I, más tarde emperador. Les prometió ayuda financiera un acaudalado comerciante español, Cristóbal de Haro, socio de una firma comercial de Antuerpia (Amberes). Finalmente, en mayo de 1518, firmó Carlos una capitulación, comprometiéndose a equipar cinco naves aprovisionadas para dos años, con objeto de descubrir, en la inmensa demarcación española, islas, tierras firmes y ricas especierías. Este documento estipulaba que no deberían explorar la demarcación del rey portugués.

Se tardó más de un año, en Sevilla, en la tarea de tripular y equipar las embarcaciones.

Los retrasos y las envidias, debidas, en parte, a los esfuerzos de los portugueses por frustrar la expedición, sacaban de quicio al irritable y rencoroso Faleiro. Pero la decisión de Magallanes y las órdenes del monarca vencieron todos los obstáculos, y, por fin, en agosto de 1519 descendieron por el río Grande cinco buques viejos y no muy acondicionados. Magallanes envió al rey un breve mensaje de despedida en el que le reiteraba su creencia de que las Molucas se hallaban en la demarcación española y que Portugal no tenía derecho alguno a ellas; y el 30 de septiembre de 1519 la flotilla castellana se hizo a la mar en el viaje que iba a ceñir el globo, llevando unos 270 hombres, de los cuales eran españoles menos de los dos tercios. Había 37 portugueses, unos 30 italianos y 19 franceses, y además alemanes, flamencos, griegos, negros, malayos y un inglés. El mejor relato contemporáneo de este viaje es el de Pigafetta, caballero italiano que navegó con Magallanes[1]. Durante un tedioso viaje por las aguas ecuatoriales, Juan de Cartagena, capitán del navío *Trinidad*, citado en los documentos oficiales como *conjunta persona* con Magallanes, dio muestras de insubordinación. Magallanes cogió al español con sus propias manos, le arrestó y le quitó el mando.

Al llegar a la costa brasileña, cerca de donde se halla la actual ciudad de Pernambuco, torcieron al Sur, examinando cada estuario; observaron el río de Solís (el estuario del Río de la Plata), y, no hallando sino agua dulce, siguieron su ruta al Sur. En marzo de 1520, seis meses después de haber partido de España, el tiempo borrascoso les forzó a anclar en la protegida bahía de San Julián, a 49º 20' de latitud Sur, y allí decidió Maga llanes pasar el invierno.

La necesaria reducción de las raciones, el frío creciente y el dudoso resultado de un viaje tan largo, causaron descontento entre la heterogénea compañía; el 1 de abril, Domingo de Ramos, unos oficiales españoles se amotinaron y se hicieron dueños de tres de los cinco barcos. Entonces Magallanes procedió con energía: el cabecilla del motín fue ejecutado en el puente del buque del que se había apoderado, ahora abordado y en poder de los leales. Magallanes, dueño ya de tres barcos, acabó con

toda resistencia. Otro capitán culpable fue ahorcado, y ya no hubo más indicios de motín.

La reparación de las embarcaciones; la pérdida de una de ellas, encallada en una expedición exploradora; el traslado, en agosto, para anclar en Santa Cruz, éstos fueron los episodios de los siete meses invernales de espera. A los forzudos habitantes de la costa —la memoria imaginativa los hizo luego gigantes— les dieron el nombre de *patagones* por sus desgarbadas abarcas; de ahí el nombre de Patagonia, que luego tomó todo aquel país.

A mediados de octubre, próxima ya la estación estival, se reanudó el viaje; y a los tres días —trece meses después de haber partido de España— vieron una entrada, «como una bahía», dice el piloto. Habían llegado al estrecho.

Aquí se plantea una duda: si Magallanes tenía previamente alguna noticia de la existencia de un estrecho en el extremo Sur. Estaba extendida la creencia de que tal estrecho existía, pero no se trataba de una convicción universal; lo que no puede asegurarse es si esa creencia se basaba en datos proporcionados por viajes anteriores o si se reducía a conjeturas y probabilidades. En cualquier caso, Magallanes fue el primero que penetró en el estrecho y reveló su extensión y posición.

Tardaron cinco semanas en abrirse camino a través de 300 millas de tortuosos y laberínticos pasajes, amenazados por muchas rocas y arrecifes, y barridos por temporales que venían del Oeste; pasos retorcidos en parte como un fiordo no ruego, entre montañas hendidas por glaciares; aguas que desde entonces han sido escenario de muchos naufragios; de modo que los barcos prefieren las tempestades del cabo de Hornos a los traicioneros peligros del estrecho. Una de las embarcaciones desertó y regresó a España. Magallanes, después de buscar en vano al navío huido, continuó el viaje, declarando que «aunque tuvieran que comerse el cuero de las vergas, seguiría adelante». El 28 de noviembre los tres barcos que quedaban divisaron el tan esperado cabo Deseado y surcaron las aguas de un extraño océano, al cual, en vista del buen tiempo que dominaba en aquellos momentos, le llamaron el mar Pacífico.

Durante noventa y ocho días navegaron por un mar «tan vasto que la mente humana apenas puede concebirlo», no viendo

más tierra que dos pequeñas islas que no les proporcionaron agua ni alimentos. La figura retórica de Magallanes se hizo una triste realidad: se comieron el cuero que cubría el palo mayor; «comimos galleta, pero en verdad que no era galleta, sino polvo lleno de gusanos… tomábamos serrín para alimentarnos y las ratas eran bocado tan exquisito que las pagábamos a medio ducado la pieza». Se presentó el escorbuto; algunos murieron y pocos se libraron de él.

El 6 de marzo de 1520 se divisó tierra y algunas *praus* —ligeros botes nativos— que venían a visitarlos. Habían llegado a un grupo de islas desconocidas, a las que llamaron islas de los Ladrones por la destreza que mostraban sus habitantes en el robo. Reparados con frutas y vegetales, los exploradores siguieron su ruta, desembarcando una semana después en el gran archipiélago llamado por ellos islas de San Lázaro, conocido luego por islas Filipinas. Estas islas, desconocidas sólo para Europa, eran muy visitadas por los chinos y otros mercaderes asiáticos; un esclavo malayo que Magallanes llevaba consigo pudo servirle de intérprete; y Magallanes supo de esta forma que había cumplido su gran designio: había hallado el camino para las islas de las Especias, situadas al sur de las Filipinas. Trazó una ruta en la porción desconocida del mundo y llegó, navegando en dirección occidental, al meridiano alcanzado por los portugueses en dirección oriental.

Pero la tragedia nubló el triunfo. Habiéndose aliado con el rey moro de la isla de Cebú, que se hizo cristiano con muchos de los suyos, Magallanes se ofreció a auxiliar a su nuevo amigo y prosélito contra el príncipe rival de una isla vecina. Confiado excesivamente en las armas y el valor de los europeos, fue con 60 hombres a lo que creyó una fácil victoria. La fuerza del número lo venció y cayó en una escaramuza: «Mataron a nuestro espejo, nuestra luz, nuestro consuelo y nuestro verdadero guía. Cuando lo hicieron, volvió repetidas veces la cabeza para ver si estábamos todos en los botes.»

Con la muerte de Magallanes se desilusionó el rey de Cebú del poder de sus aliados cristianos, y, tras invitar a 29 oficiales españoles a un banquete, los mató a todos menos a dos, que lograron escapar. Todavía quedaron a los supervivientes de la ex-

pedición, que eran 115, diecisiete meses de penalidades antes de que un puñado de ellos desembarcaran en las playas europeas. Uno de los tres barcos se había quemado y estaba inservible; los otros dos, el *Victoria* y el *Trinidad*, después de varias extrañas aventuras y algunas actuaciones piratescas, en el curso de un viaje de saqueo por el archipiélago malayo, llegaron por fin a unas elevadas islas volcánicas, donde crecen los clavos y la nuez moscada. «El miércoles 6 de noviembre (1521) vimos cuatro islas montañosas… El piloto nos dijo que aquellas cuatro islas eran Maluco. Por ello dimos gracias a nuestro Señor Dios, y de alegría que teníamos descargamos toda nuestra artillería. No era de maravillarse de que nos hubiésemos puesto tan alegres, pues habíamos pasado veintisiete meses menos dos días buscando Maluco.»

Estaban en un grupo de principados isleños enriquecidos por sus fragantes cosechas de especias —clavo, nuez moscada, jengibre, macis, canela— y disfrutando, bajo el sol vertical del Ecuador, de la sencilla y ociosa civilización de las regiones malayas. Dos días después anclaron los barcos españoles frente a la capital de la isla de Tidore, y saludaron el lugar con una salva de artillería. Al día siguiente, el sultán mahometano de la isla, llamado Almanzor, persona de distinguida presencia y empaque majestuoso, astrólogo y profeta a la vez que monarca, vino a bordo con su comitiva, y con la cortesía de un príncipe oriental dio a los españoles la bienvenida y les ofreció el descanso que merecían después de tantos ajetreos y peligros por el mar. Los españoles, deseando entablar comercio, le cargaron de regalos, así como a sus acompañantes. Al otro día prometió Almanzor un suministro de clavo, en parte de su propia isla y en parte de Gilolo, isla amiga. Almanzor cumplió su palabra; se abrió un almacén para uso de los españoles, que pronto entablaron el trueque con los isleños, obteniendo clavo a cambio de paños rojos y amarillos, destrales, bronce, cuentas de vidrio, azogue, lienzo, navajas, tijeras, gorras y batintines de Brunei (Borneo).

Parecía que los españoles habían encontrado un buen campo para el comercio y posiblemente para ejercer su dominio. Aunque los portugueses habían estado comerciando durante algunos años con las Molucas desde su colonia de Malaca —sobre

todo en Ternate, cuyo rey les había acogido muy bien—, aún no habían establecido ningún puesto en las islas ni afirmado allí su poder. Esto era evidente desde el momento en que el sultán de Ternate envió a algunos de sus hermanos a Tidore para que arreglasen un convenio con los españoles, y una multitud de *praus*, cargadas de clavo, se apresuraban desde Ternate a Tidore, para lograr, por medio del trueque, mercancías europeas. Se firmaron tratados con los reyes de otras islas, que de esta manera parecían reconocer la soberanía del emperador.

Los dos navíos fueron cargados de clavo; cinco hombres se quedaron para custodiar el almacén y los intereses españoles en las islas. Las velas estaban listas y se habían despedido del rey amigo y de su pueblo cuando se encontraron con que al *Trinidad* se le había abierto una vía de agua. Se decidió que se quedaría en reparación y que luego marcharía a Panamá. El *Victoria*, mandado por Sebastián Elcano, experto marino de la costa vasca, partió en viaje de regreso el 21 de diciembre de 1521.

No formaba parte del plan de Magallanes realizar un viaje alrededor del mundo; por el contrario, esperaba trazar la ruta occidental por la que los buques españoles pudieran ir a las Molucas y volver a España cargados de especias. Esa ruta occidental fue encontrada y seguida hasta el fin, pero los vientos, las olas y la inmensidad del mar impidieron regresar por el mismo camino. El *Victoria*, tras sufrimientos y vicisitudes que no caben en estas páginas, llegó a Europa en un viaje de nueve meses, por la ruta portuguesa que doblaba el cabo de Buena Esperanza. En septiembre de 1522, tres años después de que levara anclas en España la flota de cinco navíos, entró en el Guadalquivir esta única embarcación con 18 supervivientes exhaustos de la primera circunnavegación de la Tierra. La venta de su cargamento de clavo pagó todos los gastos de los cinco barcos y toda la expedición.

A Juan Sebastián Elcano le fue concedido un escudo: un globo terrestre ceñido por la leyenda *Primus circumdedesti me*. La adición a sus armas de doce clavos, tres nueces moscadas y dos ramas de canela da a entender que el emperador y el Consejo de Indias estimaron cumplido el objeto del viaje y que el comercio

de especias había sido asegurado en España a la vez que su dominio sobre las Malucas.

Debemos contar brevemente la trágica historia del *Trinidad*. Tras haber sido descargado, reparado y vuelto a cargar en Tidore, emprendió la ruta de Panamá con 54 tripulantes, para que la tan acariciada esperanza pudiera realizarse conduciendo las especias desde el Este, a través del istmo, al mar del Norte y de allí a España. Pero no logró cruzar el océano Pacífico; después de una navegación de siete meses tuvo que volver a las Malucas, habiendo perdido los tres quintos de su tripulación por el hambre y la enfermedad. Los supervivientes cayeron en manos de los portugueses, que se estaban estableciendo entonces en las islas. Después de varios años de cautiverio, el capitán y tres de los otros consiguieron volver a España en barcos portugueses, bordeando el cabo de Buena Esperanza.

[1] Pigafetia: *Primer viaje en torno del Globo (Relato del viaje de Magallanes y Elcano)*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

XI.
EL PACÍFICO

En los dominios del rey de España no se pone el Sol.

El regreso de la *Victoria* y la lucrativa venta de su cargamento fomentaron en España las esperanzas, y la indignación en Portugal; de Lisboa llegaron urgentes protestas contra la transgresión española de los límites portugueses; los españoles negaron tal usurpación. Por último, en 1524, se reunió —en Badajoz (España) y Elvas (Portugal), en días alternos— una comisión de geógrafos y navegantes portugueses y españoles. Discutieron cerca de dos meses sobre mapas, esferas y longitudes, para terminar disolviéndose sin haber llegado a un acuerdo; y Carlos V decidió asegurarle a España el comercio en especias. Se instaló una Casa de Contratación de especierías en La Coruña, por ser éste el puerto más conveniente para los mercaderes de Flandes, Alemania e Inglaterra, que eran los principales compradores de especias. Para que La Coruña sobrepujara a Lisboa, partió de La Coruña, a fines de julio de 1525, una imponente expedición, seis barcos y un patache, mandados por un veterano soldado, el comendador Loaisa, nombrado jefe de la escuadra y gobernador de las Molucas, pues el emperador tenía aún firmemente creído que las Molucas pertenecían a la demarcación española, y ordenó a Loaisa no tocar tierra ni explorar en la jurisdicción portuguesa.

Loaisa siguió con sus siete buques las huellas de Magallanes. Por dos veces estuvieron en el estrecho y por dos veces tuvieron que volverse. Un navío naufragó; otros dos no consiguieron atravesar el estrecho y volvieron al Atlántico desanimados y con peligros y penalidades incesantes. Finalmente, en mayo de 1526, pasados diez meses fuera de España, la flota, reducida a tres barcos y el patache, dobló el cabo Deseado y penetró en el Pacífico. Seis días después la tempestad separó a las cuatro naves, y nunca más se volvieron a encontrar.

La extraña aventura del patache exige una previa explicación. Los oficiales del pequeño navío, escaso de alimento y agua —pues la despensa estaba en la nave capitana de Loaisa—, desesperaron de cruzar el Pacífico y decidieron dirigirse al Norte con

la esperanza de llegar a Nueva España, la tierra más próxima donde pudiera hallarse alimentos y socorro. Dos meses viajaban ya hacia Norte por mares desconocidos cuando fueron a parar cerca de una playa inhabitada. No tenían esquife, pero el capellán, con riesgo de su vida, trató de ir a la costa en un arca de madera; no se ahogó gracias a cinco indios que fueron a socorrerle nadando y le condujeron a la playa.

Cuando se repuso fue conducido por sus salvadores a una gran ciudad india, cuyo cacique y cuyo pueblo dieron muestras no sólo de una cordial generosidad, sino también de un profundo respeto por el sacerdote y por el resto de los que venían en el barco, los cuales fueron conducidos a tierra en seguida por los indios. Estaban en la costa meridional de Tehuantepec. A los cuatro días se personó allí el gobernador español del distrito, llevado en una hamaca por servidores indios; y se acordó que el capellán —pues el capitán estaba postrado por la fiebre— iría a la capital y contaría a Cortés aquella extraña historia. Recibieron una cordial acogida en la ciudad de Méjico por parte del capitán general, que estaba decidido a encontrar un camino a las islas de las Especias y confiaba en que el tráfico de las especias orientales podría verificarse con España a través de los reinos que él había conquistado, bien por el sombrío estrecho que tanto había buscado o transportándolas por tierra de mar a mar.

Por rara coincidencia, recibió Cortés a los pocos días una carta del emperador ordenándoles enviar algunos barcos a las Molucas, que indagaran qué suerte había corrido la expedición de Loaisa y qué había sido del *Trinidad*, pues habían transcurrido cinco años sin que en España se tuviera la menor noticia del barco de Magallanes. Cortés se apresuró a despachar tres embarcaciones al mando de su pariente Álvar de Saavedra. Una de ellas, como veremos pronto, consiguió llegar a las Molucas, pero no regresó a España.

Pero la mayor parte de la narración hemos de dedicarla a la historia de Loaisa. Su nave capitana, pasado el cabo Deseado en 1526, siguió navegando sola, medio consumida su tripulación por el hambre y afanándose diariamente en las bombas. Transcurrieron dos meses sin tierra a la vista; murió Loaisa, y Elcano, que había sido nombrado como sucesor suyo, a los cuatro días

también murió, y ambos recibieron honras fúnebres, «un *Pater Noster* y un *Ave Maria* y sepultura en el mar». Se eligió un jefe para reemplazar a Elcano, y, conforme fallecían otros oficiales, se iban cubriendo sus puestos por votación general. En septiembre de 1526, a noventa y ocho días del cabo Deseado y a trece meses de La Coruña, llegaron a las Ladrones, y un mes más tarde a las Molucas, donde se encontraron con que los portugueses habían destruido un fuerte en la isla de Ternate e incendiado la capital de Tidore para castigarla por su comercio con los españoles en 1521.

Algunos de los reyes isleños recibieron muy bien a los recién llegados, tomándolos como aliados contra los portugueses; y por espacio de unos tres años, este puñado de españoles, mandados por oficiales que ellos mismos habían votado —imposibilitada toda comunicación con su patria, y en vana espera, sin embargo, de instrucciones o socorro por parte del emperador —, sostuvieron una guerra desigual con los portugueses, que constantemente recibían refuerzos de Malaca, mientras el número de los españoles iba reduciéndose sin cesar por la muerte y deserción a filas portuguesas, pues a pesar de este triste conflicto entre gentes vecinas y emparentadas, los españoles y los portugueses apenas si se consideraban unos a otros como extranjeros. Cuando el único buque español se hundió, construyeron otro, que también perdieron; y el conflicto continuó en batallas navales entre flotillas de *praus*, manejadas por los aliados indígenas de cada lado. A los quince meses recibieron los españoles una inesperada ayuda, cuando llegó de Nueva España Saavedra con un solo barco de los tres despachados por Cortés. Al principio, aun cuando Saavedra desplegaba el estandarte de Castilla y León, no podían creer los españoles que los recién llegados eran sus compatriotas, y no hay que admirarse de ello, pues este episodio es uno de los más raros en toda la extraña historia de la conquista. Pero Saavedra no había venido a luchar, sino a traficar y dar realidad al sueño de Cortés de que Nueva España fuera el canal para el comercio de especias. Habiendo cargado su nave de clavo, puso proa a Nueva España, pero los vientos adversos lo llevaron de nuevo a las Molucas. Se hizo a la mar por segunda vez; por segunda vez lo rechazó el

Océano, y murió, con casi toda su tripulación, en este segundo intento.

Mientras los españoles y los portugueses se peleaban en un archipiélago ecuatorial, las cortes de España y Portugal negociaban sin pensar en absoluto en la guerra. En 1529 reconoció Carlos V a Portugal sus derechos sobre las Molucas a cambio de una cantidad de dinero que necesitaba para sus guerras francesas. Se convino en que la línea divisoria debería recorrer 15º al este de las Molucas, que eran reconocidas de este modo, definitivamente, como pertenecientes a Portugal. En 1530 sólo quedaban allí 40 españoles, que llegaron a un acuerdo con los portugueses, lo que de hecho era una admisión de la derrota. Cuatro años después, los 17 españoles aún vivos fueron trasladados amistosamente a la India, desde donde marcharon a España, pasados dos años, en barcos lusitanos.

Las Molucas y el comercio de especias se le habían escapado a España. Sin embargo, Magallanes y los que continuaron su labor no habían fallado como conquistadores. Pues las islas de San Lázaro, descubiertas por él, aunque caían desde luego dentro de los límites asignados al dominio portugués, vinieron a ser de España. Una expedición que partió para allá de Nueva España en 1542 les cambió el nombre, llamándolas islas Filipinas, en honor del príncipe Felipe. Transcurridos veintidós años, Felipe, ya rey, despachó una expedición desde España, capitaneada por Legazpi, para conquistar las islas; y las Filipinas se convirtieron en una lejana dependencia del virreinato de Nueva España. Y es curioso que, por un raro destino, permaneciera el archipiélago en manos de los españoles mucho tiempo después de haber perdido todas sus posesiones del Nuevo Mundo y de haberse hecho éstas independientes; además, la ocupación española ha dejado allí un notable monumento, pues los filipinos son casi el único pueblo oriental que profesa el cristianismo[1]. Durante más de dos siglos, cada año, un galeón español, cargado de sedas chinas y en parte también con especias, navegaba desde Manila —en las Filipinas— hasta Acapulco —en Nueva España —. Quizá no sea muy exagerado decir que Magallanes hizo efectiva la orgullosa profecía de Balboa, que reclamó para la corona de Castilla todo aquel mar y las provincias y reinos que le

eran adyacentes, ya que la mayor parte del océano Pacífico, divisado por vez primera por un guerrero castellano, surcado por primera vez por barcos castellanos y atravesado antes que por otros por una flota castellana, fue por espacio de unos dos siglos —exceptuando las ocasionales incursiones de corsarios o enemigos— un lago español.

[1] También lo profesan los habitantes de Goa, India portuguesa.

XII.
EL DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ (1524-1530)

> Anduvo Francisco Pizarra más de tres años en este descubrimiento, pasando graneles trabajos, hambre, peligro, temores y burlas.
>
> GÓMARA

Se siente uno tentado a escribir la historia de la conquista española con superlativos, pero los superlativos son insuficientes para narrar la caída del imperio incaico, y, desde luego, es preferible emplear el lenguaje más llano y sencillo en asuntos que no necesitan de ninguna exposición retórica para proclamar sus maravillas.

Existen varios relatos contemporáneos de estos sucesos, en su mayoría escritos con gran sencillez. Dos merecen la cita: Pedro Pizarro, que a los quince años acompañó, como paje, a su primo Francisco y prestó servicio durante la conquista, estableciéndose luego como vecino y encomendero en la ciudad de Arequipa. En 1512 publicó una breve y sincera narración, muy estimable a pesar de su natural parcialidad en lo relativo a las disputas entre Pizarro y Almagro; Oviedo, por su parte, aunque nunca visitó el Perú, conocía a todos los actores de esta epopeya, y, como cronista oficial de las Indias, tenía a su disposición cuantos documentos e información podía necesitar. Personalmente estaba muy interesado en ello, puesto que su único hijo se hallaba entre los conquistadores del Perú, y, superviviente de la peligrosa expedición de Almagro a Chile, pereció en la marcha de regreso, en una crecida fluvial cerca de Arequipa. Durante la primera parte de la empresa, Oviedo estuvo de funcionario en Panamá, fue testigo de los preparativos y vio a las naves partir del muelle. Luego fue gobernador del castillo de Santo Domingo, lugar que era aún, en cierto sentido, la metrópoli de las Indias españolas, y en su puerto tocaban los buques procedentes de Europa y los que partían. Allí estuvo en contacto con los acontecimientos; presenció cómo marchaban al Perú a buscar fortuna los colonizadores de la Española, abandonando sus medios de vida y dejando la isla expuesta a los ataques de los corsarios franceses.

Esta historia tiene un fondo aborigen extraño y fantástico, que sólo puede ser indicado aquí brevemente; pero puede estudiarse en las páginas de T. A. Joyce *(South American Archeology)* y de P. A. Means *(Ancient Civilisations of the Andes)*, quienes han descrito el vasto y bien organizado imperio de los incas, abundante en innumerables reservas de oro y plata, que se extendía más de 2.000 millas de Norte a Sur, y comprendía, aproximadamente, las partes más habitables de las actuales Repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile septentrional, puesto que el poder incaico había dejado pocas huellas en las selvas tropicales al este de los Andes.

«Cuando Pizarra penetró en el imperio peruano —dice Joyce —, los incas habían desarrollado, si no una civilización, por lo menos una barbarie esplendorosa; su imperio estaba bien organizado y se gobernaba con un tradicional Código: las diferentes provincias se hallaban administradas por una jerarquía de oficiales que recaudaban los tributos y administraban justicia, y podían poner rápidamente en pie de guerra grandes ejércitos y resistir largas campañas en cualquier parte de sus dominios… La corte de los incas era en extremo brillante; todos los utensilios de la casa real eran de oro o plata, y junto al palacio había magníficos jardines en los que se imitaban todas las especies de plantas con piedras preciosas. Ni siquiera los parientes del gobernante podían estar en su presencia sin quitarse los zapatos y cargarse pesos a la espalda.» Describiendo el Templo del Sol o Casa de Oro, de Cuzco, nos cuenta: «Las paredes, construidas con bloques rectangulares de piedra que encajaban perfectamente, se cubrían con hojas del precioso metal y se tachonaban con joyas. Un extremo formaba un ábside que contenía la imagen del Sol, una enorme piedra circular de oro, que nunca ha sido descubierta.»

Por espacio de cuatro siglos una familia de monarcas incas, reverenciados y casi adorados como semidioses hijos del Sol, extendió los territorios del imperio «combinando el engaño y la diplomacia con la agresión militar», dice Means, entusiasta ensalzador de los incas. El imperio estaba cohesionado por una red de carreteras que asombró a los españoles, las cuales cruzaban los barrancos y los ríos por puentes colgantes y vencían a

las alturas tallando escalones en la roca. El sistema incaico se extendió y aseguró por medio del trasplante de poblaciones; grupos de colonos leales que se instalaban en las tierras recién conquistadas para extender el idioma oficial (quichua o quechúa). «Aquel pueblo —dice Means— fue conquistado por las armas pero reconciliado con el agrado.» La organización política inca no reconocía ninguna propiedad privada, sino que asignaba a cada familia una parcela de tierra suficiente para su sustento, sosteniendo, por otra parte, que todos los hombres deben ser súbditos obedientes al Estado, o, mejor dicho, al soberano inca. Las cuentas de la tributación, administración y ejército se hacían por medio de cordones anudados, pues no tenían escritura alguna. Aunque vivían aún en la Edad de Piedra, los peruanos hicieron mayor uso de los utensilios de cobre que los mejicanos; sus templos, fortalezas y edificios públicos eran de magnífica solidez y estaban techados con gruesas capas de paja. No se conocía la rueda, pero en la meseta andina y en la región montañosa, aunque no en la costa, los peruanos poseían un animal de carga de capacidad limitada: la llama.

Aunque no eran tan belicosos como los habitantes de Nueva España —para los cuales la guerra constituía el estado normal de las cosas—, los peruanos estaban mejor armados; además de las hondas, flechas, jabalinas y lanzas, que a veces sólo eran de madera dura, pero rematadas otras veces de cobre, usaban hachas de batalla, de cobre lo bastante duro para partir un cráneo, y mazas claveteadas, del mismo metal, y algunas veces de plata, hechas para las manos de los nobles; manejaban también el lazo y la *boleadora*, el arma característica del indio de la Pampa y del gaucho argentino; como armas defensivas empleaban escudos y gruesos jubones acolchados.

La residencia del aristocrático clan incaico y la región de su expansión imperial en sus mas remotos períodos estaban muy lejanos y escondidos y era de muy difícil acceso; habitaban en la dilatada meseta andina, extendiéndose de Norte a Sur, a una altura sobre el nivel del mar que oscilaba entre 9.000 y 13.000 pies, cercada por los dos gigantescos terraplenes oriental y occidental de la cordillera, y atravesada por una tercera cadena irregular, aproximadamente paralela a las otras. Para penetrar en la

parte esencial del dominio inca era necesario escalar la cordillera occidental, que corre paralela al océano Pacífico y separa la llanura litoral de la meseta andina. Los caminos que conducen desde la costa, pasando las elevadísimas montañas, hasta la meseta, van por pasos que alcanzan la altitud de los picos alpinos. Los invasores de un país como éste habían de luchar con extraordinarias dificultades físicas, que señalamos aquí de una vez para siempre, con objeto de evitar tener que insistir a cada momento sobre este importante punto; pero estas dificultades se suavizaron en gran parte por la existencia de las grandes carreteras imperiales, los almacenes, graneros y refugios que los incas habían instalado para facilitar el paso de sus propios ejércitos y mensajeros.

Hay que añadir que la organización política incaica surgió de una civilización más primitiva (en el sentido más amplio de la palabra), de gran antigüedad, que ha dejado macizas ruinas arquitectónicas en los alrededores del lago Titicaca, vigilado por cúspides nevadas de más de 22.000 pies de altura. También los incas, descendiendo con sus ejércitos desde su patria en la altiplanicie, subyugaron o moldearon a su manera varios centros de cultura de la costa, entre ellos la notable monarquía de Chimú, que fue conquistada un siglo antes de llegar los españoles. Es obvio que estas anexiones costaneras, así como la reciente conquista de Quito en el Norte y parte de Chile al Sur, si bien acrecían en extensión, riqueza y aparente poder del imperio incaico, no lo fortalecían para su defensa; los conquistadores españoles hallaron una resistencia poco enérgica tanto en la región litoral como en la parte septentrional del imperio. La diversidad y el carácter deliberadamente artificial de la expansión política incaica se ilustran con el hecho de que la emigración a la baja región costeña era a menudo fatal para los moradores de la meseta de aire rarificado.

No obstante, los españoles se encontraron allí, no con un conglomerado de tribus en frecuente guerra entre ellas, como en Nueva España, sino con gentes industriosas y respetuosas con las leyes, que vivían normalmente bajo un sistema político bien ordenado y aparentemente estable. Sin embargo, aquella estructura, sólida en apariencia, sacudida por las recientes con-

tiendas dentro de sí misma, se desplomó casi sólo con que la tocara un rudo aventurero al mando de unos pocos voluntarios.

Ante el relato de aquella tragedia y de aquel triunfo, el lector no sabe si admirar el valor perseverante y la sorprendente audacia de los conquistadores o espantarse con sus crímenes de violencia, crueldad, lujuria, avaricia y ambición, o conmoverse y horrorizarse con los sucesivos encuentros de las luchas intestinas, el Némesis que acabó por consumirlos a todos. Aquel oleaje de discordia y destrucción no deshizo la notable labor de organización cívica que aquellos mismos hombres realizaron, y cuyo resultado fue la conquista de medio Continente, el establecimiento de la *Pax Hispanica*, que duró, con circunstanciales interrupciones, cerca de tres siglos, y la hispanización de tierras que hoy forman el suelo de nueve extensas Repúblicas.

Francisco Pizarro, conquistador del Perú, hombre de vigorosa constitución, gran valor y enérgica decisión, era hijo ilegítimo de un pobre caballero extremeño; tenía la educación del campesino: no sabía leer —habilidad innecesaria para un conquistador, como observa Cunnighame Graham—, y aun como marqués y gobernador del Perú, Pizarra no llegó nunca a saber firmar. Lo que se cuenta de que cuando muchacho estuvo de porquerizo de los cerdos de su padre es bastante probable; si huyó o no de su hogar, porque había perdido algunos cerdos espantados por las moscas, no es cuestión de gran trascendencia. De todos modos, pasó a las Indias «con capa y espada», probó sus buenas cualidades de resistente soldado y se le confió el mando del menguante remanente de los soldados de Ojeda en el Continente español, cuando aquel capitán marchó en busca de socorro. Acompañó a Balboa en su descubrimiento del mar del Sur y después sirvió a Pedrarias, por orden del cual arrestó y llevó al proceso y a la ejecución a su antiguo jefe Balboa. Luego se hizo vecino de la ciudad de Panamá, viviendo como ganadero y encomendero. Allí se asoció con su íntimo amigo Diego de Almagro, que era un oscuro e inculto aventurero, como él mismo, hijo de unos anónimos labradores del pueblo manchego de Almagro.

Odiando el embotamiento de la vida rural, marchó a la corte, donde entró a servir a uno de los cuatro «alcaldes de la cor-

te». Allí, en una contienda juvenil, hirió Almagro a uno y juzgó prudente, «aunque su amo era juez», no esperar a que lo arrestaran. Después de vagar un poco de tiempo, terminó por irse a las Indias, y pasó a Darién. Sirviendo bajo varios capitanes «como pobre soldado y buen camarada», adquirió con su buena industria propiedades y esclavos. Era hombre de pequeña estatura, y su figura distaba mucho de ser hermosa; su valor y resistencia eran extremos. Según cuenta Oviedo, podía marchar más que los mismos indios, aun en el terreno más dificultoso, y nunca daba señales de estar cansado. Almagro era muy querido por su generosidad, agrado y alegre sociabilidad; hasta tal punto resultaba simpático, que Oviedo, nada admirador de la violencia y la opresión, lo evoca con un caluroso afecto. A estos dos camaradas se unió un tercer socio, el sacerdote Fernando de Luque, maestro de escuela en la catedral, amigo del gobernador Pedrarias, y, por tanto, dueño de mejores indios que los concedidos a Pizarra y Almagro. Esta sociedad de tres miembros floreció con la minería, los cultivos y el trabajo de los indios, florecimiento debido en mucha parte a la energía y dotes emprendedoras de Almagro.

Por espacio de los últimos nueve años —desde el descubrimiento del mar del Sur por Balboa en 1513— se había hablado mucho acerca de ricas tierras, que esperaban ser conquistadas allá en el Sur; y en 1522 Pascual de Andagoya, experimentado capitán, partió de Panamá con rumbo al Este y al Sur a la búsqueda de esas tierras. Penetró en una provincia llamada Birú, nombre que recibió luego más amplia aplicación; allí se enteró de más detalles concernientes a magníficos soberanos, que regían países de maravillosa riqueza, en el extremo Sur. Lastimado por una caída casual —una zambullida involuntaria en un río, según él; para otros, una caída desde su caballo—, regresó Andagoya al Panamá. Apenas si había pasado de la región ístmica; pero su viaje y las historias que trajo consigo constituyeron el prólogo de una historia más sensacional que cualquier ficción.

El capitán nombrado por Pedrarias para continuar los descubrimientos de Andagoya murió. En vista de ello, los tres socios determinaron descubrir y ganar aquellas opulentas tierras, a pesar de que Pizarro y Almagro —que iban a capitanear la empre-

sa, mientras Luque permanecía en Panamá cuidando los intereses de los tres— tenían ambos unos cincuenta años (edad avanzada si tenemos en cuenta el nivel medio de edad entre aquellos hombres), y habían peleado mucho, sufrido bastante y logrado una situación acomodada. Pero no era amigo del reposo el espíritu de los conquistadores.

Los tres compañeros obtuvieron licencia de Pedrarias, el cual, si bien no contribuyó con nada a la empresa, reclamó una parte de los beneficios. Luque proporcionó los fondos, actuando probablemente como representante del juez Espinosa, que había condenado a Balboa. La cantidad ascendió a 20.000 castellanos o pesos de oro (los términos son idénticos), a razón de 100 castellanos por libra de oro, pues por la carencia de moneda corriente todos los pagos se hacían pesando el oro. Fueron entregadas con las debidas formalidades 200 libras en barras de oro, y un notario redactó un contrato estipulando que las ganancias de la empresa se repartirían equitativamente entre los tres asociados. La gente de la ciudad se burlaba de que se hablase de ganancias, y apodaron a Luque *Fernando el Loco*, por haberse asociado a una empresa tan de cabeza de chorlito.

Sin desanimarse con los grandes gastos y largos aplazamientos, los tres socios activaron el equipo de un barco y el reclutamiento de la tripulación; por fin, en diciembre de 1524 Pizarra partió con un navío y unos 100 hombres, aparte de los servidores indios, dejando a su compañero Almagro seguirle con otro barco. Éste fue el comienzo de cuatro años empleados en esfuerzos preliminares y en expediciones que, en apariencia, no conducían sino al agotamiento, la enfermedad, el hambre, la mortalidad y el despilfarro de todos los recursos, sin reembolso alguno. Pero la indomable perseverancia, el sufrimiento paciente y el valor obstinado de Pizarro no admitían fracaso alguno. Por tres veces en otros tantos años la empresa sufrió una pausa, y parecía imposible que aquellos hombres exhaustos, arruinados, medio muertos de hambre y medio desnudos, pudieran dar un paso más. En este primer viaje los nombres Pueblo Quemado y Puerto de Hambre, donde murieron 27 hombres, registran las penalidades por que pasaron cuando luchaban contra los vientos, no pudiendo avanzar más de 100 leguas a lo largo

de la costa, o cuando iban empapados por pantanos y pluviosas selvas buscando alimentos; el mismo Pizarro recibió siete heridas, y cayó a tierra combatiendo con indios salvajes, pero salvó su vida gracias a su fuerza y agilidad.

Él y los suyos esperaban en vano el barco que les traería a Almagro con sus hombres y provisiones. Forzados, finalmente, por el agotamiento, el hambre y las bajas a emprender el regreso hacia el Norte, Pizarro envió el navío a Panamá, pero él desembarcó en un pueblo distante sólo unas leguas de la ciudad, negándose a darse por vencido pisando las calles de Panamá. Allí se reunión con él Almagro, el cual había salido de Panamá tres meses después que Pizarro con una embarcación y alrededor de 70 soldados, reclutados entre los vagabundos de la ciudad; había seguido a su socio a lo largo de la costa, había perdido un ojo en lucha con los indios —accidente que afeó aún más su poco atractiva figura— y había encontrado huellas del desembarco de los españoles; pero, no llegando a alcanzarlos, regresó a Panamá y ahora venía de allí para conferenciar con Pizarro.

Todo lo que tenían lo habían gastado; pero lejos de desesperar, los asociados pidieron prestados fondos a Gaspar de Espinosa, el alcalde que juzgó a Balboa. Confiaban tanto en el éxito, que pagaron a Pedrarias para que cediese todos sus derechos en la empresa; y a principios de 1526, habiendo conseguido con dificultad reunir 160 hombres y unos pocos caballos, ambos capitanes costeaban de nuevo, en dos naves, el litoral de la actual República de Colombia. Cayeron sobre una población india, y en ella hallaron alimento y algún trozo de oro. Allí se quedó Pizarro, mandando al Sur uno de los barcos, pilotado por Bartolomé Ruiz —de entonces en adelante famoso en los anales de los descubrimientos—, mientras que Almagro volvía a Panamá en el otro barco para traer refuerzos. Ruiz se portó bien; visitó varios lugares en la costa de la actual República de Ecuador y cruzó la línea ecuatorial, el primer europeo que la pasó en el Pacífico. Conforme avanzaba iba descubriendo signos cada vez más evidentes de una civilización; frecuentes pueblos, tierras cuidadosamente cultivadas, adornos en metales preciosos y gente vestida con paños de lana fina, delicadamente bordada y teñida de brillantes colores. Su regreso reanimó a los que aún vivían

en la tropa de Pizarro, de la que muchos habían perecido de hambre o por los ataques de los indios y fieras salvajes. La llegada de Almagro trayendo refuerzos y provisiones les alivió aún más, y la expedición, una vez cohesionada, navegó al Sur por la ruta que marcaban los descubrimientos de Bartolomé Ruiz. Se encontraron con que era cierto cuanto éste había relatado sobre un país rico y organizado; pero al desembarcar en una importante ciudad próxima al Ecuador no se encontraron lo bastante fuertes para hacer frente a una multitud hostil de nativos, aunque disfrutaron de una tregua cuando los indios se espantaron al ver que un animal monstruoso se partía en dos pedazos, al ser derribado Pizarro de su caballo.

Eran demasiado pocos para avanzar y conquistar ; algunos estuvieron por abandonar la empresa, pero Almagro propuso que él podía volver a Panamá a reclutar voluntarios, mientras Pizarro esperaba su regreso en algún sitio adecuado. Pizarro protestó de que se le dejara a él la parte del hambre y las fatigas, y Almagro, en cambio, iba y venía a sus anchas. Una discusión violenta entre ellos, presagio de futuras disensiones, fue apaciguad a por sus compañeros. Pizarro accedió a quedarse con parte de la compañía en la isla del Gallo, unos 2º al norte de la isla, fuera del alcance de los ataques indígenas, pero sitio detestable, en verdad, por la incesante lluvia tropical, las intolerables plagas de mosquitos y la escasez de alimentos. Pizarro despachó al otro buque a Panamá, cortando así toda retirada; pero ordenó construir un bote y se traslado a la isla más extensa de Gorgona, 25 leguas al Norte, mejorando ligeramente su situación. Allí, tras larga espera, recibieron la visita de unos barcos que les traían, no a Almagro y sus soldados, sino a un emisario encargado por el gobernador de Panamá de recoger los supervivientes de aquella gente temeraria.

La reaparición de Almagro en Panamá causó una indignada decepción, y el gobernador Pedro de los Ríos, nombrado hacía poco en sustitución de Pedrarias, decidió acabar de una vez con una empresa que sólo había dado como resultado la muerte miserable de muchos hombres. Pero los mismos barcos que llevaban a Pizarra esta orden le comunicaban también mensajes de Almagro y Luque rogándole que no abandonase la empresa.

Pizarra no necesitaba que le instaran a ello; trazando una línea en la arena declaró que todos podían regresar a Panamá, pero que los que quisieran proseguir la conquista pasaran al otro lado de la línea; 13 hombres la cruzaron y permanecieron con su capitán; los nombres de éstos, que dieron a España media Sudamérica, se han conservado. La retórica arenga que posteriores escritores pusieron en boca de Pizarra no está confirmada por los testigos de la escena; la elocuencia de Pizarra estaba más bien en la fuerza de su carácter y en su tenaz negativa a emprender el regreso, y en todo caso este hecho es suficientemente dramático en su desnuda sencillez. Fue aquél un instante de la mayor ansiedad y un momento decisivo para los destinos del Nuevo Mundo. Pocas veces ha dependido hasta tal extremo de un solo gesto el curso de la Historia.

Pizarro y sus 13 compañeros padecieron siete meses de hambre y lluvias torrenciales antes de que surgiera un navío en el horizonte septentrional: era Almagro, que traía víveres y municiones, pero no reclutas, aparte de los tripulantes del barco.

Se renovó la empresa con la pequeña nave y el puñado de hombres. Guiados por el piloto Ruiz, se dirigieron al golfo de Guayaquil y anclaron frente a la ciudad de Túmbez, cuyos habitantes se apiñaron en la playa para contemplar el extraño castillo flotante. Un marinero griego, Pedro de Candía, artillero del barco, hombre de imponente estatura y mucha fuerza, fue a tierra de emisario, cubierto con una reluciente armadura y portador de una cruz. Se dice que los indígenas le soltaron un «león y tigre» (puma y jaguar), el cual, lejos de hacerlo trizas, jugueteó con él y recibió complacido sus caricias, convenciendo de este modo al pueblo de que había algo extraordinario en aquellos visitantes. Pedro de Candía volvió a bordo, confirmando los informes relativos a la solidez de los edificios, las artes del pueblo, la abundancia de oro y plata y la grandeza de un soberano que regía un dilatado, rico y bien organizado imperio. El mismo Pizarro desembarcó y fue recibido hospitalariamente por el cacique del lugar y por un inca noble que se hallaba allí. Después de una breve estancia, siguió costeando, visitando varios lugares, evitando cuidadosamente dar muestras de ambición adquisitiva, y cultivando el intercambio amistoso; por todas partes se

confirmaban sus más brillantes esperanzas. Navegó más allá que los viajeros anteriores y llegó a 9º al sur del Ecuador; desde ese momento sus compañeros le insistían en que debían volver; entonces puso proa al Norte y visitó de nuevo amistosamente varios pueblos de la costa. Llevaban dieciocho meses de viaje cuando ancló la nave en aguas de Panamá.

Sin embargo, las magníficas noticias de Pizarra no lograron el favor del gobernador; no había ya dinero; nada podían esperar de Panamá. Luque, cerebro de la empresa, indicó que debían dirigirse al emperador en persona; y, aunque el cauto Luque no se fiaba de la egoísta ambición de Pizarra, el genial Almagro insistió en que el enviado debía ser el mismo Pizarra. Consiguieron reunir una cantidad para sufragar los gastos del viaje, y, a finales del verano de 1528, apareció Pizarra en la corte de Toledo. Como prueba de sus afirmaciones, llevó con él unas llamas, algunas finas labores en vicuña y -aún más elocuente- varios ornamentos y vasijas de oro y plata. La ocasión era propicia, pues Hernán Cortés apareció también en la corte, en la cumbre de su fama y hazañas, recién conquistada Nueva España. El emperador escuchó el relato de Pizarra, y, por último, en julio de 1529, cuando había pasado más de un año de la llegada de Pizarra a España, firmó una capitulación la reina regente por estar el emperador en Italia. En este documento se nombraba a Pizarra gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor del Perú vitaliciamente, con suficientes honorarios, que habían de sacarse de las rentas que produjera la tierra que se iba a conquistar. Almagro fue nombrado gobernador de Túmbez, con una remuneración inferior a la mitad de la asignada a Pizarra. Los 13 que permanecieron junto a su capitán en Gorgona fueron elevados al rango de hidalgos y se prometieron varios privilegios a los que acompañaran a Pizarra en la conquista y colonización. «Francisco Pizarra prometió —dice Gómara— grandes riquezas y reinos por sus mercedes y títulos. Publicó más riquezas que sabía, aunque no tanta como era, porque fuesen muchos con él.»

Fortalecido por sus nuevas dignidades, visitó Pizarra su pueblo natal, Trujillo, en Extremadura, y allí sumó a su compañía a sus cuatro hermanos o hermanastros, «tan orgullosos como po-

bres eran», de los cuales sólo uno, Hernando Pizarra, era legítimo[1] un joven primo suyo, Pedro Pizarra, se le unió como paje. Acompañado por éstos y otros voluntarios, se reembarcó para el Nuevo Mundo, y entró en Panamá rodeado de gran pompa. Pero Almagro, al enterarse del resultado de la misión, se quejó amargamente del inferior tratamiento que le habían dado y no quiso admitir la explicación de Pizarra de que el emperador, conocedor por experiencia de los peligros de un doble mando, se había negado a su vehemente petición de igualdad de trato entre Almagro y él. Pizarra quiso poner a esto remedio prometiendo para el futuro honores y recompensas. Pero al altanero Hernando Pizarra se resintió con las quejas de Almagro, nacido en humilde cuna, y la riña se aplacó dificultosamente.

El favor real, las nuevas dignidades de Pizarra y sus magníficas promesas no bastaron para hacer olvidar los sufrimientos y la mortandad de los tres viajes anteriores, de modo que los voluntarios escaseaban. Por fin, a fines de 1530, seis años después de la primera partida, Pizarra y sus hermanos —luego de las tradicionales misa solemne y comunión de todos los expedicionarios— se embarcaron en Panamá con unos 180 hombres y 27 caballos para conquistar un gran imperio. Almagro, como anteriormente, se quedó en Panamá para reclutar gente y seguir a Pizarra con los refuerzos.

[1] Su hermanastro Martín de Alcántara quizá fuera también legítimo, ya que era hijo de la madre de Pizarro, casada probablemente con el padre de Alcántara.

XIII.
LA CONQUISTA DEL PERÚ (1530-1535)

> Hincharon la Contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseos.
>
> GÓMARA

Habían transcurrido seis años desde que Pizarro partió de Panamá por vez primera. Antes de la marcha definitiva se fueron dos años más en preliminares, estableciendo bases en la costa y atrayendo por medio de botín reclutas de Panamá para cubrir las bajas y fortalecer la escasa tropa. Pero no hubo más retrocesos; a los trece días de Panamá ancló la pequeña expedición en la bahía de San Mateo, 1º al norte del Ecuador, punto que antes habían tardado más de dos años en alcanzar[*]. Aquí desembarcaron, marcharon por la costa y fueron a parar a una ciudad llamada Coaque, de la que sus habitantes huyeron, dejando mucho botín en oro, plata y esmeraldas. Los soldados, creyendo que la verdadera esmeralda resistiría un golpe como el diamante, probaron su autenticidad con un martillo y perdieron así muchas de ellas. El botín enviado a Panamá hizo venir reclutas. Medio año descansaron en Coaque, hasta que una epidemia de úlceras, fatal para algunos y horrible para todos, apresuró la marcha hacia el Sur. Anduvieron bajo un sol tórrido, que recalentaba sus cotas de malla y acolchados jubones, hasta el golfo de Guayaquil. Se abandonó el propósito de ocupar la isla de Puná, como base de operaciones, pero los isleños, que se habían resistido, fueron castigados, y la rica ciudad de Túmbez, en el Continente, fue tomada por las armas —fallados los procedimientos pacíficos—, y de ella se tomó rico botín. En este lugar recibieron con alegría dos barcos que traían refuerzos al mando de Hernando de Soto, animoso caballero con buenas facultades de jefe, uno de los más destacados conquistadores del Perú y después célebre en la exploración de Norteamérica. De esta manera pudo Pizarra dejar en Túmbez una guarnición, mientras él se dirigía unas 25 leguas al Sur y descubría en la desembocadura del río Chira un puerto muy adecuado para servir de base a una marcha tierra adentro y para la comunicación con Panamá.

Allí fundó Pizarra la ciudad de San Miguel, a la manera española, trazando la plaza central y las calles, nombrando magistrados y consejeros y asignando como vasallos los indios de los alrededores a los vecinos, no sin usar espadas y ballestas y quemar a algunos jefes rebeldes.

Y ahora, tras ocho años de tediosos y costosos preliminares, el gobernador se encontró en el umbral de su magna empresa. En cierto sentido, las demoras habían sido beneficiosas para el conquistador y fatales para el imperio incaico, pues éste se fue desmoronando con sanguinarias y destructoras guerras civiles entre hermanos, de forma que cada mes que pasaba destruía a sus guerreros y debilitaba su poder de resistencia. Unos siete años antes de llegar Pizarra a San Miguel, murió el soberano inca Huayna Capac, cruel guerrero, aunque capaz gobernante, que fue obedecido y reverenciado tanto como temido. El legítimo heredero de todo el imperio era Huáscar, hijo de su mujer legal; pero su favorito entre la numerosa prole de su harén era un valeroso y activo muchacho llamado Atahualpa, nacido de otra mujer.

Huayna Capac rompió con la organización tradicional incaica, dividiendo sus dominios; la provincia septentrional de Quito, recientemente dominada por las armas incas, iba a ser regida por Atahualpa, belicoso, ambicioso y falto de escrúpulos. Huáscar, príncipe de carácter generoso y fácil, heredaría el resto del imperio. Tanto la política como el afecto paternal pueden haber sido causa de la división. Los carangues, tribu que habitaba al sur de Quito, se habían sublevado; Huayna Capac, después de reprimir la revuelta, hizo decapitar a todos los combatientes, arrojando sus cuerpos a un lago y exclamando desdeñosamente: «Ahora sois todos unos niños.» Pudo haber estimado conveniente colocar a un enérgico gobernante en esta región recién subyugada, tan distante del gobierno central de Cuzco.

Por algún tiempo, Atahualpa reinó en Quito y Huáscar en Cuzco, la capital imperial, en aparente concordia; pero ésta era ilusoria, y mientras Pizarro preparaba su expedición definitiva al Perú, estallaba la guerra civil. Los primeros choques tuvieron un resultado incierto, pero los generales de Atahualpa obtuvieron una aplastante victoria en la parte septentrional de la meseta pe-

ruana, seguida de una matanza de los prisioneros y de una campaña exterminadora contra las tribus comarcanas que habían apoyado a Huáscar. Avanzando en dirección meridional, los capitanes rebeldes volvieron a quedar victoriosos en la batalla de Ambato, donde montones de huesos testimoniaron más tarde la matanza. Eliminaron toda resistencia, entraron en Cuzco, hicieron prisionero a Huáscar e impusieron la autoridad de Atahualpa por la fuerza, la efusión de sangre y el terror, acabando con casi todo el linaje imperial, con objeto de que no hubiera rival alguno para el poder del conquistador.

Atahualpa usó desde entonces la banda escarlata, símbolo de suprema y divina autoridad sobre vastos dominios. Escogió como residencia la ciudad de Cajamarca —rodeada de una región fértil y hermosa—, en el norte del Perú. El carácter de los peruanos y su prolongada experiencia de la disciplina —a veces una severa disciplina—, bajo una autocracia paternal absolutista, les predisponía a la sumisión; de aquí que el usurpador fuera generalmente reverenciado y casi adorado como un verdadero hijo del Sol y señor de los dominios incaicos. Estaba rodeado de toda la tradicional pompa de los soberanos incas; los más distinguidos nobles sólo se aproximaban a él descalzos, con los ojos bajos y llevando a sus espaldas un peso simbólico.

Pizarro, enterado de estas recientes guerras civiles, decidió después de «pacificar» los alrededores de San Miguel, cruzar el desierto de Sechura y la región litoral, escalar la enorme barrera de la cordillera occidental y visitar a Atahualpa en Cajamarca. Para conservar lo conquistado dejó en San Miguel unos 80 soldados y partió con el resto. Terminada la primera etapa de su marcha, dejó prudentemente que regresaran a San Miguel los que lo desearan y avanzó hacia el corazón del imperio, con 62 jinetes y 106 de infantería, de los cuales 20 eran ballesteros y tres arcabuceros; también había unos cuantos cañones pequeños con balas de piedra. Los españoles encontraron hospitalidad en los pueblos por donde pasaron; pero los relatos de aquel tiempo, habitualmente en extremo sencillos, se tiñen en este lugar con la intensa ansiedad y vigilante atención con que el pequeño ejército, perdidos por el camino muchos caballos, ascendía por las heladas alturas de los Andes, pasando a veces por estrechos

desfiladeros y hasta bajo los muros de una fortaleza, desde la que una pequeña fuerza podía haber terminado con todos ellos. Pero los dejaron pasar sin molestarlos, y descender a la meseta que se halla entre las dos grandes cadenas paralelas; les salían al paso mensajeros de Atahualpa, que les llevaban presentes de éste, quien, rodeado como estaba, en su campamento próximo a Cajamarca, de una gran hueste, no creía sino que aquellos cuantos intrusos se les estaban entregando. Cuando los españoles penetraron en el valle de Cajamarca y se acercaron a la ciudad, tuvieron ante sus ojos el campamento de los incas, con 30.000 guerreros, por lo menos. Los fuegos nocturnos semejaban las innumerables estrellas de un cielo claro.

El 15 de noviembre de 1532, cuarenta y cinco días después de partir de San Miguel, Pizarra condujo a sus hombres, preparados para la batalla, a la ciudad de Cajamarca, que estaba desierta. Cabalgando por las calles silenciosas y vacías llegó a un amplio lugar descubierto, cercado por un muro de arcilla; el caudillo escondió a sus soldados en las espaciosas habitaciones de los edificios bajos que daban a la plaza. Sin dilación envió 15 jinetes, y a su frente uno de sus más refinados capitanes, Hernando de Soto, seguidos de 20 más dirigidos por Hernando Pizarra, con un mensaje invitando al inca a visitar a «su hermano» en Cajamarca. Los dos caballeros españoles se acercaron al monarca indio, que se hallaba sentado en medio de un ceremonioso grupo de nobles y oficiales, en un patio de una casa de recreo levantada en un lugar donde había un manantial caliente. Hernando Pizarra se adelantó a caballo y, sin apearse, entregó su mensaje, traducido al quichua por un muchacho indio llamado Felipillo, el cual estaba al servicio de los españoles para que aprendiese español y actuara de intérprete. El emperador no respondió y permaneció inmóvil. Pero, al solicitar respetuosamente Hernando una respuesta, Atahualpa contestó que descansaría hasta el día siguiente, en que visitaría con alguno de sus nobles al jefe español y ordenaría lo que hubiera de hacerse.

Entonces De Soto, exhibiendo las habilidades de su corcel y su propia pericia ecuestre, lanzó a su caballo a galope tendido hasta los mismos pies del emperador, que conservó su impasible dignidad; pero algunos de sus servidores, que se retiraron ate-

morizados por la carrera del extraño animal, fueron luego decapitados, según los historiadores españoles, por haber dado muestras de cobardía delante de los extranjeros. Después de haber sido obsequiados con *chicha* (cerveza de maíz), en grandes vasos de oro, regresaron los jinetes para anunciar al caudillo la prometida visita del emperador.

Pizarro se preparó a su modo para recibir a la real visita. La noche la emplearon orando y preparando las armas. Al día siguiente, los soldados, tanto de a pie como de a caballo, se ocultaron todos, excepto un centinela apostado en una atalaya. Se dieron órdenes para que el silencio fuera completo hasta que se oyera el grito de «¡Santiago!» y un disparo de arcabuz, lo cual daría la señal a la artillería, los arcabuces y las ballestas; entonces debían lanzarse todos, con lanzas y espadas, confiando en Dios, que había de dar la victoria a sus servidores. Veinte hombres, bajo el mando del mismo Pizarro, tenían que apoderarse de la persona del emperador.

Todo el día se veían salir del campamento indígena cuerpos de ejército, sumando en total muchos miles, y avanzar hacia la ciudad. Al mediodía, el emperador —sentado en un trono dorado, en una litera llevada por grandes dignatarios, que se elevaba sobre el tropel de servidores como un reluciente castillo de oro— era conducido despaciosamente por la llanura. Le precedían unos servidores que barrían el camino ante él, quitando hasta la menor paja; otros le seguían danzando y cantando, y un cuerpo de guardia, espléndidamente ataviado, rodeaba la litera. Cerca ya de la ciudad de Cajamarca, Atahualpa se detuvo, intentando dormir fuera de aquélla; pero como se acercaba la puesta del sol y crecía entre los españoles la expectación, Pizarro invitó al emperador a cenar. Atahualpa se hizo entonces conducir a la ciudad y avanzó por la silenciosa y vacía plaza, servido, según el cálculo de los españoles, por unos 5.000 hombres, en apariencia inermes, pero sospechosos de llevar escondidas hondas, flechas y piedras bajo sus capas. Si esto era cierto, de nada les sirvió.

Atahualpa se detuvo en el centro de la plaza y miró a su alrededor sin ver a nadie. «¿Dónde están los extranjeros?», preguntó, y los de su séquito le aseguraron que los españoles se escon-

día por miedo. Y aquí hace observar Pedro Pizarra que, en efecto, algunos de ellos estaban temblando de miedo. Entonces Valverde, el capellán español, se adelantó solo y, acercándose al monarca, pronunció un discurso basado en la famosa «requisitoria», concerniente a la religión católica, la autoridad del Papa y la supremacía de la corona española. Al oír este sermón, cómicamente mal traducido por el joven indio Felipillo, pero inteligible en lo que se refería a las pretensiones de supremacía, Atahualpa contestó con indignado desprecio, y cuando le entregaron un breviario como muestra de la verdad, lo arrojó al suelo. Entonces se dio la señal con un disparo y surgió el grito de batalla: «¡Santiago!»; cañones, arcabuces y ballestas lanzaron sus proyectiles. Los jinetes y la infantería se precipitaron a la plaza, derribando a los indefensos indios; algunos, impulsados por el terror, rompieron la pared con la presión de sus cuerpos y huyeron por la planicie, perseguidos por las lanzas de la caballería. Los españoles sufrieron un accidente: Pizarra fue herido por uno de sus propios hombres al proteger la vida de Atahualpa, al cual habían sacado de su litera con las vestimentas desgarradas, y llevado a los cuarteles de Pizarra. «Como los indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano.»

Los españoles calcularon los muertos en 2.000, como mínimo; es probable que fueran dos veces ese número. Pero la noche se venía encima y la matanza sólo duró media hora. El imperio de los incas, que había durado siglos, se desplomó en aquella media hora.

Pizarra, luego de exhortar a sus hombres para que se unieran a él, dando gracias a Dios por tan gran milagro, fue a cenar, colocando a Atahualpa en la mesa junto a él. Al día siguiente fue saqueado el campamento inca, y en él se obtuvo considerable botín, ya que todas las vasijas de la Casa Real eran de plata y oro. Los indios cautivos fueron repartidos en la plaza; cada español tomó cuantos hombres necesitaba para su servicio y el resto fue libertado. Los soldados españoles, con miras a su futura seguridad, querían matar a todos los guerreros enemigos o, por lo menos, cortarles las manos; pero Pizarro se negó, declarando que debían tener fe en Dios para las futuras victorias.

Atahualpa fue tratado en el cautiverio como príncipe reinante, servido por las mujeres de su harén y atendido por nobles incas que esperaban en una habitación exterior, y sólo acudían cuando el emperador los llamaba, siempre con las habituales muestras de humildad. Aprendió a jugar al ajedrez y hablaba animadamente con sus carceleros, narrándoles las luchas que había tenido con su hermanastro, añadiendo, a los pocos días, que Huáscar había muerto ya. Pizarro no quiso creer tales noticias, pero era cierto; los hombres que custodiaban a Huáscar le habían matado y nadie dudaba de que Atahualpa había enviado órdenes para ello, no fuera a ser que el legítimo monarca aprovechara la ocasión para recobrar su trono.

No tardó mucho el prisionero en encontrar una oportunidad para ganar su libertad. Observando la extraña ansiedad que los españoles mostraban por adquirir oro, les prometió algo que suena como un fantástico cuento de hadas: levantó un brazo sobre su cabeza y ofreció como rescate llenar la habitación en que se hallaba con láminas y vasos de oro hasta alcanzar el extremo de su mano extendida —y había de hacerse en dos meses—. Pizarro aceptó el contrato. Se trazó una línea en las paredes del cuarto a la altura convenida: unos siete pies. Atahualpa cursó sus autocráticas órdenes; cada día venían sus vasallos marchando en la llamada luego «fila india» y llevando a sus espaldas cargas de oro que iban dejando en el suelo del cuarto. El montón creció rápidamente; pero los dos meses estaban para cumplirse y aún no se había alcanzado la línea trazada en los muros. Por deseo de Atahualpa fueron tres españoles a Cuzco para apresurar la colecta; criados indios los llevaron en literas, por la gran carretera, a la capital, distante unas 200 leguas. Allí, aunque mucho oro había sido ocultado, se asombraron ante el que aún quedaba almacenado y también ante el tamaño y solidez de los edificios; 700 planchas de oro que cubrían las paredes del gran templo fueron desgajadas y enviadas a Cajamarca para que el montón aumentara.

Entretanto, despachaban a Hernando Pizarra a un dificultoso viaje de 100 leguas, por las montañas occidentales, al famoso santuario de Pachacamac, en la costa. Volvió con las manos vacías, pues los sacerdotes escondieron el tesoro. Pero su viaje no

fue infructuoso, ya que, habiendo sabido que Chalcuchima, primer general de Atahualpa, había acampado con un numeroso ejército en el valle de Jauja, Hernando volvió por aquel camino —más desviado y molesto— y logró convencer al amenazador guerrero para que abandonase sus propósitos hostiles y le acompañara pacíficamente a Cajamarca. De hecho, el jefe indio se estaba entregando al cautiverio y a una muerte que no fue muy diferida.

La explicación de posteriores acontecimientos exige que hagamos aquí un aparte. Tres generales habían servido a Atahualpa en sus campañas de usurpación y matanzas: Chalcuchima, Quizquiz, cuyo destino contaremos luego, y Rumiñavi. El último se sacudió la fidelidad tan pronto como su desgraciado soberano cayó en manos de los españoles, y se decidió a hacerse el amo de Quito, el dilatado reino septentrional que había sido el primer dominio de Atahualpa. Rumiñavi condujo allí de Cajamarca un ejército probablemente de 5.000 hombres; algunos lo representan como un noble patriota que defendía su país; otros como un tirano rapaz y ambicioso. Quizá haya algo de verdad en ambos puntos de vista, como ocurre en todas partes en el caso de los usurpadores militares. De todos modos, educado en la cruel y despótica escuela de Atahualpa, sin duda tomó a su provecho lo que aprendió, pues cuando los españoles invadieron Quito, un año después, su principal enemigo fue Rumiñavi; y, por otra parte, muchos de los habitantes, que odiaban la dominación de Rumiñavi, hicieron causa común con los españoles.

Resumamos la historia de Atahualpa y Pizarro: los emisarios españoles, tanto los enviados a Cuzco como los que llegaron a Pachacamac, fueron recibidos por doquier con amistosa hospitalidad. El pueblo parecía haber aceptado resignadamente el cambio de dueños, quizá por orden del mismo Atahualpa; aparentemente, unas cuantas veintenas de intrusos tenían en sus manos el imperio incaico.

Atahualpa llevaba tres meses de cautiverio, cuando en febrero de 1533 entró Almagro en Cajamarca con los tan esperados refuerzos —150 deinfantería y 50 de caballería—; las muchas vicisitudes y penalidades que retrasaron su llegada no tiene aquí cabida. Después del aumento del número de invasores sólo se

les planteaban dos problemas: la distribución del enorme rescate de Atahualpa y qué harían con su persona.

Para resolver el primero de estos problemas se organizó cuidadosamente y se llevó a cabo un negocio que no tiene paralelo en la historia mundial. Durante más de un mes, un pelotón de orífices indios tuvo que trabajar en fundir y convertir en lingotes de igual peso una inmensa cantidad de planchas, vasijas y objetos artísticos de plata y oro, que habían salido de sus propias manos y de su arte. Cuando estuvo completa esta lamentable destrucción, Pizarro se encargó de su distribución. «En esto el Marqués fue siempre muy cristiano —dice su paje—, que a nadie quitó lo que merecía.» El tesoro pesó 1.326.539 «pesos de buen oro» y 26.000 libras de plata. Pero teniendo en cuenta la prisa con que aquel negocio se llevó a cabo, y que siempre se puso de más, hay que calcular en más el alcance de su valor.

Se dedujo debidamente el quinto real, además de algunos objetos artísticos para agradar al emperador y para hacerlos prueba de la grandeza de los territorios recién conquistados. Los hombres de Almagro, que reclamaban igual parte que los otros, se contentaron por fin con una cantidad moderada. Cada uno de los soldados de Pizarro recibió oro sin acuñar y plata proporcionalmente a los servicios que hubiera prestado. La parte de Pizarro era enorme; la de sus principales capitanes suponía una magnífica fortuna. Cada jinete recibió cerca de 90 libras de peso en oro y unas 180 de plata. Algunos de los infantes recibieron la mitad y otros se tuvieron que contentar con menos. Pero, si sumamos a éste el tesoro que luego fue distribuido en Cuzco, recibieron la mayoría de los españoles una porción que, de haber estado en España, los hubiera enriquecido para toda la vida. En Perú, en cambio, el valor era muy relativo: desde luego que los soldados tenían a mano alimentos y siervos; pero, a falta de hierro, las herraduras de los caballos se sustituían por herraduras de plata; una capa española costaba por lo menos una libra de oro; una espada, aproximadamente, la mitad, y por un caballo se pagaba una enorme cantidad de oro. Algunos de aquellos hombres llevaron a España sus ganancias; otros las derrocharon jugando y en gastos inútiles. De los que permanecieron en el Perú no sobrevivieron muchos para disfrutar de su riqueza.

Hernando Pizarro, hombre de educación cortesana, fue el encargado de llevar a España el quinto correspondiente al rey. El portador de este real tesoro fue recompensado con la cruz de Santiago, y dos años más tarde volvía al Perú llevando títulos, dignidades y derechos territoriales que el rey había firmado para los dos capitanes, asunto que será tratado en el próximo capítulo. Elegir para esa misión a Hernando tuvo una significación política, pues su temperamento altanero provocó la discordia entre los jefes y fue luego causa de grandes males. Su ausencia convino también en otro sentido: había dado muestras de cie1-ta caballerosa y amistosa simpatía con el infortunado Atahualpa, y no hubiera consentido en el crimen que luego se cometió.

Quedaba aún pendiente el problema de qué se haría con el prisionero Atahualpa, que había pagado el convenido rescate y ganado por ello su libertad. Entre los españoles se discutió este asunto con un criterio de conveniencia y no de justicia, aunque se observara el pretexto de la justicia. Decidieron librarse del emperador cautivo en la forma más rápida. Se acusó a Atahualpa de «traición», de haber convocado a sus ejércitos para atacar a los españoles, en parte basándose en la denuncia del pícaro intérprete Felipillo, el cual había sido acusado por Atahualpa de haber violado la santidad del harén real y ahora se vengaba de esta personal inquina con un falso testimonio.

De Soto, que, como Hernando Pizarro, era amigo de Atahualpa, fue despachado con cinco jinetes a investigar sobre la concentración de fuerzas enemigas de que se rumoreaba. Volvió declarando que no podía verse por ninguna parte un hombre armado, y que el país entero estaba en paz. Era demasiado tarde; en su ausencia, a pesar de la protesta de algunos españoles, Atahualpa había sido condenado en un irrisorio proceso a morir en la hoguera por traidor. Aquella tarde se reunieron todos los españoles para presenciar la ejecución. Como le asegurasen a Atahualpa que recibiendo el bautismo sufriría la pena menos dolorosa de ser estrangulado, se prestó a ello, y, oyendo las exhortaciones de Valverde, fue bautizado al pie del poste. Después de confiar sus hijos al cuidado de Pizarro, se sometió a su sino con estoicismo indio. Le dieron cristiana sepultura, pero se cree que su pueblo desenterró sus huesos para rendirle en Quito

los funerales debidos según la ancestral costumbre de los señores incas.

Ésta es la historia que se suele contar —sentencia de muerte por el fuego, conmutada por el garrote a condición de recibir el bautismo—; pero Pedro Pizarro, que fue testigo de estas escenas, la relata de otra manera más probable: la sentencia condenaba a Atahualpa al garrote y que su cuerpo fuera quemado por haberse casado con sus hermanas. Atahualpa había dicho a su pueblo que después de su muerte le resucitaría su padre, el Sol, y lo devolvería a sus súbditos en la Tierra. Por ello, cuando le aseguraron que aceptando el bautismo su cuerpo no sería quemado, estuvo conforme, para que su pueblo no creyera que la profecía se había frustrado cuando viera su cuerpo consumido por las llamas. No parece probable que Pedro haya inventado tan curiosa y característica historia. Hay que aclarar que formaba parte de la pena capital alguna indignidad para el cadáver: así, la condena al descuartizamiento, que sufrían los traidores, significaba descuartizamiento después de la ejecución. El mismo testigo añade que, cuando iba Atahualpa camino del poste, la multitud de indígenas caía al suelo «como si estuvieran borrachos»; que algunas de las mujeres incas se ahorcaron para acompañarle y servirle en el otro mundo; dos de sus mujeres, batiendo tambores, cantaban las hazañas de su amo, y después vagaban por los cuartos donde él había habitado, llamándole por su nombre en cada rincón.

El historiador Oviedo, que estuvo al servicio de los conquistadores, firme creyente en la rectitud de la conquista, y que recoge con aprobación y en tono de triunfo religioso la matanza de Cajamarca y la captura de Atahualpa, se expresa así sobre este último crimen: «La experiencia ha mostrado cuán mal acordado y peor hecho fue todo lo que contra Atahualpa se hizo… en de quitar la vida; con la cual, además de deservirse Dios, quitaron al Emperador Nuestro Señor y a los mismos españoles… innumerables tesoros que aquel príncipe les diera; y ninguno de sus vasallos se moviera ni alterara, como se alteraron y rebelaron en faltando a su persona. Notorio es que el Gobernador le aseguró la vida… Todo aquello fue rodeado por malos y por la inadvertencia y mal consejo del Gobernador; y comenza-

ron a le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, siendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado y descompuesto clérigo, y un escribano falto de conciencia y de mala habilidad.»

Los autores del crimen se arrepintieron pronto de su desatino; el gobernador Pizarro, el sacerdote Valverde y el tesorero real Riquelme se echaban en cara mutuamente la responsabilidad del hecho. En efecto: habían destruido la base de su propia autoridad y el medio de asegurarse la conquista. Pizarro intentó reparar la injusticia en uno de los hijos de Huayna Capac, llamado Toparca. Invistió a Toparca de los atributos imperiales y llevó consigo a este monarca titular en su marcha hacia el Sur. El gobernador, que había recibido el refuerzo de muchos voluntarios de Panamá y España, condujo a 590 españoles, y además los auxiliares indios, por la carretera de Cuzco, después de haber fortalecido con 150 hombres la guarnición de San Miguel, capitaneada por Belalcázar, bravo y noble guerrero, luego famoso como conquistador de Quito.

Belalcázar, como Almagro, era hijo de un campesino, y sólo conocía el nombre de su aldea, en Extremadura. De joven se escapó de casa porque, al tratar de desatascar un asno que se había empantanado, impacientado, pegó tan fuerte al pobre animal, que lo mató, y prefirió huir a enfrentarse con la ira de su padre, según cuenta el historiador Castellanos. El suceso se parece curiosamente al de Pizarro y sus cerdos espantados, pero es significativo que las biografías de Pizarro, Almagro y Belalcázar tienen todas ellas, en sus primeros años, algo de las primeras páginas de una novela picaresca; y la biografía de otro conquistador, Alonso Enríquez de Guzmán, que después citaremos, es toda ella una narración picaresca. El joven Belalcázar, dejando al asno muerto en su atolladero, se encaminó a Sevilla, meta de vagabundos y aventure ros, y allí se unió a la expedición de Pedrarias a Darién. Prestó buenos servicios en Panamá y Nicaragua, salvando en una ocasión la vida del gobernador en un sitio peligroso. Pizarro y Almagro le conocían bien y le invitaron a unirse a la empresa peruana. Su nombramiento de comandante de San Miguel le lanzó a una carrera de ambición aventurera llena de éxitos, pero finalmente trágica. Después de asegurarse el necesario apoyo en el litoral, Pizarro y los suyos emprendie-

ron la marcha al Sur desde Cajamarca, atravesando la gran altiplanicie central del Perú por la carretera incaica, no hallando resistencia hasta que llegaron —tras haber recorrido pacíficamente dos tercios de la distancia total— al valle de Jauja, donde una hueste de indios enemigos, reunidos a la orilla de un río, fue barrida por la caballería española. El gobernador hizo allí un alto, y decidió fundar una ciudad española en aquel valle feraz y hermoso, cuyo nombre, Jauja, ha sido adoptado en el idioma castellano para significar un rico país de hadas.

De Soto fue enviado —mientras la ciudad de Jauja seguía construyéndose—, con 60 jinetes, para preparar el camino a Cuzco; los indios, emboscados en las sendas montañosas, lo acosaron, y ya le habían puesto en grave peligro cuando sonaron las trompetas de Almagro, que venía en su ayuda; las trompetas de De Soto respondieron, y los indios, espantados ante esta multiplicación, mágica en apariencia, de los cristianos en el crítico instante, se diseminaron y desaparecieron.

Los españoles, irritados por esta inesperada y, desde su punto de vista, criminal resistencia, desahogaron su cólera en Chalcuchima, el general de Atahualpa, el cual les acompañó en la marcha, a la fuerza. Se le acusó de haber provocado la rebelión, y cuando, días después, murió el inca Toparca, cayó sobre el infeliz nueva sospecha o pretendida sospecha. Fue quemado vivo como traidor; hizo protestas de inocencia, y al ser instado a recibir el bautismo, respondió sencillamente que «no entendía la religión de los hombres blancos».

Tuvieron algunas escaramuzas en las últimas etapas de la marcha, y, por fin, entró Pizarro en la ciudad imperial de Cuzco, con 480 españoles en atavíos guerreros, el 15 de noviembre de 1533, precisamente un año después de la entrada en Cajamarca. Recorrió las calles, atestadas por un tropel de mirones, hasta la plaza central, donde se habían alojado sus hombres en grandes salones públicos. Pronto estuvieron ocupados en el saqueo de la ciudad. Saquearon palacios, templos y sepulcros; a las momias reales las despojaron de sus joyas, e, infringiendo las órdenes de Pizarra de respetar las personas y propiedades de los habitantes, invadía las casas y a veces torturaban a los indígenas para hacerles confesar supuestos tesoros escondidos. Pedro Piza-

rra declara que ninguno de los hombres de Pizarra se atrevía a tomar ni una espiga de maíz sin permiso del gobernador; esto quizá fuera cierto en la marcha, pero en Cuzco no se observó una disciplina tan severa.

Era decepcionante el tesoro encontrado en la ciudad; pero, añadido al botín obtenido en la carretera de Cajamarca, constituía una cantidad respetable. En un lugar habían hallado diez planchas de plata, descritas como de veinte pies de longitud cada una, un pie de anchura y tres pulgadas de grosor. Los orífices indios fueron de nuevo obligados a destruir la artística producción de sus antepasados, y luego de apartar el quinto real, cada español recibió una generosa porción. «Verdaderamente era cosa digna de verse esta casa donde se fundía, llena de tanto oro en planchas de ocho y diez libras cada una; y en vajilla, ollas y piezas de diversas figuras.» Se dejó para un soldado llamado Leguizana un disco de oro representando el Sol. Lo perdió jugando una noche, y de ahí vino el dicho:‚Jugarse el sol antes de amanecer.» Es probable que tampoco otros objetos se fundieran, sino se pesaran y se distribuyeran intactos entre los soldados. Esto se hizo, sin duda, más tarde, puesto que los orífices y los hornos no estaban a mano cada vez que se conseguía botín; además, en el saqueo de ciudades cada uno se quedaba con lo que conseguía. Así, Alonso Enríquez de Guzmán, alegre hidalgo aventurero sin escrúpulos, que llegó al Perú en 1535 y ha dejado una entretenida autobiografía, cuenta que poseyó «20.000 castellanos de grande peso y volumen, en cántaros y piezas».

El gobernador, después de haber tomado posesión de la ciudad, procedió a asegurar la ocupación europea del lugar, a la manera constitucional española, instituyendo —en debida forma y con solemne ceremonia pública— una municipalidad española en la ciudad de Cuzco. Se constituyó un cabildo, nombrándose ocho regidores, entre ellos Juan y Gonzalo, hermanos del gobernador, y en marzo de 1534, cuatro meses después de entrar en la capital, los dos alcaldes prestaron el juramento de rigor en la gran plaza, en presencia de los españoles y una multitud de indígenas. A cada español que se estableciera de vecino en Cuzco se le asignaba una casa en la ciudad, una parcela de tierra laborable y una encomienda de vasallos indios. De esta

manera, el municipio así formado pudo abarcar, como ocurría en casos semejantes, la administración de un dilatado distrito.

A la vez que la autoridad española quedaba de este modo establecida legítimamente con una base constitucional, se intentaba dar también algún tinte constitucional a dicha autoridad a los ojos de los nativos, resucitando una ficción de soberanía inca. Muerto Toparca, y después de la entrada en Cuzco, un inca noble llamado Manco visitó el campamento del gobernador seguido de una vistosa comitiva, asegurando ser el legítimo heredero del trono, como primogénito de Huayna Capac. Pizarro desempeñó en seguida su papel del que pone y quita reyes; declaró que había venido al país como campeón de la monarquía legítima, y en solemne función pública, él mismo, como representante de la universal soberanía española, colocó la diadema imperial en la frente de Manco, proclamándolo, entre las aclamaciones de los agradecidos súbditos, el verdadero sucesor del gran Huayna Capac y de Huáscar. Manco correspondió a este favor de Pizarro proporcionándole una fuerza de guerreros indios que ayudaran a los españoles a reprimir el levantamiento de Quizquiz, el único general de Atahualpa superviviente y, por tanto, enemigo de la casa de Huáscar; de modo que tanto los españoles como sus auxiliares indios luchaban por la autoridad legítima contra la facción de Quito y los partidarios del usurpador. Tras una corta campaña, Quizquiz murió a manos de sus propios soldados, hartos de aquella resistencia desesperada contra las fuerzas combinadas de los españoles y el inca Manco. Por el momento, se restableció el orden.

De nuevo surgió la intranquilidad cuando se recibieron noticias de que Pedro de Alvarado había sacado de Guatemala un fuerte ejército para la conquista de Quito. Almagro salió de Cuzco a toda prisa en dirección Norte para anticiparse al peligro, y al visitar de camino San Miguel para tomar allí refuerzos, se alarmó al encontrarse con que el ambicioso y activo Belalcázar, gobernador de aquel lugar, había partido para Quito unos meses antes, pues se vio fortalecido por la llegada de reclutas de Panamá y Nicaragua y había sido invitado por emisarios de la tribu cañari a ir a libertarlos de la odiosa opresión del usurpador Rumiñavi; sorprendente acontecimiento, ya que los espa-

ñoles se vieron aceptados como libertadores de la tiranía, no por medio de intrigas diplomáticas por ellos preparadas (como en el caso de Cortés y los súbditos tributarios de Moctezuma), sino por la espontánea invitación de los indígenas.

Almagro se apresuró desde San Miguel, siguiendo las huellas de Belalcázar, y le alcanzó a principios de 1534 en las alturas de Quito, cerca de Riobamba, donde Balalcázar había establecido un municipio español después de vencer a Rumiñavi. Ya hemos relatado cómo frustraron las tropas unidas[1] de Almagro y Belalcázar los propósitos conquistadores de Alvarado. Belalcázar quedó en Quito de vicegobernador de aquel reino, en el que prosiguió su ambiciosa conquista avanzando con sus tropas hacia el Norte. Almagro, después que hubo acompañado a Alvarado al encuentro de éste con Pizarra, en Pachacamac, volvió a Cuzco, a la cabeza de un ejército triplicado, por haberse pasado a sus filas la mayoría de los soldados de Alvaraclo, y poseedor de una reputación forjada por las notables facultades de caudillaje y diplomacia de que había dado muestras.

Parecía estar ya completa y segura la conquista, y el gobernador procedió a marcar su apogeo creando una nueva sede del gobierno, la cual había de ser de un carácter totalmente español, para todo el territorio. La división del imperio por Huayna Capac y la guerra civil subsiguiente mostraron que Cuzco, demasiado meridional y emplazada en su elevada meseta, quedaba excesivamente remota para que pudiera servir de alojamiento al gobierno central. La ciudad española, recién fundada, de San Miguel caía demasiado al Norte. El gobernador, dejando a sus hermanos Juan y Gonzalo al mando de Cuzco, recorrió el litoral y, finalmente, escogió un sitio que distaba dos leguas del mar y tenía cerca el puerto del Callao, en el valle de Rimac. Allí inauguró la Ciudad de los Reyes en enero de 1535, llamada así en honor de la fiesta de la Epifanía. Se seleccionaron labradores indios en un amplio distrito para dar forma sólida y duradera a la ciudad puramente española, que iba a ser por espacio de dos siglos, bajo el nombre más adecuado de Lima (corrupción de Rimac), la capital de medio Continente, aunque todavía durante diez años siguió siendo Cuzco la capital oficial. En la nueva ciudad se construyó el gobernador un palacio, con jardín de

frutas y flores, con un patio para el juego de bolos, de los que era Pizarro un entusiasta jugador. Más tarde, la corona española había de conceder a la Ciudad de los Reyes un escudo de armas formado por tres coronas y una estrella.

Con la fundación de Lima en 1535 debía terminar la historia de la conquista del Perú. Si los vencedores hubieran actuado con razonable prudencia, si se hubiera tratado de un Cortés o un Balboa, el historiador no tendría, para completar su relación, sino indicar el proceso de consolidación y dilatación de la labor ya realizada. Pero este éxito, aparentemente asegurado, no era sino el comienzo de grandes desastres. Una sublevación indígena, que amenazó con destruir cuanto se había hecho, fue provocada por los violentos excesos de los conquistadores y facilitada por las disenciones entre ellos; y apenas había pasado este peligro, aquellas disensiones estallaron en una serie de sangrientos y fatales conflictos entre los españoles mismos, que oscurecieron la historia de la conquista y mancharon con una sombra la historia posterior del Perú.

[*] Cfr. mapa n. 8

[1] Su unión fue facilita da, posiblemente, por el hecho de que eran compadres, ya que Belalcázar fu e padrino en Panamá de Diego. hijo de Almagro.

XIV.
CUZCO

Luchando a la vez contra los enemigos, los elementos y el hambre.
HERRERA

Los dos caudillos fueron a una, cordialmente, mientras tuvieron que enfrentarse con Pedro de Alvarado. Ya parecía extinguida la antigua rivalidad entre ellos, cuando estalló de nuevo, súbitamente amenazadora. Precisamente conducía Almagro —que estaba en el pináculo de su éxito— un imponente cuerpo de ejército a Cuzco, cuando se enteró por sus amigos llegados de España de que el emperador le había otorgado, además del título de adelantado, un gobierno independiente al sur del concedido anteriormente a Pizarra. La noticia no era oficial y los detalles no se conocían, pero Almagro aseguró al instante que Cuzco, la histórica capital, estimada como la principal recompensa de la victoria, estaba en su jurisdicción y le pertenecía. Los dos hermanos Pizarro habían recibido órdenes del gobernador de entregar el mando de Cuzco a Almagro, como de superior jerarquía que era, al regresar éste de Quito; ahora, en cambio, se les encargaba el oponerse a sus pretensiones de autoridad independiente y que retuvieran el mando.

Almagro, ya en Cuzco con su ejército, protestó airadamente contra este trato, y los dos bandos estuvieron a punto de utilizar las armas; menos mal que el gobernador se apresuró a acudir desde Lima para evitar semejante calamidad. Sin embargo, al llegar a Cuzco mantuvo obstinadamente sus derechos, y parecía inminente un choque cuando algún mediador le persuadió de que renovaran su antiguo pacto. Oyeron misa juntos y, uniendo sus manos sobre la Hostia sagrada, juraron no calumniarse el uno al otro, no enviar informes separados al emperador y repartir equitativamente todos los futuros beneficios. Esta escena recuerda el famoso juramento exigido al rey Alfonso VI por el Cid. El haberse hecho necesario tan solemne compromiso evidencia la profunda desconfianza que habían abierto entre los viejos camaradas el éxito y la victoria, herida que no podrían cicatrizar los más sagrados juramentos.

Un mes después de esta singular ceremonia, Almagro partió al Sur para ocupar su nuevo gobierno, tan vagamente delimitado, y también con objeto de proporcionar empleo y botín a los recién llegados de España y a los arruinados expedicionarios de Guatemala, hidalgos muchos de ellos, que habían fallado en Quito y nada habían ganado en el Perú. A algunos de ellos les prestó Almagro oro y plata con que poder atender a los gastos de equipaje, y cuando la expedición regresó fracasad a, rompió públicamente su contrato, perdonando así las deudas. Se mostró generoso en extremo con muchos reclutas; por ejemplo, a uno que pedía un anillo le dijo que llenara de oro ambas manos; otro, que presentó al adelantado (como se le llamaba desde entonces) el primer gato europeo que pisó la tierra peruana, recibió una libra de oro.

Libre de la presencia de su rival, Pizarro volvió a Lima. Su hermano Hernando le trajo noticias de España, de la diferente acogida que había ofrecido la corte al tesoro peruano y a su portador, y los decretos reales concediendo un marquesado a Francisco (conocido desde entonces como «el Marqués»), extendiendo su jurisdicción 70 millas meridionalmente y ciando a Almagro un territorio al sur de aquél. El gobierno de Pizarro, que iba a llamarse Nueva Castilla, había de extenderse 270 leguas al sur de Santiago, lugar situado un poco al norte del Ecuador. El territorio de Almagro, que iba a llevar el nombre de Nueva Toledo, tendría una extensión de 200 leguas, a partir de la frontera meridional de Nueva Castilla. El obispo de Panamá fue nombrado juez o, más bien, perito para establecer los límites exactos después de consultar con los prácticos más competentes. El obispo visitó el Perú, pero regresó a su diócesis sin haber resuelto nada; de manera que no existía una fijación legítima de la línea divisoria ni de la posesión de Cuzco. Las nociones geográficas de las personas autorizadas en España eran muy confusas[1], y los conquistadores del Perú no estaban en absoluto versados en distancias y agrimensura. Debemos añadir que el nombre de Nueva Toledo nunca llegó a usarse de modo general y que el de Nueva Castilla pronto cayó en desuso.

Hernando, luego de entregar en Lima su mensaje de España, fue enviado a Cuzco para unirse allí con sus dos hermanos y

asumir el mando, mientras el Marqués continuaba su labor constructiva de planear, edificar y colonizar en Lima y Trujillo, ésta llamada así por el pueblo extremeño en que nació Pizarro, y en otros lugares del litoral.

La expedición a Chile (1535-1537)

Cerca de dos años estuvo ausente Pizarro (julio de 1535 a marzo de 1537). La expedición, que iba tras la ilusión de otro dorado Perú, constituyó una epopeya de penalidades, mortalidad y decepciones; pero brilló en ella el magnífico caudillaje del adelantado. Su segundo era Rodrigo Orgoños (Orgóñez, en Herrera), veterano de las guerras italianas, soldado vigoroso y diestro que sentía gran devoción por su jefe. Para que no faltase el alimento, acompañaba a las tropas una manada de llamas, y llevaban buena provisión de maíz, que renovaron en varios altos. Los hatos de cerdos, que fueron con todas las expediciones posteriores, no se conocían aún en Perú, ya que el cerdo era un animal importado de Europa.

Salieron de Cuzco 570 españoles y varios miles de auxiliares indios en diferentes destacamentos a intervalos. El adelantado en persona se puso al frente del segundo destacamento, compuesto por 200 españoles, acompañado por el hermano menor de Manco, el inca Paulú, que se unió a los españoles y prestó valiosos servicios durante la expedición: inculcó la paz a los habitantes de las regiones que recorrían, y supo conseguir víveres.

La compañía de Almagro caminó por la carretera militar incaica, que orillaba la costa occidental del lago Titicaca[*], y atravesaron, en dirección Sur, la parte más alta y fría de la meseta (ahora pertenece a la República de Bolivia) por la provincia de Charcas. Si hubieran podido saber que esta tierra, pobre en apariencia, iba a ser pronto proverbial por su asombrosa riqueza en plata, no habría estallado nunca el conflicto de Cuzco. Antes de que los expedicionarios arribaran al límite sur de la altiplanicie de Tupiza, a unas 230 leguas de Cuzco, muchos de los indios perecieron de frío y cansancio —era lomáscrudo del invierno— en las heladas alturas azotadas por el viento. De Tupiza descendieron al valle de Salta (que ahora forma parte del noroeste de la República Argentina). Allí dejaron pasar dos meses hasta que el verano posibilitara la etapa más ardua del viaje: el

paso al Oeste por una quebrada región montañosa entre los glaciales picos de la cordillera, y luego el descenso al Pacífico hasta Copiapó, en la llanura costanera de Chile septentrional. Según Oviedo, 1.500 indios, dos españoles, 150 negros y 112 caballos murieron en la travesía de las montañas, y muchos de los supervivientes se congelaron; y otras referencias indican una mayor mortalidad entre los españoles. El destacamento siguiente, que partió poco tiempo más tarde, encontró los cuerpos congelados de los caballos, y se alimentó de su carne, aún no corrompida, ya que el tormento del hambre ma1tirizó a todas estas expediciones.

Luego de llegar, descendiendo las montañas occidentales, a la costa del Pacífico y haber tocado la parte Norte de la tierra que buscaban, Almagro y sus hombres se dirigieron desde Copiapó hacia el Sur por caminos fáciles y por un país fé1til, donde no era difícil hallar alimento, recibiendo o forzando la sumisión de las tribus que encontraban a su paso, combatiendo la idolatría y proclamando el supremo dominio de la Iglesia católica y de la monarquía española, pero logrando muy escaso botín. Como tres españoles habían sido asesinados por los indios, fueron quemados vivos 30 jefes indios. «Fue necesario este castigo —dice el cronista contemporáneo Oviedo— y aprovechó tanto, que se aseguró la tierra; de tal manera que un sirviente indio de un español andaba por toda ella sin que le fuese hecho daño alguno.» El sucesor de Oviedo, el historiador Herrera, escribió sesenta años después que esas frases eran injustas y demostraban una gran crueldad.

Tras haber recorrido unas 2.400 millas por un camino tortuoso, de indescriptible dificultad, alcanzada la parte central de Chile, sin encontrar nada que le agradara, Almagro destacó una partida exploradora que probablemente llegó al río Maule (36º latitud Sur), el límite más lejano de la influencia incaica, pues el país de los indomables araucanos caía más allá. Este destacamento regresó con la noticia de que toda aquella tierra era estéril y repulsiva, extraño informe sobre un país de notable belleza y productividad, favorecido con un clima benigno, un país que ha sido llamado «el declive californiano de Sudamérica». En parte, los expedicionarios venían descorazonados por las penali-

dades que habían tenido que sufrir; pero su principal decepción era la escasez de oro. Además, el regreso de Almagro se apresuró por las noticias que le llegaron de que tocio el Perú se había sublevado y que Cuzco estaba sitiado por los indios.

En su marcha hacia el Norte encontró a un oficial llamado Juan de Herrada, que le llevaba un real decreto nombrándolo adelantado y definiendo los límites de su gobierno. Al instante se decidió reclamar Cuzco al caer dentro de esos límites. Para volver al Perú eligió la ruta costera, más corta que la montañosa, pero muy poco menos peligrosa, pues pasaba por grandes extensiones desérticas sin agua, una de ellas el desierto de Atacama, de una longitud de más de 100 leguas. Almagro se portó como un gran caudillo conduciendo sus tropas salvas al Perú. La última prueba del viaje fue el tormento de la ceguera, producida por la nieve, que afectó a su ejército por espacio de dos días.

Esta expedición, infructuosa en apariencia, con todos sus sufrimientos, fue el prólogo de la conquista de Chile, emprendida tres años más tarde por Valdivia.

Habían ocurrido extraños sucesos en el Perú durante la ausencia de Almagro; así pues, hemos de reanudar la narración en la fecha de su partida para Chile.

Por entonces parecía que los españoles disfrutaban tranquilamente las tierras que habían conquistado. Ante la aparente seguridad, dividieron y esparcieron sus fuerzas. Muchos de los soldados se marcharon en busca de Almagro. Se enviaron algunas expediciones a terminar con la resistencia esporádica y completar la «pacificación», extendiendo el dominio de Castilla y la religión de la cruz. Muchos españoles se establecieron como encomenderos en sitios aislados para vivir del trabajo de los sumisos vasallos indios. Belalcázar, muy al Norte, estaba afirmando la presencia de España en todo el reino de Quito, y hasta llevaba sus armas, en dirección Norte, a las tierras que hoy forman parte de la República de Colombia. Pizarra, gobernante ahora y administrador más que soldado, se dedicaba a las pacíficas tareas administrativas, creando centros de civilización europea al llevar grupos de españoles a las villas recién fundadas en el litoral. Cuzco, el centro de la tradición incaica y aún entonces sede

de una ficticia corte inca, tenía una guarnición de 200 españoles y unos cuantos auxiliares indios con Hernando Pizarra como gobernador de la ciudad.

Esta aparente tranquilidad se rompió por una violenta rebelión acaudillada por el inca Manco.

El sitio de Cuzco (1536)

Este príncipe, aunque reconocido teóricamente por los españoles como soberano de todo el imperio incaico, era de hecho cautivo de ellos; no encarcelado, desde luego, pero siempre vigilado y confinado en la ciudad. Sintiendo amargamente lo ridículo de su posición, trató de esca par, pero su intento se vio frustrado por la denuncia de unos guerreros cañaris que se hallaban en Cuzco. Manco tuvo que sufrir entonces una mayor vigilancia, y cualquier matón de entre los rudos soldados podía inflingirle las más insultantes afrentas. Finalmente, consiguió Manco la libertad valiéndose de la codicia de los españoles por el oro. Prometió a Hernando traerle a la ciudad una estatua de oro del tamaño natural de su padre, el gran inca Huayna Capac, que se hallaba escondida en una caverna secreta. Una vez fuera de la ciudad se refugió en las montañas y llamó al arma a sus súbditos para destruir a los españoles.

Oviedo pone en boca de un noble inca el alegato de las provocaciones que llevaron a la rebelión a aquel clan aristocráticamente regido. Después de describir la vida tranquila y feliz que disfrutaban antes de la aparición de los invasores, el noble indio continúa: «Ahora, después que los cristianos venistes, de libres nos hicistes esclavos y de señores sus siervos. El inca perdió su reputación y autoridad, y nosotros la libertad y prestigio; en lugar de ser servidos os servíamos… residimos en vuestras casas, dejando las nuestras: habéis sido tan mal agradecidos que, en lugar de nos tratar bien y mantener en justicia, nos tomasteis nuestras mujeres e hijas para mancebas; robástenos nuestras haciendas, quemándonos e aporreándonos para nos las sacar, injuriando nuestras personas con malas palabras; y lo que más sentimos y desmaya nuestros corazones que un señor natural que Dios nos dio, que tan estimado, querido y servido ha sido, sea tratado como el menor de nosotros.»

Alonso Enríquez de Guzmán, por entonces «maese de campo» de la guarnición de Cuzco y después almagrista, viene a ofrecer, en sustancia, el mismo discurso en su autobiografía, lo que indica que fue realmente proferido y que no es producto de la imaginación de Oviedo. Éstos eran los sentimientos de las clases dirigentes; pero el pueblo, dócil y sumiso, acostumbrado a obedecer órdenes y reconocer conquistas, que, por lo común, recibía a sus nuevos amos no sólo pacífica, sino cordialmente, había tenido también que sufrir mucho. Dondequiera que los invasores se establecían, se convertían los habitantes en esclavos y se veían obligados a construir las casas que sirvieran de albergues a los nuevos dueños y a labrar las tierras que alimentaran a los extranjeros. La principal preocupación de los españoles en aquellos primeros tiempos era la provisión de alimentos, y la más temida penalidad era para ellos el hambre. Así, cada vez que una tropa de unas veintenas de españoles, acompañados por algunos centenares de auxiliares indios, descansaba en algún pueblo amigo, compuesto por pobres campesinos, dejaba detrás de sí un rastro de hambre y miseria. Una frase de Oviedo nos dice mucho sobre esto. Después de mencionar brevemente la ocupación de un poblado indio del que había huido la guarnición, añade: «Los españoles, persiguiéndolos, les tomaban muchas mujeres y llamas, y cometían otros desmanes.»

No hay, pues, que extrañarse de que el inca Manco pudiese reunir un gran ejército y sitiar Cuzco con él. Innumerables hogueras brillaban de noche en torno a la ciudad; los sitiadores habían ocupado la fortaleza que aún domina la ciudad, y desde allí arrojaban proyectiles incendiados que prendían fuego a los techos de paja de las casas. El fuego consumió media ciudad. Grupos de indios entraron protegidos por las nubes de humo y levantaron barricadas por las calles, con objeto de impedir los movimientos de los caballos. Los españoles, que no habían sido desalojados de sus cuarteles de la gran plaza, se decidieron a tomar la fortaleza, y para ello concertaron un ataque nocturno. Juan Pizarro, caballero de veinticinco años de edad, muy querido por su gran valor y graciosas maneras, condujo el ataque con la cabeza descubierta, ya que una herida en la mandíbula le impedía llevar el yelmo. Una piedra disparada con honda le dio en

la cabeza, causándole una herida mortal, de la que falleció quince días después. Sin embargo, a pesar de lo gravemente herido que estaba, tuvo fuerzas suficientes para animar a sus hombres hasta que se apoderaron de la primera terraza.

Al alba renovó Hernando el asalto. En el más alto parapeto se situó un noble inca, que derribaba con su hacha de batalla a todos los asaltantes que subían por las escaleras de mano, hasta que, viendo perdida la fortaleza, se arrojó con la cabeza liada en su manto, desde el lugar más elevado de ésta. A pesar de este éxito, la reducida guarnición de Cuzco —200 o quizá 240 españoles, «la mitad de ellos lisiados», escribe Alonso Enríquez, el maestre de campo— no pudo descansar. Hernando Pizarro halló en el camino, cuando hacía una salida para alejar al enemigo, las cabezas de cinco españoles junto a un millar de cartas despachadas desde Lima. Como pasaba el tiempo sin que se recibieran socorros y se comenzaba a sentir hambre, se habló de abandonar el lugar y hacer una incursión en el litoral. Del enemigo les gritaron jactanciosamente que Lima y Trujillo estaban sitiados o tomados y que todos los españoles del país habían muerto a manos de los indios.

En este alarde había algo de cierto. La mayoría de los cristianos que vivían en sus tierras, esparcidos por el país, habían perecido. Manco envió un ejército para sitiar a Lima; pero esta ciudad, próxima al mar y rodeada de una llanura a propósito para la caballería, no llegó a estar en serio peligro, ya que los caballos eran aún causa de terror para los nativos. Además, los indios que se habían visto obligados a servir como *yanaconas* a los españoles de Lima salían por la noche de la ciudad y traían víveres a sus amos, incidente que nos demuestra el carácter patriarcal que ha tenido siempre el hogar español, y también nos recuerda que, de todos los pueblos europeos, han sido los españoles los más humanitarios propietarios de esclavos, y que el amo español miraba a todos sus servidores, fueran libres o esclavos, como miembros de su familia.

Pero, aunque la ciudad de Lima estuviese libre, los caminos que conducían, cruzando las montañas, de allí a Cuzco, estaban tomados por las tropas de Manco. Por cuatro veces envió el Marqués cuerpos armados a socorrer a sus compatriotas de

Cuzco: los acecharon y mataron en los desfiladeros, excepto a unos pocos que se reservó Manco para que le sirvieran de armeros, pues las armas tomadas a los españoles se volvían contra los que se defendían en Cuzco, y unos cuantos audaces jefes incas hasta se atrevieron a montar algunos de los caballos. Así, interceptada toda comunicación, no podía saberse en Lima qué había sido de Cuzco, y el gobernante de Cuzco, que nada sabía de Lima, temía lo peor.

En vista de estas circunstancias, Pizarro tuvo que admitir públicamente el retroceso de la conquista, enviando urgentes mensajes desde Lima a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y Nueva España, y hasta a la distante Audiencia de Santo Domingo, implorando auxilio para evitar la pérdida de tan provechosas conquistas. Hernán Cortés envió de Nueva España un barco cargado de víveres y municiones, junto a un regalo en ricas vestimentas para Pizarro. Gaspar de Espinosa, que era un principal accionista de la empresa del Perú, trajo de Panamá 250 soldados. Además, llegaron otros barcos con la esperada ayuda. Pero cuando recibieron todos estos socorros ya no se necesitaban; en efecto: aunque la lucha duraba todavía, había pasado el peligro inminente y Cuzco, con los supervivientes de su pequeña guarnición, estaba a salvo. No iban a tardar mucho las armas recién llegadas en dirigirse contra los mismos españoles. Éste fue el destino de la última expedición de auxilio despachada de Lima por Pizarro a fines de 1536 a las órdenes de Alonso de Alvarado, uno de los de Guatemala, el cual llegó sólo hasta Jauja y se estacionó allí durante cinco meses, en vez de unirse a los defensores de Cuzco contra Manco.

Después de tener sitiada a la ciudad de Cuzco más de medio año (febrero a agosto de 1536), el inca Manco se encontró con que no podía alimentar a un ejército tan numeroso. Además, se aproximaba la época de la siembra, y los soldados campesinos se veían forzados a regresar a sus hogares para atender las tareas agrícolas. A pesar de este inconveniente, mantuvo en el campo de batalla un formidable ejército, instalando sus cuarteles en la fortaleza de Tambo. Cada salida de los españoles significaba una escaramuza. Continuaron las guerrillas entre pequeñas partidas, y por espacio de otros seis meses, los diezmados defensores, pa-

ra los que constituía un gran desastre la pérdida de un solo hombre, no tenían momento de tranquilidad.

Hernando se decidió a dar un golpe intrépido: asaltar la fortaleza de Tambo y apoderarse del inca. Con 80 jinetes, algunos infantes y un cuerpo de auxiliares indios, avanzó durante la noche, y atacó el lugar al amanecer. Pero los indios estaban prevenidos y recibieron a los asaltantes con tal lluvia de proyectiles que los forzaron a emprender la retirada. Mientras, se veía al inca Manco montado a caballo en el interior del recinto dirigiendo a los defensores. Los españoles atacaron de nuevo y por segunda vez fueron rechazados. Los indios rompieron un dique, inundándose el terreno detrás de los asaltantes, y Hernando Pizarra condujo su deshecha tropa a Cuzco en una difícil retirada. Su hermano Gonzalo tuvo que volver grupas por dos veces para rechazar con cargas de caballería a los grupos indígenas que acosaban a la retaguardia; pues, como dice Pedro Pizarra, «es tos indios tienen una cosa, que cuando van de victoria son demonios en seguida, y cuando huyen son gallinas mojadas». Prescott hace notar que éste fue el último triunfo del inca.

En abril de 1537, más de un año después de comenzar el sitio, Almagro, que venía de Arequipa, cruzando las montañas, en su viaje de regreso de Chile, se aproximó a Cuzco. Entabló negociaciones con su antiguo amigo Manco, que aún acosaba a los defensores de la ciudad con un fuerte ejército. Manco respondió recordando las afrentas e injusticias sufridas a manos de los españoles, pero sin rechazar abiertamente las proposiciones de Almagro. Sin embargo, no muy seguro de la buena fe del adelantado, y no deseando, probablemente, asociarse a ningún español, Manco intentó un ataque por sorpresa al campamento de Almagro; pero no era fácil sorprender desprevenidos a los veteranos de Chile, y los nativos salieron derrotados en este intento. La gran rebelión de los indios había perdido, en realidad, toda su fuerza, y casi podía darse por terminada.

Almagro envió entonces un requerimiento al municipio de Cuzco, en el que exigía ser reconocido como principal autoridad del lugar. Hernando, haciendo caso omiso de las autoridades cívicas, tomó en sus manos el asunto y entabló negociaciones con Almagro. Ahora bien: en esto significaba poco el nego-

ciar, ya que el más fuerte de los dos era el segundo, al mando de sus tropas veteranas que regresaban de Chile. Alegando después, para justificarse, que Hernando había roto una tregua, Almagro irrumpió en la ciudad una noche tormentosa y atacó la casa donde dormían Hernando y su hermano Gonzalo, vigilada por una guardia de 20 soldados. Hernando se despertó y, armándose de prisa, hizo frente con gran vigor a sus asaltantes; pero, al ser incendiada la casa, sus moradores tuvieron que salir y fueron vencidos por el muy superior número de los enemigos. Al día siguiente el cabildo aceptó unánimemente la autoridad del adelantado. Fue recibido en la iglesia con un *Te Deum*. Hernando y Gonzalo, hermanos del Marqués, fueron encarcelados. Almagro era dueño de Cuzco.

[*] Cfr. mapa n. 11.

[1] Tenemos una curiosa prueba de esta vaguedad en la concesión a Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires, de 200 leguas del litoral pacífico al sur del territorio de Almagro, concesión que tuvo lugar en es mismo año de 1535.

XV.
LA GUERRA DE LAS SALINAS (1537-1538)

> En esta isla las disposiciones de la gente son tan variables y cambiantes que lo que prometen hoy, lo niegan mañana, pensando sólo en sus propios intereses. Así que ninguno confía en la palabra de otro, ya que a la primera ocasión faltará a su palabra.
>
> CIEZA DE LEÓN

Almagro consideraba que había empleado en sus pretensiones al gobierno de Nueva Toledo sólo a fuerza indispensable, entrando en la ciudad y arrestando a criminales intrusos. Pero la fuerza no se podía detener en un cierto punto: Alonso de Alvarado, después de permanecido cerca de Jauja cinco meses, como hemos visto en el capítulo anterior, avanzó por el punto de Abancay, que cruzaba sobre un afluente del Apurimac a unas siete leguas de Cuzco. Almagro envió a su encuentro a varios emisarios pidiéndole que le reconociera como señor de la ciudad. Después de un cortés recibimiento por parte de Alvarado y una amistosa charla de sobremesa, los emisarios fueron cargados de cadenas, amenazados y tratados rudamente, experiencia que ha sido relatada de brillante manera por una de las víctimas, Alonso Enríquez, en su autobiografía.

Orgoños, lugarteniente de Almagro, instó a su jefe para que decapitara a los dos hermanos Pizarro, cautivos en la ciudad. El adelantado rechazó tan extrema medida entonces y cuando le fue reiterada después, pero salió con sus hombres y acampó en el puente de Abancay, frente al campamento de Alvarado, que estaba a la otra orilla. Aquella misma noche, una vez oscurecido, Orgoños, con pa1te de los de Chile, vadeó el río, y, aunque sangraba profusamente de una herida en la boca, cayó sobre el campo enemigo. El lugarteniente de Alvarado, Pedro de Lerma, irritado por haber sido postergado en el mando principal, se unió a los asaltantes. Los hombres de Alvarado, pillados por sorpresa, incapaces de distinguir los amigos de los enemigos, ya que Lerma y los suyos se volvían contra ellos, cayeron en una atroz confusión, y cuando amaneció, Almagro condujo a Cuzco un cuerpo de prisioneros y desertores o nuevos partidarios que igualaban en número a sus propias tropas (12 de julio de 1537).

Antes de continuar esta victoria sobre sus compatriotas, había que contar con el inca Manco, que aún se sostenía con un ejército disminuido y desanimado. Almagro, ya viejo y enfermizo, mandó al veterano Orgoños contra el inca, el cual, viendo que su ejército se disolvía ante la proximidad de los españoles, huyó, casi solo, a las remotas espesuras de las montañas, tras haberse suicidado todas sus esposas menos una, según se cuenta corrientemente, sacrificio reservado habitualmente para los funerales de un inca. Almagro entronizó entonces como soberano a su propio satélite, Paulú, que se adornaba con la orla escarlata, símbolo del imperio. Constituía esto una provocativa usurpación de la autoridad de Pizarra; pues, aun en el caso de que Cuzco cayera en los límites de Almagro, eso no le autorizaba para poner y quitar reyes en todo el reino de los incas.

La rebelión de los indígenas había sido suprimida; o más bien, quizá, gradualmente disuelta frente al valor superior de los conquistadores y a la superioridad de sus armas. Si el ejército de Manco hubiera atacado vigorosamente, la insignificante guarnición de Cuzco no podría haber resistido; pero los nativos nunca llegaron a vencer su terror a los caballos y a las armas de fuego, y nunca llegaban al cuerpo a cuerpo con el acero español. El imperio de los incas no podía reconquistarse sólo con sitios a ciudades y emboscadas en los desfiladeros andinos. Además, parece ser que Manco ejercía entre su gente una tiranía cruel y caprichosa que no se avenía con su posición precaria.

Anticipemos aquí un párrafo al final de la casa de Huayna Capac. Manco sobrevivió a su derrota ocho años y reinó, monarca fugitivo y desposeído, entre las tribus indias de las montañas. Durante el desordenado período que siguió a la guerra de las Salinas, infestó con sus tropas irregulares la región que se extiende entre Cuzco y el mar y causó muchas perturbaciones con correrías y emboscadas, interceptando el paso a destacamentos e incendiando algunas casas solariegas. En 1545 pereció en una pelea que surgió con motivo de un juego de bolos que celebraba con unos desertores españoles, a los que había acogido amistosamente en su corte. A la muerte de Manco pasó la orla escarlata, símbolo de la pasada grandeza, a su hijo, quien aceptó los ofrecimientos de paz de los españoles, visitó Cuzco y abdicó,

por último, en 1559, a favor del rey Felipe II de España, reconociendo así por completo el dominio español por amor a la paz. No obstante, sus dos hermanos, sucesores suyos, reclamaron el remanente de autoridad imperial, y fueron obedecidos como soberanos por sus vasallos en una lejana región de difícil acceso. El segundo de ellos, Tupac Amarú, el último inca que asumió los símbolos de la soberanía, declinó un arreglo que le ofrecieron los españoles, cayó en poder de Francisco de Toledo, virrey del Perú, y fue condenado a muerte por él en Cuzco 0 571).

La narración debe volver de la trágica historia de la dinastía incaica a la historia no menos trágica de los conquistadores españoles. Con la derrota y huida de Manco, en agosto de 1537, la conquista del Perú pareció, por segunda vez, haber alcanzado su cumplimiento y no necesitar ya sino la extensión de la autoridad a regiones fronterizas y la organización de las zonas ya subyugadas. El epílogo resultó ser otro: una extensa sección del libro de Prescott lleva el título «Guerras civiles de los conquistadores». Estas guerras han sido plena y admirablemente relatadas por un historiador cuidadoso, Cieza de León, que fue a las Indias de muchacho y pasó allí su vida. Viajó por todo el Perú y escribió una exacta descripción geográfica de aquellas regiones, provincias y ciudades. Fue a Popayán, la provincia vecina a Quito, en 1538, y pasó luego al Perú, de modo que no tomó parte en las primeras guerras, pero visitó los escenarios no mucho tiempo después, examinó los campos de batalla, fue testigo de la desolación causada por el paso de los ejércitos, interrogó a los que habían sido actores de esos históricos días y escuchó el relato de sus recuerdos.

Durante los nueve meses que siguieron a la batalla de Abancay (julio de 1537 a abril de 1538) era inminente la guerra entre Almagro y Pizarra, pero no estallaba por los intentos que se hacían para conseguir un arreglo pacífico. El primer intermediario fue el antiguo amigo y socio de los dos capitanes, Gaspar de Espinosa, que había traído gente de Panamá a Lima para salvar la empresa del Perú durante la insurrección de Manco. Espinosa hizo un viaje de Lima a Cuzco con la esperanza de reconciliar a sus amigos asociados, y, al estrellarse sus propósitos ante

la obstinación de Almag ro, citó el refrán español: «El vencido, vencido, y el vencedor, perdido.» Espinosa murió antes de que pudiera emprender nada, ni lograr el gobierno de una provincia que había de ser la recompensa por su participación en la empresa; uno de los muchos, la gran mayoría, en realidad, que no vivieron lo suficiente para alcanzar los premios de su victoria.

Almagro, engreído por sus recientes victorias sobre españoles e indios, declaró que Lima, la capital fundada por Pizarra, caía dentro de su jurisdicción, y dos meses después de la batalla de Abancay marchó costa abajo, dejando en Cuzco a Gonzalo Pizarra y Alonso de Alvarado bien vigilados y llevándose con él a Hernando como prisionero, a pesar de los repetidos consejos de Orgoños para que mandara ejecutar a los tres.

Por el litoral, arribó a Chincha (a unas 30 leguas de Lima) y fundó allí, con las acostumbradas formalidades, una ciudad —destinada a desaparecer pronto—, a la que puso su propio nombre, desafiando así al Marqués en su mismo terreno. Mientras Almagro establecía de este modo su autoridad, le llegó la noticia de que Gonzalo y Alvarado habían sobornado a sus guardianes y, fugados de la cárcel, habían ido a reunirse con el Marqués en Lima. Hernando aún estaba prisionero en el campamento del adelantado.

Se cruzaron mensajes entre Lima y Chincha durante varias semanas. Entretanto, Pizarra armaba a sus tropas fuertemente. En cuanto a la fuerza, era él quien tenía toda la ventaja; por el puerto del Callao pasaban constantemente a Lima armas y soldados. Los urgentes mensajes de Pizarro habían logrado considerables refuerzos, entre ellos hombres de Flandes armados con el más reciente tipo de arcabuz, que permitieron la formación de dos compañías de arcabuceros, lo cual constituía en el Perú una novedad, ya que allí, por la escasez de armas de fuego, los arcabuceros no habían formado nunca un cuerpo separado. Además, muchos aventureros, atraídos por historias sobre las riquezas peruanas, venían de España y de las Antillas. Mientras tanto, en Cuzco —la base de Almagro—, encerrada por las remotas alturas andinas y entonces casi incomunicada con el resto del mundo por la guerra civil inminente, tenían que forjar los de Chile picas de cobre y plata, a falta de hierro. Pero mientras

permaneciera prisionero Hernando, se veía Pizarra imposibilitado para actuar; estaba dispuesto primero a obtener la libertad de su hermano por medios pacíficos para luego apoderarse de Cuzco.

Tras laboriosas negociaciones quedaron en someter el asunto al arbitrio de un sacerdote llamado Bobadilla, en el que todos confiaban por su reconocida probidad. Los dos capitanes se encontraron a medio camino entre Lima y Chincha, en un *tambo* (uno de los paradores que jalonaban las carreteras incaicas). Almagro se adelantó, saludando amablemente a su antiguo compañero. Pizarra contestó apagadamente y le hizo resentidos reproches. Siguió un altercado, hasta que uno de los hombres de Pizarra, movido por un impulso caballeresco, cantó por la ventana los primeros versos de una canción popular:

Tiempo es ya, caballero,
tiempo es de andar de aquí.

Almagro siguió el consejo; salió de la habitación, montó a caballo y se alejó al galope. Gonzalo Pizarra se había apostado en las cercanías con treinta jinetes. No pudo saberse si se intentaba una emboscada, pero fue motivo suficiente para que aumentara el resentimiento.

La resolución de Bobadilla (15 de noviembre de 1537) fue desfavorable para Almagro, quien al momento la repudió desdeñosamente. Entonces Pizarra, con objeto de lograr la libertad de su hermano, consintió en que Almagro tuviese Cuzco en su poder hasta que la cuestión se resolviese por la autoridad real; que Hernando quedara libre, a condición de que se marchara a España, y que se mantendría la paz. Hernando fue puesto enseguida en libertad por Alma gro, confiado en demasía, que obsequió al que había sido su prisionero con un banquete y le hizo acompañar cortésmente hasta Lima por una escolta. Allí fue recibido Hernando con gran regocijo. Orgoños, pasándose la mano por el cuello, hizo un significativo gesto, profetizando cuál sería el fin de todo aquello.

Al día siguiente desembarcó en el Callao, puerto de Lima, un emisario procedente de España, Pedro Anzures, portador de una orden del monarca para que cada uno de los capitanes conservara lo que había conquistado y ocupado, quedando esto

pendiente, desde luego, de la voluntad real. El Marqués declaró al instante que esta orden le concedía Cuzco y anulaba el convenio concluido solemnemente con Almagro. Por tanto, envió a su hermano Hernando a que recobrase Cuzco por la fuerza. Esto significaba la guerra. Almagro, lejos de su base, de las armas y pertrechos, se retiró a las montañas conducido en una litera por indios y dejó el mando de las tropas a Orgoños. Hernando partió de Lima con una fuerza mayor y mejor equipada, incluyendo las dos compañías de arcabuceros. Si Orgoños, aprovechándose de los obstáculos que representaba para sus perseguidores la marcha a través de las montañas, hubiera vuelto sobre ellos, seguramente los habría aniquilado; pero lo acordado era encaminarse a Cuzco. Diez días se emplearon en preparativos antes de que se enfrentaran ambos ejércitos el 6 de abril de 1538, a una legua de la ciudad, en una llanura conocida por Las Salinas. Los de Chile eran unos 600, de los que 15 tenían arcabuces. Hernando contaba con 800 soldados, con un cuerpo de ballesteros y 80 arcabuceros. «Fueron las armas las que nos vencieron», dice Alonso Enríquez. Hernando eligió maestre de campo a Pedro de Valdivia, veterano de las guerras italianas, uno de los mejores soldados y capitanes en la historia de la conquista, que, después de hacerse famoso como conquistador de Chile, moriría allí trágicamente.

Al entrar en batalla lanzaron ambos bandos su invocación a Santiago, patrón de España. Los ejércitos se arrojaron el uno sobre el otro a los gritos de: «¡El rey y Pizarro!» «¡El rey y Santiago!» Multitudes de indios, llegados de muy lejos, contemplaban desde las alturas circundantes cómo se destruían entre sí sus conquistadores. Almagro, postrado por la terrible dolencia que aquejó a muchos de los españoles durante la conquista, fue conducido en una litera para que presenciara de lejos el combate. Vio cómo eran vencidas sus tropas y puestas en fuga. Orgoños, herido de un tiro de arcabuz y con su caballo muerto a sus pies, tuvo aún fuerzas para reanimar a los fugitivos; pero, rodeado por seis soldados enemigos, se entregó a Fuentes, criado de Hernando Pizarro, que le cortó la cabeza sin más consideraciones. La batalla duró poco más de dos horas. Pedro Pizarro, que lucho en este encuentro, dice que las bajas, contando las de am-

bas partes, ascendían a 200. Al terminar la batalla, muchísimos indios, entre ellos los mismos que habían actuado de auxiliares de cada bando, barrieron el campo de batalla, expoliando a los cadáveres. Entretanto, los soldados vencedores se esparcieron por la ciudad, saqueándola y riñendo luego entre ellos por el botín, y persiguiendo a las mujeres indias, que corrían de un lugar a otro.

Almagro fue conducido a la ciudad montado en un mulo detrás de un soldado. Se le formó un proceso, y por espacio de dos meses se amontonaron las acusaciones hasta que «el proceso» -todo él a la manera española- llegó a los 2.000 folios y alcanzó, como dice Alonso Enríquez con humorística hipérbole, hasta la cintura de un hombre de estatura media. No es necesario resumir los cargos que se le hicieron, pues poco tuvieron que ver con la sentencia. Cieza expone los argumentos que tenía Hernando para justificar su acción en el terreno de la necesidad política: la certidumbre de que se hubiera intentado el rescate por el camino si lo enviaban a Lima para de allí embarcar rumbo a España, el peligro de un levantamiento almagrista en el mismo Cuzco para libertar al jefe, y, por último (ésta era la razón fundamental para Hernando), el descubrimiento de un complot en el campamento de Pedro de Candía para marchar sobre Cuzco, matar a Hernando y libertar a Almagro. Pedro de Candía y los suyos volvían entonces de la expedición que se narra en el capítulo siguiente, y, en opinión de Cieza, la conspiración era una realidad. Para Oviedo se trataba tan sólo de un pretexto, y nos cuenta que una noche tocaron súbitamente alarma cuando todos los vecinos de Cuzco reposaban, y se hizo correr la falsa noticia de que los de Pedro de Candía se dirigían a la ciudad, y con ellos Mesa, un mulato (maestre de campo de Candía), y que se hallaban a dos leguas de Cuzco y venían a libertar a Almagro. Cuando amaneció, el lunes 8 de julio, se supo al cabo de dos horas que Hernando Pizarro había condenado a muerte a Diego Almagro. El anciano suplicó a Hernando de rodillas que le perdonara la vida, ya que él «había sido el primer escalón por donde sus hermanos y él habían subido y llegado al estado en que estaban… y no faltó para darle la vida cuando lo tuvo en su poder». Basándose en sus prerrogativas de

gobernador independiente, quiso apelar al emperador, pero Hernando le negó este derecho. Entonces él quiso acudir al Marqués, ya que Hernando no era más que el lugarteniente de éste. Hernando fue inexorable y reprochó a su anciano y enfermo prisionero el mostrar una timidez indigna de un caballero. Almagro le replicó muy discretamente que él era ante todo un hombre y como tal podía temer la muerte, pues hasta Cristo la temió, y, además, que no sólo sentíalo por él, sino por sus amigos, a los que dejaba en peligro. Hernando le dijo severamente que se preparase a morir. Almagro redactó entonces su última voluntad, nombrando herederos al emperador y al hijo que tuvo de una mujer india en Panamá, Diego Almagro, joven de dieciocho años. Después de confesarse y recibir los auxilios espirituales de la Iglesia, fue estrangulado en la prisión.

El amigo de Almagro, Alonso Enríquez, que con dificultad escapó al mismo destino, ha dejado un vivo relato de los últimos momentos del caudillo, y cuando poco después regresó a España, Enríquez hizo que se escribiera una balada, en el tradicional metro octosílabo español, sobre el trágico destino de

El gran don Diego de Almagro,
fuerte, noble y muy leal,
el cual en el mar del Sur
hizo hechos de nota,
tales que por cualquier dellos
se debe coronizar.

que se cantó en las calles españolas con la conocida tonada de «El buen Conde Hernán González», para mover a compasión hacia la víctima y levantar odios contra Hernanclo Pizarro, que aguardaba el final de su proceso en una prisión española.

XVI.
LA SENDA DE LA GUERRA

De los que fueron al Perú murieron ochenta de cada ciento.

BENZONI

Por no confundir la narración, se ha contado poco acerca de los efectos de aquellas marchas, campamentos y combates sobre los pacíficos habitantes que cultivaron la tierra. Describiendo las marchas forzadas de Pizarro, al enterarse del sitio de Cuzco, escribe Cieza[1]: «Los indios de los fructíferos valles, viendo la potencia que el Gobernador llevaba, le salían a servir, proveyéndole de lo necesario; y aunque el Gobernador llevaba el propósito tan bueno para lo que tocaba a la pacificación y allanamiento de las provincias, no dejaré de decir que pasaron grandes maldades y fuerzas contra los naturales, cometidas por los españoles, tomándoles sus mujeres y aun a algunos sus haciendas; y lo que más de llorar es que, por llevar sus cargas y cosas que pudieran excusar, las echaban en cadenas; y como iban caminando por los espesos, arenales y las cargas fuesen crecidas y el sol fuese grande, y no había árbol que les diere sombra ni fuente que les proveyese de agua, los pobres indios se cansaban; y en lugar de los dejar tomar huelgo, dábanles muy grandes palos, diciendo que de bellacos lo hacían. Tanto los maltrataban, que caían en el suelo muchos de ellos; y viéndolos caídos, por no pararse a sacar de la cadena a los que en ella entraban para echarles fuera, algunos les cortaban las cabezas con poco temor de Dios; de esta suerte fueron muertos muchos indios, porque solía haber en estos valles mucho número de esta gente; y por los malos tratamientos que han recibido de los Gobernadores y capitanes pasados, vinieron a la disminución que ahora tienen; y muchos de los tales valles están despoblados y tan desiertos que no hay que ver otra cosa que los arruinados edificios y las sepulturas de los muertos y los ríos que corren por los valles». Hablando otra vez de la llegada de Almagro a la región costanera, a su marcha de Cuzco, Cieza escribe: «Maltrataron a los pobres indios, los cuales por los pecados de sus padres pasados y los suyos merecían el castigo y grande azote que por la mano de los españoles, permitiéndolo nuestro Señor Dios, les ha veni-

do… no eran aún bien salido el un ejército de los cristianos cuando venía ya el otro; y si los unos tenían poco temor a Dios y no tenían caridad para remediar que no fuesen muertos millares de ellos, los otros le tenían menos… y Almagro y los suyos no llevaban otra atención más que conseguir su deseo y haber la gobernación, y así faltaron de estos valles de Lima y la Nasca toda la mayor parte que en ella habitaba, de muertos, así de hambre como de llevarlos presos en cadenas y de otros muchos daños que de aquí recibieron para venir en tanta disminución como ahora hay. Y llegados al valle de la Nasca, el Adelantado mandó sentar su real en la parte que más convenible le pareció, y de allí los españoles se proveían a su voluntad y a costa de los pobres indios… y de los que habían venido de la sierra, así con el oro del Rey como con el demás bagaje, quedaron por los caminos algunos muertos, y otros tan lastimados de los pies, que para mientras vivieron quedaron sin aprovecharse de ellos».

Pero Cieza, si bien es severo al juzgar en su historia a los hermanos de Pizarra, declara que el Marqués tenía excelentes intenciones. Es cierto que Pizarra tuvo por bien hecho que se quemara como rebeldes a los jefes indígenas si se resistían después de escuchar la requisitoria, pero la despoblación y la destrucción no era lo que pretendía; no sólo deseaba hacerse de fortuna, fama y poder, sino también ganar vasallos para la corona de Castilla y neófitos para la Iglesia católica; por otra parte, la riqueza y el poder que deseaba para sí, dependía de conservar una población sometida. Así, después de su primer éxito, volvió enseguida a las pacíficas tareas de gobierno y construcción. Pero cuando le sacaron de su labor para una nueva contienda, entonces la necesidad de vencer se impuso a todo lo demás, y las vidas de sus súbditos no contaron para nada frente a las necesidades militares. La guerra de las Salinas deshizo el trabajo de conquista y todo lo trastornó. La victoria no trajo la paz, sino el desorden, por la indisciplinada brutalidad de las guerras civiles. Cuando los indefensos prisioneros de los españoles eran capturados, torturados y asesinados, no sorprende leer: «Muchos yerros se han cometido en este reino por los españoles; y cierto yo holgara no escribirlos por ser mi nación; los cuales, sin mirar los beneficios que han recibido de Dios nuestro Señor, que fue ser-

vido que ellos y no otras gentes ganasen tan grandes reinos y provincias como son estas Indias, sin temor los acometieron… luego que la batalla de Salinas fue vencida, se dispersaron muchos de los que habían sido de la parte de los Pizarros por las provincias de Condesuyo y Chinchasuyo y robaron a los indios todo lo que podían; y las ovejas que tenían escondidas por miedo de los ladrones, les daban tormento apretándoles con cordeles hasta que se las daban en su poder, y sacando grandes manadas las llevaban a vender a la Ciudad de los Reyes, y las daban casi de balde… y los malaventurados de los indios… andaban los pobres de cerro en cerro quejándose de los malos tratamientos que les hacían».

Hay que notar que Cieza no fue un testigo ocular; por entonces estaba él entre los exploradores y conquistadores de Nueva Granada y Popayán, donde presenció hechos atroces, que posiblemente influyeron en su relato de los sucesos del Perú; esta narración fue compuesta a partir de informaciones de los que fueron actores en ella, y debe hacerse alguna concesión a la tendencia española a exagerar. La manera en la que crecen por repetición estas horrendas historias se ve confirmada por el hecho de que en una conocida traducción inglesa de Cieza la palabra «algunos» se omite en el trozo citado de la página 169, y la traducción queda así: «los españoles… les cortaban las cabezas», amplia afirmación que no autoriza el original. Asimismo, en otra cita que hemos hecho de la página 169, las palabras «y otros tan lastimados…», han quedado en dicha versión: «los otros tan lastimados…», lo cual es cosa muy distinta. Por otra parte, el mismo Cieza presenció la despoblación de que se lamenta, los edificios destruidos y los ríos, que habían regado haciendas, correr luego por solitarios valles; en esto es un testigo fidedigno.

Al juzgar a los españoles conviene recordar lo que Essex hizo en Irlanda una generación después, o los horrores que cayeron sobre la población civil alemana durante la guerra de los Treinta Años, en el siglo siguiente.

Expediciones a la montaña

Si los españoles no perdonaron a los indios, tampoco fueron indulgentes para sí mismos o los unos con los otros, sobre todo

en las expediciones fomentadas por Hernando para aligerar las dificultades que le acosaron en Cuzco después de su victoria de las Salinas. Sus propios soldados le reclamaban los premios de la victo ria, pidiendo recompensas a costa de los almagristas. Éstos, que abundaban en la ciudad, se resistieron profundamente, odiando a sus vencedores y ansiando la revancha. Hernando trató de librarse de estos descontentos concediendo licencia a tocio capitán que quisiera conducir una pa1tida de españoles y una multitud de indios en expediciones de «pacificación» o de nueva exploración y conquista. «Con lo cual hacía dos cosas: la una, remunerar sus amigos, y la otra, desterrar sus enemigos», dice su contemporáneo el historiador Zárate; Hernando ordenó a todos aquellos capitanes que no hicieran daño a los indios ni saquearan los pueblos ni se llevasen a las mujeres.

Cuatro capitanes fueron comisionados de esta forma a llevar sus compañías a diferentes regiones. Uno de ellos era el forzudo y simple fusilero griego Pedro de Candía, por entonces rico vecino de Cuzco, el cual, «no se acordando que en descubrimientos nunca dicen verdad ni dejan de mentir», dio crédito a la historia que le contó una muchacha india que le pertenecía, que al sureste de Cuzco existía un país llamado Ambaya, rico en oro y plata. Animado ante esta perspectiva, Pedro de Candía gastó cuanto tenía y más que pidió prestado para equipar una tropa de más de 300 españoles y multitud de indios; cruzaron las glaciales alturas de la cordillera oriental, la muy grandísima cordillera de los Andes, y halló el camino, que seguía tan malo que parecía verdaderamente infernal. Descendieron de allí y se hundieron en la selva empapada de lluvia, donde tenían que abrirse paso con hachas y cuchillos, haciendo al día no más de una legua. Faltaron las provisiones, y sus miembros, lacerados por las espinas, se hinchaban, mientras por ríos, pantanos y desiertos rocosos «comían de los caballos que morían y de las ovejas, que algunas les habían quedado… Anduvieron por aquellas montañas tres meses y pensaron todos ellos en ser muertos y no salir ninguno vivo… todos aborrecían ya a Pedro de Candía, pues por los dichos de una india había querido meterlos en aquel lugar, y pensaron y aun creyeron que Hernando Pizarra, industriosamente, porque todos muriesen, le había dado aquella em-

presa». Sin embargo, al cabo de unos tres meses regresaron por la selva y «pasaban muy grandísima necesidad de hambre… y salían muy flacos y algunos enfermos», pero sin la pérdida de ningún español; nada se dice de las bajas de los indios. Ésta fue la primera de una serie de expediciones —de algunas de las cuales no se conservan referencias o sólo mención de ellas— queandaban a la busca de ricas tierras que se suponían estaban al Este, esforzándose por cruzar la Montaña, la región que, cubierta de espesa selva, se extendía desde las estribaciones orientales de la cordillera.

Cuando Pedro de Candía se acercaba a Cuzco, de regreso, su maestre de campo, el mulato Mesa, fue detenido por Hernando Pizarra, bajo la acusación de conspirador, y ahorcado. Villagra, luego uno de los conquistadores de Chile, salvó la vida con dificultad, y el mando de los soldados de Pedro de Candía fue encomendado[2] a un capitán muy versado en cosas de la guerra, llamado Peranzures (o Pedro Anzures), «hombre muy bien quisto y que tenía respectos de caballero y era gracioso y muy liberal». Peranzures recibió el encargo de hacer una incursión en el país de los chunchos, bárbaros indios que habitaban la región forestal más allá de las montañas, al este de Cuzco. Oyendo los informes sobre aquellas gentes, «creyó de descubrir la tierra que está de la otra parte de la cordillera y de los Andes, que, según había noticia, era de gran poblado y… que hallarían mucho metal de plata y oro, que todos… pudiesen volver a España prósperos. Muchos caballeros y principales hombres… fueron a aquella jornada… y sacaron la flor de las indias hermosas, las cuales, pocas o ninguna, dejaron de quedar en la montaña muertas».

Partieron para las montañas orientales a fines de septiembre de 1538. Tras varias semanas de marcha «no tenían comida ninguna, ni otra cosa hallaban para sustentar sus personas que palmitos que sacaban de lo interior de unas palmas… y yerbas silvestres. Caían tan grandes aguaceros… que la ropa que tenían vestida se desmenuzaba; no obstante esto, cortando con las hachas abrían el camino… y con azadones hacían los pasos para que los caballos pudiesen pasar; y los ríos que hallaban rodeados de grandes céspedes los allanaban de tal manera que los ca-

ballos pudiesen pasar. La gente que llevaban de servicio no podían ya sustentarse y muchos de ellos se quedaban por los caminos muertos… y como la hambre creciese, los vivos comían a los muertos… muy gran dolor era de ver morir a tanta gente y entre ellos muchas hijas de señores principales de Cuzco y muchas señoras nobles incas». Algunos de los indígenas capturados en la selva les contaron —sin duda, deseando verlos perecer a todos ellos— queexistía un magnífico país, muy rico y de fácil terreno, a una distancia de veinticinco días de marcha al Este. Pero era imposible dar un paso más hacia adelante, y Peranzures emprendió la retirada, hallando otro camino de regreso lo mejor que pudo. «El ruido que el agua hacía entre aquellos espesos bosques era tanto, que unos a otros no se podían entender; el sol por ellos nunca jamás era visto, y había una oscuridad tan triste que verdaderamente parecía aquella tierra ser más para tormento que demonios que no para habitarla la gente humana… y como la hambre creciese… mataban para comer los caballos… las tripas e inmundicias no se fatigaban por mucho las lavar… algunos cristianos arrimados a aquellos árboles, diciendo: ¿hay, por ventura, quien un poco de maíz me quiera dar?, se quedaban muertos. Otros decían: ¿no fuéramos nosotros dignos… que nos viéramos hartos de pan que en España a los perros se acostumbra a dar?, diciendo esto se morían también.»

Cuando los supervivientes lograron arribar, unos seis meses después de su partida, al lugar de donde salieron, en el que les salió al encuentro un hermano de Peranzures con socorros y alimentos, «salieron tan desfigurados y descoloridos que aína no se conocieron… habíanse muerto 143 españoles y más de 4.000 indios e indias; y habíanse muerto y comido 220 caballos».

No tan desastrosa fue la expedición al Norte de Alonso de Alvarado, el cual, a pesar de su derrota en Abancay, fue empleado como el mejor de los capitanes de Pizarro. Alvarado hizo cumplir el buen trato a los indios, y en una ocasión dio una tunda a dos soldados que robaron provisiones; con esta estricta disciplina fue afirmando su caudillaje. Cuando más tarde algunos de sus hombres se quejaron de marchar por bosques y ríos interminables, «lo que proveyó fue mandar pregonar públicamente que los soldados que quisiesen seguir e ir con él a una

noticia cierta que tenía, que lo hiciesen; y a los que no, que él les daba licencia para que se pudiesen quedar… todos a una voz dijeron que le querían seguir».

Alonso de Alvarado fundó la ciudad de Chachapoyas, ahora capital de una provincia peruana, en el límite extremo del imperio incaico, 30 leguas al noroeste de Cajamarca. Teniendo noticias de ricos países más allá del río de Moyobamba, se internó por las montañas y envió 40 de infantería a explorar «una muy grandísima montaña muy áspera y por donde los caballos por ninguna manera podrían entrar»; esta partida marchó durante cuarenta días «sin comer carne ni pan, ni otra cosa que yuca y agua, que de ésta tenían tanta que les pesaba, así de la caída del cielo como de los muchos ríos que de continuo pasaban; y hallaban cosa ninguna que fuese buena, ni salían de montes, ni de ríos, ni de quebradas llenas de grandes céspedes y matorrales». Una noche tuvo un río una crecida tan grande, a causa de la lluvia, «que si allí nuestro Señor no hubiera criado unos árboles muy crecidos y espesos, en los cuales subieron, todos fueran ahogados». Sin acobardarse por estas noticias, el mismo Alvarado condujo 70 soldados por la selva y arribó al gran río Huallaga, que corre hacia el Norte para desembocar en el Marañón (el Amazonas superior). «Tenía gran noticia que de la otra parte del río, andadas quince jornadas y pasada una gran montaña que había, se allegaba a una tierra llana, a donde decían estar un gran lago, a las riberas del cual afirmaban que estaba un orejón del linaje de los Incas, llamado Ancallas, y que, sin este Señor, había otros muy grandes y ricos», fábula que parece ser una versión de la leyenda, más elaborada, de El Dorado. Alvarado sólo encontró bosques y ríos, pero «tenía por cierto, pasada la montaña que tenía por delante, daría en buena tierra con que todos fuesen remediados. Viéndose obligado a regresar por un levantamiento indio en su ciudad recién fundada de Chachapoyas, dejó Alvarado a su hermano el encargo de construir una lancha y atravesar el río; esto hicieron y probaron por muchas partes atravesar las montañas y sierras tan grandes que había por delante, y no podían ni hallaban camino ni manera para pasar… Es aquella tierra de Moyobamba malsana y que en ella llueve lo más del año y llena de grandes boscosidades, de

grandes sierras y de montañas, muchos ríos grandes y pequeños». Fue abandonado el proyecto de penetrar la montaña, pero quedó la ciudad de Chachapoyas, y el poder español avanzó tan lejos como el dominio incaico había prevalecido.

Otra expedición bajo el mando de Mercadillo trató de penetrar en las selvas orientales, al sur del camino seguido por Alvarado. Pero el jefe se mostró en este caso desagradable y obstinado. Como insistiera, contra la opinión de toda la compañía, en avanzar en la selva, sus propios capitanes le detuvieron y lo encadenaron. «Hicieron contra él un proceso de los juramentos que había hecho, y de otras cosas tocantes a la Santa Inquisición, y se volvieron a Jauja.»

De este modo los bosques, montañas, ríos y pantanos, que se habían resistido a la constante presión expansiva del imperio incaico, frustraron también el empuje de los españoles para descubrir los supuestos secretos de la mayor selva del mundo y encontrar riqueza, fertilidad y poderío en el corazón del Continente. En el siglo siguiente, misioneros cristianos de las Órdenes religiosas, principalmente jesuitas, atravesaron los bosques y se embarcaron en las corrientes para llegar hasta las tribus de la selva y el río por medios distintos y con otros fines. Estas primeras expediciones no se han contado aquí brevemente por ningún importante motivo histórico, sino porque caen dentro del período que abarca este libro, y ya que se conservan de ellas evocadores relatos, pueden servir como ejemplos de las innumerables expediciones españolas que cruzaron en todas direcciones las tierras desconocidas de ambos Continentes americanos.

Estos viajes por los Andes orientales no pueden compararse en extensión con la marcha de Cortés a través del Yucatán o la expedición de Almagro a Chile, o la de Gonzalo Pizarra al Valle de la Canela, o con la que realizó De Soto por las selvas del Mississipí, pero no es desacertado bosquejar las andanzas de estos caballeros preisabelinos, que nada sabían acerca de los pertrechos adecuados para andar por los trópicos, y con invencible intrepidez marcharon igual por heladas alturas que por espesísimas selvas tórridas, conduciendo sus caballos, y cubiertos, algunos de ellos al menos, con cotas de malla.

[1] Pedro Cieza de León: *La crónica del Perú,* Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[2] Pedro de Candía, resentido por este desaire, se volvió contra los Pizarras y, a consecuencia de ello, terminó violentamente sus días, como veremos en el capítulo XXII.

XVII.
COLONIZACIÓN

Pizarra salió de Lima para Cuzco en cuanto tuvo noticias de la victoria de las Salinas, pero se detuvo dos meses en Jauja por las perturbaciones que habían surgido en el país, aunque quizá también le hiciera permanecer allí su deseo de quitarse de encima toda directa responsabilidad en la suerte de Almagro. Le visitó en Jauja el joven hijo mestizo de Almagro, Diego, que se dirigía a Lima con una escolta, descrito por uno que le conoció como un muchacho alto y de buena presencia, hábil jinete y bien educado, que se parecía más a su padre que a su madre india, pero de tez oscura y casi imberbe. Pizarro acogió afectuosamente al joven Almagro, le aseguró que a su padre no le pasaría nada, y prometió recibir al muchacho como a hijo propio en su casa de Lima.

De camino para Cuzco, en julio de 1538, supo Pizarro que Almagro había muerto. Se mostró convenientemente emocionado; pero en un país en que los corredores indios llevaban las noticias con pasmosa rapidez y donde los rumores se transmitían como por arte de magia (lo que los españoles atribuyeron a veces a satánicos oráculos), su previa ignorancia del hecho debió de ser calculada, y el hecho de no haber consultado Hernando con su hermano fue, seguramente, alguna maniobra política. Está claro que el deber del gobernador era estar informado de cuanto ocurriera en la capital de sus dominios. Sin embargo, es justo que añadamos que Hernando dejó ver abiertamente un desagradecido desprecio por su iletrado hermanastro de cuna humilde, y el Marqués no parece haberse hallado a gusto cuando tenía que tratar con Hernando, al cual mandó por dos veces a España con misiones.

El Marqués hizo un viaje oficial a Cuzco, vestido con el rico traje que le había enviado el conquistador de Nueva España. Sus hermanos estaban ausentes; habían marchado al Sur, pues todos los hombres eran pocos para sofocar las insurrecciones en la región que rodeaba el lago Titicaca y en la provincia de Charcas, más meridional, regiones que habían permanecido en paz durante el dominio inca y habían sido cruzadas tranquilamente

por la expedición chilena de Almagro, y que ahora se habían levantado en armas. Un país tan amplio e intransitable, gran parte de él a 12.000 pies sobre el nivel del mar, daba mucho que hacer, y Hernando, que siguió a su hermano Gonzalo para lograr oro y plata que poder transportar a España, tuvo primero que ayudarle a reconquistar el territorio. Pero el trabajo ya estaba hecho, y Gonzalo, gobernador de Charcas por espacio de algunos meses, recibió una importante encomienda de esclavos indios y dejó al mando a Diego de Rojas, el cual había de hacerse famoso luego en la conquista del Sur. Con objeto de asegurar el dominio español, se fundó la ciudad de La Plata[1] (ahora Sucre), llamada así por las ricas minas de Plata de los alrededores (1539). Dicho nombre no tiene nada que ver con el Río de la Plata.

Por espacio de casi dos años 0538-1540) el Marqués estableció en Cuzco su cuartel general, esforzándose por restaurar la paz en el país. Consiguió algún adelanto en las provincias meridionales recientemente conquistadas o reconquistadas, visitando tanto las colonias españolas como los pueblos indios. Más apremiantes eran las correrías del inca Manco, quien, según relatos españoles, empalaba a sus prisioneros blancos y cortaba las manos y la nariz a cuantos auxiliares indígenas podía capturar. Pizarra trató de entablar negociaciones, bien recibidas, en apariencia, por Manco; pero dos criados negros, portadores de ricos presentes al inca de parte del Marqués, fueron asesinados, así como sus acompañantes indios, por los hombres de Manco. Pizarra tomó una salvaje venganza. Tenía en su poder una esposa favorita de Manco; la desnudaron, la ataron a un árbol y los guardianes de Cañari la azotaron y la mataron a flechazos. Esta vejación tiene un exacto paralelo, si exceptuamos los detalles crueles, en la guerra carlista de 1833-1839, con la diferencia de que en este último caso, la víctima fue una señora española (la madre del jefe carlista Cabrera), matada por los isabelinos. Pizarra mandó entonces a su hermano Gonzalo, que acababa de reconquistar Charcas, contra el inca.

Tras dos meses de indecisa lucha contra las fuerzas de Manco, entre rocas y despeñaderos, se acordó afirmar la posesión del país fundando una ciudad en Guamanga (hoy Ayacucho), a la

mitad del camino entre Cuzco y Lima. Veinticuatro vecinos se establecieron allí con una guarnición de 40 soldados; pero, como en casos semejantes, esta pequeña comunidad recibió todos los privilegios de una *república*, con jurisdicción sobre un extenso distrito que abarcaba desde Lima, por un lado, hasta Cuzco, por el otro. Hay que añadir que el grado de autoridad ejercida por los cabildos en estas ciudades dependía mucho del delegado del gobernador (llamado a veces, por conveniencia, gobernador), el cual poseía el mando militar en el distrito municipal y tenía derecho a presidir el cabildo.

Por la misma época (fines de 1539 o principios de 1540), Pizarra fundó o volvió a fundar la ciudad de Arequipa en una hermosa y fértil comarca, que se elevaba unos 7.000 pies sobre el nivel del mar, a unas 60 leguas al suroeste de Cuzco y accesible desde un puerto de la costa pacífica. Confió a varios capitanes las provincias más remotas, con la tarea de ampliar las fronteras de lo ya conquistado y de fundar nuevas colonias, labor facilitada por la frecuente llegada de reclutas de España, atraídos por la ambición de gloria y riquezas. Pedro de Valdivia, maestre de Campo en la batalla de Las Salinas, fue encargado de la conquista de Chile, prolongada empresa que requiere relato aparte. Los hermanos de Pizarro no fueron olvidados: Gonzalo fue nombrado gobernador de Quito; Hernando marchó a España con una misión que debemos contar aquí.

Hernando, que había reunido suficientes riquezas en Cuzco y las había transportado por 125 leguas montañosas a Lima y El Callao, se embarcó para España. Antes de partir advirtió a su hermano que no se fiara de los hombres de Chile y que nunca permitiera que se reunieran diez de ellos, consejo del que el Marqués hizo negligentemente caso omiso. Hernando evitó el camino recto por el istmo, no fuera que la Audiencia de Panamá, que se arrogaba autoridad judicial sobre todas las regiones recién conquistadas, le detuviera para investigar sobre la muerte de Almagro. Por tanto, hizo un largo y tortuoso viaje por Tehuantepec y Nueva España, donde el virrey Mendoza, diciendo, tras corta deliberación, que no tenía autoridad para detener al viajero y su rico convoy, le permitió pasar a través del país y embarcar para España. Pero los amigos de Almagro se le habían

anticipado en la corte, acusándole no sólo de la muerte del adelantado, sino también de haber sido causante de largas guerras, insurrecciones fatales y de la muerte de muchos españoles al poner en libertad al inca Manco. Uno de los almagristas le retó en a un duelo a muerte, pero murió repentinamente el día en que éste iba a tener lugar.

Hernando, portador de un magnífico tesoro, fue al principio cordialmente recibido, pero pronto lo arrestaron en su propia casa de Madrid. Luego lo encerraron en el macizo castillo de La Mota, en Medina del Campo, tratado a veces con dureza, «no viendo el sol ni la luna»; otras veces con una considerable benevolencia, puesto que se le permitió contraer matrimonio con su sobrina, hija de su hermano Francisco y una princesa india, hija a su vez de Huayna Capac. Veintidós años permaneció encarcelado. Obtuvo la libertad y vivió hasta una edad muy avanzada —se decía que cien años—, uno de los pocos supervivientes de escenas tan extraordinarias y sensacionales como no pueden encontrarse en la historia universal. Su participación en aquellos hechos no fue olvidad a, puesto que su nieto, que unía en su sangre la de los conquistadores españoles con el linaje imperial de los monarcas incas, fue ennoblecido con el título de marqués de la Conquista.

Vaca de Castro

Pero las rebeliones del Perú y la muerte de Almagro necesitaban, sin duda, que se tomaran otras medidas, además de la detención del culpable. De aquí que el emperador designara a Vaca de Castro, abogado que desempeñaba en España un alto cargo, como presidente de la Audiencia de Panamá, con órdenes de pasar desde allí al Perú e investigar sobre los recientes sucesos. También llevó allá una orden secreta del emperador, que le nombraba gobernador del Perú, en caso de morir Pizarro. Vaca de Castro llegó a Panamá en enero de 1541, y, después de presidir allí la Audiencia durante tres meses, se embarcó en marzo para el Perú. Si hubiera desembarcado en El Callao, su llegada podría haber provocado grandes desastres; pero, arrastrado en el Pacífico por violentas tempestades y por la impericia de los pilotos, decidió atolondradamente, sólo realizado un tercio del viaje, anclar frente a Buenaventura, colonia costanera, consis-

tente en unas cuantas cabañas, y emprender desde allí el viaje por tierra. Caminando por senderos indios, fue desde el desembarcadero de Buenaventura hasta la región andina más inhospitalaria y peligrosa, en la que murieron varios de sus compañeros; no llegó a Popayán hasta agosto de 1541, cinco meses cumplidos desde su salida de Panamá y dos años después de la muerte de Almagro.

Hombre de estudios habituado a la vida sedentaria, llegó enfermo y exhausto por fatigas que hubieran vencido al más fuerte, para encontrarse luego con mayores pruebas, pues habían ocurrido en aquellos dos años cosas muy extrañas. Podemos notar que Vaca de Castro se mostró muy español en no llevar los asuntos deprisa; pero, por otra parte, la cauta astucia y la penetración en los caracteres que guiaron su posterior manejo de los asuntos le señalan como un letrado de experiencia.

[1] En este punto está confusa la nomenclatura. El nombre indígena de la ciudad, usado a menudo por los españoles, era Chuquisaca. La Audiencia que se estableció en la ciudad veinticinco años más tarde se conocía habitualmente como la Audiencia de Charcas. En los siguientes capítulos de este libro llamaremos a esta ciudad Chuquisaca, para evitar confusiones.

XVIII.
QUITO Y POPAYÁN

Los conquistadores del imperio incaico nunca descansaron, pues cualquier capitán emprendedor con algunas veintenas de hombres se creía capaz de ganar otro Perú.

Antes de que sus primeras conquistas se hubieran asegurado con el establecimiento de pequeños grupos de colonos en pueblos muy espaciados, estaban pasando el Ecuador con sus armas, penetrando en la zona templada por el litoral pacífico de Chile al Sur y, a través de las llanuras del Río de Plata, al Sureste, mientras que sucesivas entradas iban agotándolos en la travesía de las montañas orientales y en penetrar los secretos de las selvas situadas más allá.

La conquista española del reino de Quito fue el primero de esos movimientos, conquista que se emprendió inmediatamente después de los primeros éxitos obtenidos en el Perú y, por tanto, simultánea casi con la empresa peruana; de ella hemos hablado incidentalmente en los capítulos IX y XIII, pero es necesario que nos volvamos a ocupar, siquiera sea brevemente, de estos sucesos[*]. El reino ecuatorial de Quito (ahora Ecuador) difiere en su cadcter de las tierras peruanas del Sur. La gran carretera montañosa de los incas pasaba al norte de Cajamarca, por Tumebamba, hasta Quito (ciudad colocada casi sobre el Ecuador), atravesando en su parte septentrional una meseta o más bien un valle de unas 30 millas de ancho, cercado por la famosa «Avenida de Volcanes», más de 20 picos enfrentados en dos filas, muchos de ellos elevándose mucho más arriba del nivel de las nieves; el gigantesco Chimborazo (20.500 pies) y la cumbre cónica del Cotopaxi (19.600 pies), irguiéndose entre los otros picos más bajos. El contraste entre el clima templado de las altiplanicies, las glaciales montañas y el litoral es más acusado que en el Perú, pues la estrecha y seca tira costeña del Perú se convierte aquí en una vasta región litoral cubierta en gran parte (con algunos trozos áridos) de vaporosas selvas tropicales con numerosos pantanos y ríos tortuosos. Así, el viaje desde las zonas templadas y el rarificado aire de Quito al aire más denso y los pantanosos alrededores de Guayaquil —higienizados sólo en

nuestros días— constituían para el viajero mayor peligro que en el Perú y era fatal para casi todos los indígenas que se veían forzados a hacer aquel viaje.

En octubre de 1533, un mes después de entrar Pizarro en Cuzco, Belalcázar, comandante de San Miguel, fue invitado por emisarios de la tribu cañari a libertarlos de la tiranía de Rumiñavi, y viendo sus gentes aumentadas por refuerzos llegados de Panamá y Nicaragua, partió para la conquista de Quito con 200 de infantería y 80 de caballería, además de la acostumbrada multitud de servidores indios. Su empresa difiere de las otras en que desde el principio se encontró frente a la resistencia organizada de un experto general, Rumiñavi, jefe de un ejército de soldados regulares indígenas; y aunque Rumiñavi no tuvo nunca más de 12.000 hombres (según el exagerado cálculo español) a su disposición, eran más temibles que las incontables hordas que salieron al encuentro de los españoles en las demás partes. Los españoles recibieron mucha ayuda de algunos de los habitantes, no sólo de los cañaris, sino también de un cacique llamado Cachulima, señor de un grupo de pueblos alrededor de Riobamba, que se levantó contra Rumiñavi y ayudó a los españoles. Cachulima se bautizó, tomó nombre español y, habiendo sido atendida una petición de Belalcázar a Carlos V, se le eximió de pagar tributos y fue confirmado en su señorío, en el que él y sus descendientes dominaron durante siglo y medio.

Rumiñavi demostró ser hábil en estrategia, pero sus planes se frustraban debido al gran número de espías y guías cañaris, que conducían a los españoles por atajos, burlando las trampas tendidas para los caballos. Sin embargo, los españoles tuvieron que padecer mucho en tres batallas, en la tercera de las cuales no resultaron, por cierto, vencedores, y después de la lucha quedaron en inminente peligro, esperando un nuevo ataque al amanecer. Una terrorífica erupción del Cotopaxi, aquella misma noche, los salvó, sembrando el pánico en el enemigo, el cual tomó la erupción por el cumplimiento de una de las profecías de desastres que resultaban tan útiles para los españoles, tanto en Nueva España como en los Andes. Finalmente, en una campaña de unos tres o cuatro meses, los caballos, arcabuces y facultades bélicas de los invasores eran demasiado para Rumiñavi, que huyó

a un distante refugio en la montaña, incendiando la capital en su retirada y, según informes españoles, se llevó consigo muchas riquezas luego de haber enterrado el resto.

Belalcázar entró en la arruinada ciudad a fines de 1533, pero instaló provisionalmente el gobierno en Riobamba, lugar rodeado de indios amigos. El Domingo de Pentecostés de 1534, ocho meses después de su llegada al país, hizo su entrada triunfal en Quito, que había sido rápidamente restaurada —en parte, por lo menos— a la manera española por trabajadores indios.

Dos meses más tarde, tras ponerse con sus tropas bajo el mando de Almagro, tomó parte en el dramático episodio referido en el capítulo IV, por el cual vio frustrado el gobernador de Guatemala su designio sobre Quito. Almagro y Alvarado salieron juntos al encuentro de Pizarro en Pachacamac, y Belalcázar permaneció de gobernador delegado bajo la autoridad de Pizarro para completar la conquista del reino de Quito.

Como había entrado en el país en plan de libertador, Belalcázar se comportó al principio con moderación, pero demostró ser un libertador muy especial, pues su segundo, Ampudia, se empeñó en una desesperada búsqueda de un indescubrible y quizá inexistente tesoro de Atahualpa, empleando para ello la tortura, quemando vivos a los nativos y forzándolos al trabajo anormal de destruir sepulturas y palacios para averiguar dónde se hallaban posibles escondrijos. Luego fueron obligados por Rumiñavi y el propio Ampudia a reconstruir lo que habían destruido. Además, la moderación de Belalcázar fue de corta duración. «Mató a muchos en Quito», dice el historiador con significativa brevedad. Un fraile que acompañó a Belalcázar, fray Marcos de Niza, después de haber protestado en vano contra aquellas atrocidades, abandonó Quito asqueado, regresó a Nueva España y luego escribió una *Historia de la conquista de Quito*, en la que denunció los excesos cometidos o permitidos por Belalcázar; su libro puede ser hoy conocido solamente por las citas que hace de él Velasco en su *Historia de Quito*, publicada en 1789.

Es evidente que la organización incaica no era aún completa o uniforme en el reino de Quito, pues hubo que emplear varios meses en la sumisión fragmentaria de tribus muy diversas en sus

costumbres y carácter, antes de que la salida al mar estuviera asegurada con la fundación de la ciudad y el puerto de Guayaquil, con el nombramiento de alcaldes y regidores y de un delegado del gobernador, un individuo de media edad, y no muy activo, llamado Daza. Otra ciudad marítima más septentrional, Puerto Viejo, quedó establecida tras una disputa entre los fundadores rivales, que fue cortada por Pizarro, cuya autoridad superior, a pesar de lo lejos que estaba, era reconocida en todo el territorio de Quito.

La historia de Guayaquil ilustra las vicisitudes de la conquista y en parte también las causas de estas vicisitudes: los nativos se sublevaron y exterminaron a estos ciudadanos, que les tomaban sus mujeres y sus bienes, y logró escapar tan sólo el jefe Daza y cinco más. Mucho trabajo costó a Belalcázar restablecer la colonia, y sólo pudo conseguirlo, según un probable informe, haciendo que los nuevos colonos fueran acompañados por mujeres cristianas. Por segunda vez se vio desierto el lugar, debido a que todos los hombres disponibles en el Sur tuvieron que acudir a sofocar la rebelión del inca Manco. Cuando pasó aquella perturbación, el mismo Pizarro envió a Francisco de Orellana —cuyo nombre había de hacerse famoso— para que fuera el tercer fundador de Guayaquil, en 1537.

Por entonces, Belalcázar —dejando un sustituto en Quito y llevando consigo muchos españoles, que a duras penas pudieron salvarse, y miles de indios, de los que ninguno regresó jamás— había partido en una expedición conquistadora independiente hacia más allá de los límites septentrionales del imperio inca, al país de Popayán, que ahora forma la parte meridional de la República de Colombia. Aquí los Andes se extienden hacia el Norte en tres grandes cadenas montañosas, entre las cuales corren las corrientes paralelas de dos grandes ríos, el Cauca y el Magdalena, para unirse finalmente en su curso septentrional y desembocar en el mar Caribe. La dificultad de los viajes en esta región era extraordinaria; lo difícil del acceso, desde la costa del Pacífico, puede deducirse de una frase de Andogoya, que tomó esa ruta un año después: «El país es tan abrupto, que muchos perros hay que no pueden seguir con los hombres y se vuelven al mar». Por un movimiento que pareció desafiar las le-

yes geográficas, el ímpetu asombroso de la empresa peruana, que había marchado al remoto y desconocido Sur, volvía, por decirlo así, por sus mismas huellas y se habría paso hacia el Norte por tierras que hubieran parecido más accesibles desde las playas hacía tiempo descubiertas por Colón y sus sucesores.

La región conocida por el nombre del cacique Popayán, que rigió un territorio más dilatado que sus vecinos, fue respetada por el poder incaico y carecía de organización, ciudades y carreteras, pero contenía oro. Las tribus, muy adictas al canibalismo y a las luchas civiles, viviendo independientes en valles aislados, bajo jefezuelos, no podían ofrecer resistencia a los jinetes, arcabuceros, arqueros y jaurías de perros salvajes. Cuando los intrusos, sus caballos y sus cerdos consumieron los cereales, desperdiciando y echando a perder lo que no usaban, los espantados habitantes dejaron de labrar la tierra, y el resultado fue el hambre, el canibalismo de la peor especie y la peste destructora. El avance conquistador o devastador de Belalcázar al Norte queda marcado con la fundación de la ciudad de Popayán en 1536, y algo después (en 1537), la ciudad de Cali, situada a 22 leguas aún más al Norte, en una fértil y hermosa parte del valle de Cauca. Tras dejar representantes en estos lugares, el propio Belalcázar, con 200 de a pie, 100 de a caballo y una multitud de indios de ambos sexos, se dirigió al Nordeste, pues había recibido noticias —auténticas esta vez— de que podría así llegar a la ciudad de un gran rey rico en metales preciosos, gobernante de un pueblo organizado.

Ya antes de marchar para su nueva empresa dejó Belalcázar de mandar informes a Lima o se limitó a enviar desorientadoras apologías. Evidentemente, se estaba aprovechando de las guerras civiles y con los indios que estallaban en el Perú, para desligarse de la fidelidad a Pizarro y conseguir un gobierno independiente para sí. Pizarro, ocupado por completo en su disputa con Almagro —era a fines de 1537—, encargó a Lorenzo de Aldana, el hidalgo que hemos citado anteriormente, confiando en su antigua lealtad y celo, que fuera a Quito, procurase remediar la tiranía allí ejercida y la despoblación creciente, y trajese a Belalcázar detenido a Lima.

Aldana cumplió fielmente el encargo y con notable éxito además. La autoridad que le había sido conferida por el Marqués fue reconocida por los delegados que había dejado Belalcázar en su lugar, y éstos fueron confirmados en sus puestos. Puso un poco de orden en los asuntos administrativos de Quito y tomó las medidas necesarias para la protección de los nativos. Luego avanzó despacio, en dirección Norte, hacia la provincia de Popayán, reduciendo los caciques a la obediencia, pues se habían sublevado, consiguiendo esta sumisión principalmente por medios pacíficos e inculcando la idea de lo insensato que sería intentar resistir. Hizo que cargadores indios trajeran maíz desde las fértiles tierras de Cali, a las que el hambre no había llegado, para aliviar la angustiosa situación de los habitantes de Popayán, ganándose así las bendiciones, tanto de los españoles como de los nativos.

En Cali ocurrió un notable incidente. Algunos de los hombres de Aldana, que marchaban por los alrededores de la ciudad, quedaron sorprendidos de oír unas exclamaciones en su propia lengua y ver acercárseles un grupo de individuos con barba crecida. Eran de una partida que había salido de Cartagena un año antes —345 eran entonces—; atravesaron montañas y selvas, lucharon con tribus salvajes y tuvieron 92 bajas, además de muchos caballos, negros e indios de ambos sexos. Ahora encontraban inesperadamente alimentos, descanso y una cariñosa acogida en una colonia de sus compatriotas. Todos los recién venidos se sumaron a las fuerzas de Aldana, abandonando a su propio capitán, el licenciado Vadillo. Uno de ellos era el historiador Cieza de León, que ha dejado un vívido relato de aquellos acontecimientos[1], y hace notar que ésta fue la primera expedición que se abrió paso (distinto al istmo, se entiende) desde el Atlántico al mar del Sur.

Era un deber de cada jefe en aquellos primeros días de la conquista extender la ocupación y poblar. De aquí que, además de encargar a varios capitanes la dura tarea de explorar las húmedas selvas de la región pacífica litoral (el Choco) y el país montañoso a ambas orillas del Cauca, confiase Aldana a Jorge Robledo, experto capitán, el dirigirse al Norte con 100 hombres para fundar una ciudad y ganar la comarca. Robledo supo justi-

ficar esta elección y merece un lugar destacado entre los conquistadores españoles por su actividad en este distante ramal de la conquista peruana. Por su destreza, valor, liberalidad y agradables maneras, ganóse la lealtad de los suyos, uno de los cuales, Cieza de León, relató sus hazañas en una emocionante narración de aventuras entre tribus guerreras caníbales, todas ellas poseedoras de oro. Algunas tribus lucharon contra los españoles atrincherados en sus precipicios y bosques; otras recibieron con satisfacción la ayuda que les llevaban estos poderosos extranjeros atacando a tribus enemigas, victorias que significaban matanzas a mansalva de unos indígenas a manos de otros para proveer luego banquetes y almacenes de víveres, siendo las víctimas favoritas los niños, lo cual horrorizaba a los cristianos, que protestaron en vano de aquellos procedimientos empleados por sus aliados indios.

Se fundaron dos ciudades, Anzerma y (unos meses más tarde) Cartago, 40 leguas al norte de Cali, en el corazón de la actual República de Colombia, adelanto importante que marca el límite septentrional extremo de la conquista peruana, pues aquí, por segunda vez, se admiraron los españoles de encontrarse con hombres blancos procedentes de Cartagena y del Norte, que venían persiguiendo a Vadillo y que ahora se ponían a las órdenes de Robledo.

Las tribus comarcanas de la nueva ciudad de Anzerma fueron, en apariencia, pacificadas «aunque primero se hicieron algunos castigos, cortando manos y narices ». Pero la obediencia era dudosa, y Cieza (como Balboa y Cortés en anteriores ocasiones) fue avisado por una muchacha india de que los caciques vecinos trataban de atacar la ciudad mientras Robledo estaba ausente en viaje de inspección: «Una india que yo tenía me contó en gran secreto el movimiento de los bárbaros… y todos armados estábamos de noche y de día aguardando a los enemigos, los cuales… después de habernos dado algunas malas noches, deshicieron la junta y cada uno se fue a su tierra».

Robledo condujo sus fuerzas al Norte, entre tribus de nombres extraños y raras costumbres, y decidió ganárselas por la persuasión, a ser posible, y si no, por la fuerza. En un lugar, los nativos «acordaron, por no verse heridos con las espadas y des-

pedazados con los perros, de acogerlos en sus provincias y proveerles de bastimentos», y les trajeron regalos en oro. En otra parte hubo batallas, después de las cuales cada español que caía prisionero era, a menos que lo mataran al momento, empalado o torturado hasta hacerlo morir, y luego devorado. En una región, todas las tribus, como en un fantástico cuento de hadas, vivían amedrentadas por otra más feroz y formidable, los pozos, y por consiguiente recibieron con los brazos abiertos la ayuda española contra estos terribles enemigos. El capitán Robledo fue herido gravemente por los pozos, y dos de sus oficiales decidieron vengarlo. «Los de Carrapa y Picara estaban alegres en ver que sus temidos enemigos estuviesen en tanta calamidad, que los valientes españoles aderezasen con tanta voluntad para los matar; todos ellos llevaban cordeles recios, para atar a los que prendiesen.» Un millar de pozos, hombres, mujeres y muchos niños, se refugiaron en una elevada roca donde tenían buena provisión de víveres; sus enemigos indios rodearon la base de la roca, mientras que los españoles, avanzando más, soltaron los perros, «los cuales -dice Ciezaeran tan fieros, que a dos bocados que daban con sus crueles dientes, abrían a los pobres hasta las entrañas; que no era pequeño dolor ver que, por haberse puesto en armas por defender su tierra a los que venían a se la quitar, los tratasen de aquella manera, y los muchachos muy tiernos, espantados de ver el estruendo, andando de una parte para otra huyendo, eran hechos pedazos por los perros… y escapando de aquel peligro se veían en otro mayor, en poder de los indios vecinos, los de Carrapa y Picara; que ni dejaban mujer fea ni hermosa, moza ni vieja que no matasen; y los niños los tomaban por los pies y daban con las cabezas en las peñas, y de pronto, como dragones, se los comían a bocados, crudos; a los más de los hombres que tomaron los mataron; y a otros, atándoles las manos fuertemente, los llevaban». Cieza añade que puede creerse que fue un castigo merecido el que dos oficiales españoles fueran asesinados y comidos por los indígenas en este mismo distrito.

Pero Aldana no podía cumplir una parte de su misión: detener a Belalcázar. Éste se hallaba fuera de su alcance o, quizá, se le permitiera alejarse. Belalcázar, ansioso de emular las proezas

de Cortés y Pizarro, marchaba hacia Bogotá. Viajaba despacio —ya que llevaba en su expedición una gran manada de cerdos —, abriéndose camino a través de las enormes alturas desconocidas de la cordillera central, penetrando en densas selvas vírgenes, buscando víveres a su paso y luchando a menudo con indios hostiles, entre ellos los de una tribu que usaba flechas envenenadas, fatales para aquellos a quienes herían.

Comenzaba el otoño de 1539 cuando entró en el fértil valle de Neiva, en el Magdalena superior, donde hizo un prolongado alto para que sus gentes descansaran y con objeto de escoger un sitio donde construir más tarde una ciudad. Allí supo con pena que otros españoles estaban en las cercanías. Avanzando poco a poco hacia el objeto de sus deseos —que ahora distaba sólo 45 leguas—, se encontró unos días después con una partida de compatriotas suyos, armados solamente con lanzas y espadas muy usadas; los dirigía Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquistador de Bogotá. El resto de esta historia se cuenta en el capítulo XXV, cómo se encontraron en Bogotá tres capitantes españoles rivales y quedaron en llevar a España su litigio. Belalcázar presentó su petición al monarca, y logró que le nombrase gobernador, pero no de Bogotá —como esperaba—, sino de Popayán, la provincia que había sido conquistada por él y que constituía ahora gobierno aparte.

Lo que le sucedió después puede referirse brevemente. Después de haber disfrutado Belalcázar por unos cuantos años de su gobierno de Popayán, Robledo, obrando por orden superior, traspasó los límites de la jurisdicción de Belalcázar, y éste, sintiéndose vejado, hizo que asesinaran traicioneramente a Robledo. Por este crimen fue condenado a muerte por el juez enviado especialmente para instruir esta causa (juez de residencia). Belalcázar recurrió contra esta sentencia y murió en Cartagena de Indias a una edad avanzada, cuando iba a embarcar para España, donde se había de ver el proceso.

Aldana regresó desde Cali y Popayán a Quito y a finales de 1540, entregó el mando de aquel reino a Gonzalo Pizarro, después de llevar a cabo una profunda transformación en aquel gobierno por espacio de dos años.

[*] Cfr. mapa n. 9.

[1] Pedro Cieza de León: *La crónica del Perú*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

XIX.
EL PAÍS DE LA CANELA Y EL RÍO AMAZONAS

> Las primeras expediciones al gran valle del río Amazonas son, quizá, los más románticos episodios de la historia de la conquista española.
>
> C. R. MARKHAM

> Las vertientes amazónicas del Ecuador no se prestan al desarrollo de las tribus y la prosperidad salvaje por su exuberante vegetación, su clima extremadamente húmedo y sofocante, las plagas de insectos y las enormes bandadas de murciélagos.
>
> G. E. CHURCH

> La primera de las que pueden llamarse expediciones gigantescas.
>
> V. T. HARLOW

Esta última cita justifica la inserción aquí de un relato que se aparta del tema central. La expedición de Gonzalo Pizarra enviada a las selvas ecuatoriales ocupa un lugar prominente en la atención de los historiadores españoles, forma parte de la biografía de un famoso conquistador e ilustra el carácter general que tuvo la exploración española. Es también una de las pocas expediciones que han sido descritas por el mismo que las dirigió. Además, las circunstancias en las cuales se realizó el viaje de Orellana, Amazonas abajo, hacen de este relato una cuestión de justicia histórica.

En 1539, Pizarra, esperando colocar a su hermano en un cargo permanente de categoría y provecho, nombró a Gonzalo gobernador del reino de Quito, con orden de llevar al Este una expedición al País de la Canela y al de El Dorado. Los españoles habían encontrado en los bosques del este de Quito un árbol con hojas y capullos que, según se decía, abundaban en las selvas del interior, y con ello surgieron vehementes esperanzas de abrir un comercio de especias del todo español e independiente de las Molucas. Pero más atractivos tenía la noticia que les llegó de que sobraba el oro en algún lugar más allá de las selvas. El propio Gonzalo informó al rey de que sus objetivos eran «la Provincia de la Canela y el Lago de El Dorado». El origen de esta leyenda lo comenta. V. T. Harlow en su edición del *Descubrimiento de Guiana*, de Raleigh (Argonaut Press, 1923). El padre Simón, historiador del Continente español, dice que el inventor

de la denominación El Dorado, típicamente española dentro de los calificativos que se solían aplicar a los reyes españoles, el Sabio, el Bravo, el Emplazado, el Cruel, el Impotente, etc., fue Belalcázar, hombre de bastante ingenio. Un indio de Bogotá contó a él y a los suyos la existencia de un rey que, una vez al año, después que lo untaban con goma y lo espolvoreaban con polvo de oro, era conducido por su séquito de nobles a una isla en una laguna, en la que se zambullía como una estatua de oro viviente, mientras que la multitud expectante celebraba en las orillas esta ceremonia de sacrificio solemne con música y cánticos.

Oviedo, que habló luego con muchos miembros de la expedición de Gonzalo, dice: «Gonzalo Pizarra determinó de ir a buscar la canela y a un gran Príncipe que llaman el Dorado… lo que de esto han entendido los españoles de los indios es que aquel gran señor continuamente anda cubierto de oro molido y tan menudo como sal…, pero lo que se pone por la mañana se lo quita y lava en la noche y se echa y pierde por tierra; y esto lo hace todos los días del mundo… como anda de tal forma vestido o cubierto… no se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición, de que él mucho se precia… Yo querría más la escobilla de la cámara deste príncipe que no la de las funciones grandes que de oro ha habido en el Perú o que puede haber en ninguna parte del mundo». Las burlas de Oviedo no eran compartidas por los demás, sino que prestaban ávidos oídos a los exploradores de la selva, que traían cuentos indios de grandes provincias en un país llano, cuyos habitantes eran poseedores de inmensas riquezas, pues todos ellos andaban adornados con oro y joyas, y no había allí selvas y montañas.

Gonzalo Pizarro, tras enconada lucha con indios insurrectos en su camino a Cuzco, fue recibido en Quito como gobernador en diciembre de 1540. Se fueron tres meses en arreglar los asuntos de aquel reino, en enviar socorros a los escasos puestos españoles y en preparativos para la expedición que iba en busca de un Perú más rico al otro lado de las montañas orientales, preparativos que le impo1taron —esto dice al rey— 50.000 castellanos, en gran parte prestados. En los últimos días de febrero de 1541 partió una avanzada en dirección Este. Poco después —

habiendo dejado un suplente en la capital y despachado órdenes a Orellana para que saliera de Guayaquil tras él con 30 soldados (probablemente marineros, que llevarían materiales de construcción de buques)—, partió Gonzalo en busca de oro, especias, gloria y poder con 210 españoles, infantería y caballería; 4.000 indios, hombres y mujeres; 4.000 ó 5.000 cerdos; unos 1.000 perros, y una gran manada de llamas, tanto para servir de alimento como de bestias de carga. Una retaguardia les siguió más tarde, bajo el mando de un capacitado capitán.

Dieciocho meses después, en septiembre de 1542, dictó Gonzalo, ya de regreso, su carta al rey, un breve y casi desabrido informe que puede completarse con la narración de Cieza; pero hay que tener precaución al leer a éste, pues su relato está ya incrustado de las fábulas de los viajeros, que habían de acumularse en las crónicas posteriores. Esto es inevitable, excepto en el informe de un caudillo responsable: después de una pesadilla, que dura meses, de hambre, insomnio y cansancio, es raro que coincidan dos relatos.

El movimiento, primero por sendas montañas y luego por selvas intransitables, de esta larga caravana de hombres, mujeres y animales —animales a los que había que buscar alimento en el camino y algunos de los cuales eran sacrificados diariamente para comerlos— tenía que ser necesariamente lento. Al pasar la cordillera oriental, muchos indios murieron de frío. Descendieron luego a una región de terreno muy quebrado, con muchos ríos que había que vadear y selvas densas en las que el camino se abría con machetes, hasta que arribaron a un valle deshabitado llamado Zumaque, donde abundaba el alimento, cuando llevaban ya, desde Quito, seis leguas por una ruta desviada. Desde aquí se envió una partida que llevara víveres a Orellana, quien recibió el nombramiento de segundo jefe, cuando más adelante se unió a la expedición. Tuvieron una larga parada en Zumaque —tiempo de lluvia incesante, descrito por Gonzalo con tres palabras: «las aguas cargaban»—. Gonzalo se separó del cuerpo principal de su ejército y avanzó por espacio de dos meses, explorando la selva con muchas adversidades. Halló algunos ejemplares sueltos del árbol de la canela, y deseando saber dónde crecía en abundancia, «procuré informarme», dice. Esta in-

vestigación dio lugar a medidas de las que Cieza cuenta con disgusto que fueron extremas y fatales para los indios selváticos. Fracasó en su empeño de obtener informes de aquella gente infeliz sobre lo que no existía; pero de allí en adelante obtuvo siempre las referencias que deseaba, pues aquellas tierras libres de selvas y llenas de señores poderosos las había de encontrar más lejos, a quince o diez días de viaje. No encontrando allí sino terreno selvoso —que se extiende 2.000 millas al Este—, se reunió con el cuerpo principal de su ejército. Y a este respecto dice al rey que el árbol de la canela (aparte de la cuestión de su escasez o abundancia) no merecía la pena. Pero aún quedaban esperanzas de ricas tierras, y de ahí que el maestre de campo, Ribera, fuese enviado con 50 hombres a renovar las averiguaciones, volviendo a los quince días con noticias de un gran río.

Este río era el Coca, que corre en dirección Sureste a desembocar en el Napo, poderoso tributario del Amazonas. Entonces el ejército se dirigió al Este, hacia el río, a una tierra «pasando grandes ciénagas y muchos esteros» por ella. Llegaron probablemente al Coca en noviembre de 1541, siete u ocho meses después de su partida de Quito. En la ribera encontraron gente vestida y que habitaba en pueblos bajo caciques. Entonces, como ahora, el único camino a través de la selva eran los ríos, y la vida civilizada rudimentaria sólo era posible en las orillas. Los españoles cruzaron el río hasta la orilla oriental en 18 canoas. «No éramos parte para nos osar desmandar por el agua, porque había en el río muchas veces ciento y ciento cincuenta canoas, toda gente de guerra y tan diestros en el andar de estas canoas y en gobernarlas, que nadie es parte para les hacer mal ni poder conquistar.» Esto en cuanto dice Gonzalo de lo que debe de haber sido una sorprendente escena: las 18 piraguas arrebatadas a sus dueños, yendo y viniendo muchas veces por el río durante varios días para transportar hombres y equipajes; los caballos nadando, y una nube de canoas enemigas hostigándoles alrededor. El relato de Cieza, menos autorizado, nada dice de ello: «Llegaron a una angostura que hacía el río —escribe—, adonde hicieron un puente, y por allí pasaron»; en cambio, en escritores posteriores, la construcción de un puente a 200 brazas de altura

sobre un profundo precipicio, en cuyo fondo se despeñaba un torrente, constituye una historia novelesca y sensacional, posiblemente con algo de verdad. «El río Coca —dice elcoronel Church— es navegable (en canoas) hasta su curso medio, donde está emparedado por los muros de unas montañas en un profundo cañón, a lo largo del cual se estrella en elevadas cataratas y numerosos arrecifes.» La anotación de Gonzalo, «Yo entendía en las cosas de guerra… las guías yo tenía puestas en su poder (de Orellana)», surgiere que posiblemente ordenó a Orellana la construcción de un puente, ya que él estaba ocupado en conducir sus tropas por un país hostil, donde ágiles e invisibles enemigos acechaban en los bosques.

Al llegar a las aguas navegables, que se hallaban más abajo, decidió construir un navío que condujese la impedimenta y los enfermos y que sirviera a la vez para ir de una a otra orilla procurando víveres. Ya había muerto la mayoría de los auxiliares indios. Era éste el destino habitual de aquellas gentes conducidas desde las templadas alturas hasta las vaporosas selvas. Los rebaños de cerdos y llamas habían desaparecido ya, y la vida de los españoles dependía exclusivamente del suelo que pisaban. Orellana supervisó la construcción del buque, fijando la cantidad de madera que cada uno debía acarrear. Gonzalo escribe que su propósito era alcanzar el mar del Norte, a menos que encontrase «una buena tierra donde colonizar». Esta observación muestra que debieron de mediar conversaciones entre Gonzalo y su lugarteniente Orellana sobre si llegarían al Atlántico, puesto que cuando Gonzalo dictó su informe nadie sabía lo que había sido de Orellana, ni si estaba vivo o muerto.

Partidas de exploración salieron de ambas orillas del río y no vieron sino pantanos, charcos, riachuelos y bosques impenetrables. El hambre los acosaba. Ante ellos, sólo una región deshabitada e improductiva. Pero creyeron ver en los signos que les hacían sus guías indios que les querían indicar la existencia, descendiendo más lejos, de un caudaloso río que corría entre aldeas en las cuales abundaba el alimento. En vista de ello, Orellana, «por servir a S. M. y por amor de mí», propuso ir hasta allá con el navío y traer provisiones. Prometió regresar en doce días. Gonzalo estuvo conforme en ello y, así lo dice él, ordenó a

Orellana «que no pasase las juntas de los ríos». Esta orden de no ir más allá de la confluencia no concuerda con la de que Orellana debía alejarse por el río hasta que encontrase alimento. Lo que probablemente quiso decir Gonzalo fue que, en caso de ocurrir algo, se reunirían en la confluencia. Parece haberle fallado aquí la discreción, pues nadie sabía dónde se hallaba la confluencia ni a qué distancia podrían conseguirse víveres.

Pasada la Navidad de 1541, partió Orellana con un navío y dos canoas, acompañado de 57 soldados y llevando consigo la mayoría de los arcabuces y ballestas. Pronto se perdieron de vista las embarcaciones, pues la corriente las empujaba velozmente.

Gonzalo esperó mucho tiempo con el resto de la compañía, pasando hambre, y no veían venir ningún bote. Los intentos de ir río abajo por la orilla se vieron frustrados por los pantanos intransitables. Las partidas exploradoras que se enviaron por tierra y en cinco canoas, «logradas por milagro», regresaron sin noticias y sin nada que comer. Entonces el propio Gonzalo se embarcó con siete hombres en cinco canoas, impulsadas por in dios, y en el mismo día llegaron al lugar «donde el río se une a un río mayor» (Napo). Allí no hallaron otra cosa que unas cuchilladas que los de Orellana habían dacio en los árboles. Remontaron la nueva corriente y por fin —a las diez leguas, dice Cieza— avistaron una plantación de la raíz llamada yuca, plantada por una tribu india y abandonada después de alguna guerra con otra tribu. Postrados de rodillas, dieron gracias a Dios, y cargaron de yuca sus canoas para volver luego al lugar donde sus compañeros se habían estado alimentando con hierbas, nueces y «alimañas ponzoñosas».

Todos declararon entonces que preferían morir a dar otro paso adelante; su única idea era escapar de aquel infernal desierto. Así, volvieron a cruzar el Coca, pasando y repasando por espacio de una semana en las cinco frágiles embarcaciones y perdiendo varios caballos. Después atravesaron la selva hasta la plantación de yuca en la orilla del Napo. Allí acamparon una semana y «rallaban la yuca y hacían de ella pan, teniéndole por más sabroso que si fuesen blancas roscas de Utrera». Luego siguieron junto al río contra la corriente (quizá el Napo o, posi-

blemente, uno de sus afluentes), algunos calzados con abarcas cortadas de sus sillas de montar, pero la mayoría de ellos descalzos y casi desnudos; unos cuantos hicieron el viaje en canoa, mientras que el resto se abría paso a través de espesos matorrales a lo largo de la orilla, disminuido constantemente su número por el agotamiento, la incesante lluvia y la disentería. Pasado el último pueblo indio, se extendía ante ellos una tierra estéril. Se cargaron de cuanta yuca pudieron, a veces hundidos hasta las rodillas en el agua y a veces hasta la cintura, viéndose obligados a cruzar muchas corrientes. «El Napo —dice el coronel Church — recibe, antes de llegar a los llanos, una gran cantidad de pequeñas corrientes que le envían impenetrables y montañosos distritos, en los que la densa y variada vegetación parece estar defendiendo cada pie cuadrado de terreno». En esta última etapa, antes de arribar a los pueblos deshabitados, consumieron los 80 caballos que les quedaban, y ya se habían comido 1.000 perros. La frase de un historiador (Gómara), repetida por otro (Garcilaso), de que los españoles estuvieron por comer los cuerpos de los muertos, ha dado lugar, por errónea traducción, a una infundada historia de canibalismo: otro ejemplo para demostrar que los cuentos espantosos se hacen más espantosos todavía al transmitirse.

Por fin, en agosto de 1542, entraron los supervivientes en la ciudad de Quito, reducidos a la mitad de los que habían partido dieciocho meses antes. Nada habían conseguido, pues regresaban «con tan solamente nuestras espadas y sendos bordones en las manos», dice Gonzalo con humor. De los 4.000 indios no regresó ninguno. Gonzalo calculó en 270 leguas la distancia cubierta a la ida, muy aumentada al volver por diferente camino. Hay que notar que la expedición no penetró muy adentro del Continente; la distancia recorrida lo fue en los meses empleados en explorar las selvas que podían considerarse como formando parte del reino de Quito. El designio de Gonzalo de navegar por el Amazonas, en caso de que la exploración resultase infructuosa y de llegar al Atlántico, no se realizó por la marcha de Orellana.

En septiembre de 1542, un mes aproximadamente después de la vuelta a Quito de Gonzalo, Orellana y sus compañeros —

excepto 11 de ellos que encontraron la muerte en las selvas amazónicas— llegaron a la isla de Cubagua, frente a la costa de las Perlas, tras uno de los más extraordinarios viajes en la historia de la exploración. Lo relatado por historiadores posteriores es que, después de haber descendido rápidamente durante varios días por la corriente, Orellana declaró que sería imposible volver, imponiéndose a sus compañeros, abandonando en la selva a uno que protestó contra esta deserción y amenazando violentamente a un sacerdote llamado Carbajal, que se unió a la protesta. El cura Carbajal ha dejado un relato, incorporado a la *Historia* de Oviedo, que cuenta lo sucedido de modo diferente. Según Carbajal, recorrieron 200 leguas en ocho días, padeciendo extremada hambre. Al octavo día oyeron el redoblar de unos tambores, y al día siguiente llegaron a un pueblo indio donde abundaba el alimento, y los nativos les recibieron hospitalariamente. Orellana mandó entonces que cargasen canoas con víveres para llevarlos al campamento de Gonzalo; pero algunos marineros de los que entre ellos se hallaban declararon que era imposible volver a tiempo de socorrer a los hombres de Gonzalo, y, de acuerdo con ello, Orellana, después de haber ofrecido en vano grandes recompensas a los que se atrevieron a conducir las canoas con los víveres hasta el campamento, cedió de mala gana al deseo insistente de sus hombres de abandonar a Gonzalo y dirigirse río abajo al mar del Norte (el Atlántico).

Existe una petición, fechada en 4 de enero de 1542, extendida por un notario y firmada por los «caballeros, Hidalgos y sacerdotes» de la compañía de Orellana, 49 en total, y a la cabeza la firma del padre Carbajal. Pedían, en nombre de Dios y del rey, que Orellana abandonase su propósito de reunirse con Gonzalo, ya que los marineros lo habían declarado imposible. Orellana accede a esta petición en una respuesta escrita fechada en este mismo día, a condición de que permanecieran en aquel mismo lugar dos o tres meses y construyeran un barco que pudiera servir a Gonzalo Pizarro si éste se les reunía allí, y, si no venía, esta nave podía servirles a ellos mismos. Hasta qué punto fue esto instigado por el propio Orellana no es posible aclararlo; pero, evidentemente, no puede acusársele de haber ahogado las protestas de los leales. Por otra parte, ya que para Gonzalo fue

factible subir por el Napo hasta las plantaciones de yuca e ir contra la corriente del Coca en su viaje de regreso, hubiera sido igualmente posible para Orellana enviar piraguas, tripuladas por indios amigos, al campamento de Gonzalo. Cieza se limitaba a escribir a este respecto: «Diciendo algunas justificaciones, Orellana continuó su camino».

Oviedo, que inserta en su libro la narración del padre Carbajal, pero no el requerimiento ni la contestación de Orellana, que le eran sin duda desconocidos, añade su opinión, formada después de interrogar al mismo Orellana y a los suyos: «Orellana no pudo volver… así me lo dio él a entender; pero otros dicen que pudiera tornar, si quisiera, adonde Pizarro quedaba; y esto lo creo yo». El padre Carbajal, que fue el primero en firmar el requerimiento, pone en muy buen lugar a un capitán cuyas magníficas dotes le permitieron navegar 3.000 millas por las aguas desconocidas y difíciles del mayor río del mundo, en dirección al océano Atlántico. Carbajal refiere detalladamente las maravillas que asombraron a muchos viajeros posteriores. Los detalles de este viaje de descubrimiento y la fábula de las Amazonas, tribu de mujeres guerreras, cae fuera de los límites del presente libro.

Podemos decir brevemente que, en un alto de cincuenta días en un lugar amigo, construyeron un navío mayor, y en agosto de 1542, siete meses después de haberse separado de Gonzalo, llegaron al gran golfo que forma la desembocadura del río, al cual había pretendido penetrar en vano por el Atlántico diez años antes un famoso explorador, Diego de Ordás. Una vez en el vasto estuario, Orellana y los suyos se lanzaron por mares desconocidos en los dos barcos fluviales que ellos mismos se habían construido. Siguiendo la costa hacia el Noroeste, desembarcaron, al cabo de un mes de navegación, en la isla de Cubagua, en la que fueron muy bien recibidos por los pescadores de perlas españoles. Tres meses después, en diciembre de 1542, Orellana y una docena de sus hombres, camino de España, se detuvieron en Santo Domingo, donde el historiador Oviedo habló con ellos y apuntó los nombres de los 54 hombres que eran los primeros europeos que habían navegado el gran río.

Orellana, ya en España, persuadió a las autoridades de que su acción había sido recta y necesaria. De aquí que se le nombrase gobernador del territorio que había descubierto. «Publicando mayores cosas de las que vio… en busca de aquellas Amazonas que él nunca vido y pregonó por España», dice Oviedo, levó anclas con una buena escuadra y más de 400 soldados, y, en un desembarco en las islas de Cabo Verde, perdió muchos de ellos por enfermedad y deserción. Con el resto llegó a una de las bocas del Amazonas. Allí murió y también perecieron la mayoría de sus hombres. Los pocos supervivientes fueron a parar a la Española en un lamentable estado. La mayor parte de las tierras recorridas por Orellana cayeron en manos de Portugal.

Cuando Gonzalo Pizarro se esforzaba por volver a Quito, en las últimas etapas de su expedición, soñó una noche, refiere Cieza, que un dragón le arrancaba el corazón y le hacía pedazos con sus crueles dientes. Hizo venir a uno de sus hombres, que tenía fama de ser medio astrólogo, y le pidió una interpretación del sueño que había tenido. Se dice que aquel individuo respondió a Gonzalo que hallaría muerta la persona que él amaba más. De vuelta Gonzalo en Quito, supo que su hermano el Marqués había sido asesinado hacía un año; que el joven Diego de Almagro había sido proclamado gobernador del Perú y había ocupado Cuzco; que un juez real llamado Vaca de Castro, llegado de España, había anunciado su propio nombramiento como gobernador y se había trasladado al Sur para atacar al joven Almagro. Estos acontecimientos y la lucha civil que siguió pueden parecer no caer dentro de una estricta historia de la conquista del Perú. Sin embargo, dicha historia no puede silenciar el destino de los conquistadores, el uso o abuso que de la victoria hicieron y la terminación de la conquista mediante el establecimiento de un gobierno regular. Prescott da muestras de una verdadera intuición histórica al dedicar a estos sucesos uno de sus tres volúmenes. Los lectores que acudan a tal obra maestra verán que esta historia, epílogo de la conquista, retiene la atención por su carácter intrínseco y su intenso interés personal. Aquí hemos de limitarnos a contar en los tres capítulos siguientes cómo vinieron sucesivamente de España tres magistrados reales, en el transcurso de nueve años, para ocuparse de los

asuntos del Perú (1541-1549), primero, un abogado: Vaca de Castro; después, un soldado: Blasco Núñez de la Vela; luego, un sacerdote: Pedro de la Gasea. El próximo capítulo está dedicado a las cosas que sucedieron en Lima durante la primera parte de la ausencia de Gonzalo en el País de la Canela.

NOTA. Prescott describe a Garcilaso como «un chismoso« crédulo; sin embargo, el relato que ha dejado Garcilaso de la expedición de Gonzalo ha alcanzado tal aceptación, que no parece ser necesaria observación alguna. En la fecha de la expedición era Garcilaso un niño de pocos meses. Vivió en Cuzco hasta la edad de veinte años y pasó en España el resto de su vida. Escribió su relato en España sesenta y cinco años después de ocurrir los hechos a que se refiere y después de estar ausente de las Indias cuarenta y cinco años, y se basó, como él mismo confiesa, en Zárate y Gómara y en informes obtenidos de algunos miembros de la expedición. Bajo estas condiciones no podía esperarse una fidedigna narración, y Garcilaso se desvía mucho, en efecto, de la verdad histórica y hasta de la posibilidad.

La expedición de Gonzalo es el prólogo para la busca de El Dorado, renovada por una sucesión de aventureros a través de lo que restaba del siglo XVI, y que nunca llegó a abandonarse por completo hasta fines del siglo XVIII.

XX.
PIZARRO (1540-1541)

Paciente víctima de molestísimas calamidades, resuelto descubridor de tierras muy ocultas, severo conquistador de una poderosa nación.

HELPS

Comenzaba el año 1540 cuando el Marqués, cansado de trabajar y viajar, regresó, tras dos años de ausencia, a su casa de Lima, para dedicarse a vigilar el desarrollo de la ciudad, cuidar de la administración del gran imperio que había conquistado y fomentar el comercio, las comunicaciones y el cultivo de frutas y cereales europeos. Pero había un peligro ignorado por Pizarro: el descontento de los partidarios de Almagro en todo el país, y especialmente la propia Lima, adonde fue ron, de los diferentes lugares, muchos de ellos. Después de la muerte de Almagro, había tratado Hernando en Cuzco de atraerse a algunos de esos partidarios dándoles encomiendas. Rechazaron indignados recibir el menor favor de manos del asesino de su jefe, y ahora en Lima «los de Chile», como se les llamaba, se quejaban —con la exageración habitual en un bando resentido— de que se les postergaba en todas las concesiones de honores y ventajas, y que a los amigos de Pizarro se les concedían encomiendas y a ellos no.

Otra causa de disgusto general, no sólo entre los de Chile, era la influencia que ejercía Picado, el secretario de Pizarro. El Marqués, que no sabía leer ni escribir —perfeccionamientos superfluos en un conquistador, pero deseables en el gobernante de un imperio—, dejó la dirección de los asuntos públicos, con falta de discernimiento impropia de quien se había señalado como gran caudillo, a su secretario, que escribía al pie de cada documento el nombre del gobernador entre dos líneas trazadas por Pizarra. El secretario, listo, insolente y sin escrúpulos, usó para fines propios de provecho y favoritismo su privilegiada situación. Incluso se atrevió a infligir un humillante insulto a los almagristas cabalgando ostentosamente ante la casa de don Diego vestido con una capa cubierta de higos de oro, afrenta intolerable, que venía a ser una provocación al derramamiento de sangre.

Diego de Almagro, joven valiente y hermoso, entrenado en cuantas habilidades debe un caballero poseer, vivía ahora en su propia casa después de haber estado durante algún tiempo instalado en casa del Marqués; y en la residencia de don Diego se reunían los descontentos, cuyo jefe era Juan de Herrada, el que llevó a Almagro en Chile la orden real nombrándole gobernador de Nueva Toledo, y que había permanecido fiel al adelantado; ahora era el confidente, indiscreto y violento, del joven Diego. Se ha exagerado probablemente la pobreza de los partidarios de Alma gro, pero muchos de los que vinieron de otras regiones se encontraron desamparados en Lima, y se decía, con esa exageración burlona a que son tan aficionados los españoles, que una docena de ellos no tenían sino una capa para los doce y podían salir solamente uno cada vez.

Transcurrió más de un año en aparente tranquilidad, mientras el gobernador se dedicaba a sus pacíficas tareas. Pero, además de la pobreza, pereza y resentimiento, crecía entre los de Chile la ansiedad al saber que el emperador había nombrado un juez, Vaca de Castro, para que fuera al Perú a investigar. Llegaron noticias de que el juez estaba ya en Panamá y que pronto embarcaría para el Perú. Al principio esperaban los almagristas que el juez los favorecería y vengaría la muerte del je fe. Después cundió el rumor de que Vaca de Castro había sido sobornado y estaba por Pizarra.

El Marqués recibió avisos de que su vida peligraba. No hizo caso alguno de ellos y salía diariamente a pasear, acompañado solamente por un paje inerme, para dirigir las nuevas edificaciones en la ciudad creada por él. Se observaba un raro silencio entre los indios, y algunas mujeres indígenas confiaron a sus señores españoles que la muerte del Marqués ocurriría alrededor del día de San Juan Bautista, el 24 de junio de 1541 —día que siempre ha tenido entre los españoles un sentido agorero—. Pizarra decía, cuando iban a contarle todo esto, que no eran más que chismes indios. Sin embargo, antes del día de San Juan mandó llevar a su presencia a Herrada, que halló al gobernador en su jardín observando algunos naranjos jóvenes.

«¿Qué es esto, Juan de Herrada —dijo el Marqués—, que dicen que andáis comprando armas, aderezando cotas, todo para

efecto de darme la muerte?» Herrada replicó que se había provisto de armas defensivas porque el Marqués había adquirido lanzas ofensivas. Pizarra replicó que, como salía a cazar y sus criados no tenían ninguna lanza, les había mandado comprar una y habían comprado cuatro. Los dos departieron amigablemente, ofreciendo el Marqués a su visitante las primeras naranjas que habían crecido en el Perú, cogidas con su propia mano. Esta escena demuestra la creencia de Pizarra de que su tarea había terminado y la paz estaba conseguida; pero Herrada, de vuelta a la casa de don Diego, era recibido por 30 de los suyos, que estaban intranquilos por lo que pudiera haberle sucedido.

Un día o dos más tarde, el Marqués estaba sentado a la mesa con sus tres hijos, en casa de su hermanastro Martín de Alcántara, cuando llamó a la puerta un individuo embozado para no ser reconocido (había oscurecido ya). Era un sacerdote que informó al Marqués de que los de Chile planeaban su muerte para el domingo siguiente, 26 de junio, cuando se dirigiera a misa. El Marqués volvió a la mesa pensativo y ya no comió más. Consintió oír misa en su misma casa; pero, aunque dio instrucciones indiferentes, que no llegaron a realizarse, para que fuesen arrestados algunos sospechosos, aún seguía incrédulo.

El domingo, luego de oír misa en su casa, almorzó a mediodía, y después de comer se hallaba en su habitual tertulia, con una veintena de amigos, cuando llegó corriendo un paje gritando: «¡Arma! ¡Arma!, que todos los de Chile vienen para matar al Marqués, mi señor». Ya atravesaba Herrada con unos 20 hombres los dos patios, pues la maciza puerta de la calle estaba abierta. Le salieron al paso seis de los huéspedes del gobernador —que posiblemente eran todos los que tenían armas—, mientras que los restantes se ocultaban o huían por una ventana. Pizarra llamó a su amigo Chaves para que atrancase la puerta de la habitación en que se hallaban; pero Chaves la entreabrió para parlamentar con los intrusos. Al momento lo mataron y su cuerpo rodó escaleras abajo. Pizarra se retiró a una habitación interior para armarse, pero no pudiendo en su prisa ceñirse la coraza, tomó la espada y acudió en auxilio de su hermano Martín de Alcántara, que resistía a los asaltantes en la puerta de aquella habitación. «El anciano Gobernador —dice Cieza— no

dejaba con su denuedo de querer que la fama, que nunca muere, tuviese un punto de menoscabar el gran valor con que su persona se adornaba; tan animoso y de fuerte corazón se mostraba, que yo creyera, si estuviese en un campo espacioso, antes que por sus enemigos muriera, tomara por sí propio la venganza.»

Los asesinos destacaron a uno de los suyos, al cual atravesó la espada de Pizarra. Entonces se precipitaron en el cuarto, y Martín de Alcántara, herido repetidas veces, cayó. Los dos pajes de Pizarra, que permanecieron junto a su amo, murieron defendiéndole. El Marqués mató a dos de los asaltantes, pero recibió una estocada en el cuello y se desplomó. Después de haber trazado una cruz en el suelo con el dedo y haberla besado, expiró «el Capitán, que de descubrir reinos y conquistar provincias nunca se cansó, que había envejecido en el servicio real».

XXI.
LA GUERRA DE CHUPAS (1541-1542)

> De tan larga amistad como entre aquestos Adelantados hubo, desde que eran sendos compañeros con poca hacienda hasta que se hicieron riquísimos…, resultar al fin tanta discordia y escándalo y muertes parecerá a los que lo oyeron una cosa de admiración.
>
> OVIEDO

«El tirano ha muerto», gritaban los asesinos por la agitada y asombrada ciudad. Los de Chile, sorprendentemente numerosos y contando entre ellos varios notables capitanes, se agolpaban dando gritos de «¡Viva el rey y póngase el reino en justicia!» No hubo resistencia. Era una típica revolución sudamericana. Las calles de Lima y de otras capitales hispanoamericanas han presenciado desde entones muchas escenas como éstas.

El joven mestizo Diego de Almagro, que era llevado como cabeza de lobo mientras Herrada lo dirigía todo, fue proclamado gobernador del Perú. El cabildo de Lima, el cuerpo legal encargado de entender en un caso como aquél, se vio forzado a sumarse al movimiento por el sencillo sistema de la eliminación de los concejales disidentes y el nombramiento de otros nuevos favorables a la causa. Siguieron las habituales medidas: intervención de fondos, y no sólo de los fondos públicos; arrestos, ejecuciones; requisición de caballos, armas y almacenes; fabricación de más armas y hasta de arcabuces; nombramientos de capitanes y suministro de armas a muchos individuos, entre ellos los vagabundos que afluían de todas partes de la ciudad con intención de robar y de vivir a gusto. Para conseguir la revelación de un supuesto tesoro escondido de Pizarro sometieron al secretario Picado a muy crueles tormentos antes de ser decapitado. Muchos huyeron de la ciudad, y algunos de ellos caían en manos de los indios, que los mataban. Entre éstos se contaba Valverde, el fraile que había seguido la conquista y que entonces era ya obispo de Cuzco. Se embarcó en una frágil nave, y fue muerto junto con todos sus compañeros por los isleños de Puna. Herrada envió mensajeros a cada ciudad que exigieran el reconocimiento de don Diego como gobernador, pretensión que los cabildos se vieron forzados a admitir por lo pronto, pero sólo por lo pronto. Transcurrieron algunos meses en estos prepa-

rativos antes de que 500 soldados bien equipados, incluyendo 300 jinetes, salieran de la ciudad para la inevitable guerra.

En efecto: la contrarrevolución estalló pronto, como ocurre en todos estos casos. Llegaron noticias de que Alonso de Alvarado, gobernador de Chachapoyas (al Noroeste), «alzó bandera por el Rey» y había invitado a su campamento a Vaca de Castro; que Vaca de Castro, llegado a Popayán seis semanas después de la muerte de Pizarro, había sido reconocido como gobernador por Belalcázar; que estaba avanzando hacia Quito; que había hecho público el real decreto que le nombraba gobernador en caso de faltar el Marqués, y que había despachado cartas reclamando la fidelidad de todas las ciudades. Don Diego y sus tropas apenas habían salido de la ciudad cuando esta se decidía por el rey y por Vaca de Castro.

En Cuzco, donde los almagristas eran numerosos, el cabildo reconoció en un principio como gobernador a don Diego, pero pronto se reunieron los amigos de Pizarro, acaudillados por Tordoya, el cual volvía de cazar con halcón cuando supo la muerte de Pizarro, y, exclamando que era ocasión de guerra y no de diversiones, torció el pescuezo a un halcón favorito que reposaba en su muñeca. Envió mensajeros que alcanzaron a Pedro Álvarez Holguín, quien conducía otra expedición al país de los chunchos, pero dio la vuelta al recibir tales noticias. Fue despachado otro mensajero a la ciudad de Chuquisaca, que se declaró partidaria del rey. Peranzures, gobernador de aquella ciudad, estaba explorando y conquistando por el Sur cuando recibió el aviso urgente de regresar con sus escasas tropas. Otro contingente vino de Arequipa, distante 60 leguas, y a su cabeza fue puesto Garcilaso de la Vega, padre del historiador. De este modo, por cincuentenas y veintenas se fueron reuniendo las leales, hasta que se hallaron en Cuzco 300 hombres, bajo el mando de Holguín, al que aceptaron como caudillo.

El paso siguiente era unirse con las tropas de Alonso de Alvarado, que se hallaba muy distante, en Chachapoyas, y evitar el encuentro con el más numeroso ejército de don Diego, que marchaba de Lima a Jauja para interceptar y separar a los dos jefes realistas, Holguín y Alvarado. La marcha de don Diego sufrió un retraso por la fatal enfermedad de su capitán general,

Herrada. A pesar de ello, podría haber interceptado a Holguín, de no haber sido por un astuto engaño[1]. Holguín pasó por detrás de él y llegó a la fértil y hermosa región de Huaraz, abundante en alimentos, por «asombrosas marchas», como observa míster Means con conocimiento del terreno; pero esta observación podría aplicarse igualmente a todos los movimientos de tropas por las regiones montañosas durante estas guerras civiles. Entretanto, Alvarado marchaba al sureste de Chachapoyas, y los dos pequeños ejércitos acamparon a un día de distancia el uno del otro, en amigable comunicación, pero esperando impacientemente durante cuatro meses la llegada de Vaca de Castro para reunirse todos. Por fin, se les unió Vaca de Castro en junio de 1542, y asumió el mando de las fuerzas reunidas, aplacando con atinada diplomacia las inevitables envidias de los capitanes. Entonces se trasladó lentamente el ejército a Jauja, mientras Vaca de Castro visitaba Lima para reclutar gentes y obtener fondos, en parte por préstamos y contribuciones, en parte por confiscaciones de propiedades de los enemigos.

Mientras tanto, don Diego había ocupado Cuzco (evacuada por Holguín) y había permanecido algunos meses preparándose. El artillero Pedro de Candía, que se unió a los almagristas, irritado por el desaire que le hicieron los leales[2], dirigió la construcción de cañones y arcabuces por algunos técnicos levantinos. Se fraguaron yelmos y corazas con una mezcla de cobre y plata. Pero hubo muchas deserciones al otro bando, y don Diego perdió sus tres mejores capitanes. Herrada, el inspirador de toda la aventura, murió de agotamiento; y entonces siguió el desastroso experimento de un mando dual: uno de los dos capitanes acuchilló al otro, y el asesino, del que se sospechaba, murió a manos del mismo don Diego.

El inca Manco, que odiaba a los Pizarros, envió a don Diego un suministro de armas y armaduras tomadas a los guerreros españoles en la gran sublevación en 1536 y en posteriores correrías, pero no le proporcionó tropas. Por otra parte, el inca Paulú, rival de Manco, afecto a los almagristas desde la expedición a Chile, precedió a don Diego en su marcha al norte de Cuzco con un cuerpo de auxiliares indios para proveer de víveres y cargadores a sus amigos, aligerando considerablemente, es proba-

ble, la carga que cayó sobre sus compatriotas, pues, según dice Cieza, «querer encarecer los grandes males y daños, insultos y robos, vejaciones y malos tratamientos que a los naturales con estos movimientos se les hacían, es nunca acabar; porque como en los alborotos y guerras civiles los soldados han tenido siempre al robo y aprovechamiento y vivir libremente, en queriéndoles corregir se amotinaban, pasándose de un campo a otro; o se quedaban en los pueblos si no les dejaban seguir su propósito. Y, a la verdad, también podremos en alguna manera relevarlos de culpa, por ser la tierra tan áspera y falta de bestias que muchos iban a pie por no tener en qué ir a caballo; y también hay algunos despoblados que conviene, por el mucho frío que en ellos hace, llevar tiendas y mantenimientos; y como con moderación esto se hiciese, yo no culparía el servicio de los indios. Mas si uno tenía necesidad de un puerco, mataba veinte; y si de cuatro indios, llevaba doce; y muchos había que sus mancebas públicas llevaban en hamacas, a cuestas de los pobres indios».

Tras iniciar varias veces las negociaciones, los dos ejércitos se encontraron cerca de Guamanga el 18 de septiembre de 1542, y lucharon en las barrancas y rocas de Chupas a 9.500 pies sobre el nivel del mar. El ejército realista de 700 hombres era algo más numeroso y mejor dirigido; los almagristas eran más fuertes en la artillería y estaban mejor equipados. Holguín, que se hacía notar enseguida por la capa suntuosa que llevaba sobre la armadura, fue derribado en el primer ataque. La infantería realista estaba dirigida por Francisco de Carbajal, veterano que contaba cuarenta años de servicio en las guerras europeas; entonces tenía setenta y cinco años, pero estaba aún apto para la batalla; era notable por su gran corpulencia, su pericia y valor en la guerra, su agudo ingenio, su fuerte sentido común, y luego por la insensible brutalidad, que le valió el apodo de «el Demonio de los Andes».

Carbajal condujo a los suyos a la batalla por un desfiladero que los protegió durante algún tiempo, y cuando los vio vacilar ante la artillería, arrojó su armadura, gritando que él ofrecía un blanco tan grande como dos de ellos juntos, y, sin embargo, aún no le habían acertado; y avanzó seguido de todos sus soldados. La artillería almagrista estaba mal servida, y don Diego,

sospechando que Pedro de Candía le traicionaba (uno de los 13 que habían permanecido con Pizarro en Gorgona), le atravesó el cuerpo con su espada, y él mismo disparó el cañón que derribó a varios de los enemigos. Este combate «de hermanos contra hermanos, de amigos contra amigos», se llevó, como ocurre siempre en las guerras civiles, con gran ferocidad, mezclándose las insignias blancas de Almagro con las insignias rojas de Vaca de Castro. Por último, entraron en batalla, y decidieron su resultado, 30 caballos que Vaca de Castro había tenido en reserva o como guardia personal. Cuando vieron la causa perdida, algunos de los soldados de don Diego se precipitaron sobre el enemigo, gritando que ellos eran los que habían matado al Marqués, prefiriendo morir espada en mano que en las galeras. De los dos ejércitos cayó una quinta parte en la lucha o en la persecución, y aquella noche murieron de frío casi todos los heridos, despojados de sus ropas por indios merodeadores y expuestos así a las intensas heladas nocturnas.

Al día siguiente entró Vaca de Castro en Guamanga, donde «ejecutó justicia» en unos 30 prisioneros; otros 20 fueron también condenados a muerte más tarde. Después de disolver ambos ejércitos empleando a los capitanes y soldados, Vaca de Castro se retiró a Cuzco y entró en la ciudad con marciales atavíos, dejando así impresa en la imaginación del populacho la victoria del rey y la ley.

Don Diego había huido del campo de batalla con intención de refugiarse junto al inca Manco; pero un compañero que deseaba visitar a su amante en Cuzco le indujo a acompañarle a esta ciudad. Cuando trataba de partir de Cuzco fue detenido y condenado a muerte por rebelde. Se sometió al golpe del verdugo con gran presencia de ánimo, sufriendo esta pena en el mismo lugar —así lo pidió él— donde su padre había sido decapitado. Murió como un católico.

Vaca de Castro fijó en Cuzco su residencia, siendo aún esta ciudad, oficialmente, la capital del Perú. En la administración del gobierno y la justicia obró con tacto y sabiduría, esforzándose por aliviar la condición de los nativos. Los capitanes que habían servido al rey fueron recompensados en parte por la concesión de encomiendas tomadas a los vencidos o formadas

por la división de otras excesivamente grandes, y en parte siendo enviados como jefes de nuevas expediciones. Las más notables de estas nuevas «entradas» fueron las que descendieron del sur de la meseta por los valles cubiertos de bosques de Salta, y llegaron hasta el Río de la Plata, movimiento que se relatará en un capítulo posterior.

El gobernador estuvo notablemente discreto en sus relaciones con Gonzalo Pizarro. Gonzalo, a su regreso del valle de la Canela, viajó de Quito a Lima, declarando que era él quien debía sustituir al Marqués. Citado a Cuzco por el gobernador, se puso en comunicación con sus partidarios de aquella ciudad. Vaca de Castro estaba prevenido y requirió a Gonzalo para que se retirase a sus encomiendas en el lejano Sur. Un día Gonzalo se acercó en la calle a Vaca de Castro para hablarle, y el gobernador mandó retirar a su guardia, haciendo notar que «adonde Gonzalo Pizarro está no es menester otra guardia, pues estando mi persona con él, yo me tengo por seguro». El halagado jefe se retiró de buen grado a la ciudad de Chuquisaca, «donde tenía indios que rentaban más renta que tienen en España el Arzobispo de Toledo y el Conde de Benavente». Sus rentas principescas, el prestigio de su nombre y su justa fama de capitán continuaron siendo un peligro para el Estado.

Se acusó a Vaca de Castro de usar en provecho propio sus oportunidades y también de una excesiva ostentación. Pero lo cierto es que pacificó el país y trabajó para conseguir una organización administrativa más perfecta. No pudo ver los resultados de su gestión, pues a los pocos meses fue nombrado virrey, encargado de la tarea de introducir en el Perú las ordenanzas conocidas por Nuevas Leyes de Indias. Estas leyes hacen época en la vida del imperio español, pues indican que el imperio había alcanzado un cierto grado de estabilidad, y significaban un magnífico esfuerzo para resolver el difícil problema del gobierno de una población subyugada.

[1] Este engaño es demasiado característico para que lo omitiéramos. Holguín destacó una partida que capturó a tres de los soldados de don Diego. Colgó a dos de ellos y soltó al tercero después de darle detalles confidenciales de las operaciones que se planeaban contra don Diego, y prometiéndole una espléndida recompensa si sobornaba a parte de las tropas de don Diego. Cuando el prisionero libertado regresó anunciando que sus dos compañeros habían sido ahorcados, don Diego sospechó na-

turalmente de algo y, sometiendo al hombre a tortura, le sacó la errónea información que Holguín quería hacerle tragar.

[2] Véase la página 172.

XXII.
LAS NUEVAS LEYES DE INDIAS (1544-1549)

> Queremos que los indios sean tratados como vasallos nuestros de la corona de Castilla, pues lo son.
>
> CARLOS V

Los Reyes Católicos y su sucesor se habían preocupado de los derechos de los indios y habían promulgado varios edictos prohibiendo la esclavitud (con algunas excepciones) y no permitiendo o limitando los trabajos forzados. Instado por Las Casas, que se hallaba en la corte en 1542, Carlos V nombró una comisión que estudiara este asunto, y especialmente la conveniencia de continuar o suprimir las encomiendas que venían concediéndose habitualmente a los conquistadores en premio a sus servicios, vitaliciamente y durante la vida de su heredero; esto llevaba a muchos a contraer matrimonio por la seguridad que tenían de que sus viudas e hijos no quedarían desamparados. Por consejo de la comisión se publicaron unas ordenanzas reales en Madrid, que fueron proclamadas a los sones de las trompetas en Sevilla (diciembre de 1542), ya que Sevilla era en cierto modo la ciudad madre del Nuevo Mundo. Estas Nuevas Leyes de Indias han sido muy resumidas por Zárate, en lo que se refiere al Perú, pues acompañó al virrey como inspector de Hacienda y escribió una historia de estos acontecimientos. Se ordenó, dice Zárate, «que ningún indio se pudiese echar en las minas ni a la pesquería de perlas, ni se cargasen, salvo en aquellas partes que no se pudiese excusar, y entonces pagándoles su trabajo, y que se tasasen los tributos que habían de dar a los españoles, y que todos los indios que vacasen, por muerte de los que a la sazón los tenían, se pusiesen en la corona real, y que quitasen las encomiendas y repartimientos de indios que tenían los obispos de todas las Indias y los monasterios y hospitales, y los oficiales de Su Majestad, sin que los pudiesen retener, aunque dijesen que querían dejar los oficios; y particularmente se quitasen los indios en la provincia del Perú a todos aquellos que hubiesen sido culpados en las pasiones y alteraciones entre don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro». Con esta última ordenanza, añade Zárate, «era claro que ninguna persona en el Perú podía quedar con indios…, pues ningún español había

que no estuviese más apasionado por una de estas parcialidades que si sobre ello le fuese su vida y su hacienda».

Cuando estas ordenanzas llegaron a Méjico, aunque las más estrictas no se aplicaron allí, el visitador enviado por la corona para hacerlas cumplir consintió, después de consultar con el virrey Mendoza, en que su aplicación debía suspenderse con objeto de evitar la revolución y la ruina de las colonias españolas, usando en esto el virrey de un poder discrecional, que fue ejercido frecuentemente en la historia del imperio español y que se hacía necesario por la gran distancia a que los dominios se encontraban de la madre patria. Pero en el Perú el caso era diferente, pues se envió allá un virrey con el motivo expreso de obligar al cumplimiento de las Nuevas Leyes, asistido por cuatro oidores que iban a formar una Audiencia, constituidos en supremo tribunal y consejo de la Administración de Lima, que desde entonces sería la capital del Perú.

Núñez de la Vela (1544-1545)

La persona escogida como virrey, Blasco Núñez de la Vela, era un soldado de mediana edad, inspector de la Guardia Real, que había servido fielmente a la corona en varios empleos. A la cabeza del gobierno demostró ser un individuo despótico, terco y sin tacto, de temperamento violento y procedimientos dictatoriales. En cuanto llegó a Nombre de Dios en enero de 1544, se apoderó, pese a las alarmadas protestas de los cuatro oidores, de un cargamento consignado para España por sus propietarios, alegando que era el producto del trabajo de los esclavos. En Panamá, cerrando sus oídos a todas las protestas, ordenó que volvieran a su país 300 esclavos peruanos, llevados allí por sus amos. Algunos se ocultaron para no tener que marchar; otros perecieron en el camino al Perú. Dejando en Panamá a los oidores para que le siguieran más tarde, el virrey desembarcó en Túmbez, en marzo de 1544, para ir desde allí, despacio, a Lima. Por cuantos sitios pasaba proclamaba la libertad de los indios. Agitaciones y una profunda consternación le acompañaron y le precedieron por doquier; protestaban airadamente los colonos contra esta ruina que se les venía encima; y los municipios hablaban hasta de resistir. Sin embargo, en mayo de 1544 fue recibido en Lima el virrey con ceremonial leal y alojado en el pala-

cio de Pizarro. Por fin, admitió que las Nuevas Leyes no eran oportunas, y redactó una petición para remitirla a Madrid, solicitando una modificación; pero, entretanto, insistió en la necesidad de aplicarlas rígidamente. La oposición de los oidores cuando llegaron y el general descontento le llevaron a una exasperación casi demencial. Un estimable ciudadano, acusado de haber insultado amenazadoramente al virrey, se salvó de la ejecución sólo por urgentes peticiones públicas. Vaca de Castro, que venía de Cuzco a Lima para ofrecer sus respectos al virrey, fue arrestado, luego puesto en libertad y más tarde llevado a bordo de un buque en calidad de prisionero para ser enviado a España.

Por último, viendo que era imposible aplicar las ordenanzas, transigió de mala gana con la suspensión temporal, pero esta concesión era demasiado tardía y no daba una impresión de sinceridad. Por las noches se marchaba la gente de la ciudad para unirse en el Sur con Gonzalo Pizarro. Un respetable funcionario público, cuyos sobrinos habían huido, fue llamado al palacio, acusado de complicidad y apuñalado —al negarse a ser cómplice— por el mismo virrey. Los criados terminaron con él y lo enterraron secretamente (10 de septiembre de 1544).

El crimen irritó a toda la ciudad. La Audiencia real decidió destituir al virrey, enviando soldados que lo prendieran. La guardia palaciega se unió a los asaltantes. El virrey fue detenido cuatro meses después de su entrada en la capital, y poco después fue preso a Panamá, vigilado por uno de los oidores, y de allí lo embarcaron para España. Apenas estaban en el mar, el magistrado, arrepentido, se arrodilló ante el virrey, retractándose de su traición. Blasco Núñez, libre ya, desembarcó en Túmbez para «alzar bandera por el rey». Al acercarse la escuadra, que estaba en poder de los oidores, huyó a las montañas de Quito, donde logró reunir 200 hombres.

Ya antes de llegar el virrey no marchaban bien las cosas en Túmbez. Gonzalo Pizarro llegó de su lejano retiro en Charcas, llamado posiblemente por el cabildo de Cuzco, que lo nombró no sólo procurador de la ciudad, sino también procurador del reino del Perú, medida que podía justificarse por partir de la ciudad; pero el nombramiento posterior de capitán general, y

además de primer juez, constituía una usurpación y rebelarse contra legítimos poderes.

Para ocuparnos del conflicto que siguió no es preciso que nos detengamos en las inmoralidades y en los crecientes horrores de las guerras civiles; los frecuentes motines o las mudanzas de partidos: la ejecución de prisioneros, desertores y de supuestos traidores; la tortura o mutilación de espías. Los que más sufrieron fueron los desgraciados indios, ya que los españoles se hacían cada vez más insensibles con el hambre, las fatigas y la transgresión de todas las leyes. Aunque el número de los que tomaban parte en las guerras era reducido —aun incluyendo los miles de indios que acompañaban a cada marcha—, la dificultad de las operaciones bélicas, desde Chuquisaca, en el Sur, hasta Popayán, en el Norte, era inmensa. La distancia entre ambos puntos, teniendo en cuenta la línea tortuosa de la marcha que había de rodear las masas montañosas, mide unas 2.000 millas. Desde la elevada meseta de Cuzco el camino conducía a Jauja; de allí, a través de las heladas alturas de la cordillera occidental, hasta la tórrida costa; desde ésta, pasando por Lima y Trujillo, San Miguel o Túmbez, y de allí había que cruzar una vez más las gélidas alturas hasta Quito. Aunque gran parte del camino estaba facilitado por los caminos incaicos, esta ventaja no era completa, y en los desiertos y montañas caían más hombres que en las batallas. La guerra civil tomó en parte el aspecto de un conflicto entre las capitales rivales, Cuzco y Lima. Conflictos como éste han venido siendo frecuentes en la historia sudamericana.

Las fuerzas de Gonzalo se acercaron a Lima por el Sur en octubre de 1544. Gonzalo, desafiando el mensaje de la Audiencia, que le exigía la sumisión, mandó a la ciudad a su maestre de campo Francisco de Carbajal para reclamar fidelidad. El anciano Carbajal, que entonces, según su propia declaración, se acercaba a los ochenta años, deseaba ardientemente, después de los notables servicios que había prestado en Chupas, retirarse a descansar a España en paz con su familia y evitar los contratiempos que habían de surgir. Pero, no habiendo encontrado paso para Panamá, se vio forzado a aceptar la invitación de Gonzalo para que se uniera a las fuerzas rebeldes, haciendo notar: «Harto me recelaba yo de meter mi mano en la urdimbre

de esta tela; mas ya que así es, yo prometo de ser el principal tejedor en ella». Cumplió su palabra. No regateaba esfuerzo alguno para servir a don Gonzalo. El indomable viejo vencía todo cansancio y fatiga; podía soportar su armadura noche y día y parecía no necesitar sueño alguno, excepto ocasionales descansos en una silla. «A maravilla se quitaba las armas de día y de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormía más de cuanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza.» Se contaban algunas historias sobre su vida pasada, y se llegaba a afirmar que era un fraile renegado.

Carbajal, que entró en Lima con algunos jinetes, sacó de sus camas a 30 caballeros que habían desertado de las filas de Gonzalo, y mientras la Audiencia aún dudaba, colgó a tres de aquellos prisioneros. El argumento fue convincente. La Audiencia invitó a Gonzalo a asumir las funciones de gobierno. A fines de octubre de 1544, seis meses después de haber partido el virrey, entró Gonzalo en la ciudad, en imponente formación marcial, con 1.200 españoles y varios miles de indios. Diestro jinete, «la mejor lanza de cuantas pasaron por el Perú», cabalgaba a la cabeza de la caballería, bizarra figura llevando sobre su armadura una capa de brocado. Delante de él se erguía el estandarte de Castilla, pues por tocias partes hacía Gonzalo protestas de lealtad, esperando ser reconocido por la corona como gobernador del Perú. Prestó juramento ante la Audiencia como «Gobernador del Perú dependiente del deseo de Su Majestad». Luego, dirigiéndose al Ayuntamiento, fue recibido ceremoniosamente por el cabildo, y durante varios días hubo banquetes, corridas de toros y juegos de cañas. Y el gobernador, recién instalado, se albergó con su séquito en el palacio del Marqués, servido por 80 alabarderos.

Para completar su autocracia, encargó a un capitán, llamado Bachicao, célebre por su belleza, su valor y su crueldad, que se apoderase de la escuadra. Bachicao se embarcó para Panamá. A su llegada intentó escapar uno de los barcos que estaban anclados en el puerto, pero Bachicao lo persiguió y lo trajo con el capitán y otro oficial colgados de las vergas. Entonces ocupó la ciudad de Panamá y aniquiló toda autoridad que no fuera la suya. La ciudad ocupada inmediatamente fue Nombre de Dios, al

norte del istmo, y, en una audaz asunción de autoridad, se puso su gobierno en manos de un individuo nombrado por Gonzalo, que se quedaba de este modo con el mando completo del mar del Sur y era así dueño de la puerta entre Europa y el Perú. Nadie podía pasar para España o venir de allá sin su consentimiento. La ciudad de Panamá y la flota del océano Pacífico se pusieron más tarde al mando de Hinojosa, excelente capitán, el cual, como muchos otros, se había unido al partido de Gonzalo por pura convicción.

Pero aún tenía que habérselas con el virrey, que había regresado de Quito y se hallaba entonces en San Miguel, 150 leguas al norte de Lima, aumentando sus fuerzas y confirmando su autoridad. En vista de ello, en marzo de 1545, después de cinco meses empleados en Lima, Gonzalo condujo hacia el Norte su ejército de 600 soldados, no muchos más que los que seguían al virrey, pero mejor pertrechados y expertos en las guerras indias. El virrey se retiró de nuevo a Quito por abruptos senderos montañosos, con muchas bajas sufridas durante el camino y perseguido de cerca. Desde Quito retrocedió 90 leguas al Norte hasta Popayán con los pocos hombres que le quedaban, donde Belalcázar se le unió con sus fuerzas. Gonzalo abandonó en Pasto la persecución y estableció sus cuarteles en Quito.

Allí tuvo noticia de una rebelión contra su autoridad en la provincia de Charcas, la parte más remota de sus dominios. Un tal Diego Centeno, hasta entonces devoto partidario de Gonzalo, indignado por la tiranía ejercida en la ciudad de Chuquisaca por el gobernador interino que Gonzalo dejó en su lugar, acaudilló un levantamiento, mató al déspota y alzó bandera por el rey. Para sofocar esta revolución en el lejano Sur, Gonzalo despachó para allá a Carbajal con 40 jinetes —pequeño destacamento, pero suficiente—. Antes de marchar, hizo ver Carbajal a su jefe que debía hacerse a toda prisa rey del Perú, arguyendo que no era ocasión de medias tintas y que no había la menor probabilidad de clemencia real.

Gonzalo permaneció allí para hacer frente al virrey. Propalando falsas noticias, indujo a Núñez a aproximarse a Quito, le hizo emprender, con una añagaza, una inútil marcha nocturna y pudo así derrotar fácilmente a la exhaustas tropas del virrey (16

de enero de 1546), el cual fue desmontado y decapitado en el mismo lugar por el hermano del hombre al que él había asesinado en Lima. Como Carbajal estaba ausente, hubo pocas ejecuciones después de la victoria. Se permitió a Belalcázar partir para su gobierno con la mayor parte de sus tropas; el resto, con los otros supervivientes del ejército vencido, recibió la invitación a aceptar la bandera de Gonzalo. Algunos fueron enviados a Chile para ayudar a Valdivia, y otros fueron despachados bajo varios capitanes con objeto de ocupar y pacificar el territorio. Gonzalo, dueño ya de todo el imperio incaico, se estuvo seis meses en Quito, un sitio de lo más inadecuado para sede de un gobierno, retenido, según corrían voces, por amores censurables. «Partí de Quito cuando pasaron las lluvias», dice él mismo en una carta a Valdivia. Mientras tanto, no descuidaba los asuntos de su cargo. Su delegado en Lima era Aldana, hombre moderado y justo, acusado de no ser suficientemente riguroso en su trato con los muchos limeños que desaprobaban la conducta de Gonzalo. Éste partió para la costa en julio de 1546 y entró en Lima, en una espléndida procesión, acompañado por cuatro obispos y pasando por calles adornadas bajo arcos triunfales, entre marciales músicas, los repiques de campanas y las aclamaciones del pueblo, hasta llegar al palacio del Marqués.

Entretanto, Carbajal había realizado su misión en Charcas. Su paso fue jalonado, a partir de Quito, por ejecuciones, injustos tributos, alistamientos forzosos y marchas de sorprendente longitud, disciplinados sus hombres por su poderosa personalidad y por la seguridad de que la menor sospecha significaba ser colgado del árbol más cercano. Casi sin un golpe hizo huir a las fuerzas de Centeno, el cual se refugió en una caverna de la montaña, donde le tuvieron los nativos escondido y alimentado por espacio de ocho meses. Carbajal asumió el gobierno de Charcas y escribió a Gonzalo instándole para que estableciera un trono independiente, concediera títulos de nobleza y no enviara procuradores a España, ya que los mejores parlamentarios eran las picas y los arcabuces. Además, podía añadir argumentos materiales: en 1545 un campesino indio perseguía a una llama en la falda de una colina cónica que se eleva a unos 1.500 pies en la rasa y elevada meseta de Charcas. Para trepar se agarró a

una pequeña planta y ésta se le quedó entre las manos, con las raíces al descubierto, a las que estaban adheridas brillantes bolitas. Aquel hombre había descubierto la mina de plata más rica de que tuviera noticia, que llegó a ser proverbial por la inagotable riqueza que contenía y que constituyó durante un siglo —por el impuesto real del quinto— la parte principal de las rentas obtenidas del Perú por la corona española. El secreto del descubrimiento fue pronto un secreto a voces. Acudieron al lugar multitud de cazadores de fortuna; se entablaron reivindicaciones; se abrieron túneles en la colina del Potosí; siervos indios comenzaron a trabajar allí y centenares de indígenas libres trabajaron por contrato. Hay que añadir que antes de finalizar el siglo la ciudad más grande del Nuevo Mundo era la Villa Imperial del Potosí.

Carbajal se entregó a la tarea de explotar, en gran parte en propio provecho, esta nueva fuente de riqueza; el quinto real se dejaba aparte, pero por lo pronto, no para transferirlo a España, pues parecía como si pudiera sostenerse un trono peruano por rentas obtenidas de esta y de otras fuentes, rivalizando con las de cualquier monarca europeo. Pero Gonzalo no se atrevió a tanto y basó sus esperanzas en una negociación con las autoridades españolas. En esto se equivocó. Pero en el intervalo, el dominio territorial de este aventurero de bajo origen y la extensión de sus operaciones militares fueron tales como no se han dado en la historia sudamericana hasta los tiempos de Bolívar.

Pedro de La Gasea (1546-1550)

Cuando se supieron en España los trastornos de Blasco Núñez, fue enviado allá otro oficial para que se ocupara del problema del Perú. «Ya que un león había fallado, hubo que enviar un cordero.» Éste era un sacerdote, Pedro de La Gasea, persona de desmañada y desproporcionada figura, de semblante desagradable y presencia modesta, pero que se hizo notar durante veinticinco años por su carácter ejemplar, su resolución y su capacidad para los negocios. La Gasea sólo consintió en emprender la tarea a condición de que se le concedieran poderes ilimitados, incluso el derecho de mandar a España al virrey. El Consejo de Indias, sin decidirse del todo, transfirió la petición al emperador, entonces en Nápoles, el cual concedió enseguida a La Ga-

sea los poderes que pedía. Se le autorizó expresamente para suspender la aplicación de las Nuevas Leyes. La Gasea renunció a un obispado y no quiso aceptar salarios ni acompañamiento armado. Le bastaba, dijo, con su espada y su breviario, lo mismo que Blasco Núñez había exclamado: «Me bastan mi capa y mi espada».

Sólo entre españoles son posibles y verosímiles los acontecimientos que siguieron. En julio de 1546, precisamente cuando Gonzalo Pizarra entraba en Lima, desembarcó La Gasea en Santa Marta, en el litoral norte de Nueva Granada (ahora Colombia), donde le comunicaron la muerte del virrey y la arrogación por Gonzalo de un poder absoluto. Entonces La Gasea embarcó para Nombre de Dios, donde el lugarteniente de Gonzalo no puso obstáculos a un sacerdote que venía en son de paz, y al ver estampado en su comisión el sello real, le reconoció como gobernador y aceptó el perdón real. Unos tres meses más tarde llegaba Aldana a Panamá, despachado por Gonzalo con una misión para las autoridades españolas. Aldana no pasó el istmo, convencido de que ser leal a la corona era someterse a La Gasea. Persuadir a Hinojosa, que mandaba 22 barcos anclados en Panamá, no era fácil labor. Pero, finalmente, en noviembre de 1546, La Gasea se conquistó la armada por pacíficos y diplomáticos procedimientos, y consiguió de este modo el dominio del mar. La Gasea procedió entonces a reunir fondos y tropas, y, por último, en febrero de 1547, gastado medio año en asegurar cautelosamente su posición, envió a Aldana —en un principio delegado de Gonzalo en Lima— para que navegara al sur del Perú con cuatro buques. El camino le había sido preparado por un reparto de proclamas y por una carta de La Gasea a Gonzalo, perdonándolo si se sometía.

Aldana encontró una buena acogida como nuncio de La Gasea. Gonzalo, sintiendo que el poder se le escapaba de las manos, abandonó Lima al frente de un cuerpo de 1.000 soldados, «tan buenas tropas como cualquiera de las de Italia». Pronto tenía sólo 500. Los desertores se marchaban a Cajamarca, siguiendo órdenes de Aldana, para esperar allí la llegada de La Gasea. Gonzalo se retiró a Arequipa y resolvió marcharse a Chile, abandonando el Perú; pero el camino estaba interceptado

por Centeno, que de nuevo se había levantado en armas, con fuerzas que doblaban a las de Gonzalo. El ejército de Gonzalo y el de Centeno se enfrentaron en las playas del lago Titicaca, y gracias al hábil empleo de los arcabuceros por Carbajal, fueron derrotadas las tropas de Centeno en la sangrienta batalla de Huarina (26 de octubre de 1547). Pizarro, victorioso una vez más, dio de lacio a su intención de irse a Chile y ocupó Cuzco, dispuesto ahora a retener o recobrar el Perú. La Gasea, acampado en Jauja, estaba confiado en la certeza de la derrota de Gonzalo y no se hallaba aún preparado para la lucha. Empleó cinco meses en que sus hombres descansaran y en conseguir refuerzos. Durante estos meses de tregua, Carbajal, como campo maestre de Cuzco, era incansable en proveer a las necesidades del ejército de Gonzalo. Día y noche se le podía ver yendo de un lado a otro de la ciudad, en su gran mula rojiza, hablando con los soldados a su paso. «Andaba siempre en una mula crecida, de color entre pardo y bermejo; a todas horas del día y de la noche le topaban sus soldados haciendo su oficio y los ajenos; y les decía: «Lo que hoy pudieres hacer, no lo dejes para mañana»; y si le preguntaban cuándo comía y cuándo dormía, respondía: «A los que quieren trabajar, para todo les sobra tiempo».

Comenzaba el mes de marzo de 1548 cuando La Gasea avanzaba hacia Cuzco con su ejército de 2.000 hombres, la mayor fuerza que había podido reunirse hasta entonces en el Perú. Un mes después, tras angustiosas demoras causadas por el intensísimo frío de las alturas y el vadeo de ríos, donde los puentes de cuerdas se rompían, iban sus partidas exploradoras encontrándose —amigablemente unas veces y de mala manera otras— con los destacamentos de Cuzco. Ante la proximidad de La Gasea, Gonzalo, que estaba perdiendo hombres día a día por deserción, salió al encuentro del ejército real y acampó en Sacsahuana (o Xaq uixaguana), a cinco leguas de la ciudad. Cuando se colocaban sus armamentos en su tienda a la mañana siguiente, murió a su lado un paje suyo de un cañonazo. Cuando Carbajal vio al ejército enemigo, exclamó: «O es el Diablo o Pedro de Valdivia quien está allí». Adivinó bien: Valdivia, veterano de Italia como él mismo, estaba allí, pues vino al Perú a

ofrecerle sus servicios y también a reclutar gente para la empresa chilena.

Gonzalo hizo avanzar despacio sus tropas buscando las ventajas del terreno. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, se separó de las filas con cualquier pretexto, y galopó directamente en dirección del ejército opuesto, acompañado o seguido por algunos otros caballeros, y fue recibido con un abrazo por La Gasea. Entonces siguieron este ejemplo escuadrones enteros, y no hubo batalla. Los soldados de Gonzalo dese1taron o huyeron, y el jefe rompió su lanza sobre los fugitivos de sus propias tropas. Por último, entregó su espada a un oficial y fue conducido prisionero ante La Gasea. Carbajal intentó escapar; pero su caballo, con su corpulento jinete, se empantanó en un charco, y Valdivia llevó al fugitivo en presencia de La Gasea. Los hombres que él había insultado o maltratado se agolpaban a su alrededor para matarle. En el mismo día se constituyó un tribunal. Gonzalo fue condenado a la decapitación y Carbajal al descuartizamiento[1]. Al día siguiente se ejecutaron las sentencias. De los cinco hermanos que habían partido dieciocho años antes de Extremadura para conquistar un gran imperio, sólo sobrevivía uno, prisionero en una fortaleza de España. Podemos preguntarnos si tal historia de una familia podría darse entre otros europeos que no fueran los españoles.

Ocho o nueve individuos más fueron ejecutados a la vez. Al día siguiente, el ejército victorioso, en su marcha hacia Cuzco, fue recibido con aclamaciones generales. Se constituyó otro tribunal en la ciudad y se administró severa justicia, pues La Gasea, aunque nada tenía de cruel, comprendió que la lenidad ante una rebelión armada sería peligrosa. Muchos de los rebeldes fueron ejecutados; otros azotados, enviados a las galeras o desterrados del Perú. Se concedió una amnistía de culpas criminales a los que habían servido al rey en la reciente campaña y se encontró empleo adecuado para los espíritus ambiciosos o turbulentos, enviándolos a varias expediciones, entre ellas una despachada a la región del Tucumán, hacia el Río de la Plata, bajo el mando de Núñez del Prado, uno de los capitanes que se habían pasado de las filas de Gonzalo al ejército real antes de Sacsahuana. Valdivia partió para su gobierno, llevándose a Chile muchos

soldados. Otros fueron destacados para ampliar los confines de lo conquistado en guarniciones fronterizas y en frecuentes entradas.

Las encomiendas de todos los culpables se confiscaron, y sirvieron, con muchas otras encomiendas que habían quedado vacantes por muerte, para recompensa a los leales. Era imposible atender todas las peticiones, pero La Gasea, retirándose a un lugar apartado con uno o dos consejeros, se dedicó durante tres meses a esta tarea, asignando las encomiendas vacantes a los que se distinguieron por notables servicios y requiriendo a estos beneficiarios para que contribuyesen a la creación de un fondo para recompensa a la soldadesca.

Realizada tan difícil tarea, La Gasea se trasladó a Lima, donde le salió a recibir toda la población, y entró en la ciudad precedido por bailarines, que simbolizaban con sus alegres vestimentas las diferentes ciudades del Perú. Durante quince meses presidió la Audiencia trabajando en la reforma de su administración. Su informe a la corona referente al maltrato de los nativos confirma las citas que hicimos de Cieza de León. El tributo por cabeza que tenían que pagar los indios (el único tributo que pagaban) quedaba ahora fijado en una moderada cantidad. Era imposible abolir por completo el trabajo forzado, pero se limitó y reguló cuidadosamente. La administración de justicia y la hacienda mejoraron mucho, y la paz se celebró con la fundación de la ciudad de Nuestra Señora de la Paz, cerca de la playa meridional del lago Titicaca, ahora capital de la República de Bolivia.

Unos tres años después de su llegada, en diciembre de 1549, La Gasea entregó la administración de la Audiencia, y se embarcó para España en medio del general pesar, rehusando ricos regalos que le ofrecieron tanto los jefes indios comarcanos como los mismos españoles, pero portador de grandes riquezas para la corona, en gran parte debidas al quinto real de las minas del Potosí y de otras minas de Charcas. Recibió una agradecida acogida en la Península y empleó los restantes diecisiete años de su vida —hasta su muerte a los setenta y tres años—- como obispo de Plasencia al principio y luego de Sigüenza.

Unos veinte meses después de haber partido La Gasea, Antonio de Mendoza, que había sido durante quince años virrey de Nueva España, llegó a Lima como virrey del Perú. Termina la tormentosa historia del Perú con este establecimiento de un gobierno regular que se mantuvo durante cerca de tres siglos bajo una larga cadena de virreyes y oidores. Es cierto que a los dos años estalló otra rebelión, conocida por la sublevación de Girón, provocada por el asunto del trabajo indio. Pero este levantamiento no causó ningún perjuicio a la conquista ni fueron vencidas por él las fuerzas leales al gobierno; de modo que puede considerarse como un episodio molesto de la primitiva historia del Perú, desde entonces el más rico de los dominios españoles.

[1] La Gasca dice sencillamente en su informe oficial: «carbajal fue descuartizado», como se dice en otros relatos; pero tres historiadores contemporáneos afirman que fue ahorcado o decapitado antes de ser descuartizado.

XXIII.
CHILE (1540-1558)

> Es el reino de Chile de la manera de una vaina de espada, angosta y larga. Tiene por una parte el mar del Sur y por la otra la cordillera Nevada, que lo va prolongando todo él; y es la tierra de tan buenos aires y tan sanos que no se ha visto enfermar nadie por ellos.
>
> MARMOLEJO
>
> Tendrá del Este al Oeste de angostura cien millas, por lo más ancho tomado.
>
> ERCILLA

No prometía en vano Pedro de Valdivia cuando escribía al rey que conquistaría y colonizaría para él extensas tierras. Hasta entonces la conquista española había permanecido confinada por los trópicos. Valdivia la llevó más allá, a la zona templada meridional, y en este nuevo avance desplegó no sólo una inquebrantable firmeza y destacadas dotes de caudillo, sino también la astucia (no siempre muy escrupulosa) de un veterano, además de ciertas cualidades de la vida diaria, que hacían de él una de las figuras más entretenidas y familiares entre los conquistadores.

Pedro de Valdivia, veterano de las guerras italianas, maestre de campo en la batalla de las Salinas, «hombre de elevados pensamientos», consiguió de Pizarro en abril de 1539 que se le confiara, como lugarteniente del Marqués, la conquista del reino de Chile. Surgieron dos obstáculos: la expedición de Almagro había dado a Chile tan mala fama, que «todos huían como de la peste y muchas personas cuerdas me tomaron por loco»; además, el caudillo de una expedición tenía que costearlo todo a sus expensas, y Valdivia no era rico. Pero un mercader rico le ayudó, y después de los debidos preparativos, partió de Cuzco en enero de 1540 con unos 150 españoles de a pie y a caballo, un millar de indios, una manada de cerdos y algunas yeguas. Sus aventuras nos han quedado relatadas en sus propias cartas al rey, al Consejo de Indias y a Hernando Pizarra (al cual suponía, equivocadamente, gozando de la más alta estimación en la corte), y también en una breve y sincera historia de Mannolejo, un soldado que sirvió durante toda la conquista. El famoso poema de Ercilla *La Araucana* es un documento de gran valor sobre el

carácter de la guerra chilena y las últimas fases de la conquista; pero Ercilla, caballero de noble cuna, que había sido paje en el casamiento del príncipe Felipe con María Tudor, fue a Chile después de la muerte de Vald ivia, y narra la labor de éste brevemente y con muchas omisiones. Cunninghame-Grahm ha hecho accesible esta epopeya a los lectores ingleses en sus libro *Pedro de Valdivia, conquistador de Chile*, en el cual aparecen traducidas al inglés las cuatro cartas más importantes de Valdivia.

La anterior experiencia de Almagro por las montañas le indujo a tomar el camino costanero: «Tardé en el camino once meses —-escribe—, y fue tanto tiempo por el trabajo en buscar las comidas, que nos las tenían escondidas, de manera que el diablo no las hallara». Después de llegar por fin a la tierra habitable del norte de Chile, recorrió despacio 100 leguas al sur de Copiapó, y después de un cuidadoso examen escogió un lugar admirablemente situado para una ciudad en un hermoso valle, a unas 15 leguas de un puerto muy conveniente (llamado luego Valparaíso), a una latitud de 33,5º Sur, con el clima de Europa meridional. Aquí planeó en febrero de 1541 las calles rectangulares, con solares destinados a la iglesia, al Ayuntamiento y a la cárcel, asignando un solar a cada vecino dentro de la ciudad y distribuyendo en encomiendas los indios que habitaban cada distrito. Instalado el *rollo*, o árbol de la justicia, en el centro de la plaza, Valdivia juró sobre la cruz de su espada defender la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo como un caballero hijodalgo. Después explicó a los indios que Su Majestad le había enviado a poblar la tierra y hacer que los indios sirvieran a los cristianos, «y que habíamos de perseverar para siempre, y porque por haberse vuelto Almagro le mandaron cortar la cabeza (política y cómoda versión de aquel suceso); por tanto, que me hiciesen casas primeramente para Santa María y para los cristianos que conmigo venían y para mí, y así las hicieron en la traza que les señalé». Éste fue el germen de una ciudad grande y hermosa, hoy capital de la República de Chile. Encontrándose con que los nativos, instigados por emisarios del inca Manco, estaban devastando su propio país con tal de hacer morir de hambre a los invasores, Valdivia almacenó «tanta comida, que bastaba para nos sustentar dos años porque había grandes semente-

ras, que es esta tierra fertilísima de comidas; porque, si algo hiciesen, no faltase al soldado de comer, porque con esto se hace la guerra»: Pronto hubo novedades: los indios hablaban de matar a los cristianos. «Nos decían que nos habían de matar a todos como el hijo de Almagro había matado en Pachacamac a Lapomocho, que así nombraban al gobernador Pizarro.» Algunos indios, sometidos a tortura, confesaron la verdad de las noticias un mes antes de que el suceso se produjera efectivamente. Por tanto, ya que la misión de Valdivia como lugarteniente había terminado con la supuesta muerte del jefe, el cabildo citó a los principales vecinos para formar un *cabildo abierto*, popular institución medieval española ya anticuada en la Península, pero resucitada en América por la sensata iniciativa local de los conquistadores. Como la ciudad no poseía todavía un campanario, los ciudadanos eran llamados a los sones de una campana de las empleadas para el ganado. Esta asamblea cívica de la capital nombró a Pedro de Valdivia capitán general y gobernador del reino de Chile, pendiente de la decisión real. Tras haber dado decentes muestras de que le parecía excesivo el nombramiento, aceptó el cargo como había hecho Cortés en Veracruz veinte años antes.

Pero la noticia de la muerte de Almagro, aunque prematura, sembró la intranquilidad entre los españoles. Valdivia, dejando a Monroy, hábil y valiente capitán, al mando de Santiago, marchó a la costa, al lugar donde hoy se halla el gran puerto de Valparaíso, para construir un barco que le permitiese comunicarse con el Perú, ya que entonces —como en nuestros días— ha sido el mar el medio de comunicación más conveniente entre ambos países. Tuvo que volver a Santiago, avisado por un mensaje de Monroy, porque sabía de una conspiración con criminales propósitos entre la facción almagrista. De regreso a la capital, el gobernador ahorcó a cinco cabecillas. «Por la necesidad en que estaba —escribe él mismo— ahorqué cinco, que fueron las cabezas, y disimulé con los demás.» El destacamento que había permanecido en la costa, descuidando imprudentemente las precauciones necesarias, fue atacado por los indios hostiles, y sólo dos pudieron escapar a Santiago.

El incidente sirvió a la vez para probar y para estimular el odio que animaba a la población nativa. Este odio estalló pronto peligrosamente. Medio año después de la fundación de Santiago —mientras Valdivia estaba ausente en una expedición con el grueso de las fuerzas— asaltaron los indios la capital. La guarnición, de 50 hombres, se defendió en un recinto rodeado de vallas, que formaba una especie de fuerte dentro de la ciudad. El capellán, padre Lobo, se portó bravamente en la batalla, y una mujer llamada Inés Suárez, la amante de Valdivia, que había sufrido todas las penalidades de la expedición, no se destacó menos, ya que por idea suya, y en parte de su propia mano, fueron decapitados siete jefes nativos que tenían en la ciudad como rehenes, y sus cabezas fueron arrojadas entre los asaltantes para sembrar pánico. Este hecho es un mito. El mismo Valdivia lo cuenta elogiosamente en el documento por el cual concedió una encomienda a Inés para recompensarla por su señalado servicio que, según declara él, salvó la vida a la guarnición, ya que de escapar los jefes indios hubieran perecido todos los españoles. Lo que no cuenta es el detalle, muy probable, de que se arrojaron las cabezas cortadas entre las filas de los asaltantes.

Finalmente, Monroy hizo una salida con 30 jinetes y puso en fuga a los indios; pero todos los españoles habían resultado heridos y cuatro muertos, así como 23 caballos; y la ciudad, de techos de paja, fue incendiada con todo lo que contenía. «Quemaron toda la ciudad —dice Valdivia—, sin quedar una sola estaca: no quedamos sino con las armas y con los andrajos que teníamos para la guerra, y dos porquezuelas y un cochinillo y un pollo y una polla, un poco de maíz y hasta dos almuerzas de trigo.» Y añade con sencillez: «Reedifiqué la ciudad e hicimos nuestras cosas, y sembrábamos para nos sustentar, y no fue poco hallar maíz para semilla, y también hice sembrar las dos almuerzas de trigo y de ellas se cogieron aquel año doce hanegas, con que nos hemos sustentado». Valdivia despachó para el Perú a cinco jinetes con todo el oro que se pudo. Para hacerlo más fácil de transportar fabricaron con el oro puños de espada, dos copas y seis pares de estribos, mientras que con el hierro se forjaron herraduras y clavos, pues el hierro, desconocido para los nativos, era la mercancía que más escaseaba en el Nuevo Mun-

do. Nada se supo de Monroy por espacio de dos años, dos años de miseria y esfuerzo en Santiago, la mitad de los hombres trabajando y la otra mitad guardando las cosechas noche y día.

Valdivia era a la vez «geométrico en trazar y poblar, alarife, labrador y gañán, mayoral y rebadán en hacer criar ganados». Por vez primera en la historia de la conquista se veía obligado un conquistador español a hacerse colono por algún tiempo, empuñando el arado y la azada con sus propias manos, en vez de limitarse a vivir del trabajo de los campesinos sometidos. Valdivia repara luego, como si se tratara de una curiosa novedad, en que tuvieron que enganchar caballos a los arados porque no tenían bueyes. Durante los dos años que estuvo fuera Monroy, vagaban como fantasmas y «los indios nos llamaban Cupais, que así nombran a sus diablos, porque a todas las horas que nos venían a buscar (porque saben venir de noche a pelear nos hallaban despiertos y, si era menester, a caballo… para que S. M. sepa que no hemos tomado truchas a bragas enjutas, como dicen».

Entretanto, Monroy y sus cinco hombres, caminando hacia el Norte con estribos de oro, fueron asaltados en Copiapó por los indios, instigados, según se creía, por un español indianizado, un rezagado de la expedición de Almagro, que había vivido seis años entre los indígenas y ahora los empujaba contra sus propios compatriotas. Cuatro de los jinetes españoles perecieron; Monroy y un compañero fueron retenidos vivos como prisioneros, gracias al favor de una cacica india, al decir de una romántica historia. Los dos cautivos se ofrecieron a dar lecciones de equitación al cacique. Al cabo de algunos meses Monroy consiguió herir a su discípulo durante una de las lecciones, y con su compañero huyó al galope en dirección del Perú. Una vez en Cuzco, fue muy bien recibido por Vaca de Castro, el cual acababa de obtener la victoria de Chupas. Cuando se supieron los primeros éxitos de Valdivia y los apuros por los que pasaba, un grupo de amigos reunió fondos y se despachó un barco para Valparaíso con víveres, pertrechos y 20 soldados, el cual, llegado en septiembre de 1543, había de encontrar a Valdivia y los suyos vestidos de pieles y sufriendo la más extrema necesidad.

Monroy, por su parte, se dirigió a la ciudad de Santiago, tres meses más tarde, a la cabeza de 60 jinetes reclutados en el Perú. Gracias a este socorro se salvó Chile, y de entonces en adelante pudo progresar. A intervalos llegaban buques y hombres del Perú, entre ellos un piloto genovés llamado Pastene. Valdivia, que pronto reconocía el mérito y la lealtad, le nombró jefe de su armada y le envió a explorar por el Sur, con la esperanza de añadir a los dominios del emperador y a su propio gobierno toda la tierra que se extendía entre el estrecho de Magallanes y el mar del Norte, y de abrir una ruta marítima desde España a la costa pacífica, lo cual no se realizó hasta el siglo XVIII. Al mismo tiempo, Villagrán, el maestre de campo, de noble alcurnia y muy aficionado a la guerra, partió por vía terrestre para explorar el Sur. Mientras tanto, se fundaba en dirección opuesta la ciudad de Serena (1545) —llamada así por el pueblo extremeño en que nació Valdivia—, en el valle de Coquimbo, para asegurar el paso al Perú «y porque las personas que allí envié fuesen de buena gana les deposité indios que nunca nacieron, por no decirles habían de ir sin ellos a trabajos de nuevo, después de haber pasado los tan crecidos de por acá».

Cuando Valdivia escribió sus primeros informes a España en septiembre de 1545, las cosas iban bien. Parecía que los indios se habían cansado ya de la guerra; «se cogerán de aquí a tres meses por diciembre, que es el medio del verano, diez o doce mil hanegas de trigo, y maíz sin número; y de las dos porquezuelas y cochinillo que salvamos cuando los indios quemaron la ciudad hay ya ocho o diez mil cabezas, y de la polla y el pollo tantas gallinas como yerbas». Pero entre los 200 españoles instalados entonces en Chile había algunos descontentos. Inés Suárez solía declarar abiertamente que el que necesitase algún favor de Valdivia se dirigiera a ella. Más interesante, por lo que aclaran los métodos colonizadores de los españoles, es una petición presentada al gobernador por 60 vecinos de Santiago en 1546, quejándose de que los indios que les habían sido asignados en encomienda eran demasiado pocos; que el terreno asignado a la ciudad, que se suponía de 80 leguas de longitud, tenía sólo 36 leguas de largo y 14 de ancho; que la población nativa era inferior a la calculada y que había quedado diezmada con la guerra;

que algunas encomiendas consistían sólo en un centenar de indios, varias de 50 y las había que no pasaban de 30, lo cual no bastaba para mantener a un hombre con caballo y armas; que había vecinos en el Perú que poseían individualmente 2.000 y eran señores de un territorio mayor que toda la circunscripción de la ciudad de Santiago. Valdivia accedió a la petición aumentando el territorio de la ciudad y reduciendo el número de encomenderos de 60 a 32, con lo que incrementaba el número de indios correspondientes a cada encomienda. Entre los 32 encomenderos enriquecidos se contaron Inés Suárez y el padre Lobo. No se sabe hasta qué punto se cumplió la promesa a los 20 desposeídos. Quedaron muy descontentos, pero la reforma se llevó a cabo sin trastornos.

En septiembre de 1547 el leal Pastene, que había partido al Perú con una misión, volvió a Valparaíso trayendo un refuerzo de 20 hombres y las noticias de la usurpación de Gonzalo y la llegada de La Gasea. Valdivia, a pesar de su amistad con los Pizarros, se decidió al instante a ofrecer sus servicios a La Gasea —lo que no sólo constituía un acto de lealtad, sino también un prudente movimiento político—. Al embarcarse en Valparaíso, realizó una formidable broma práctica; hizo creer que cuantos quisieran marchar al Perú podían hacerlo en el buque en que él partía, y que se llevaran todo el oro que poseyeran. Valdivia los invitó a un banquete, antes de zarpar, en la playa, y luego, dirigiéndose al navío en una lancha, dejó en tierra a los propietarios del oro, mientras él se iba al Perú con el precioso metal. Villagrán, su delegado, recibió órdenes suyas para indemnizar debidamente a aquellos individuos. Uno de ellos se volvió loco; otro, que era corneta, después de tocar en son de burla una tonada popular, rompió su instrumento para quedarse sin nada absolutamente, gesto típicamente español y romántico, que recuerda lo que se contaba, tres siglos después, del poeta Espronceda, el cual, al ir llegando a Lisboa, arrojó al agua las únicas dos pesetas que poseía, ya que le parecía incongruente entrar en una ciudad tan grande con una cantidad de dinero tan pequeña.

Valdivia se unió a La Gasea en febrero de 1548 con unos 10 jinetes, pues lejos de estar en condiciones de prestar ayuda, su

idea era reclutar hombres para Chile, pero La Gasea, según palabras de Valdivia, «dijo que más se holgaba con mi persona con venir a tal coyuntura que con 800 hombres los mejores de guerra que pudieran llegar». Y, en efecto confió al veterano Valdivia la dirección de una gran parte de sus huestes. Además, después de la victoria de Sacsahuana, confirmó a Valdivia de gobernador de Chile, con un gobierno que se extendía hasta los 41º de latitud Sur y 100 leguas tierra adentro. Esta última concesión sirvió a Valdivia para reclamar como de su jurisdicción el territorio que se extiende al este de los Andes, ahora República Argentina, aunque de hecho llevó sus fronteras mucho más allá del límite de las 100 leguas. Apenas llegado del Perú, tuvo Valdivia que acudir a Lima, llamado por La Gasea, para responder de los cargos que le hacían algunos de los hombres despojados de su oro por él en Valparaíso, los cuales se habían dado maña para ir al Perú a la zaga de su despojador. Después de una investigación, de la que ha quedado el proceso escrito, se le permitió volver a su gobierno, pero con la obligación de pagar sus deudas en Chile, permitir marchar a los que quisieran abandonar el país, ser justo en la concesión de encomiendas y romper relaciones con Inés Suárez, la cual debía abandonar el país, a menos que se casara en un cierto tiempo. Debemos anticipar aquí que la dama se decidió por el matrimonio, y se caso con un capitán llamado Quiroga, que llegó a ser gobernador de Chile después de la muerte de su esposa. Valdivia se unió, a su vez, con su esposa, que había dejado en España hacía diez años.

De regreso a Chile, en la primera parte del año 1549, con 90 hombres, Valdivia halló la ciudad de Serena en ruinas y a sus 43 habitantes muertos en un importante levantamiento indio que se había extendido por el norte de Chile. Pero el restablecimiento no se hizo esperar. Esta rebelión había sido apaciguada ya por Villagrán, y en agosto de 1549 se inició la reconstrucción de Serena, dirigida por un forzudo y dominante capitán, Aguirre, el cual fue luego, bajo la autoridad de Valdivia, gobernador de todo Chile septentrional y de los valles situados más allá de los Andes y que hoy forman parte de la Argentina.

Los tres años siguientes (1550-1553) fueron una época de confiado avance, de fundación de ciudades y, en apariencia, de

grandes éxitos, no sólo en Chile propiamente dicho, sino también del otro lado de los Andes, pues Villagrán, tras regresar de un viaje de reclutamiento por el Perú, tomó por el camino de Tucumán en dirección Sur y se encontró con que un capitán rival, Núñez del Prado, enviado por La Gasea, había fundado una ciudad, conocida más tarde por Santiago del Estero, la ciudad más antigua de la República Argentina. Villagrán, por la sola fuerza del número, afirmó su autoridad sobre el intruso (así lo consideraba él) y le permitió quedarse al mando de la nueva ciudad como subordinado de Valdivia. Continuando su marcha en dirección sur, Villagrán llegó a los alrededores de lo que hoy es la ciudad de Mendoza, y desde allí caminó por un sendero indio, que nunca hasta entonces había sido pisado por hombres blancos, subiendo al paso de Uspallata, a 12.000 pies de altura y bloqueado por la nieve durante la mitad del año, camino que después se convirtió en la vía ordinaria de comunicación entre Chile y la Argentina. Luego de esta asombrosa marcha en circuito, se reunió, finalmente, con su jefe en Santiago. La tierra de la que Almagro regresó decepcionado era para Valdivia fértil, sana y rica.

En una serie de campañas avanzó hacia el Sur el dominio español, a la vez que se afirmaba con la fundación de ciudades y fortalezas. La descripción de un fuerte por Valdivia puede servir de ejemplo: consistía en un muro de once pies de altura y unos cinco pies de espesor, construido de adobes. El fuerte era, por tanto, un lugar cerrado, que contenía los cuarteles construidos para la pequeña guarnición, rodeados por una muralla bastantemente levantada, pero de fácil defensa para los españoles contra el ataque a pie de los salvajes, que sólo tenía armas primitivas y no estaban habituados a ninguna clase de fortificaciones. En la ribera norte del río Biobio, el más ancho de los muchos ríos de coito curso que atraviesan la región situada entre los Andes y el Pacífico, se construyó un fuerte, y aquí se fundó, en octubre de 1550, la ciudad de Concepción, que había de convertirse en capital del Sur y rival de Santiago; y entre sus vecinos, siguiendo la costumbre, se repartieron los indios.

En los dieciocho meses que siguieron se fundaron otras cuatro ciudades más al Sur, incluyendo Imperial, en la costa, y Val-

divia, en una hermosa comarca llena de bosques, cruzada por un río, que proporciona un puerto muy conveniente a dos leguas de distancia. Valdivia escribe al rey que por la navegación del estrecho de Magallanes se hacía dueña la monarquía española de todo el territorio bañado por el mar del Sur y quedaba en su poder todo el comercio de especiería. Cuando, a principios de 1553, penetró un navío en el estrecho de Magallanes por la parte del pacífico (aunque sin llegar al Atlántico), Valdivia creyó que se acercaba la hora de añadir a los dominios del emperador y a su propio gobierno toda la parte meridional del Continente, del uno al otro Océano. Con una discreción no corriente entre los conquistadores, prohibió la extracción de oro, en un principio, de estas nuevas colonias. La labranza y la cría de ganados debían preceder al precario negocio de buscar metales preciosos.

No obstante, el descubrimiento de arenas auríferas (1552) en un río próximo a Concepción deslumbró al conquistador de Chile y le hizo concebir esperanzas de llevar oro por el estrecho de Magallanes, uniendo de esta forma el Este con el Oeste. Había ahora 1.000 hombres en Chile, distribuidos entre seis ciudades, tres puertos y varios fuertes; cantidad pequeña, al parecer, para conservar 1.000 millas de país conquistado; pero no hay que olvidar que los reducidos grupos de españoles iban acompañados por servidores indios, la mayoría de ellos procedentes del Perú, los cuales servían, por lo general, fielmente a sus amos y se complacían en la persecución y matanza, que eran epílogo de las victorias, pues una larga tradición india imponía un vínculo considerado sagrado por los incas entre cautivo y cautivador, entre amo y esclavo. Un conquistador ha apuntado que ir de guerra sin los auxiliares indios era tanto como ir de caza sin perros. Además, los caballos, ahora en número muy crecido, aún causaban pavor a los nativos. Conforme las armas españolas se abrían paso hacia el Sur, se les presentaban nuevas guerrillas, y nunca salían vencidos. Después de una victoria (la batalla de Andalién), Valdivia cortó la mano derecha y la nariz a 400 prisioneros y los dejó que regresaran a sus hogares, después de advertirles que en aquello consistía el castigo por rebelarse. El castigo resultó contraproducente. Las belicosas tribus del Sur

comenzaron a dar de lado a sus mutuas diferencias y a unirse contra los cristianos invasores con el odio común de aquellas fortalezas y ciudades y se negaron a ser tratados como vasallos y sujetos a trabajos forzados. Tres fortalezas fueron construidas en el Sur por Valdivia, separadas una de otra por una distancia de ocho leguas, y se llamaban Arauco, Tucapel y Puren; pero no defenderlas sus escasas guarniciones. En diciembre de 1553, comenzando el verano, Valdivia partió de Concepción para Tucapel con 40 jinetes, con objeto de pacificar el país, ordenando al jefe de Puren que le saliera al encuentro con 14 caballos. El fuerte de Tucapel estaba en ruinas, y avanzando para castigar a los audaces rebeldes encontró Valdivia en su camino el brazo cortado de un hombre blanco. Avisado por su criado indio de que debía retroceder, se negó a hacerlo, ya que no sabía lo que era una derrota.

Pero ahora, por primera vez en la historia de estas conquistas españolas, aprendieron los indígenas cómo valerse de su gran número. Estaban sentados los caciques en círculo, sosteniendo el debate habitual antes de entrar en batalla, cuando se levantó un joven indio llamado Lautaro, el cual había servido a Valdivia de lacayo y se había escapado, y se dirigió a ellos, diciéndoles que los cristianos eran mortales, y también los caballos, y que los caballos se fatigaban pronto con el calor (era entonces Navidad; esto es, pleno verano) y que el mismo Valdivia no era más que un hombre. Se limitó a aconsejarles que, además de sacar las ventajas que pudieran del suelo, inadecuado a la caballería, debían formar un sistema de reservas, no sólo una, sino varias. Se habían de formar, uno detrás de otro, doce escuadrones; el primero, una vez deshecho, se retiraba y volvía a formarse detrás de los otros. De esta manera la caballería española llegaría al agotamiento por combates sucesivos con una interminable sucesión de escuadrones, y cuando los caballos se cansaran, él (Lautaro), que entendía de caballos, daría una señal para el ataque en masa. Los indios comarcanos cortarían, mientras tanto, a los españoles todas las retiradas. El plan dio resultado: los 40 jinetes, impedidos primero por un terreno cenagoso y luego exhaustos por una serie de combates, fueron aplastados por la masa india. El mismo Valdivia, seguro en su caballo, podía qui-

zá haber escapado, pero no quiso abandonar a su capellán, que iba con él. Ambos cayeron prisioneros y fueron conducidos al campamento indígena; Valdivia, más que conducido, arrastrado, pues se había puesto muy corpulento, y allí fueron condenados a muerte. Los 14 hombres que habían de unirse a los de Valdivia cayeron en una emboscada india; sólo escapó el capitán, herido, y un criado negro suyo.

Así terminó —en apariencia con el triunfo del joven indio— el duelo entre el gobernador español y su antiguo lacayo. Con la muerte de Valdivia parecía que se derrumbaba la columna fundamental de un arco que aún no estaba compacto. Villagrán, el maestro de campo, que tomó a su cargo el mando del Sur, sufrió otra derrota dos meses más tarde, también frente a Lautaro, que avanzaba triunfalmente hacia el Norte. Aterrados, los habitantes de Concepción huyeron a Santiago, abandonando su ciudad a la destrucción; sin embargo, con característica tenacidad española, las ciudades de Imperial y Valdivia, en el lejano Sur, se sostuvieron, y no se abandonó nunca del todo la tierra meridional, recientemente conquistad a. Algunos de los habitantes de Concepción volvieron a restaurar sus hogares arruinados; pero por segunda vez se vieron forzados a huir de la capital ante el ataque indio, dejando muchos muertos en la huida. Las pequeñas guarniciones de Imperial y Valdivia se mantuvieron durante tres años de lucha, incertidumbre y desastre.

Lo que ocurría era inevitable, pues Chile se hallaba sin gobierno reconocido. Un país que no cuente con un gobierno fuerte no puede guerrear, y el gobierno de Chile era objeto de disputas. El imperioso y terco Aguirre, dueño de Serena y de todo el Norte, no reconoció la autoridad de Villagrán, que trataba de gobernar el Sur. El tesorero Alderete, recto hombre de negocios, que no desempeñó en la conquista un papel espectacular, pero fue la mano derecha de Valdivia, había sido designado por éste como sucesor suyo caso de que algo sucediera. Pero Alderete se hallaba en España con una misión.

La Audiencia de Lima (pues por entonces estaba vacante el vicerreal trono del Perú) autorizó a los cabildos de Chile para que gobernaran al país. El resultado de este arreglo constitucional y al parecer prudente fue un breve ensayo, por completo

ineficaz, de cierta clase de gobierno parlamentario, en el que los diputados representantes de las ciudades se reunían en la capital y deliberaban juntamente con el cabildo de Santiago. Así no se podía guerrear.

Por último, Villagrán fue reconocido por la Audiencia de Lima (pero no por Aguirre) como gobernador interino, y en abril de 1557 consiguió una victoria decisiva sobre Lautaro, que pereció en la batalla. Alderete, que traía el nombramiento de gobernador de Chile firmado por la corona, murió cuando navegaba hacia América y fue enterrado en una isla del Pacífico, como cuenta su compañero el soldado-poeta-historiador Ercilla. En vista de ello, el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, que acababa de llegar, nombró gobernador de Chile a su hijo García Hurtado de Mendoza, que apenas contaba veinte años de edad, pero que ya se había entrenado en la guerra de Italia.

Hasta entonces los conquistadores habían emprendido sus expediciones principalmente a sus expensas; pero el virrey equipó para su hijo una expedición a expensas de la Tesorería de Lima. Una flota tripulada por 300 hombres partió para Chile con caballos, municiones y pertrechos. El nuevo gobernador entró en la ciudad de Serena, se alojó en la casa de Aguirre y citó desde allí a Villagrán, que estaba en Santiago. Entonces arrestó a los dos capitanes rivales y los envió por mar al Perú. Los dos capitanes fueron bien recibidos por el virrey, quien les consintió una libertad limitada. Villagrán sucedió luego a García Hurtado de Mendoza como gobernador de Chile por su nombramiento real y ejerció el cargo hasta su muerte, acaecida en 1563. Aguirre pudo volver a Chile septentrional y a la región que hoy constituye la Argentina del Noroeste, para continuar allí una pintoresca y activa carrera.

El joven García Hurtado llegó a Chile a principios de 1557, y causó un profundo descontento por su altanera arrogancia y por mostrar una marcada preferencia por los que venían con él del Perú, llegando incluso a insultar a los de Chile con vejatorias alusiones a sus ascendientes (Villagrán, por ejemplo, sólo llevaba el apellido materno). Pero los capitanes y las tropas a su mando cumplieron bien en las más difíciles circunstancias. Los

indios insurrectos, conducidos por el valiente y anciano Caupolicán —el cual había conseguido el cacicazgo por la prueba de acarrear una viga en sus hombros durante más tiempo que los otros competidores—, atacaron a García cerca de Concepción. Peleando a la defensiva, los españoles repelieron victoriosamente el ataque. En el curso de la escaramuza que siguió, García cortó a un cautivo las dos manos y le envió por delante con el mensaje de que trataría de igual modo a cuantos opusieran resistencia, pero que los que se sometieran podrían vivir en paz. Los indios, lejos de intimidarse con este ejemplo, se pusieron furiosos.

En noviembre de 1557 atacaron de nuevo al ejército español cuando se dirigía al Sur, yendo delante de todos ellos el mutilado agitando sus muñones ante sus compatriotas e instándoles a evitar un destino semejante portándose bravamente en la lucha. El valor de los indios se estrelló contra los caballos, ballestas, arcabuces y cañones, más poderosos que los que hasta entonces habían venido empleándose en aquellas guerras. Muchos cayeron muertos. Se hicieron 700 prisioneros y fueron ejecutados 10 jefes cautivos. Después, el gobernador cayó con sus tropas sobre los indios indefensos, cuando éstos se hallaban postrados en una de sus habituales orgías, e hizo entre ellos una carnicería. La resistencia de los indígenas, aunque no llegó a ahogarse por completo durante cerca de tres siglos, decayó extraordinariamente, en parte a causa de los estragos de las viruelas, y el joven gobernador marcó su victoria fundando la ciudad de Osorno a comienzos de 1558, a unas 20 leguas al sur de Valdivia.

Tres años más tarde (1561-1562), por encargo del gobernador, cruzaron unos expedicionarios la cordillera por pasos de 12.000 pies de altura con objeto de fundar las ciudades de Mendoza —llamada así por el apellido del gobernador— y San Juan, creando de esta manera, al este de los Andes, una provincia que formó parte de Chile, bajo el nombre de Cuyo[1], por espacio de dos siglos y fue gobernada desde Santiago, aunque durante medio año la incomunicaban de aquella capital las alturas nevadas.

En el largo período de dominación española que siguió, el reino o capitanía general de Chile requería soldados del Perú y dinero de la Tesorería de Lima para atender a las necesidades de la incesante o intermitente guerra araucana; pero la fundación de Osorno marca el final de la obra de los conquistadores. El reino de Chile había tomado forma y pasaba a ser regido regularmente. Como hace notar el historiador chileno Amunátegui: «La obra de Valdivia permaneció de pie, y aunque había de sufrir aún serios choques, tenía en sí misma fuerza suficiente para resistirlos».

[1] Por otra parte, la provincia de Tucurnán, más apartada, fue separada de Chile por real decreto de 1553.

XXIV.
CHILE (1540-1558)

Donde hay abundancia de oro es, desde luego, innecesario recordar otras mercancías como objeto de comercio.

RALEIGII

No es posible relatar en orden cronológico la conquista de la mitad del Nuevo Mundo, pues los españoles avanzaban al mismo tiempo en varias regiones, en grupos que trataban de penetrar en el territorio por diferentes puntos, en busca de nuevos y más ricos reinos. Así, ya que las distantes fases de la conquista se ordenan, no de un modo cronológico, sino geográfico, hemos creído conveniente tratar consecutivamente, considerándolo como un gran movimiento, la historia completa de la conquista peruana, incluyendo sus derivaciones al Norte, esto es, Quito, y al Sur, lo sucedido en Chile, antes de volvernos a las regiones septentrionales de Sudamérica, para describir las hazañas que los españoles realizaron durante esos mismos años en aquella parte bordeada por el mar Caribe.

Por uno de esos extraños contrastes que diversifican a la historia de España, a la vez que el imperio español se extendía rápidamente en Norteamérica y mientras que los españoles establecían municipios a la manera española en las remotas regiones andinas, durante aquellos mismos años permanecían en su primitivo estado salvaje las más pequeñas islas indias occidentales, a dos o tres días de navegación de Puerto Rico, y los europeos no las habían pisado. En época tan avanzada como 1528, un tropel de caníbales de Dominica llegaron en sus piraguas a las costas de Puerto Rico, raptaron a un colono llamado Guzmán, junto con muchos de sus esclavos negros, y celebraron dos o tres fiestas caníbales en las islas vecinas. Un oficial muy capacitado, Sedeño, fue a «pacificar y colonizar» la fértil y hermosa isla de Trinidad. Con dos naves y 70 hombres desembarcó cerca de donde hoy está la capital de la isla. Por trueque con los indígenas consiguió víveres y algunas muestras de buena disposición por parte de ellos; pero cuando se le acabaron los destrales, los cuchillos y las tijeras, fue expulsado[1] de allí, y, en vez de abandonar prudentemente su empresa, construyó en la cercana tie-

rra firme de Paria un fuerte, en el que puso una guarnición de 50 hombres, y éste fue el comienzo de los trabajos que terminaron con su muerte.

Las actividades españolas en las contiguas provincias continentales de Paria y Cumaná tienen aún menos que contar. Los pescadores de perlas, jovial compañía de cazadores de fortunas —unos 300 cuando la pesquería de perlas estaba en su apogeo —, instalaron sus cuarteles en la estéril isla de Cubagua, a la que había que llevar —desde la vecina tierra firme— la leña y aun el agua, y este trabajo daba más provecho a los que lo hacían que a los rapaces e imprudentes pescadores el suyo. Las perlas se obtenían, en parte, de los indios de la costa, dándoles a cambio abalorios, y, en parte, con redes; pero, sobre todo, obligando a los esclavos a buscar y coger las ostras. Cuando se fue agotando la provisión de nadadores sacados de las Bahamas, los negreros españoles, considerando como caníbales a toda aquella gente y, por tanto, susceptibles de esclavitud, trajeron esclavos del contiguo Continente, donde tribus casi amigas —cuya amistad, sin embargo, había siempre que poner en duda—, ganadas por los regalos de alcohol y de utensilios de hierro, les ayudaban capturando a algunos miembros de tribus vecinas. El tráfico de esclavos constituía un negocio complementario del de la pesca de perlas, pues había una constante demanda de esclavos de Cubagua, ya que, como dice Castellanos,

De aquestos míseros captivos
eran pocos los que quedaban vivos,
y así, para quedar dos o tres hechos,
de la vida quedaban diez deshechos.

También salían cargamentos de esclavos de la costa de las Perlas para ser vendidos en las Grandes Antillas.

Pero si la costa caribe no era escenario de heroicas conquistas, sí lo fue de otra clase de heroísmo. En 1513, unos cuantos frailes dominicanos establecieron en la costa de Cumaná un pequeño monasterio, y en un principio entablaron amistosas relaciones con las tribus comarcanas; pero, sospechándose injustificadamente que estaban en connivencia con los cazadores de hombres que luego los vendían en la Española como esclavos, murieron a manos de los indignados nativos. En la misma costa

se fundaron cinco años más tarde dos monasterios, uno de dominicos y otro de franciscanos franceses, y los frailes lograron ganarse la confianza y amistad de los nativos, algunos de los cuales se ufanaban de llevar nombres españoles.

Pero en 1519, según dice Gómara, «se rebelaron y renegaron todos aquellos indios por su propia malicia o porque los echaban al trabajo y pesquería de las perlas». Todos los españoles que se hallaban en el Continente murieron, y los indios, sospechando otra vez —con igual error— dela complicidad de los frailes con los negreros, quemaron los dos conventos; dos dominicos, los únicos españoles que estaban por entonces en el convento, fueron asesinados cuando decían misa el domingo por la mañana. La mayoría de los franciscanos consiguieron escapar a Cubagua, donde encontraron a los pescadores de perlas que, llenos de pánico, se embarcaron para Santo Domingo, abandonando sus bienes en la isla. Cuando llegaron a Santo Domingo las noticias de este desastre, los oidores despacharon un cuerpo de ejército a las órdenes de Gonzalo de Ocampo para castigar a los indígenas, establecer una colonia en Cumaná y traer esclavos, pues en este caso se trataba evidentemente de «rebeldes». En este momento inoportuno, el filantrópico fraile Bartolomé de las Casas llegó a Puerto Rico, procedente de España, con un grupo de campesinos españoles emigrantes para llevar a cabo un plan de colonización en Cumaná. Había partido hacia España tres años antes para obtener la protección oficial a los indios. En la corte española encontró poderosas ayudas, gracias a su apasionada sinceridad y su poderoso celo religioso; venció la oposición de Fonseca y otros ministros y obtuvo una vasta concesión en la costa caribe, sin limitar tierra adentro. No iba a haber trabajos forzados ni «repartimiento» de indios. Sin embargo, con impulsiva inconsistencia, emprendió Las Casas la exploración de todas las minas y ríos que daban oro, la fundación de tres ciudades defendidas por fortalezas y el plan de someter a la obediencia del rey, en un plazo de tres años, 10.000 indios tributarios.

Aparte de estas persuasivas promesas y de algunos detalles quijotescos —50 «Caballeros de la Espuela Dorada» iban a financiar la empresa—, lo esencial del plan era un notable inten-

to de abrir una nueva fase en la expansión de Europa en ultramar: la fase de la colonización en el moderno sentido de esta palabra. Las Casas no reclutó a sus hombres, como otros caudillos, al son de las trompetas en las calles de Sevilla; los buscó en los campos cultivados, porque no habían de ser, como hasta entonces, soldados y aventureros, sino labradores que labrasen la tierra con sus propias manos y crearan industriosos hogares en el Nuevo Mundo. El defecto de este plan no estuvo en el propósito de establecer colonos agrícolas en las tierras trasatlánticas, sino en la creencia de que habría de hallarse una tierra apropiada en una costa tropical habitada por guerreros caníbales, a los que Las Casas —que nunca había visitado Cumaná— suponía tan dóciles y de fácil manejo como los habitantes de las Bahamas y de las Antillas septentrionales que él conocía. Una vez reunido un puñado de campesinos dispuestos a aceptar concesiones de terrenos en un nuevo país, con tal de escapar a las obligaciones feudales en España, partió del Guadalquivir Las Casas en noviembre de 1520 con rumbo a Puerto Rico. Allí se enteró de la reciente tragedia y vio la flota de Ocampo cuando ésta se dirigía a Cumaná a cumplir un programa de ahorcamientos, terrorismo y marca de esclavos. Como era claramente imposible conducir a pacíficos emigrantes a un escenario de contiendas y matanzas, Las Casas tuvo que presenciar cómo se dispersaban sus hombres por la isla de Puerto Rico, perdiendo toda posibilidad de reunirlos de nuevo. Su designio, impracticable de todos modos, a menos que sus compañeros «hubieran sido ángeles», se deshizo de esta manera en su comienzo por circunstancias incontrolables. Pero, lejos de reconocer su fracaso, Las Casas llevó sus quejas a Santo Domingo, instando a las autoridades a que hicieran algo, y, por último, se embarcó para Cumaná con unos cuantos partidarios, siendo recibido allí con salmos de bienvenida por los frailes franciscanos, que habían restaurado su convento; pero ni el sitio ni la clase de los colonos eran adecuados. La mayoría de ellos desertaron, y mientras Las Casas estaba ausente con una misión en Santo Domingo, esperando hallar remedio para tantos males, los indios cayeron sobre la colonia y la incendiaron, convento y todo. Casi todos los cristianos lograron escapar por el mar; algunos murieron a ma-

nos de los asaltantes. Una ciudad fundada por Ocampo un año antes había sido ya abandonada.

Los esfuerzos de Las Casas para inculcar a sus compatriotas métodos de colonización más suaves e industriosos merecen ser destacados en cualquier historia de la conquista. El estado en que se hallaba Cumaná cuando realizó aquellos esfuerzos era cosa fuera de su control, pero persistió en su idea bajo condiciones imposibles. Este devoto sacerdote, predicador apasionado, polemista acalorado, violento propagandista y entusiasta filántropo, se igualaba en valor y decisión con los más célebres conquistadores, pero carecía de las cualidades que caracterizan a un discreto caudillo. Al año siguiente se unió en Santo Domingo a la Orden dominicana y dejó grabado su nombre en la historia del imperio español como devoto misionero de Guatemala, como obispo de Chiapa en Nueva España y campeón de la libertad india en una vida de noventa y dos años.

Después de esta segunda sublevación india, salió de Santo Domingo con destino a Cumaná una segunda expedición de castigo, dirigida por un capitán llamado Castellón, que «pacificó» el país por los métodos habituales y volvió a ocupar la ciudad abandonada, conocida después por ciudad de Cumaná, que traza su historia desde aquella fecha (1521) y reclama para sí el título de la ciudad española más antigua en Sudamérica. Sin e mbargo, en 1522, treinta años después del viaje de Colón —el añoquetrajo la completa conquista del imperio azteca—, en la primera costa continental descubierta por los españoles se desarrollaba todavía, no tanto una ordenada colonización como la pesca de perlas y el comercio de esclavos. Los horrores de este comercio han sido descritos por Benzoni, emigrante italiano que tomó parte en una cacería de esclavos en 1541. Aunque en muy inferior escala, por la menor cantidad de perlas y de esclavos indios, continuó la caza de esclavos en Cumaná, así como en Veragua, hasta 1542, en que las Nuevas Leyes de Indias, al proclamar la libertad de los nativos, convirtieron aquel tráfico en un crimen y le pusieron fin.

La franja litoral que se extiende desde Cumaná al istmo —unas 1.300 millas midiendo longitudinalmente, aparte de las sinuosidades de la costa—, habitada por muchas tribus separa-

das, no presentaba unidad y no ofrecía campo propicio para una sola empresa conquistadora. La única posibilidad era la ocupación fragmentaria en diferentes puntos de la costa, que podían servir como lugares de partida para una gradual penetración en el interior, y esto iba a tardar, pues los españoles, por lo general, sólo se establecían cuando ya contaban con el trabajo de campesinos indígenas sometidos. Ojeda se había ganado la hostilidad de los nativos en su desafortunada tentativa de 1509 por su agresividad, y Pedrarias asoló Santa Marta en 1514, yendo para Darién. Sin embargo, los españoles de Darién, a pesar de la desconfianza entre ellos y del profundo odio de los nativos, desarrollaron un provechoso comercio con las tribus de más allá del golfo de Darién, provechoso para el historiador Oviedo, entre otros, quien nos cuenta que cambió por oro destrales hechos con viejos aros de barriles.

En 1520 aquella región, aún no sometida, fue dividida por la corona —sobre el papel— en dos gobiernos: Cartagena y Santa Marta. El veterano Bastidas, que exploró aquella costa en 1502, siendo ya un gotoso sexagenario, obtuvo cuatro años después una real licencia para colonizar Santa Marta como gobernador. A las luchas asistía en una litera, pero se esforzó por establecer un intercambio regular y pacífico con las tribus comarcanas. Transcurrido un año, su luga1teniente Pedro de Villafuerte, pesándole la disciplina y el control que se ejercía sobre el tráfico del oro, conspiró para asesinar a Bastidas y apoderarse del gobierno. Una noche penetró en la habitación del gobernador y le apuñaló mientras dormía. El anciano, herido, pero no mortalmente, saltó del lecho y luchó en la sombra con el criminal, el cual huyó; pero pudo revelarse su identidad porque se le cayó un rosario que llevaba en su muñeca izquierda. Villafuerte, al verse descubierto, se refugió en los bosques y persuadió a los indios por algún tiempo de que era un fugitivo de la tiranía y enemigo de los cristianos. Bastidas, nombrando un delegado, salió para Cuba a que le curasen la herida, y murió allí. Los salvajes alrededores, el peligro diario de enfermedad y muerte, el afán por conseguir alimento y oro, todo esto era evidentemente desmoralizador, pues Santa Marta atravesó por una década de desorden, rapacidad y tiranía; pero por encima de todo se man-

tenía la colonia y fue más tarde punto de partida de una gran empresa.

En 1528, la Audiencia de Santo Domingo, en un tardío esfuerzo por acabar con el tráfico de esclavos, envió a Ampués, agente de la corona en la isla —él mismo era traficante de esclavos, pero muy discreto—, a efectuar otra colonización. Escogió un lugar en la protegida bahía de Coro, a unas 100 millas al este del golfo de Maracaibo. Allí recibió la visita de un cacique indio conducido en una hamaca y servido por los nobles de su tribu. Aquellos vecinos amigos escucharon las exhortaciones de los hombres blancos, contemplaron sus ceremonias religiosas con admiración y algunos de ellos recibieron el bautismo y nuevos nombres. Pero en 1528 sólo había dos reducidos grupos de españoles establecidos en 1.300 millas del litoral. No obstante, en los años en que los hermanos Pizarro continuaban al Sur su empresa, en el curso de la década 1530-1540, se hicieron tentativas por internarse en Sudamérica tropical y conquistarla en tres movimientos distintos[*]. Cinco ambiciosos aventureros —Orclás, Herrera, Alfinger, Hohemut, Feclermann— se acercaron por tres diferentes direcciones a la meta, que fue, por último, alcanzada por el conquistador Jiménez de Quesada.

Es conveniente ocuparse en primer lugar de las expediciones que fueron por el río Orinoco; después, de las expediciones alemanas, que partieron de las cercanías del golfo de Maracaibo, y, por último, en otro capítulo, del gran avance de Jiménez de Quesada, quien, partiendo de Santa Marta, logró encontrar otro reino dorado y ganarse un gran nombre entre los conquistadores utilizando el «Gran Río» Magdalena como guía a través de las selvas y por las montañas, hasta la capital chibcha, en la pradera de Bogotá.

El Orinoco (1531-1535)

Diego de Orclás, que había servicio a Cortés en la conquista de Nueva España, ansioso de ganar fama y fortuna, obtuvo una licencia real para colonizar, y salió de Tenerife en noviembre de 1530 con una nave capitana y tres carabelas, llevando consigo unos 500 hombres y 30 caballos. Entró primero por el estuario del Amazonas, pero las tres carabelas naufragaron a causa de las tormentas o quizá porque se encallaron, y Orclás, detenido por

unos bajíos frente a una playa pantanosa, se alejó del Amazonas en dirección Noroeste con el barco que le quedaba, desembarcando en Paria, donde fortaleció su diezmada tropa tomando a su servicio la guarnición del fuerte de Sedeño. Una vez explorado el litoral, decidió penetrar en el interior, siguiendo el curso del río Orinoco. Después de dos meses empleados en la construcción de unos barcos para la navegación fluvial, desapareció durante un año en las regiones salvajes con 280 hombres, viajando contra la corriente del gran río por una vasta pradera —que cambia con el cambio de estación, y de ser un desierto se convierte en una gran extensión inundada—, sufriendo las habituales penalidades y privaciones, las luchas con los salvajes, las lluvias torrenciales y la pérdida de hombres. Supusieron que un indio que señalaba hacia Occidente quería indicar que allí habitaba gente vestida y rica en oro, a cuyo país podía llegarse subiendo por el río Meta, gran afluente, cuyo nacimiento en las estribaciones orientales de los Andes no distaba mucho de la sabana de Bogotá. Pero cada uno interpretaba aquellos signos según su deseo, y cuando el indio, señalando el Sur, imitaba el sonido del agua estrellándose en las rocas, muchos de los presentes afirmaban que había querido imitar el martilleo de los orífices y que aquellas ricas tierras se hallaban al Sur. De manera que continuaron subiendo la corriente del Orinoco, hasta que, llegados a las cataratas de Ature, tuvieron que retroceder. Se les frustró una tentativa de seguir el curso del Meta, a causa de la disminución del agua cuando vino la temporada de seguía, y Ordás tuvo que volver río abajo hasta Paria, decidido, según dice Oviedo, a dirigirse por tierra a la «Provincia de Meta». Pero su carácter violento e imperioso —que puso de manifiesto en una atroz matanza de indios para evitar o castigar una supuesta conspiración— le enajenó la voluntad de sus hombres; sus pretensiones chocaron con los españoles de Cubagua y, por último, el alcalde de Cubagua lo encarceló. Los dos pretendientes llevaron el asunto a la Audiencia de Santo Domingo, que lo remitió a España. En el viaje murió Ordás, envenenado, según se decía, por el alcalde.

En Paria, después de un intervalo de disputas, motines, arrestos y fugas, Alonso de Herrera, maestre de campo de Ordás,

hombre querido por los suyos, pero odiado con razón por los indios, renovó el anterior intento, resuelto esta vez a seguir una dirección occidental. Embarcado por el Orinoco y llegado a la desembocadura del río Meta, escogió esta vía fluvial. Por espacio de un mes siguieron río arriba, luchando con mil dificultades y extenuados por el hambre. Acamparon entre terrenos inundados durante parte de la estación lluviosa, cayéndosele a pedazos sus ropas empapadas. Ansiosos por volver, se vieron libres por una causa que no deseaban, por una flecha envenenada que mató al jefe, volviendo a Paria los supervivientes dieciocho meses después de su partida. El Orinoco, tercero de los grandes ríos sudamericanos, fue el último de los tres en entregar sus secretos, y el país regado por sus innumerables afluentes permaneció sin conocerse apenas, hasta que los misioneros españoles de posteriores generaciones establecieron por allí sus puestos y fueron haciendo neófitos indios en los pueblos, como puede leerse en el libro de Humbolt *Viajes por las regiones equinocciales de América del Sur.*

Otros capitanes, entre ellos Sedeño, que murieron por el camino, condujeron por tierra laboriosas expediciones a la «Provincia de Meta». Una de estas partidas avanzó tanto a Occidente, que tropezó con los exploradores alemanes de Venezuela. La fundación de la ciudad de Barcelona en 1534 marca un avance en la colonización de la costa, pero hasta mediado el siglo y después de haber peleado mucho con los indios y haber sufrido muchas bajas, no puede decirse que existiera una ocupación definitiva de la agradable y fértil región de colinas que se extiende por el interior. La ciudad de Valencia fue fundada en 1553, a orillas de un lago, por un grupo de españoles a los que separaron de una colonia costeña las correrías de los corsarios franceses; y un paso más decisivo fue la fundación de Caracas, en 1567, por Diego Losada, que habías servido de capitán a los alemanes de Coro. Subió al monte Silla y fundó en un hermoso valle que se extendía más allá la ciudad de Caracas, que hoy es la capital de la República de Venezuela.

Debe añadirse que sólo fue posible realizar algún progreso en toda la costa de Paria a Darién, contando con la importación de esclavos negros de África que trabajaban para los pequeños gru-

pos de españoles, pues los nativos de aquel litoral, aunque podía llevarse como esclavos a las islas, eran, en cambio, indomables en su propio país. Los negreros ingleses que visitaron aquella costa después de 1560 encontraron un buen mercado en estas ciudades.

Venezuela (1528-1540)

La conquista o tentativa de conquista de Venezuela es un asunto singular, una especulación comercial emprendida por una firma de banqueros alemanes, la casa Welser, de Augsburgo. Los Welser habían prestado a Carlos una gran cantidad para facilitar su elección como emperador. Ocho años después los convertía el emperador en terratenientes de Venezuela[2], con derecho a nombrar gobernadores. Enviaron a sus expensas 300 hombres por el país para que fundaran dos ciudades y tres fortalezas y para exigir los tributos reales. Se añadían, como siempre, las órdenes sobre la conversión de los indios y el buen trato que debía dárseles; pero «otra cláusula les autorizaba para tomar por esclavos los indios rebeldes si, siendo requeridos y amonestados, no quisiesen obedecer, y para comprar esclavos de los caciques indios, siéndolo (ya) verdaderamente… pagando el quinto al rey». Evidentemente, estos mercaderes esperaban recuperar su capital en forma de oro y esclavos.

Nombraron gobernador a Ambrosio Ehinger (a quien llamaban los españoles Micer Ambrosio Alfinger), agente de la firma en Santo Domingo, que ascendió desde su despacho de empleado hasta el cargo de gobernador y jefe militar de una provincia inexplorada y por conquistar, encargado de lograr el buen rendimiento de un gran capital que se había invertido en la empresa. Ambrosio Alfinger llegó a Coro en febrero de 1529 con tres barcos y una alegre compañía de aventureros reclutados en España, pues aunque los oficiales eran alemanes, todos los soldados eran españoles. Los recién llegados sonrieron ante las personas quemadas por el sol y toscamente vestidas que se encontraron al desembarcar, pero cuando tuvieron que abrirse paso por la espinosa selva, bajo una lluvia torrencial, les tocó reír a los *baquianos* (veteranos) que preguntaban burlonamente a los *chapetones* (los recién venidos) si sus gorras emplumadas les protegían de los aguace ros. Ampués, fundador y primer gobernador

de Coro, tuvo que obedecer cuando Alfinger le mostró el decreto del emperador, y se retiró —mortificado, como es lógico— a las tres islas vecinas que se le habían asignado como compensación.

Tras una preparación de algunos meses, Alfinger se alejó 30 leguas al Oeste para explorar el lago de Maracaibo, atravesando sus aguas en botes, examinando las orillas y teniendo que luchar a veces con los indios. Por último estableció en la orilla occidental del lago una ranchería —que más tarde se convirtió en la ciudad de Maracaibo— para servir de albergue y base de operaciones. Dejó allí una pequeña guarnición y los enfermos, pues muchos estaban postrados con fiebre, y regresó a Coro después de un año de ausencia para encontrarse con que le habían dado por muerto y le habían nombrado un sucesor, el cual murió oportunamente. De nuevo en el gobierno, marchó a Santo Domingo para procurarse armas, pertrechos y nuevos reclutas. Los gastos se costearon vendiendo muchos esclavos de Coro que compraban en las Antillas.

Por fin, en 1531, Alfinger salió de Coro con unos 200 soldados y muchos auxiliares indios. Cruzó el gran lago hasta llegar al puesto que había dejado allí en su anterior viaje, y desde este lugar avanzó en dirección Oeste por montañas hasta el cercano río Hacha y de allí giró al Sur, siguiendo el río César hasta el valle del Magdalena, guerreando a veces con feroces y belicosos indios, recogiendo oro por trueque o por la fuerza y sufriendo los habituales apuros del hambre. El padre Aguado[3] relata con horror que un criado español que tenía Alfinger solía cortar la cabeza a los esclavos encadenados que caían por el camino, porque la cadena estaba dispuesta de tal forma que para soltar a un esclavo todos los que iban delante y detrás de él tenían que ser soltados y vueltos a atar. Aguado añade que el criminal encontró la muerte violenta que merecía. Alfinger, tras una marcha de cuatro meses acampó en Tamalameque, a alguna distancia del pueblo que hoy lleva este nombre. Desde allí destacó a un capitán llamado Vascuña con 35 hombres, cargados con todo el oro —60.000 pesos— para que trajeran provisiones de Coro. Vascuña y los que con él iban, por buscar un camino más seguro, se perdieron en una selva deshabitada y sin alimentos.

Exhaustos e incapaces de llevar el oro, pues sus cargadores indios habían muerto o se habían extraviado, enterraron el oro, y «con él sus corazones» debajo de un corpulento árbol, donde nunca lo llegaron a encontrar buscadores que luego se esforzaron en descubrirlo. Por último, abandonaron a su capitán Vascuña y se esparcieron en pequeños grupos. Algunos de ellos se hicieron caníbales por el tormento del hambre, comiéndose a algunos indios. Su sino sólo se supo por el relato de un superviviente, Francisco Martín, que estuvo cautivo de los indios, ganó gama de curandero y fue comprado por una tribu vecina, donde se casó con una india y se naturalizó indio.

Alfinger esperó en vano varios meses el regreso de Vascuña, sufriendo muchos apuros, y una de las partidas que envió a explorar le trajo la noticia de que pasada la cordillera oriental se encontraban valles templados y fértiles. Entonces, el caudillo abandonó el valle del Magdalena y condujo a su diezmada compañía a través de las montañas en dirección Suroeste. Muchos españoles murieron en la travesía de los páramos, barridos por vientos helados, y no quedó vivo ninguno de los indios desnudos, procedentes de la tórrida tierra baja. A pesar de eso, Alfinger avanzó al Sur de donde hoy se halla la ciudad de Pamplona. Si hubiera seguido diez leguas más al Sur, dice el padre Aguado, habría llegado al margen de las ricas tierras conquistadas luego por Quesada, tierras de las que Alfinger debió de oír hablar, aunque no las alcanzara, limitándose a preparar el camino para otros. Abandonó su intento, y volviendo al Norte, lo mataron los indios en una escaramuza en un lugar que fue conocido durante mucho tiempo por el «Valle de Micer Ambrosio». Sus hombres eligieron jefes que los condujeron a Coro. En la última etapa de su marcha quedaron asombrados al encontrarse con el soldado indianizado Francisco Martín, que se les acercó, desnudo, pintado, llevando una coraza adornada con plumas, un arco en la mano y una algaba al hombro. Gracias a su influencia en la tribu de la que se había hecho miembro, pudieron asegurarse el paso libre por aquella peligrosa región, y, por último, entraron en la ciudad de Coro, muy disminuidos en su número, en noviembre de 1533, dos años y dos meses después de su marcha.

El sucesor de Alfinger, Jorge Hohemut, a quien los españoles llamaron Jorge Espira, llegó a Coro en 1534, y en mayo del año siguiente partió para el Sur, no siguiendo la misma ruta que Alfinger, sino atravesando las montañas de Mérida. Avanzó bastante por las lejanas llanuras meridionales, tierra surcada por muchos afluentes del Orinoco. Oyó hablar, como otros exploradores, de ricas regiones al otro lado de las montañas, en el nacimiento del río Meta. Los exploradores que envió para reconocer el terreno le comunicaron que era imposible cruzar la cordillera, y, en vista de ello, el capitán, perdidos muchos hombres y caballos de hambre, cansancio y luchas frecuentes con los indios, volvió al Norte, cuando estaba a punto de lograr un gran premio a sus esfuerzos. La mitad de los hombres que habían salido con él de la ciudad tres años antes volvían ahora a Coro. Hohemut murió dos años más tarde, cuando se hacían los preparativos para otra entrada.

Donde él había fallado, su lugarteniente, Federmann, triunfó, pero demasiado tarde para ganar el premio. Federmann, sagaz y ambicioso caudillo, que conocía a los hombres, se sintió profundamente mortificado cuando no le dieron el primer mando, y determinó, en ausencia de su jefe, conquistar por cuenta propia. Hacía un año que Hohemut había partido, cuando Federmann se dirigió al sur de Coro con 400 hombres, reforzados después hasta llegar a 500. Evitó cuidadosamente encontrarse con Hohemut, a pesar de que atravesaba los mismos llanos al mismo tiempo. Como el capitán al que era infiel, atravesó los tributarios del Orinoco y llegó a las aguas superiores del Meta. Sin arredrarse por las dificultades que le presentaban las montañas y desafiando al paso de los helados páramos, alcanzó a los tres años, con menos de un tercio de su primitiva tropa, el objetivo de su viaje, la sabana de Bogotá, pero sólo para encontrarse con que se le habían adelantado. Jiménez de Quesada, que se abrió paso desde Santa Marta por el valle del Magdalena, hacía ya tiempo que estaba allí, como veremos en el capítulo siguiente.

El notable viaje de cuatro años (1541-1545) realizado por Von Hutten desde Coro a través de las llanuras y su trágico fin, pertenece a la historia de la búsqueda de El Dorado, y no tiene

aquí su lugar. La gobernación de Venezuela por alemanes resultó tan indeseable, que la concesión «perpetua» fue rescindida, y la provincia pasó en 1550 a la corona española por sucesivos pasos de reforma administrativa. Los alemanes, aunque eran buenos exploradores, hicieron poco por el desarrollo de la provincia; pero en la década 1550-1560 nacieron en el interior de la provincia algunas pequeñas ciudades que habían tratado inútilmente de explotar, y toda la región fue desde entonces una parte firmemente asegurada del imperio español de las Indias.

[*] Cfr. mapa n. 10.

[1] Cuarenta años después hizo una segunda intentona en Trinidad otro tesorero de Puerto Rico, Ponce de León, con igual resultado; y hasta la última década del siglo XVI no se realizó en Trinidad una colonización eficaz, como puede leerse en *Discovery of Guiana*, de Raleigh, Las islas menores, que sólo tenían de españolas sus nombres castellanos, quedaron a disposición de partidas inglesas, holandesas y francesas en el siglo siguiente. Los holandeses, en una fecha anterior, antes de finalizar el siglo XVI, se establecieron en una costa que no habían colonizado los españoles: Guayana, efectuando de esta forma la única usurpación sobre el monopolio hispano-portugués del Continente sudamericano.

[2] Se concedió esta capitulación en marzo de 1528 a dos alemanes: Enrique Ehinger y Jerónimo Sayler, agentes de los Welser. Dos años más tarde se transfería a los Welser.

[3] FR. PEDRO DE AGLADO: *Historia de la provincia de Saneta Marta y Nuevo Reino de Granada*. Colección de Viajes Clásicos, Espasa-Calpe. Madrid.

XXV.
NUEVA GRANADA (1536-1539)

Los triunfos de Hernán Cortés y Francisco Pizarra han arrojado una inmerecida sombra sobre las proezas de otros conquistadores, que con la misma resistencia y sagacidad, y con idéntico valor, vencieron no menores dificultades, aunque de diferente clase.

Después de la conquista de Méjico y del Perú quedaba aún otra opulenta región remota y aislada como un fabuloso imperio de leyenda. Cuando Cortés desembarcó en la costa del Yucatán, se puso en contacto en seguida con una civilización que se extendía de Océano a Océano. Cuando Pizarra llegó a Túmbez, se halló dentro de la órbita del inmenso imperio incaico, que se extendía por 35º de latitud. Pero el pueblo chibcha se había desarrollado en una vida cívica, organizada en una región limitada en sus altiplanicies, de unas 45 leguas de extensión de Norte a Sur y 12 a 15 leguas de anchura, separadas de todo contacto exterior por gigantescas barreras montañosas y por llanuras ilimitadas, y rodeadas por tribus, de las cuales algunas se componían de salvajes desnudos, y ninguna de ellas participaba de la cultura chibcha. La tierra era abundante en oro y esmeraldas y la gente experta en tareas agrícolas, alfarería y tejido de telas de algodón teñido. Aunque rara vez edificaban con piedra o ladrillos, sus moradas de madera y yeso estaban sólidamente construidas y presentaban un artístico aspecto, alfombradas —por lo menos, las mejores de ellas— con cañas. Los chibchas debían sus confortables perfeccionamientos en las artes de la vida, en parte, a la posesión de manantiales salados, que eran muy apreciados por las tribus vecinas y constituían un motivo de comercio, y, en parte, a la patata, prolífica y nutritiva planta, cuyo cultivo a mano da muy seguros resultados. El mismo Quesada dice que esta «trufa» (así la llama) daba grandes cosechas, y Castellanos describe detenidamente esta extraña planta, que tiene

…unas flores, aunque raras,
de purpúreo color amortiguado,
harinosas raíces de buen gusto,
regalo de los indios bien acepto

y aun de los españoles golosina.

No existían allí animales domésticos, pues la llama se desconocía, y todos los transportes tenían que hacerse, como en Nueva España[1], a espaldas de los hombres; pero en el país abundaba la caza. Aunque los dos principales «reyes», Bogotá y Tunja[2], nunca estaban del todo en paz, y aunque había una constante hostilidad contra la tribu caníbal de los panches, lo cierto es que aquella gente no era muy luchadora y no estaban unidos entre sí, ya que cada valle tenía su caciques y éste defendía su independencia. Así, cada vez que Bogotá intentó, en sucesivas generaciones, someter a su vecino Tunja, menos poderoso que él, siempre vio su retaguardia asaltada por caciques de menor importancia, de modo que nunca pudo realizar sus designios imperialistas.

De aquí que la principal preocupación de los conquistadores no era subyugar al pueblo (aunque el sometimiento de un rico y populoso país realizado por 160 hombres sin armas de fuego, ya que la pólvora se les había estropeado, suponía una importante hazaña), sino la dificultad de encontrar el camino a «este claustro y circuito, como lo llama Castellanos, una caja rodeada de grandes asperezas». Esta comparación sugiere la evocación de algún cuento de hadas: un tesoro remoto y escondido, recompensa de una perseverancia, un valor y, sobre todo, una fe; buscado con gran empeño por muchos caballeros sucesivamente y logrado sólo por el de más mérito. Piedrahita, el historiador episcopal de estos sucesos, expresa esto mismo: «Alfinger volvió a errar el mismo descubrimiento que guardaba el cielo para otro. Espira, o por temor de la tierra pedregosa, o —lo más cierto— por disposición de más alta providencia, que tenía reservada para otro aquella conquista, cometió, a la luz de este relámpago de buena fortuna, el mismo yerro que Alfinger». Federmann declara en una carta que «el Gobernador Ambrosio de Alfinger y el gobernador Jorge Espira los pudieran ganar, ocho años ha el uno y tres años ha el otro, si tuvieran devoción». Federmann añade que es aquél «el mejor rincón que hay en las indias, aunque entre el Perú en ello».

El héroe predestinado consiguió el éxito, no por una serie de golpes triunfales y dramáticos, sino por la paciente y penosa su-

peración de muchos obstáculos, regando la marcha de bajas por espacio de muchos meses. Juan de Castellanos, que sirvió de soldado en la expedición y luego se instaló en Tunja de sacerdote, cuenta la historia dos veces, primero en octavas reales y luego en verso blanco endecasílabo. Oviedo también dejó dos relatos: primero, uno breve tomado del informe de los dos capitanes de la expedición, San Martín y Lebrija, y luego una narración para la que sirvió de fuente el propio Quesada, quien había hablado mucho con Oviedo «cuando el Príncipe Felipe tenía su Coite en Madrid y Valladolid», en 1547-1548. Los historiadores que escribieron en el siglo siguiente, el padre Simón y Piedrahita, obispo de Santa Marta, conocían el país y supieron contar sus historias. Piedrahita utiliza y cita el relato que hizo Quesada de sus propias hazañas, y que hoy, por desgracia, no se conserva; sólo queda de él una breve relación de encomiendas concedidas a 62 de sus hombres.

Pedro de Lugo, gobernador de Tenerife, llevó a Santa Marta, cuando lo nombraron gobernador de este lugar en 1335, muchos españoles y canarios; envió en exploración del interior a su hijo Alonso. Viéndose fuera de todo control, el joven se marchó a Santo Domingo y de allí a España con cuanto oro pudo acarrear, robando imparcialmente a los nativos, a su padre y al rey. El gobernador murió unos meses más tarde, pero tuvo tiempo de despachar en abril de 1536 una expedición de 900 hombres a las órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada, de unos treinta y cuatro años, abogado de profesión, que iba de magistrado en la compañía de Lugo[*]. La magnitud de la expedición y la dirección cuidadosamente escogida muestran que se proponían un objetivo concreto, no una exploración como otra cualquiera, sino la conquista de un rico país cuya existencia se localizaba entre las montañas meridionales, aunque, como dice Castellanos, dando otra vez la noticia folklórica,

siendo guiado por noticias ciegas
y un eco de sonido mal formado.

Un tercio de la tropa se embarcó con casi todo el equipaje en cinco embarcaciones apresuradamente construidas, encaminándose a la desembocadura del Magdalena, y subieron el curso de este río hasta Tamalameque, para unirse allí a las fuerzas de

Quesada. Entretanto, Quesada, con el resto de sus hombres y 100 caballos, marchó por tierra unas 40 leguas hasta la ribera del Magdalena. Los soldados se protegían de las flechas envenenadas por medio de túnicas acolchadas con algodón muy apretado y un yelmo de este mismo material. Los caballos iban cubiertos también con paños acolchados, de forma que el jinete y el caballo debían dar una impresión monstruosa y terrorífica. La marcha preliminar hasta el río por una tierra sin agua y luego por selvas y pantanos, entablando guerrillas con los indios, era un anticipo de lo que había de venir, pues las verdaderas dificultades comenzaron en el avance o, mejor, en el lento forcejeo, río arriba, paralelamente a las orillas inundadas, ya que la estación de las lluvias, de mayo a octubre había comenzado.

Llegaron al lugar donde habían quedado citados los dos grupos, pero no había allí ningún bergantín. Los frágiles barcos, construidos para navegar por el río, habían sufrido un temporal en la desembocadura: tres fueron a parar a la playa y encallaron en ella, y de uno de ellos no quedaba ningún tripulante, pues los indios los habían matado; los otros dos, muy averiados, regresaron a Santa Marta. El gobernador Lugo, sin desanimarse por esto, construyó —después de haber enviado por tierra a Quesada una partida con un mensaje, dándole ánimo— dos barcos, y los mandó junto a los dos que se salvaron de la anterior expedición, para unirse a Quesada, el cual durante los largos meses de espera se había ido abriendo camino lentamente, perdiendo cada vez más hombres. Por último, le dieron alcance tres embarcaciones, puesto que una de las cuatro naufragó, y le traían víveres, que fueron muy bien recibidos. Los enfermos se trasladaron a bordo y los barcos facilitaban las correrías a ambos lados del río. Pero no podían hacer nada por los que se esforzaban en abrirse camino por el valle paralelo a la corriente, evitando las orillas inundadas. Quesada, dice Castellanos,

Vio menoscabada tanta gente
de graves calenturas y de llagas,
causadas por las plagas del camino,
garrapatas, murciélagos, mosquitos,
voraces sierpes, cocodrilos, tigres,
hambres, calamidades y miserias,
con otros infortunios que no pueden

bastantemente ser encarescidos.

Y, también, que

Hierónimo de Insa va rompiendo,
por ser el capitán de macheteros,
espesísimos montes, y haciendo
puentes para las ciénagas y esteros,
los calurosos días consumiendo
en trabajos que no son creederos;
tanto, que con innumerable tinta
no se podrá decir la parte quinta.

«¡Oh, válgame Dios! —dice Piedrahita un siglo más tarde—, que bastasen hombres de carne a romper doscientas leguas de monte espesísimo con sus propias manos, siendo tal su fragosidad y cerrazón que apenas bastaban todos juntos a romper una o dos leguas en un día. Cuántas enfermedades quebrantaron muchos cuerpos, que delicadamente se habían criado en región más benévola. Cuántas fiebres pestilentes pusieron otros en estado de no poderse estar en pie, con todo eso trabajando con las manos, de que morían miserablemente los más. En qué género de muerte no tropezaron aquellos nobles españoles, muriendo unos comidos de tigres, otros de lagartos… otros de hambre y sed procedida del venenoso contagio de las flechas de los bárbaros.»

Seis meses después de abandonar Santa Marta, y cuando estaban en lo más imperioso del hambre, avistaron los que iban en los barcos un pueblo indio. Quesada se adelantó por la noche en una canoa —el pueblo, que se llamaba Tora, estaba desierto, pero había campos de maíz—. Cuando llegaron las tropas unos días después, se sirvieron las raciones, y San Martín, el más capacitado y animoso de todos los capitanes, siguió con un navío por el río arriba a ver si encontraba mejor tierra, y a los veinte días regresó sin buenas noticias. En Tora eran arrojados al río diariamente los cadáveres, que servían de pasto a los cocodrilos, los cuales atacaban tan furiosamente a los vivos, que se prohibió a los hombres debilitados que se acercasen a las orillas. Por último, desesperados, los expedicionarios se valieron de San Martín como intermediario, contra la voluntad de éste, para pedirle al jefe el regreso a Tamalameque e instalar allí un poblado que sirviera de base para futuras operaciones. Quesada rechazó

la proposición amablemente, pero con firmeza. Lejos de retirarse, lo que hizo fue enviar de nuevo a San Martín para que explorase un gran afluente, el río Apón, que desciende de las montañas orientales.

Esta expedición exploradora fue decisiva: San Martín halló pasteles de sal en piraguas, y en algunas cabañas abandonadas más sal y muchas ropas o mantas de algodón de colores. Sus hombres se volvieron al campamento de Tora, vestidos alegremente «como salvajes», con mantas de brillantes colores y cantando una rucia canción que anunciaba el hallazgo de «una buena tierra». Toda la expedición abandonó entonces el río principal, siguiendo las aguas del Otón, a la izquierda, hacia la «buena tierra», pero tropezando con las mismas dificultades que antes: bosques impenetrables, tierra pedregosa, escasez de víveres y tierras inundadas. Cuando los navíos llegaron al límite de las aguas navegables, se decidió enviarlos a Santa Marta con los enfermos, que eran 150, mientras Quesada proseguía su labor con los hombres más sanos, que serían unos 200. Gallegos, comandante de la flota, se despidió de su jefe prometiendo encontrarle (una vez más como en un cuento de hadas) en el mismo lugar, día y mes, pasado un año. La promesa quedó en el vacío, pues sólo 20 de los que se embarcaron llegaron a Santa Marta; los demás perecieron en una emboscada, a la que fueron conducidos por un guía indio bautizado en el que Gallegos confiaba ciegamente. El mismo Gallegos, mortificado y humillado, marchó al Perú, donde prestó excelentes servicios luchando por el rey.

Quesada continuó las guerrillas con 200 soldados en un país que, en opinión de Cunnighame-Graham, sólo puede atravesarse hoy día por hombres bien armados contra salvajes que usan flechas envenenadas. Unos once meses después de salir de Santa Marta, dejó atrás la selva y las montañas y se internó en las llanuras y valles de la altiplanicie, cultivadas por gente más pacífica y mejor organizada, cerca del lugar donde uno de sus capitanes fundó tres años después la ciudad de Vélez. Allí revistó sus tropas: de los 900 que salieron de Santa Marta sólo quedaron 166, así como 62 caballos, conservados por un pacientísimo cuidado. Piedrahita da los nombres de 137 de los hombres, co-

mo anotaciones sobre la historia posterior de muchos de ellos[3]. Estaban ahora en el umbral del rico país en oro y esmeraldas que buscaban.

En las posteriores aventuras todo parece suceder de un modo inconsecuente e inesperado, como en una novela en que la curiosidad se aguijonea constantemente por emocionantes sorpresas: estos intrépidos supervivientes, que llegaban hambrientos, extenuados y helados por el cambio de clima, y que se reponían en quince días con los abundantes alimentos que encontraban en sus correrías por los poblados y con los paños de todos los colores (blancos no los había, ni negros tampoco, pues estos colores estaban proscritos por los indígenas por considerarlos detestables); la peligrosa travesía del río Suárez (que tomó su nombre de uno de los hombres), en la que la menor resistencia podía haberlos hundido a todos, se verificó sin la menor hostilidad por parte de los indígenas, los cuales ofrecieron niños a aquellos barbudos extranjeros, suponiéndoles devoradores de carne humana, y también un hombre y una mujer atados, y un ciervo, para que pudieran escoger; los nativos, arrojándose cara al suelo para no ver siquiera a los caballos (una noche, desapareció, lleno de pánico, todo un amenazador ejército cuando dos sementales en celo recorrieron al galope y relinchando el campamento indio); el valle de los Castillos, con sus muchos pueblos o espaciosos alojamientos rodeados de fuertes empalizadas, de entre las cuales se destacaban a intervalos mástiles pintados con vergas como los de los barcos; finas hojas de oro que colgaban, muy juntas, delante de las puertas de las casas y tintineaban con el viento, unas contra otras. «La melodía más agradable para los españoles…..

Se domina ron, sin necesidad de perder un solo hombre ni un solo caballo, una serie de valles de extraños nombres: los españoles ganaron gloria, regalos y agradecida alianza, ayudando a aquella gente contra sus feroces y malvados enemigos, los panches, cuyas costumbres eran devorar a sus cautivos en el mismo campo de batalla. De pronto, se volvieron locos cuatro españoles, y luego otros, y, por último, deliraban 40 hombres: Se consiguió curarlos, y se enteraron de que las mujeres indias que trabajaban como criadas les habían puesto en los alimentos

un poderoso tóxico, que solía administrarse a los que iban a ser enterrados vivos en los sacrificios humanos. Desde la orilla opuesta del Magdalena fue nadando un indio a visitar a los españoles acampados en el valle de Neiva, llevándoles 14 corazones de oro, cada uno de una libra de peso, y fue recompensado con cuentas y paños rojos ; al día siguiente repitió el viaje y los regalos, y ya no volvió más, no siendo posible explicarse cómo pudo nadar con tanto peso.

Otros hechos notables fueron la sorprendente visita a las minas en donde se arrancaban las esmeraldas del suelo ante sus ojos atónitos; el zipa (rey hereditario o cacique) de Bogotá, que ocultaba sus fabulosos tesoros en un escondite de la selva que nadie revelaba; la captura del rey de Tunja en medio de una agitada y ruidosa multitud de vasallos que no oponían resistencia, pero que salvaron los teso ros reales y huyeron con ellos. Estos acontecimientos, que ocuparon varios meses, junto a exploraciones de regiones comarcanas, no pueden contarse aquí con detalles; pero los dos últimos, referentes a Tunja y Bogotá, necesitan que se insista sobre ellos.

Cuando llevaba ya cuatro o cinco meses entre los chibchas (agosto de 1537), Quesada, para no hacerse gravoso a sus huéspedes, decidió atacar a Tunja, a quien acusó de rebelión contra los cristianos[4]. Un indio noble, ansioso de vengar la muerte de su padre, causada por Tunja, quien, según decían, era un furioso déspota, actuó de guía. Conforme los españoles avanzaban por el valle de Tunja, los guerrilleros indios fueron a cortarles el paso, pero no se atrevían a acercarse a los caballos, y Quesada continuó su marcha ignorándolos; al poco tiempo llegaron mensajeros con presentes, ofrecimientos de amistad y brindándoles alojamiento en un valle próximo. Siguió avanzando hasta la empalizada exterior, de las dos que rodeaban el palacio real; su lugarteniente, sacando la espada, cortó las ligaduras de la puerta cerrada, y Quesada, ordenando a la caballería permanecer afuera en sus sillas, se apeó y entró en el recinto, que medía 12 pasos entre las dos empalizadas. Seguido por algunos de sus hombres, atravesó la segunda valla por una entrada que habían dejado abierta y se abrió paso entre una multitud de servidumbre hasta la cámara interior, donde estaba el corpulento y

anciano jefe, de aspecto severo y autoritario, que se hallaba sentado en un taburete en inmóvil dignidad. Mediaron entre ellos algunos gestos corteses; pero cuando Quesada se volvió a dar órdenes a sus hombres, los servidores de Tunja intentaron llevarse lejos a su amo para librarlo de los españoles, lo que impidieron seis de éstos, que rechazaron a los indios y se apoderaron de Tunja en medio de la multitud vociferante, aunque inactiva[5]. Los soldados saquearon entonces el palacio, y a los gritos de «¡Perú! ¡Perú! ¡Otro Cajamarca!», iban arrojando a un montón las delgadas hojas de oro, ornamentos y joyas, hasta que creció tanto, que dos hombre situados a cada lado del montón no podían verse el uno al otro. Al día siguiente se hizo el reparto, poniéndose aparte el quinto real; pero el grueso del tesoro del cacique no se descubrió nunca, pues lo habían arrojado por la empalizada y habían huido con él. Se halló un paquete que contenía 8.000 pesos, carga que un hombre podía acarrear bien. Trataron respetuosamente al cacique y se le consintió la compañía de sus nobles, servidores y mujeres; y cuando, después de haber pasado en el valle unas tranquilas semanas, se despidieron de Tunja, ya en libertad, se le advirtió que de entonces en adelante tenía que ser un pacífico vasallo del emperador. Ochenta súbditos de Tunja, convenientemente encadenados, sirvieron a sus vencedores para llevar el botín cuando marcharon a la conquista de otros valles.

Pero la sabana de Bogotá, a la que llamaron «el Valle de los Castillos», era lo que más les atraía. Es cierto que habían ocupado la llanura y saqueado los «castillos» casi sin hallar resistencia, encontrando gran cantidad de provisiones, de paños de colores y mucho oro y esmeraldas; pero el rey permanecía aún en su fortaleza secreta, escondido en algún lugar de los bosques, y sus riquezas estaban fuera de alcance. Mediante la tortura lograron guías para llegar hasta el refugio del rey; al acercarse los españoles hubo una «batalla», o, mejor dicho, la habitual huida tumultuosa ante las lanzas de los jinetes; el rey murió en la huida por una caída casual, con gran disgusto de los españoles, ansiosos de asegurarse su persona para lograr la posesión del tesoro. Pero surgió un reclamante general, primo del rey difunto, Sagipa (firma más adecuada de Saquezazipa), quien —aun sin tener

ningún fundamento legal, ya que nunca había llevado el título de chía, que era privilegio del heredero real— fue reconocido por Quesada, el cual, como los conquistadores de Méjico y Perú, aprovechaba la oportunidad de hacerse provisor de reyes para dominar luego al rey y al pueblo, pues, evidentemente, 160 hombres no bastaban para sujetar los muchos valles de aquel país montañoso a no ser haciendo prodigios diplomáticos. La «alianza» con Sagipa fue sellada con la eficaz ayuda prestada en una segunda campaña contra los feroces panches y poniendo fuera de combate a dos pretendientes rivales al trono. Pero, pasado un cierto tiempo, se informó a Sagipa de que el tesoro del difunto rey «rebelde» pertenecía de derecho a los españoles, y lo confinaron hasta que apareciera. Por espacio de dos meses estuvo jugando con la codicia de sus apresadores con promesas, excusas y demoras, fingiendo que estaban recogiendo ya el tesoro escondido. Por último, lo sometieron al tormento, pero en vano; al repetírsele la tortura de la cuerda, tampoco reveló nada, probablemente porque nada sabía. Murió un mes más tarde por su «constitución delicada», o, como sospechó el mismo Quesada, porque la soldadesca le había hecho sufrir tormentos que él no habría consentido.

Sagipa fue el último rey de Bogotá, pues aunque la sucesión titular se conservó durante muchas generaciones, la autoridad estaba en otras manos, como demostró Quesada construyendo en la sabana de Bogotá la villa de Santa Fe, germen de la que fue capital del virreinato y luego de la República de Colombia, y que tomó el nombre de la ciudad que levantaron Femando e Isabel frente a las torres de la Alhambra. Al país le dio el nombre de Nuevo Reino de Granada en recuerdo de la ciudad que le vio nacer. La nueva Santa Fe se componía sólo de una docena de cabañas, número que re presentaba al de los apóstoles; pero la pobreza de los alojamientos no hace sino indicar de modo claro que los capitanes andaban siempre explorando, acompañados de tropas de indios leales.

Quesada iba a partir hacia España a fines de 1538 para solicitar el nombramiento de gobernador independiente, pues su posición legal era aún la de lugarteniente de Pedro de Lugo, gobernador de Santa Marta, cuya muerte, ocurrida dos años antes,

no había llegado a oídos de Quesada. Pero cambió de opinión y volvió a Santa Fe, e hizo bien, pues en febrero de 1539 se supo con sorpresa que un cuerpo de unos 160 españoles con algunos caballos descendía por las montañas orientales: se trataba de Federmann con los supervivientes de su tropa, los cuales, después de errar por los llanos, subieron la cordillera. Fueron muy bien recibidos por Quesada, que los estimó una valiosa adición a sus fuerzas y los proveyó de vestidos y alimentos, pues los recién llegados, exhaustos, medio desnudos, vestidos con pieles, con unos cuantos caballos extenuados, no eran, ciertamente, peligrosos rivales.

Pero casi a la vez llegó la noticia de que otros soldados españoles se hallaban acampados a 40 leguas de Bogotá y que venían bien vestidos y provistos de armas, incluso arcabuces, trayendo caballos en muy buen estado: era Belalcázar, procedente de Popayán y Cali, como hemos visto en la página 190. El hermano de Quesada, Hernán Pérez de Quesada, les salió al encuentro. Los halló a tres días de marcha de la capital, y aunque se cruzaron palabras altaneras entre algunos de los capitanes, pronto marcharon todos juntos amigablemente en dirección a Santa Fe. Las 300 cerdas preñadas que seguían a la tropa de Belalcázar debieron de constituir un poderoso argumento para la paz, pues los hombres de Quesada no habían probado el tocino desde hacía ya dos años y medio. Pronto hubo tres campamentos en la sabana de Bogotá, cada uno de ellos con 163 hombres, según dice Piedrahita. Se temía que los dos recién llegados se unieran para desplazar a Quesada; pero el regalo de 4.000 pesos de oro a Federmann alejó este peligro, que hubiera sido muy perjudicial para la conquista, poniéndose los tres de acuerdo para que la cuestión de límites se resolviera en España.

Pasaron tres meses en descansar, cazar, celebrar festejos y convertir el pequeño puesto de Santa Fe en una ciudad con alcaldes y regidores; y, en mayo de 1539, Quesada, dejando el mando de Santa Fe a su hermano Hernán Pérez, marchó a España, después de haber empleado dos años en ganar el país, sin perder, en apariencia, ni un hombre ni un caballo en las luchas, excepto un soldado que pereció peleando con los caníbales panches, pues la pérdida de hombres o caballos se registra siempre en es-

tas historias y aquí no se menciona ninguna. Uno que llamaban Juan Gordo fue ahorcado injustamente porque se le achacaba erróneamente haber practicado el saqueo, y las órdenes de Quesada eran estrictas en el sentido de que los indios habían de ser tratados amablemente y conquistados por métodos pacíficos. Tres o cuatro murieron explorando el tórrido valle de Neiva, de modo que el cálculo de Piedrahita de que de 166 quedaron 163 supervivientes sólo es excesivo en dos o tres. Evidentemente, la lucha no fue destructora, a no ser para los indios; pero la conservación de hombres y caballos es una sorprendente prueba del cuidado y la capacidad de Quesada. Un aspecto peculiar tuvo su conquista: a diferencia de Cortés y Pizarro, perdió todo contacto con el mundo exterior por espacio de cerca de tres años, incluyendo la marcha por el valle de Magdalena. Durante todo este tiempo no recibió refuerzos, ni armas, ni municiones y provisiones. Terminó su tarea con los mismos hombres con los que la había comenzado, ni uno más.

Los tres capitanes enriquecidos con el oro y las esmeraldas, viajaron juntos desde Santa Fe, pasando por un país ya pacificado, hasta las orillas del Magdalena, en cuyas aguas se había botado un navío. En catorce días llegaron a Cartagena y allí pusieron proa a España. Belalcázar fue a la corte, presentó su petición y consiguió que le nombraran gobernador de Popayán; Federmann pisó en vano las reales antecámaras, y Quesada anduvo inexplicablemente remiso en visitar a la corte y reclamar su recompensa. Sus servicios se desconocían, y Alonso de Lugo, a pesar de su mala conducta anterior, fue designado gobernador de Nueva Granada; no fue éste un nombramiento feliz, pues demostró ser todo menos un bienhechor del reino. Desde entonces se enviaron regularmente gobernadores reales a Nueva Granada, y en 1549 se crearon en Santa Fe una Audiencia, un Tribunal supremo y un Consejo de Administración, prueba de que ya era la capital un reino considerable y organizado.

Quesada volvió al país en el mismo barco en que iban los oidores destinados a la Audiencia, tras haber obtenido por fin una ligera recompensa por sus servicios: le nombraron mariscal del nuevo Reino de Granada (que no venía a ser más que un título militar honorario), con el derecho de construir una fortaleza de

la que sería vitaliciamente gobernador, privilegio ilusorio que nunca utilizó. Un nombramiento más modesto, pero más útil, fue el de regidor por toda la vida con precedencia sobre sus colegas y un salario, puesto que debió de llevar consigo la frecuente elección al importante cargo anual de alcalde, y también recibió un «repartimiento» (esto es, una «encomienda») de indios después de una cierta demora, debida a la discusión en España del futuro estado legal del sistema de encomiendas. Vivió ochenta años, disfrutando del respeto y confianza de los ciudadanos y dispuesto a serles útil en cualquier ocasión. Dedicó sus últimas energías a la busca de El Dorado y encargó a Barrio, que se casó con la sobrina de Quesada, la prosecución de aquella búsqueda «hasta que agotara su fortuna y su vida», como dice Raleigh.

La conquista de Bogotá y sus alrededores suponía un paso decisivo en la conquista, para la corona de España, del vasto país que hoy es la República de Colombia. Un caballero español de gallarda apostura, llamado Pedro de Hereclia, fundó, en 1532, la ciudad de Cartagena, y, como los demás gobernadores, guerreó con todos los «rebeldes» y vendió esclavos en las Antillas para proveerse de hombres y municiones; se ganó la amistad y la confianza de las tribus comarcanas, en el país donde Ojeda había siclo derrotado y Juan de la Cosa había encontrado la muerte. «Pedro de Heredia envió a un capitán esforzado, diestro y muy valeroso, llamado Francisco César, y éste anduvo diez meses por tierra muy trabajosa, de grandes montes; y pasó harta necesidad él y su gente, y ya no tenían otra cosa que la forma de hombres, llegaron a una altísima sierra de montañas llamadas de Abibe, y la atravesaron y llegaron al valle de Goaca, adonde tuvieron una recia batalla con los indios… hallaron allí el templo del demonio, y sacaron de una sepultura 30.000 pesos, y tuvieron noticias de haber en el valle muchas sepulturas o enterramientos como aquel que habían hallado. Pues como Francisco César se viese con tan pocos españoles, y, sin herraje, los caballos estaban tales que no eran de ningún provecho, determinó volverse; y queriéndolo Dios nuestro señor, el camino que había traído en nueve o diez meses lo anduvieron en diecisiete días, y fueron a salir a la ciudad de San Sebastián, que es el pue1to de

Urabá, desde donde fue luego a la nueva Cartagena.» Esto escribe Cieza, uno de los soldados.

Heredia fue desposeído injustamente de su gobierno por un letrado al que habían enviado a investigar en su administración. Con objeto de apagar el sentimiento de rencor que siguió a este y ganar fama por su cuenta, Vadillo se puso al frente de una segunda expedición, que llegó a Cali en 1538 y se unió a las fuerzas de Aldana, como se relata en el capítulo XVIII. En el mismo capítulo hemos visto cómo Robledo se encontró con partidas de Cartagena cuando avanzaba en dirección Norte y fundó la ciudad de Cartago, llamada así en honor de aquéllos. Cartagena remplazó a Santa Marta como puerto principal de Nueva Granada, ya que estaba mejor protegido y tenía un acceso más fácil al Magdalena, y de Cartagena salieron, principalmente —también en parte de Buenaventura, en la costa del Pacífico—, los lentos y continuados esfuerzos que de modo gradual consiguieron ganar aquel país rico, pero extremadamente dificultoso, y subyugar muchas tribus hostiles, proceso que ocupa varias generaciones, no mediante señalados golpes de conquista, sino con una penetración despaciosa y nada brillante. Pero el conquistador de Nueva Granada fue Gonzalo Jiménez de Quesada.

[*] Cfr. mapa n. 10.

[1] Véase Fr. Pedro de Aguado: *Historia de la provincia de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada*. Colección de viajes Clásicos, Espasa-Calpe, Madrid.

[2] Es conveniente seguir el procedimiento de llamar a estos caciques hereditarios por los nombres de los valles o distritos que regían.

[3] De uno de éstos dice Piedrahita que murió en una batalla, no contra los chibchas, sino contra sus enemigos caníbales, los panches.

[4] Oviedo, que supo esto de labios de Quesada, hace notar indignado: «pues este licenciado es letrado, bien debe saber que *rebelles dicuntur qui in fide non permanent*; así que Tunja no había dado fe ni palabras de subjección ni amistad… justamente podía defenderse y matar y echar los enemigos de su casa y señorío». Además, condena Oviedo la inteligible requisitoria que se leía a los indios antes de tratarlos como rebeldes.

[5] Esta referencia, que le fue proporcionada a Oviedo por el mismo Quesada, difiere ligeramente —quizá por motivos de modestia— de otra versión que representa a Quesada apoderándose de Tunja con sus propias manos, y sólo con la ayuda de su segundo.

XXVI.
EL RÍO DE LA PLATA

La corona del rey de España es la órbita del Sol.

BALTASAR GRACIÁN

¿No habrá dejado el cielo, compadecido de los pobres, algún desierto sin senda, alguna playa desconocida, alguna isla secreta en el ilimitado Océano, algún desierto tranquilo, que no haya sido reclamado aún por España?

SAMUEL JONHSON

A mediados del siglo XVI, a los sesenta años del primer viaje de Colón, podía considerarse amainado el ímpetu conquistador de España. El imperio español, que abarcaba 67º de latitud, había adquirido forma y cohesión. Se habían instaurado dos virreinatos que gobernaban vastos territorios: los reinos y provincias menores eran regidos por capitanes generales y gobernadores subordinados a los virreyes, y todas las provincias se dividieron en distritos, cada uno bajo un magistrado, llamado corregidor o alcalde mayor. Las Audiencias, que eran a la vez Tribunales judiciales y Consejos de Administración, celebraban sus sesiones en las capitales más importantes. Una cadena de municipios, cada uno con jurisdicción territorial sobre sus vecinos, formaba la base de toda estructura, y el comercio entre España y sus territorios de Ultramar fue regulado con fines de seguridad y de control fiscal.

Sin embargo, había una fase de la conquista, la mayor de todas en sus últimos e imprevistos resultados, que se hallaba aún en su primera etapa; esto es, la conquista —o, más bien, la lenta y laboriosa ocupación, en el transcurso de dos generaciones— de la región del Río de la Plata, con sus selvas septentrionales, sus montañas occidentales y, sobre todo, las inmensas llanuras, que avanzan muy lejos en la zona templada meridional, y que hoy constituyen una de las partes más ricas y preferidas del Nuevo Mundo, destinada a ser, por su fertilidad y clima, el suelo donde se establezca una gran civilización de tipo europeo. En aquella región penetraron los españoles desde tres puntos de partida: Perú, Chile y la costa atlántica. La puerta natural de este país es el inmenso estuario del segundo de los ríos americanos en magnitud. Ya hemos visto en el capítulo X cómo tuvo

un trágico fin Juan de Solís en 1516 cuando trató de franquear esta entrada. Pasaron diez años hasta que el intento de Solís fue repetido por Sebastián Caboto, veneciano de origen, domiciliado en Inglaterra mucho tiempo y luego al servicio de España como sucesor de Solís en el cargo de piloto mayor —mejor geógrafo que capitán, según dice Oviedo—, juicio del cual se hace solidario el señor Medina en su agotadora investigación documental sobre aquel viaje[*].

Cuando se creó en La Coruña la Cámara de Comercio para especiería, después de llegar el *Victoria* con su cargamento de clavos, y Loaisa se embarcó para las Malucas, algunos ricos mercaderes sevillanos, ambicionando participar en este negocio que tan buenas perspectivas ofrecía, contribuyeron con fondos para una expedición a las Molucas, a través del estrecho de Magallanes. Se obtuvo una capitulación real con la adición, desacostumbrada, de una concesión real de dinero; y Caboto salió del Guadalquivir con cuatro barcos y 250 hombres en abril de 1526, con rumbo a las Molucas y otras islas ya descubiertas, así como a la búsqueda de «Tarsis, Ophir, Cathay oriental y Cipango». Pero durante el viaje los hombres regañaron mucho entre sí por cuestiones de mando, y se creó un ambiente de descontento y desconfianza; los barcos no habían sido bastante avituallados para el largo viaje a las Molucas. Por todo ello, Caboto, con la esperanza de encontrar riquezas y ganarse el favor real por descubrimientos más productivos tierra adentro, abandonó a cuatro oficiales en una isla brasileña para evitar que se opusieran a su decisión, y sus velas entraron por el río de Solís. Envió un navío río Uruguay arriba, el cual naufragó, y muchos de los tripulantes murieron a manos de los indios; y construyó en la costa uruguaya un pequeño fuerte, abandonado luego por insostenible. Caboto prosiguió su difícil viaje por el delta del río Paraná, y en la desembocadura del río Carcarañá —que hoy lleva el nombre de río Tercero—, unas 30 millas al norte de la actual ciudad de Rosario, construyó otro fuerte y lo dotó de guarnición. Siguiendo su viaje por el río logró de los indios algunos objetos de plata, por lo cual recibieron aquellas aguas su segundo nombre altisonante de Río de la Plata; título ilusorio, pues su orillas no producen metales preciosos, aunque hoy son ricas

en productos de una clase menos precaria. Los indios, cuando les preguntaban por la plata, señalaban al Oeste y hablaban del «Rey blanco» (el Inca), puesto que la plata que ellos tenían procedía del Perú y fue la primera muestra del tesoro incaico llegada a Europa. La exploración de estas inmensas vías fluviales, que conducían a las interioridades más recónditas del Continente, era un preliminar necesario para la ocupación posterior; pero el haber empleado tres años en la navegación fluvial demuestra que Caboto demoraba el regreso con la vana esperanza de justificar su resolución con algún rico descubrimiento. Por último, con muchas bajas causadas por los indios, abandonó sus propósitos y emprendió el regreso, descendiendo el curso del río; pudo ver a su paso las ruinas del fuerte que había dejado, destruido por los indios y con toda la guarnición exterminada. Los muros derruidos —la Torre de Caboto— quedaron por mucho tiempo como un hito para posteriores exploradores en aquella tierra llana. Caboto volvió a España con la mitad de los hombres que habían partido con él cuatro años antes.

Sin embargo, sus brillantes informes, la vista de la plata peruana, la excitación producida por los descubrimientos de Pizarro, la esperanza de encontrar otro camino que condujera a las opulentas playas del mar del Sur y además la rivalidad con los portugueses en el Brasil, influyeron para que se despachase una de las mayores expediciones que habían salido hasta entonces de España. Un soldado alemán, llamado Schmidel, que sirvió en esta empresa, escribió años después una excelente narración en su propio idioma de lo allí ocurrido. Pedro de Mendoza, caballero de la Casa Real, hombre de elevada cuna y gran influencia, del que se decía que se había enriquecido en el saqueo de Roma, fue encargado de colonizar la región del Río de la Plata, fundar tres fortalezas, cruzar el Continente y ocupar 200 leguas de la costa del Pacífico, al sur de la concesión hecha a Almagro, precisamente en el mismo año. No eran las costas atlánticas, sino las playas del mar del Sur las que estaban presentes en la imaginación de los expedicionarios, y ninguno de ellos pensó en los obstáculos que presentaría un camino de 1.000 millas de pradera, y luego la cadena de montañas más elevadas del Nuevo Mundo.

Las abundantes promesas y esperanzas hicieron acudir a muchos e impacientes reclutas, entre ellos numerosos miembros de casas nobles; y en agosto de 1535 levó anclas en el Guadalquivir una flota de 12 barcos, grandes y pequeños, todos ellos muy bien equipados, con 100 caballos y yeguas y un buen ejército. Muchos desertaron en las Canarias, otros desaparecieron en la costa del Brasil y dos barcos se volvieron. Además, un crimen manchó el comienzo de la empresa: Osorio, segundo jefe de las fuerzas, se atrajo la suspicaz envidia del jefe, y por órdenes de éste fue muerto a estocadas por Juan de Ayolas, el oficial favorito de Mendoza, mientras la flota estaba detenida en la costa del Brasil para unas reparaciones.

A los cuatro meses de viaje llegaron las naves al gran estuario, llevando probablemente entre 1.200 y 1.500 hombres, incluyendo un centenar de alemanes, súbditos del emperador. Costeando por la baja playa meridional, escogió Mendoza un lugar a propósito para una ciudad en el borde de una inmensa llanura herbosa, que se extiende desde allá hasta los Andes. En el recinto cercado por un muro de barro se construyeron cabañas también de barro y techadas con caña —pues en la llanura no había piedras ni madera— para formar la villa de Santa María de Buenos Aires. Los únicos habitantes de la vasta llanura eran algunas escasas tribus nómadas, que se guarecían en primitivas chozas desmontables o tiendas hechas de pieles y vivían de la caza y de la pesca, sin sembrar cosechas ni tener animales domésticos, pues ni el ganado ni los caballos son originarios en aquel país. Los vecinos indios querandíes se hicieron amigos de los españoles, y durante algún tiempo les llevaron presentes de caza y pesca; pero cuando ya estaban cansados de alimentar a aquella extraña gente, los españoles, creyendo habérselas con obedientes vasallos, les exigieron víveres; y ante la actitud de los audaces nativos, se vio obligado Mendoza, el día de Corpus Christi de 1536, seis meses después de su llegada, a enviar soldados que los castigaran; los jinetes españoles, cuando atacaban el campamento indio, se hundieron en tierra pantanosa; Diego, hijo de Mendoza, fue derribado por la boleadora, el arma típica de la Pampa, y varios de los otros murieron. Los querandíes, llamando entonces en su ayuda a otras tribus, atacaron a los espa-

ñoles a miles. Proyectiles incendiarios prendieron fuego a los techos de las cabañas y a algunos de los navíos anclados cerca de la playa; pero el verdadero enemigo estaba dentro de la pared de barro, y era el hambre seguida de la peste y, por lo menos una vez, de horrores caníbales, cuando los cadáveres de tres soldados, colgados por haber matado y comido un caballo, fueron devorados por aquellos hombres que estaban a punto de morir de hambre.

Algunos barcos que navegaron por el río en busca de alimentos trajeron algún alivio, pero no antes de que la mitad de los tripulantes de esos mismos barcos hubieran sido víctimas del hambre. Otro barco despachado a la costa brasileña logró algunos víveres; pero todo esto era provisional, y Mendoza, después de llevar su diezmada compañía a un lugar más interior, emprendió el regreso a la patria a mediados de 1537 y murió en el viaje a causa de la dolencia que aquejó a tantos de los conquistadores. Antes de su marcha, había nombrado gobernador delegado al más fiel de sus capitanes, Juan de Ayolas, que había partido ya río arriba con orden de descubrir las ricas regiones del Oeste.

Llegado al 25º de latitud Sur, Ayolas tropezó en la orilla izquierda del río Paraguay con una tribu de indios guaraníes, que vivían en aldeas y tenían cosechas de maíz, gente que se sometió después de una breve resistencia. En un risco escarpado, que dominaba una bahía protegida de la ancha y rápida corriente, levantaron un fuerte rodeado de una empalizada, Santa María de la Asunción. Dejando en el fuerte una pequeña guarnición, Ayolas se adentró al Norte por el río hasta más allá del trópico, penetró luego al Oeste en la selva virgen y murió allí con todos sus hombres. Un año después, el puesto que había establecido en Asunción se convertía en una pequeña ciudad con alcaldes y regidores, la primera colonia permanente del Río de la Plata y que fue durante ochenta años —hasta 1620— capital de toda aquella región.

Ayolas tenía un sustituto que él mismo había elegido, Martínez Irala, quien se había distinguido en estos trabajos, aventurero típico, ambicioso, dominante y sin escrúpulos, pero caudillo muy capacitado. Fue elegido gobernador a la muerte de Ayolas,

en virtud de un edicto real que reconocía la necesidad de una iniciativa local en territorios tan distantes, facultando a los colonos para llenar cualquier vacante hasta la decisión real. Irala supo retener el mando —con algún intervalo borrascoso y algunas sanguinarias luchas facciosas— hasta su muerte, ocurrida en 1557, después de haber dejado de sucesor, como verdadero patriarca de la joven comunidad y auténtico dictador sudamericano, a su yerno. Irala extendió su autoridad por medio de la guerra y por alianzas en una serie de campañas de variada fortuna. Consiguió domar algunas de las fieras tribus del Norte, y hasta hizo alguna impresión en la salvaje región selvática del Chaco, al otro lado del río; satisfizo a sus leales con ricas «encomiendas», animándoles a hacer cautivos en la guerra y seguir su propio ejemplo tomando concubinas indias. En 1541 eran conducidos a Asunción los colonos que aún quedaban en Buenos Aires, pues en esta ciudad no podía contarse ya con indios. Los pobladores españoles no eran colonos, sino conquistadores que esperaban vivir como aristocracia dominante, servida por vasallos indios, y cuando se carecía de trabajo indio, los inmigrantes morían de hambre.

Al año siguiente aumentó considerablemente el número de habitantes de Asunción, por la llegada de unos 400 españoles conducidos por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de la expedición relatada en la página 95, que había sido nombrado gobernador por la corona. Su marcha de cuatro meses desde Brasil al Paraguay con 200 de sus hombres (los demás fueron por mar) fue una extraordinaria proeza, pues no hubo luchas con los indios y sólo perdió un hombre, que se ahogó accidentalmente en un río. Pero un año después de su llegada, este gobernador bienintencionado, que se esforzó en introducir una administración más democrática que la dictadura de Irala, en proteger a los indios y en restaurar la abandonada colonia de Buenos Aires, fue arrestado por los partidarios de Irala, que le confinaron en una choza de barro durante ocho meses y le enviaron luego preso a España.

Pasados cinco años, la colonización atlántica entró en contacto con la conquista del Perú cuando una partida de Asunción atravesó las selvas del Chaco, apareció en la meseta peruana,

cerca de Chuquisaca, y llegó a Cuzco con una misión para La Gasea.

A no ser entre españoles, que nos tienen acostumbrados a todas las sorpresas, sería extraño que subsistiera por espacio de treinta y seis años la única colonia establecida en la región del Río de la Plata, en el centro del Continente, a 1.000 millas del mar. Más anómalo es aún el hecho de que la región de la Pampa, que tiene su comunicación natural con el Atlántico, la recorrieran los españoles viniendo del Pacífico, descendiendo unas veces por la meseta peruana y otras cruzando la cordillera desde el Oeste, añadiendo así una gran tajada de la Pampa al reino de Chile. Este doble movimiento desde el Perú y desde Chile es una continuación de la empresa de Pizarro y de Almagro, que tocó en su último avance meridional el Río de la Plata, donde su curso inferior proporciona una fácil salida al Atlántico. Los del Perú hicieron tanto como los del Paraguay por conquistar el país, pero la penetración desde el Noroeste, no guiada por un elemento natural tan útil como el gran río, es la historia de unos pequeños grupos fronterizos, avanzando, retrocediendo y volviendo a avanzar por tierras desconocidas, viviendo en las tierras que recorrían unas veces con abundancia, otras pasando hambre y sed, ganando muy poco o nada para sí —pues no era aquella tierra de oro y plata o de riqueza súbitamente adquirida —; pero finalmente ganaron para la corona de Castilla extensas provincias y provechosas tierras.

Ya se ha relatado en la página 212 cómo permitió Vaca de Castro una «entrada» en el Sur, con objeto de remediar la plétora de guerreros que existía. Tres socios se hicieron caudillos, contribuyendo con cuanto poseían: Diego de Rojas, que prestó servicio en Nicaragua y luego se distinguió como valiente capitán en las guerras del Perú; Felipe de Gutiérrez, caballero de la Casa Real, persona honorable, que había sido gobernador de Veragua y que condujo una desastrosa «entrada» en la selva salvaje, expedición en la que no se distinguió como jefe; el tercero fue Nicolás de Heredia, que había luchado por el joven Almagro y fue amenazado con severos castigos, pero que, gracias a la intervención de un amigo, pudo librarse con sólo una multa, y unirse a la nueva empresa.

Descendieron desde Tupiza, en la meseta de Charcas —unos 200 hombres[1] con algunos caballos y muchos auxiliares indios—, hasta el valle de Salta, lleno de bosques, y la región conocida por la provincia de Tucumán, en tres divisiones, yendo delante Rojas, como general en jefe, con 125 hombres y soportando el embate de los primeros ataques con 40 caballos. Marcharon durante cuatro años, 1543-1546; acamparon y pelearon, desviándose de su ruta muchas veces para encontrar víveres y con la esperanza de hallar la fabulosa «Trapalanda, la ciudad de los Césares», rica y civilizada ciudad que se suponía existente en algún lugar del Sur —fábula que se mantuvo de pie hasta bien entrado el siglo XVIII—. Entre los nativos, quienes, a diferencia de los nómadas de la Pampa, labraban la tierra y vivían en poblados, teniendo algún contacto con la cultura incásica, encontraron los españoles algunos aliados, pero también muchos enemigos.

Rojas, muerto por una flecha envenenada —aunque durante un tiempo recorrió el campamento el rumor de que había sido envenenado por la Enciso, la amante de Gutiérrez, que atendió su herida—, legó su mando, a pesar de la oposición de sus dos colegas, a un joven soldado de gran valor, Francisco de Mendoza, quien, después de arrestar a Gutiérrez, y devolverlo al Perú, marcó un hito en la historia de la conquista. Guiado por el curso del río Carcarañá (o Tercero), condujo por el Suroeste a una partida, a través de las llanuras, hasta llegar a la Torre de Caboto, al margen del Río de la Plata, donde, con gran asombro suyo, fue saludado en español por indios que iban en sus piraguas por el gran río, y que le hablaron de Irala y de la ciudad española de la Asunción. Al no poder continuar al Norte, por las inundaciones causadas por las lluvias del verano, Mendoza se volvió a su cuartel general tras este encuentro momentáneo con una corriente conquistadora que venía del Atlántico.

Siguió una tragedia: Mendoza fue asesinado en su tienda, en venganza de alguna ofensa; y, por último, los soldados, no habiendo encontrado las riquezas que ansiaban, volvieron con Heredia al Perú meridional, donde tuvieron que tomar parte en la guerra contra Gonzalo Pizarro, y su caudillo, con algunos de sus partidarios, pereció a manos de Carbajal, «el Demonio de

los Andes». Sin embargo, «los de la entrada», como se les llamaba siempre, habían realizado mucho en aquellos cuatro años: prepararon el camino para otros por tierras que hoy forman varias provincias de la República Argentina, y habían trazado una senda a través del Continente.

Su labor fue continuada por Núñez del Prado, como vimos en la página 235, despachado por La Gasea a fines del año 1549, con órdenes de «poblar» la región recién explorada. Prado bajó a los llanos con sólo 70 hombres, entre ellos algunos de «los de la entrada», y fundó una villa, que, tras varios cambios de sitio —pues el armazón material de estas comunidades cívicas era en un principio muy poco consistente—, tomó finalmente el nombre de Santiago del Estero, que es la ciudad más antigua de la República Argentina.

Apenas había sido organizada cívicamente la ciudad cuando apareció en las cercanías una fuerza española rival conducida por el experto Villagrán, quien se encaminaba a Chile, pero que, con deliberado propósito, sin duda, se desvió considerablemente al Este. Prado tuvo que someterse a la autoridad de Valdivia, que designó al valeroso guerrero Aguirre para regir la provincia de Tucumán. Aguirre cruzó la cordillera desde Serena, en el Pacífico, donde tenía sus cuarteles; pacificó por fuerza o por persuasión a los indios comarcanos y restableció la ciudad de Santiago del Estero, trayendo de su propia demarcación, en el litoral pacífico, a través de las montañas, ganado y semillas y gastándose su fortuna con noble generosidad en un nuevo gobierno. Verdadero dictador sudamericano, montó un cañón en su casa, rechazó cualquier autoridad que no fuera la suya y, siendo anticlerical, declaró que en el país no habría más Papa ni obispo que él mismo. Se ganó a los indígenas por su rigor marcial, por la fuerza de su palabra: «El cielo puede engañaros —les dijo— y la tierra también os puede engañar, pero no mi palabra». Cualquier intento de sublevación era cruelmente aplastado, pero Aguirre nunca faltó a la palabra dada a los que se sometían. De este modo llegó a ser esta villa la capital de un vasto distrito, en el que la paz se imponía o se aceptaba.

Aunque la derrota y la muerte de Valdivia, a fines de 1553, y el destierro de Aguirre al Perú causaron un retraso temporal, se

fundaron, sin embargo, dos nuevas ciudades, una de ellas llamada Londres, en honor de Felipe, rey consorte de Inglaterra, y su esposa inglesa, María Tudor. Ambas ciudades desaparecieron en 1560 en una rebelión india muy extendida, provocada por un golpe dado por un soldado insolente a un jefe indio amigo o «pacificado». Sólo Santiago del Estero resistió el ataque durísimo de los nativos y se libró del fuego y la matanza.

Siguió el restablecimiento: en 1563, Aguirre, ya anciano, pero aún vigoroso, volvió de gobernador a Tucumán, esta vez no como gobernador-delegado, pues Tucumán era ya una provincia separada de Chile[2]. Su energía aportó un nuevo vigor y un gran avance por la fundación de la ciudad de Tucumán en una fértil llanura situada al sur de donde se encuentra la actual ciudad de Tucumán. Pero a los tres años fue destituido Aguirre, acusado de herejía. Se le permitió volver a su gobierno en 1569, pero un año después le volvieron a destituir y pasó los últimos cinco años de su larga vida entre sus familiares, en su estado de Serena.

El continuador de sus trabajos fue Jerónimo de Cabrera, que le sucedió en el mando, persona noble, afable, con las otras buenas cualidades de un auténtico caballero, que realizó un importante avance en la ocupación del Continente cuando inauguró, en 1573, la ciudad de Córdoba, a 300 millas al sur de Santiago del Estero, en la frontera del país selvático, al pie de una hilera de colinas cubiertas de bosques y mirando a la inmensa llanura herbosa que se extiende desde allí hasta el Atlántico y el río Negro. Dos meses después condujo Cabrera una partida a la orilla del gran río, no lejos de la Torre de Caboto, decidido a fundar allá una ciudad y extender así al mar del norte el dominio pernano. Llegado al río, se sorprendió de ver amarrados a la orilla navíos tripulados por españoles y una horda de indios hostiles que los cercaban. Los asaltantes huyeron al aproximarse los jinetes armados de Cabrera, quienes —así lo dijeron ellos— salvaron la vida a sus compatriotas. Éstos eran unos 66 españoles procedentes de Asunción, de los cuales eran criollos 59, capitaneados por Juan de Garay, un vasco que tenía un cargo en aquella ciudad y buscaba un lugar a propósito para una nueva colonia. Garay conversó desde la cubierta de su bar-

co con Cabrera, que estaba a caballo, y se saludaron los dos capitanes con cierta envidiosa reserva, pues aunque las dos corrientes conquistadoras del Atlántico y del Pacífico se habían encontrado, también habían entrado en colisión; pero el conflicto se solucionó eventualmente de un modo sensato, asignándose toda la región ribereña a los de Paraguay, mientras que la ciudad de Córdoba recibía una dilatada jurisdicción en el interior. Dos meses después edificó Garay la ciudad de Santa Fe, 600 millas al sur de Asunción, como eslabón entre esta ciudad y el mar. En cuanto a los indios comarcanos, fueron, por lo menos en parte, subyugados y distribuidos en «encomiendas» a sus partidarios.

Pero aquí hallábase incompleta la conquista, ya que la posesión de las playas del estuario no estaba todavía asegurada por la colonización española. Se hicieron varias tentativas de restaurar Buenos Aires, entre ellas una imponente expedición procedente de España, que se destrozó en una serie de desastres. La tarea estaba reservada para Juan de Garay, que volvió a navegar, en 1580, con rumbo sur partiendo de Asunción con una misión que ha inmortalizado su nombre, llevando a 60 españoles, de los que eran criollos 50, junto con 200 familias guaraníes. Cerca de donde se hallaba el establecimiento arruinado de Mendoza colocó el pilar de la justicia, en nombre del rey, con las habituales ceremonias solemnes, inaugurando así el puerto de Santa María de Buenos Aires, «necesario y conveniente para el bien de todo este gobierno y de Tucumán». En la plaza central se marcaron los solares destinados a la iglesia y el Ayuntamiento, y las calles se trazaron en ángulos rectos, de acuerdo con el modelo, a manera de juego de ajedrez, prescrito por las autoridades en todas las Indias españolas. Para constituir el cabildo se nombraron diez regidores y dos alcaldes. Los 60 hombres se hicieron vecinos, y cada uno de ellos recibió un solar en la ciudad y tierra en los alrededores para labranza y pastos, comprometiéndose, en cambio, a defender la ciudad con caballos y armas. Garay, al frente de sus tres veintenas de jinetes armados, derrotó a los indios y les enseñó a mantenerse a distancia. Entonces distribuyó 60 «encomiendas»; algunas de estas concesiones, consistentes en indios guaraníes, que vivían a orillas y en islas del Paraná, tuvie-

ron un cierto valor, hasta que fatales epidemias acabaron con los indios repartidos. Otras concesiones, que consistían en indomables indios nómadas pampeanos, no pasaron de ser promesas en el papel.

En estos trabajos pasaron tres años, al cabo de los cuales emprendió Garay el regreso al Norte. Sorprendido por los indios mientras dormía, fue asesinado por éstos cerca de la ciudad de Santa fe, que él había fundado. Pero ya había realizado su tarea y tuvo un final digno, mucho más feliz, desde luego, que el de su rival Cabrera, que fue ejecutado por su sucesor en el gobierno de Córdoba después de una sonada acusación.

La segunda fundación de Buenos Aires —hoy la sexta ciudad del mundo en población— representa la culminación de la conquista en Tucumán y en Río de la Plata. Claro que, en realidad, se trata más bien del resultado que de una parte de la conquista española, pues las colonias de la Pampa diferían de los demás establecimientos españoles en América en que eran verdaderas colonias, no necesitando ser mantenidas por el trabajo de los campesinos indios. Los vecinos de Buenos Aires eran ganaderos que tenían que cuidar de sus ganados y defenderse de los indios hostiles. Eran colonos en el mismo sentido en que lo eran los ingleses en Norteamérica.

Con la fundación de Buenos Aires se completó el dilatado semicírculo del dominio español en América del sur. La línea del imperio, en unas partes ancha y sólida, estrecha en otras, pero ininterrumpida por todas, se extendía desde Paria, al Oeste, hasta el Pacífico; después al Sur, a lo largo de los Andes, a través de Nueva Granada, Quito, Perú y Chile, cruzando la Pampa al Este y desde el estuario 1.000 millas al Norte. Esta línea encerraba una frontera interior, que medía 7.100 millas, bordeada por doquier por el salvajismo, una frontera que no podía quedar fija, como demuestra la experiencia de cualquier imperio. Sin embargo, la conquista armada se detuvo antes de finalizar el siglo XVI, y a principios del siglo siguiente fue prohibida por real decreto, decreto que fue obedecido por lo general. Es cierto que la intermitente e interminable guerra araucana tuvo ocupados a los soldados en el sur de Chile; pero la defensa, pacificación y expansión a lo largo de la inmensa frontera interior fue

llevada a cabo principalmente por la conquista evangélica, la conquista espiritual, el trabajo de los misioneros.

En la larga frontera septentrional de Nueva España, infestada por feroces tribus merodeadoras —los apaches, los comanches y otros—, eran diferentes las circunstancias y requerían una administración de carácter más predominantemente militar, de acuerdo con la cual la defensa, como siempre sucede con cualquier frontera imperial, suponía un gradual avance en aquella frontera; pero ya era un avance sin precipitaciones y con precaución, y no aquellas «entradas» de aventureros individuales que buscaban gloria y oro. En California, el avance de la autoridad española al Norte se debió también, en gran parte, al trabajo de los misioneros. Así, desde 1580, y por más de dos siglos, la nota predominante del dominio español en ambos Continentes americanos es la paz.

Nota. Se han dado diversas cifras para fijar la cantidad de hombres de la expedición de Pedro de Mendoza: el cálculo de Schmidel —2.650— es una exageración. Oviedo, que presenció en Sevilla la revista de las tropas antes de partir, y luego habló con los tripulantes de uno de los barcos desertores de Santo Domingo, dice que salieron 2.000 de Sevilla y llegaron a Buenos Aires 1.500. La última cantidad está confirmada por una carta (impresa por Cunninghame-Graham) de una dama que acompañó a su esposo en la expedición; dice esta señora que llegaron a Buenos Aires 1.500 y murieron 1.000. Un poema del padre Miranda (también citado por Cunninghame-Graham) dice que de cada 2.000 de ellos no quedaron ni siquiera 200; pero teniendo en cuenta la tendencia al número redondo y retórico que esto supone, no hay que creer histórico el dato de los 2.000. Herrera, que no es una autoridad original en esta materia, pero sí un cuidadoso recopilador, escribe, medio siglo después, que hubo tanta aglomeración para unirse a la expedición en Sevilla, que los barcos se hicieron al mar apresuradamente con 800 hombres; posiblemente, no incluye en esta cantidad a los marineros. El difunto M. Paud Groussac, docto especialista de la historia argentina, da como probable, teniendo en cuenta la capacidad de los barcos y los términos de la capitulación de Mendoza, que el número de hombres no excedía de 800. Por otra parte, no puede eludirse el testimonio de Oviedo, contemporáneo, y de la carta de la señora. La impresión que dan las referencias de que hoy se dispone es que en Sevilla se habló mucho de..¡Dos mil hombres!»; que, en verdad, el número que partió de Sevilla fue muy inferior, y que muchos menos de 1.500 llegaron al Río de la Plata.

[*] Cfr. mapa n. 12.

[1] 1 Don Roberto Levillier da en su libro sobre la conquista de Tucumán los nombres de 121, incluyendo a dos mujeres: Catalina Enciso, amante de Gutiérrez, y María López, la cual, tomando en una ocasión la espada y el escudo, estuvo vigilando a unos jefes indios cautivos, mientras todos los hombres se hallaban fuera luchando.

[2] 2 Por otra parte, los de Chile, por esos mismos años 0561-1562), crearon la provincia de Cuyo, mediante la fundación de las ciudades de Mendoza y San Juan, provincia que, aun perteneciendo geográficamente a la Pampa o región argentina, fue considerada por espacio de dos siglos como parte de Chile.

XXVII.
ESPAÑA, LA PRECURSORA

> Prefiero las plantaciones que se realicen en terreno puro, esto es, donde no se desarraiga a un pueblo para arraigar a otro.
>
> FRANCIS BACON

> Nuestro principal intento y voluntad siempre ha sido y es la conservación y aumento de los indios.
>
> CARLOS V

Al enjuiciar la obra de los españoles en América se piensa, naturalmente, en la obra posterior de los ingleses en América del Norte. Al momento surgen puntos de contraste. Como la primera colonia española permanente data de 1493 y la primera colonia inglesa de 1607, habiéndose reproducido ambos países en el Nuevo Mundo, la Inglaterra así reproducida era la Inglaterra de los Estuardos y la Commonwealth, mientras que aquella España era la de los Reyes Católicos y la de Carlos V. La colonización española coincidió con el período de exploración aventurera; la colonización inglesa siguió al período de aventuras. Cuando se acusa a los conquistadores españoles de inhumanos e ineficaces, hay que recordar esta diferencia de tiempo. Todo lo que se ha dicho —en primer lugar, por españoles— sobre esa crueldad y esa ineficacia, es verdad, pero no la verdad completa. Debe recordarse que durante ese mismo período también conquistaban y colonizaban los ingleses, pero en Irlanda; y se dudaría antes de afirmar que su conducta fue más eficaz o más humana.

Así, los dos movimientos difieren en el mundo que llevaron consigo, y más aún difieren en el mundo que hallaron: los ingleses no encontraron ningún Méjico, ningún Perú, ninguna Bogotá.

Pero existe también una diferencia teórica: «En América española —dice E. G. Bourne— fueron considerados los nativos desde el principio como súbditos de la Corona de España, mientras que en América inglesa se les trataba generalmente como naciones independientes —amigos o enemigos, según se presentara el caso…—» Daniel Denton hace notar en 1670: «Ha sido corrientemente observado que donde los ingleses han

ido a colonizar, han encontrado siempre libre camino, porque una mano divina les abría paso, quitándoles de enmedio los indios por las luchas de unos contra otros o por alguna enfermedad mortal…» Los españoles, por otra parte, han deplorado constantemente la despoblación que causaban; preferían gobernar a una población sometida. Los españoles eran conquistadores que se esparcían en pequeños grupos por un área inmensa; los ingleses eran colonizadores que se construían viviendas para ellos a orillas del Atlántico. Sin embargo, la teoría y el método fueron modificados por las circunstancias: los españoles tenían que tratar con pueblos y tribus que diferían mucho entre sí en su cultura, y cuando los nativos no encajaban en el plan español, desaparecían. Los indios de la Pampa han seguido el mismo camino que los pieles rojas de New England y Virginia.

España fue la precursora. Los caudillos ingleses de mente y acción, Hakluyt y Raleigh, señalan repetidamente el ejemplo español, Raleigh dice en su *History of the World*: «No puedo dejar de alabar la paciente virtud de los españoles. Rara vez o nunca hemos visto que una nación haya sufrido tantas desgracias y miserias como los españoles en sus descubrimientos de las Indias; no obstante, persistiendo en sus empresas con invencible constancia, anexionaron a su reino provincias tantas y tan ricas como para enterrar el recuerdo de todos los peligros pasados. Las tempestades y naufragios, el hambre, trastornos políticos, motines, calor y frío, peste y toda clase de enfermedades, tanto antiguas como nuevas, junto a una extremada pobreza y carencia de las cosas más necesarias, han sido los enemigos con que ha tenido que luchar cada uno de los más ilustres conquistadores. Muchos años han pasado sobre sus cabezas mientras recorrían no muchas leguas y, en verdad, más de uno o dos han gastado sus esfuerzos, sus bienes y sus vidas en la búsqueda de un reino dorado sin llegar a tener de él más noticias que lo que sabían cuando partieron, y, sin embargo, ninguno de ellos, ni el tercero, ni el cuarto, ni el quinto se descorazonaban. Desde luego, han sido muy justamente recompensados con los tesoros y paraísos que hoy disfrutan, y merecen disfrutarlos en paz, si no impiden a otros el ejercicio de la misma virtud, que quizá no se volverá a dar».

APÉNDICES

l. El tráfico de especias

Las tres mercancías valiosas que Colón buscó y aseguró haber encontrado a su llegada a las Antillas eran: el oro, los esclavos y las especias. El tercero de estos objetos de comercio —las especias— necesita una ligera explicación, con el fin de aclarar muchos fragmentos de este libro. Antes de que los modernos cultivos proporcionaran un buen alimento para el ganado durante el invierno, había que hacer la matanza en noviembre del ganado que iba a servir para alimentar a Europa septentrional por espacio de varios meses, y la carne se conservaba sazonándola, y para ello existía una inmensa y hambrienta demanda de especies, sobre todo pimienta y clavo. Además, en la Edad Media —sin patatas, con menos vegetales que los cultivados hoy, poca abundancia en los pastos y ganado poco seleccionado— se consumían pródigamente las especias durante el año entero en toda cocina bien provista. Por otra parte, como no se conocían el té, el café ni el cacao; como el azúcar era un lujo caro y el vino tolerable sólo podía permitírselo una persona rica, es lógico que se hiciera un ilimitado consumo de los condimentos con objeto de dar sabor a la floja cerveza, al vino agrio y a las varias bebidas de fabricación casera. Los anaqueles de todas las droguerías y las alacenas de los boticarios estaban bien surtidas de jarros de especias, cuya fragancia y sabor convencían tanto al practicante como al paciente de las poderosas virtudes medicinales que encerraban. En las estrechas y malolientes calles de las ciudades medievales, presionadas por un círculo envolvente de murallas, visitadas a menudo por fiebres infecciosas y a veces por la peste, eran de una constante necesidad los perfumes fuertes, así para el bienestar personal como para prevenirse contra las infecciones. Por tanto, por todo el norte de Europa, sobre todo en Inglaterra, Alemania y Países Bajos, era inmensa la demanda de pimienta, clavo, canela, nuez moscada, jengibre, benjuí, áloe, incienso, alcanfor, sándalo, productos aromáticos de las tierras asiáticas meridionales y orientales, islas del océano Índico y archipiélago malayo.

La riqueza de Constantinopla, en los años que siguieron a la caída de Roma, fue debida, en gran parte, al tráfico de especias traídas a orillas del Bósforo desde tierras orientales y distribuidas desde allí con grandes beneficios por toda Europa. Venecia sucedió a Constantinopla como emporio del comercio en especiería. Los mercaderes árabes llevaban sus cargamentos de especias por el golfo Pérsico, para conducirlos de allí a los puertos levantinos, por caravanas, en un viaje lentísimo, o bien tomaban la vía marítima por el mar Rojo hasta Suez, desde donde las especias eran llevadas a lomo de camello hasta Alejandría, y allí esperaban naves venecianas para conducirlas a las metrópolis.

Este costoso medio de transporte aumentaba en mucho el precio de las mercancías. De aquí que el haber descubierto los portugueses una vía marítima ininterrumpida a la India o Indias orientales, doblando el cabo de Buena Esperanza, a principios del siglo XVI, suponía nada menos que una revolución comercial. Cuando se supo en Venecia que unos barcos portugueses habían ido por mar a la India y habían regresado a Lisboa, la ciudad de las lagunas se puso a temblar. Lisboa desplazó a Venecia como centro distribuidor de la especiería, y pronto se convirtió en el puerto más activo de Europa occidental. Los dos tercios de los cargamentos que traían del Este los portugueses en sus barcos consistían en pimienta, que se producía en la India y en Ceilán; pero el clavo -producto más raro y precioso, que se da en los climas tropicales insulares- había que buscarlo a más de 3.000 millas al Este, en un grupo de islas, las Malucas, que estaban situadas junto al Ecuador. La toma de la ciudad de Malaca en 1511 acercó a los portugueses al fin que se proponían, pero estaban dispuestos a apoderarse de las Malucas y a monopolizar el comercio de clavo. Los españoles tenían la misma ilusión y deseaban también abrir un comercio marítimo directo de especias, independiente de los portugueses. Este deseo —esta mirada ansiosa, fijada en el Extremo Oriente— caracteriza a toda la historia de la conquista española en América. La rivalidad entre las dos naciones peninsulares por el tráfico de especias se ha referido brevemente en los capítulos X y XI.

II. El dinero

Durante el período de la conquista había muy poca o ninguna moneda acuñada en las Indias españolas. En el Perú no había ninguna, a no ser los discos toscamente forjados por los conquistadores, hasta que se fundó en Lima una Casa de la Moneda en 1565. La moneda era escasa en la Península, donde a menudo se hacían pagos cortando eslabones de una cadena de oro. España no envió plata ni oro a las Indias. Así, en el transcurso de la conquista se verificaban los pagos al peso, y a todas partes había que llevar la balanza. La unidad de peso era el «castellano», llamado más comúnmente «peso de oro», y a veces sólo «peso», no debiendo confundirse éste con el posterior de plata, «peso de a ocho», que venía a tener la mitad del valor del oro.

El castellano o peso de oro había sido una moneda que contenía la centésima parte de una libra de peso de oro fino. Cuando dejó de acuñarse el castellano, en 1497, aún quedó como unidad de peso en el pago. Que los conquistadores se referían al castellano considerándolo como medida de peso está demostrado en frases tan frecuentes como «catorce corazones de oro que pesaban 2.700 castellanos». De manera que todos los pagos se pesaban en barras de oro, en vasijas del mismo metal y adornos de peso equivalente en plata. Jerez, secretario de Pizarro, escribe: «Un peso de oro es tanto como un castellano; cada peso se vende generalmente por 450 maravedís».

En las Indias el valor variaba mucho y disminuía por la distancia de España y consiguiente escasez de mercancías europeas, por las exigencias de la guerra y por las súbitas adquisiciones de tesoros. La imprudente prodigalidad de los soldados y lo difícil que era cortar de las barras de oro cantidades pequeñas, hacían subir los precios. Jerez anota, después de haber descrito el tesoro de Atahualpa: «el precio común (de los caballos) era 2.500 pesos, y no se hallaban a este precio…, un par de borceguíes, 30 ó 40 pesos; unas calzas, otro tanto; una capa, 100 pesos y 120; una espada, 40 ó 50…, yo di por media onza de azafrán dañado 12 pesos… si uno debía a otro algo, le daba de un pedazo de oro de bulto sin lo pesar, y aunque le diese el doble de lo que le debía, ni se le daba nada, y de casa a casa andaban los que debían con un indio cargado de oro buscando los acreedo-

res para pagar lo que debían». Evidentemente, estos precios no eran normales, pero es difícil encontrar lo normal en los hechos de los conquistadores.

En 1535 se estableció en Méjico una Casa de la Moneda, y pocos años después se acuñaba el peso de plata, que se hizo la unidad monetaria de Nueva España a mediados del siglo XVI, y después (con algunas excepciones) también en Perú.

III. Encomiendas

La «encomienda» no era un feudo territorial, y nada tenía que ver con la propiedad de la tierra: el encomendero era señor de un distrito, poblado o grupo de poblados, cuyos habitantes le debían los mismos servicios que en otro caso hubieran tenido que prestar a la corona, pero no tenían derecho de propiedad sobre el terreno. En los lugares en que hubiera sido inconveniente hacer una concesión de tierras, la «encomienda» consistía en un cacique indio y su tribu. Después de la conquista, a partir de 1552, la corona intentó la reforma de las encomiendas prohibiendo a los encomenderos la exacción de más tributos que el impuesto por cabeza.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

–A–

Ayolas, Juan de (mano derecha de Pedro Mendoza)
Aguilar (sacerdote, intérprete de Cortés)
Aguirre (capitán de Valdivia y gobernador de Chile sept.)
Alcántara, Martín de (he rma nastro de Pizar ra)
Alda na, Lorenzo de
Alderete, 238 Alejandro IV, papa
Alfinger, Ambrosio (representante de los Welser en América)
Almagro, Diego de
Almagro, Diego (hijo)
Alvarado, Alonso de
Alvarado, Pedro de
Álvarez Holguín, Pedro
Ampudia (segundo de Belalcázar)
Andagoya, Pascual de
Arias de Ávila, Pedro (gobernador de Darién)
Atahualpa (emperador in ca, hijo de Huynca Capac)

–B–

Balboa (ver Núñez de Balbo a, Vasco) Bastidas, Rodrigo de
Belalcázar (capitán de Pizarro)Bernáldez
Bobadilla, Francisco de
Bobadilla (sacerdote mediador entre Pizarra y Almagro)
Bogotá (cacique chibcha), 257 Bourne, E. G.
Buil, fray Bernardo

–C–

Cabeza de Vaca, Álvar Núñez
Caboto, Sebastián (navegante)
Cabral (navegante portugués)
Cabrera, Jerónimo de, 280
Candía, Pedro de (artillero de Pizarra)
Carbajal, padre (sacerdote que iba con Orellana)
Carbajal, Francisco de
Careta (jefe indígena)
Carlos I de España, emperador
Caupolicán (cacique indígena)
Centeno
César, Francisco
Cieza de León, Pedro (historiador y cronista)
Cohelo (navegante portugués)
Colón, Bartolomé (hermano de Cristóbal)
Colón, Cristóbal
Colón, Diego (hermano de Cristóbal)
Colón, Diego (hijo de Cristóbal)
Colón, Fernando (hijo de Cristóbal)
Comogre (jefe indio)
Cortés, Hernán
Cosa, Juan de la (navegante)
Cuitlahuac (príncipe azteca)

–CH–

Chalcuchima (general de Atahualpa)

–D–

Dentan, Daniel
Deza, arzobispo
Díaz, padre (capellán de Cortés)
Díaz del Castillo, Bernal (cronista e historiador)

–E–

Elcano, Juan Sebastián
Enciso, Fernando de
Enrique VIII, rey de Inglaterra
Enríquez de Guzmán, Alonso
Espinosa, Gaspar de
Esquivel, Juan de (conquistador de Jamaica)

–F–

Faleiro (geógrafo portugués)
Feclermann (explorador alemán de Venezuela)
Fernando el Católico, rey
Fonseca, Juan de (presidente del Consejo de Indias)

–G–

Garay, Francisco de (gobernador de Jamaica)
Garay, Juan de
Gómara (capellán de H. Cortés y cronista)
Grijalva
Guatemoc (príncipe azteca)
Gutiérrez, Felipe de

–H–

Haro, Cristóbal de (acaudalado comerciante)
Heredia, Pedro de (fundador de Cartagena)
Hernández de Córdoba, Francisco
Herrada, Juan de (partidario de Almagro)
Herrera, Alonso de
Hohemut, Jorge (explorador alemán de Venezuela)
Huáscar (heredero inca, hijo de Huaynca Capac)
Huaynca Capac (monarca inca)
Hurtado de Mencloza, Andrés (virrey de Perú)
Hurtado de Mendoza, García (gobernador de Chile)

–I–

Isabel la Católica, reina

–J–

Juan II, rey de Portugal
Jiménez de Quesada, Gonzalo

–L–

La Gasea, Pedro de
Las Casas, padre
Lautaro (caudillo indígena)
León, Ponce de
Levillier, Roberto
Loaisa
Losada, Diego (fundador de Caracas)
Lugo, Pedro de (gobernador de Tenerife y luego de Santa Marta)
Luque, Fernando de (sacerdote que acompañó a Pizarra)

–M–

Magallanes, Fernando de
Manco (hijo de Huaynca Capac)
l\largarit (caballero aragonés)
Marina, doña
Martínez Irala (gobernador tras la muerte de J. de Ayolas)
Mendoza (virrey de Nueva España y Perú)
Mendoza, Francisco de,
Mendoza, Pedro de
Mercadillo
Moctezuma (emperador azteca)
Monroy (lugarteniente de Valclivia)
Moñiz, Isabel de (esposa de C. Colón)

–N–

Narváez, Pánfilo d
Nicuesa, Diego de
Niño, Pero Alonso
Niza, fray Marcos de
Núñez de Balboa, Vasco
Núñez de la Vela, Blasco (virrey de Perú)
Núñez del Prado

–0–

O je cla, Alonso de
Olea (soldado de Cortés)
Olid, Cristóbal de,
Olme do, padre (capellán de Cortés)
Ordás, Diego de
Orellana, Francisco de
Orgoños, Rodrigo
Ovando
Oviedo, Gonzalo H. de (cronista e historiador)

–P–

Paulú (hermano del inca Manco)
Pastene (genovés leal a Valdivia)
Peclrarias (ver Arias de Ávila, Pedro) Pérez, fray Juan (monje de La Rábida)
Pérez de Quesada, Hernán
Piedrahita
Pinzón, Francisco Alonso
Pinzón, Martín Alonso
Pizarro, Fra ncisco
Pizarra, Gonzalo
Pizarra, Hernanclo (hermano de Francisco
Pizarra, Juan (hermano de Francisco)
Pizarra, Pedro (primo de Francisco)
Prescott (historiador)

–Q–

Quahpopoca (oficial de Moctezuma)
Quizquiz (general de Atahualpa)

–R–

Reyes Católicos (ver Isabel la Católica y Femando el Católico)
Robledo, Jorge
Rojas, Diego de
Ruiz, Bartolomé (piloto de Pizarra)

Rumiñavi (general de Atahualpa)

–S–

Saavedra, Álvar de (pariente de Hernán Cortés)
Sagipa (cacique chibcha)
Salazar, Diego de
Sandoval, Gonzalo de
Santángel (contable y mayordomo real)
Serrao (amigo de Magallanes)
Solís, Juan de (navegante)
Soto, Hernando de

–T–

Toparca (hijo de Huaynca Capac)
Toscanelli (geógrafo italiano)
Tunja (cacique chibcha)
Tupac Amarú (rey inca)

–V–

Vaca de Castro
Valdivia, Pedro de
Valverde, padre (capellán de Pizarra, y luego obispo de Cuzco)
Vázquez de Coronado
Vega, Garcilaso de la
Velázquez, Diego de (delegado en Cuba)
Vespucio, Américo, 33, 105 Villafuerte, Pedro de
Villagrán (delegado de Valdivia y gobernador de Chile)

–W–

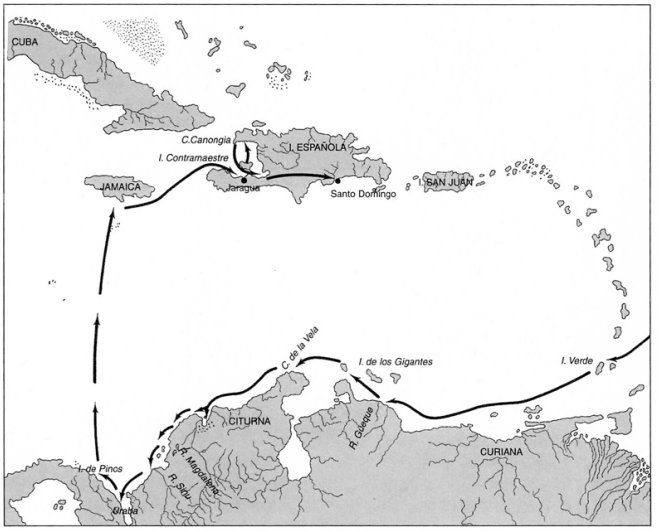
Welser (banqueros alemanes)

–Y–

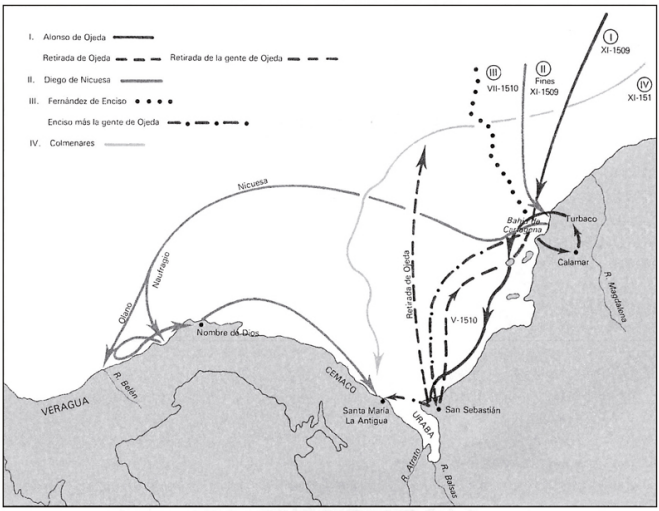
Yáñez Pinzón, Vicente

–Z–

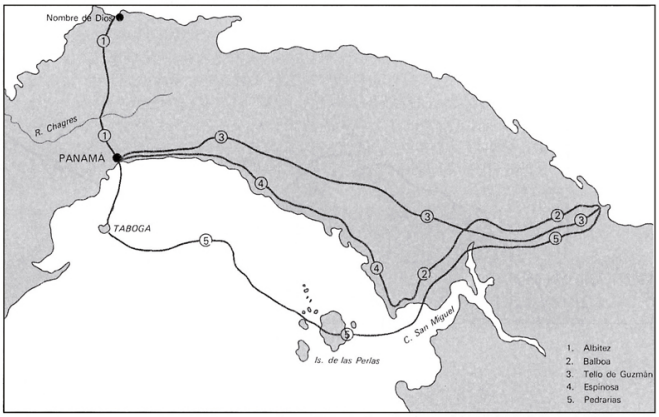
Zárate (historiador y cronista)



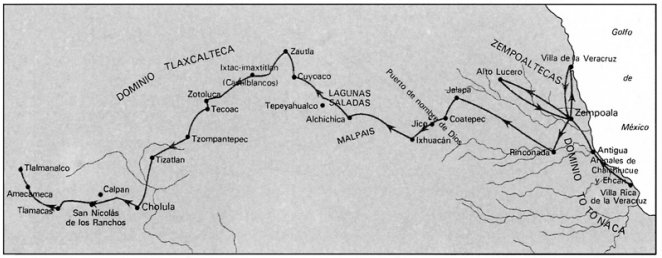
1. Viaje de Rodrigo de Bastidas.



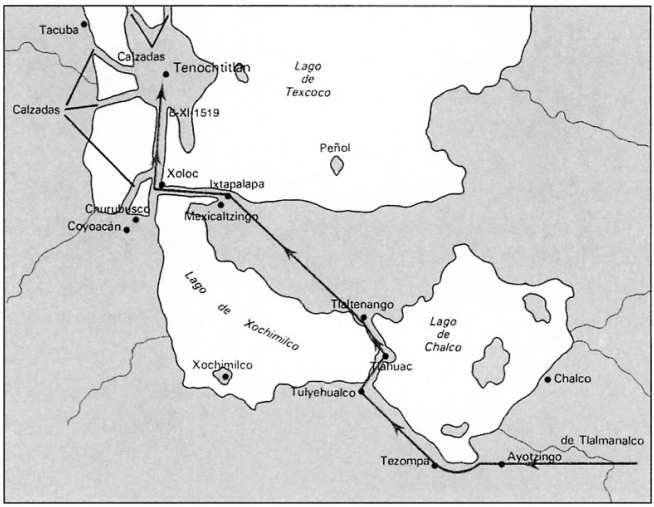
2. Las expediciones de Ojeda y Nicuesa.



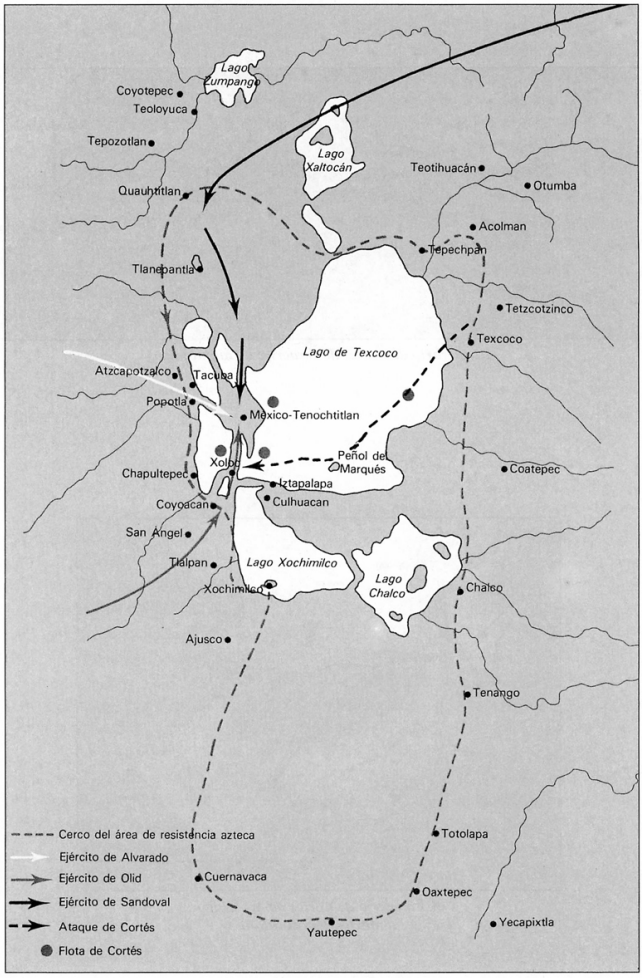
3. Primeras exploraciones llevadas a cabo durante el gobierno de Pedrarias Dávila y fundación de la ciudad de Panamá. Reproducido del original de Ángel Rubio, con autorización del autor.



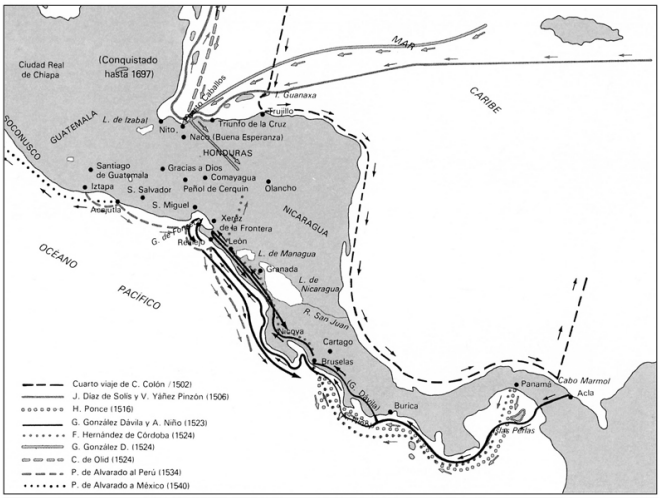
4. Itinerario de Cortés de Veracruz a Tlalm analco.



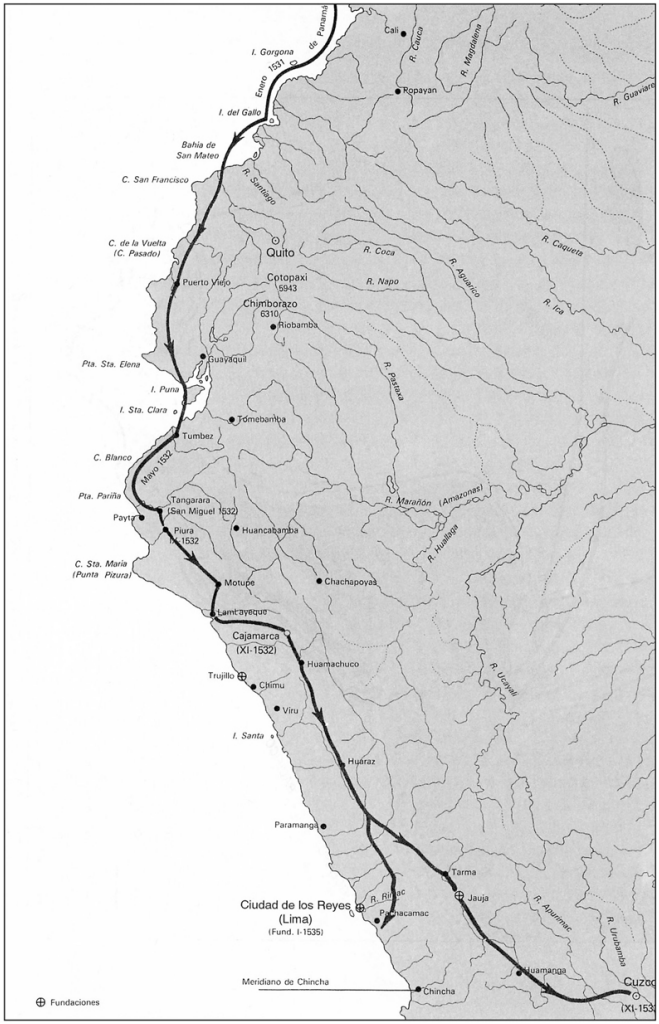
5. Itinerario de Cortés de Ayotzingo a México-Tenochtitlán.



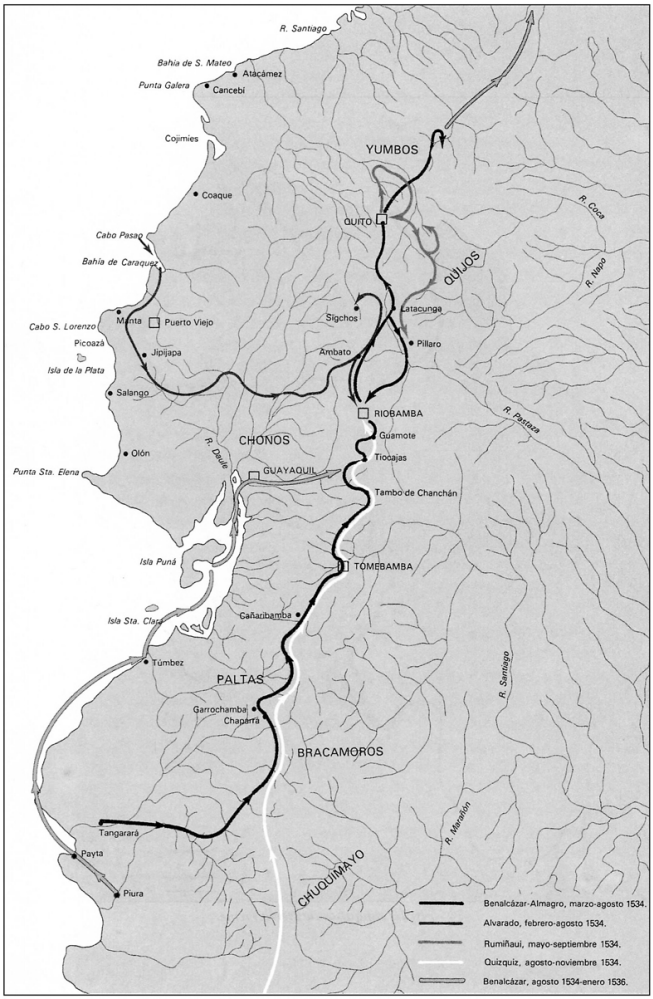
6. Asedio y toma de México.



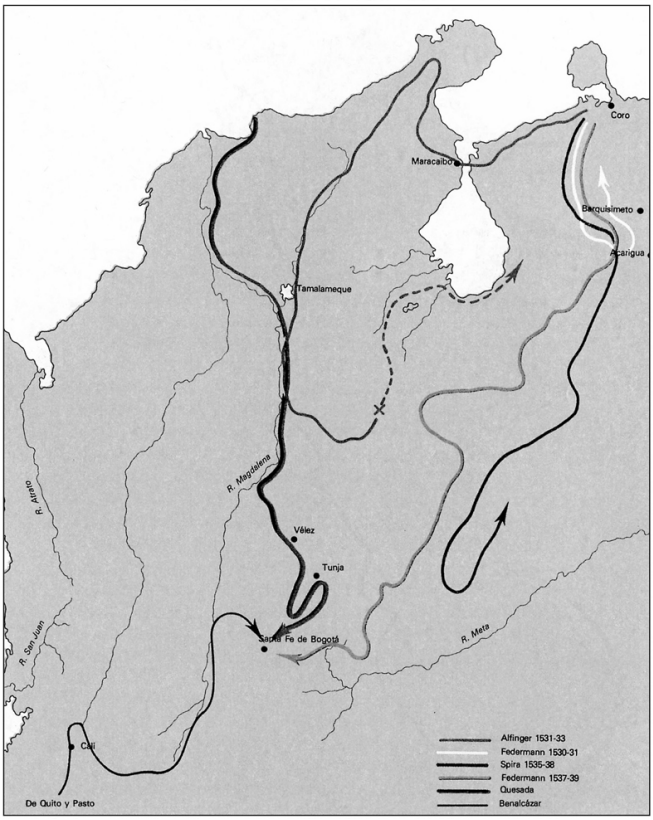
7. Principales rutas del descubrimiento y conquista de Centroamérica.



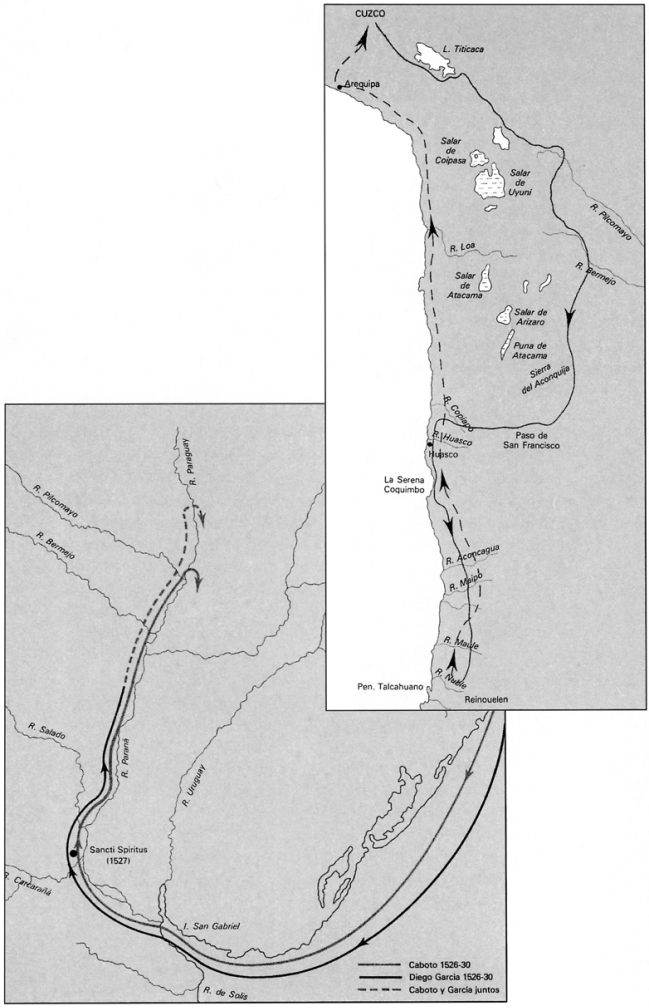
8. La marcha de Pizarro hasta el Cuzco y las fundaciones.



9. La conquista de Quito.



10. La conquista de Tierra Firme.



11. La ruta de Almagro
12. Itinerario de los viajes de Caboto y García al Río de la Plata.

COLECCIÓN **HISTORIA**

1. *Cristianos y musulmanes en la España medieval* | Ron Barkai
2. *Los vascos en la Historia de España* | José Antonio Vaca de Osma
3. *Carlos III* | José Antonio Vaca de Osma
4. *Del Imperio a la Unión Europea* | Ramón Pérez-Maura García
5. *Carlos I y Felipe II frente a frente* | José Antonio Vaca de Osma
6. *Los conquistadores españoles* | Frederick Alex Kirkpatrick
7. *Historia de España para jóvenes del siglo xxi* | José Antonio Vaca de Osma
8. *La desamortización española* | Francisco Martí Gilabert
9. *Historia del reino visigodo español* | José Orlandis Rovira
10. *El imperio y la Leyenda negra* | José Antonio Vaca de Osma
11. *Europa y sus raíces cristianas* | José Orlandis Rovira
12. *Julio César* | Jerôme Carcopino
13. *Los orígenes de Europa* | Christopher Dawson
14. *Historia de Francia* | G. Bertier de Sauvigny
15. *Páginas de la Historia* | José Luis Comellas
16. *La guerra civil europea [1914 - 1945]* | José Luis Comellas
17. *La guerra civil española* | Stanley Payne
18. *Historia de España moderna y contemporánea* | José Luis Comellas
19. *Retratos de la Antigüedad Griega* | Gerardo Vidal Guzmán
20. *Retratos de la Antigüedad Romana* | Gerardo Vidal Guzmán
21. *Retratos del Medievo* | Gerardo Vidal Guzmán
22. *Retratos. El tiempo de las reformas* | Gerardo Vidal Guzmán
23. *Historia sencilla de la Ciencia* | José Luis Comellas
24. *La Tierra. Un planeta diferente* | José Luis Comellas
25. *Historia sencilla de la música* | José Luis Comellas
26. *Historia sencilla del Arte* | Luis Borobio Navarro
27. *La América ingenua* | Mariano Fazio
28. *De Benedicto XV a Benedicto XVI* | Mariano Fazio
29. *Rafael Calvo Serer* | Fernando De Meer Lecha-Marzo
30. *G. K. Chesterton* | W. R. Titterton
31. *Julián Marías. Retrato de un filósofo enamorado* | Rafael Hidalgo Navarro
32. *Historia de los cambios climáticos* | José Luis Comellas
33. *Las cuatro esposas de Felipe II* | Antonio Villacorta Baños-García
34. *La primera vuelta al mundo* | José Luis Comellas
35. *Así se gobernó Roma* | Javier Navarro
36. *Historia de España en el siglo xix* | José Luis Comellas
37. *Historia de las ideas contemporáneas* | Mariano Fazio

38. *Lutero. 500 años después* | Joaquín Ferrer, Pablo Blanco
39. *Historia de España para los jóvenes del siglo xxi* | José Luis Comellas
40. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América* | Verlinden, P.-Embid
41. *Pericles* | Thomas R. Martin
42. *Sir Tomás Moro* | Andrés Vázquez de Prada
43. *Los judíos de la España antigua* | Luis A. García Moreno
44. *María Tudor* | María Jesús Pérez Martín
45. *Breve historia de la medicina* | Luca Borghi
46. *100 obras musicales imprescindibles* | José Luis Comellas
47. *El conflicto palestino-israelí* | Jean-Claude Lescure
48. *J. H. Newman (1801-1890)* | José Morales
49. *Historia sencilla de la filosofía* | Rafael Gambra
50. *Los vikingos* | Martin y Hannah Whittock
51. *La era de Stalin* | David L. Hoffmann
52. *La invención de Vulcano* | Fernando del Castillo Durán
53. *Vida de Jesucristo* | Louis Claude Fillion
54. *Historia de la estrategia militar* | Jeremy Black
55. *La monarquía de los Habsburgo* | Charles W. Ingrao
56. *Historia de África desde 1940* | Frederick Cooper
57. *Voces del Siglo de Oro español* | José Ignacio Peláez Albendea

FREDERICK ALEX KIRKPATRICK (1861-1953) fue lector de español en la Universidad de Cambridge y escribió numerosos libros sobre historia de América, fruto de su investigación y de su estancia en diversos países americanos.

El hecho de que no existiera una obra que abarcase en un solo volumen la historia de la conquista, le llevó a escribir este texto, seguramente su libro más destacado, y que —como explica en la introducción—, se basa sobre todo en documentos del museo Británico y en las aportaciones de prestigiosos historiadores hispanoamericanos.

ÍNDICE

PORTADA INTERIOR 1
CRÉDITOS 2
ÍNDICE 3
INTRODUCCIÓN 5
I. COLÓN 6
II. LOS CUATRO VIAJES (1492-1504) 17
III. LAS ISLAS 35
IV. EL MAR DEL SUR 41
V. NUEVA ESPAÑA (1517-1519) 51
VI. LA MARCHA SOBRE MÉJICO (1519-1520) 59
VII. VICISITUDES Y VICTORIA (1520-1521) 69
VIII. CORTÉS 83
IX. GUATEMALA (1523-1542) 90
X. MAGALLANES (1519-1522) 98
XI. EL PACÍFICO 108
XII. EL DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ (1524-1530) 113
XIII. LA CONQUISTA DEL PERÚ (1530-1535) 125
XIV. CUZCO 142
La expedición a Chile (1535-1537) 144
El sitio de Cuzco (1536) 147
XV. LA GUERRA DE LAS SALINAS (1537- 153

1538)
XVI. LA SENDA DE LA GUERRA 161
Expediciones a la montaña 163
XVII. COLONIZACIÓN 170
Vaca de Castro 173
XVIII. QUITO Y POPAYÁN 175
XIX. EL PAÍS DE LA CANELA Y EL RÍO AMAZONAS 185
XX. PIZARRO (1540-1541) 196
XXI. LA GUERRA DE CHUPAS (1541-1542) 200
XXII. LAS NUEVAS LEYES DE INDIAS (1544-1549) 207
Núñez de la Vela (1544-1545) 208
Pedro de La Gasea (1546-1550) 214
XXIII. CHILE (1540-1558) 220
XXIV. CHILE (1540-1558) 235
El Orinoco (1531-1535) 241
Venezuela (1528-1540) 244
XXV. NUEVA GRANADA (1536-1539) 249
XXVI. EL RÍO DE LA PLATA 263
XXVII. ESPAÑA, LA PRECURSORA 276
APÉNDICES 278
l. El tráfico de especias 278
II. El dinero 279
III. Encomiendas 281
ÍNDICE ONOMÁSTICO 282

MAPAS DE REFERENCIA 286
COLECCIÓN HISTORIA 294
AUTOR 296